



30 noches

en

Oslo

Paula Gallego

Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, marzo 2018

© 2018 Paula Gallego

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para ti, aita.
Por creer en mí desde el principio.

Kenny

Prólogo

Cruzando el infierno

Nunca ha resultado fácil reflejar tu mirada en el papel; ni siquiera a través de la lente de una cámara.

Hay algo en ella, algo indómito, caótico e irreplicable que resulta casi imposible de capturar.

Quizá sea el verde de tus ojos azules; esas pequeñas vetas glaucas que rodean tu iris, sutiles, delicadas, apenas perceptibles para quien no se detiene a mirar. Pero, para alguien que ha pasado tantas horas perdido en esos ojos, resultan familiares, cercanas.

Dibujar la forma en la que tus ojos se pierden es complicado y, aun así, esta vez estoy orgulloso de mi trabajo.

Este dibujo es especial. Podría ser el primero de una nueva etapa, de una nueva vida, el puente que tiendo desde el infierno a tierra firme. Es perfecto, porque si despierto, será ese puente, ese nexo de unión. Y si por el contrario no vuelvo a abrir los ojos... entonces no se me ocurre ningún dibujo mejor para ser el último que hagan mis manos.

Por una vez, me gusta cómo ha quedado la curva de tus labios, la elegante línea de tu cuello, esa peca tan discreta junto a tu boca, tu pelo revuelto y tu intensa mirada.

Si es el primer dibujo de una nueva vida, me parece inmejorable. Si es mi último retrato, es igualmente perfecto. Y, si esta noche me voy, lo único que me dolerá será no poder mejorarlo jamás.

Me habré marchado sin descubrirte del todo, y yo quiero más, mucho más. Quiero recorrer cada rincón de tu cuerpo hasta ser capaz de trazar un mapa de él con mis dedos. Quiero beber el tiempo que nos queda a besos y arder en una caricia eterna.

Si no despierto, si no vuelvo a dibujarte, me dolerá no haberte descubierto del todo; pero me iré feliz sabiendo que he conocido una pequeña parte.

Esa parte, ese fragmento de tu ser que me has regalado, ha sido suficiente para hacer que el viaje mereciera la pena.

Y ahora estoy seguro.

Volvería a cruzar el infierno por un instante contigo.

Nordskov, K.

Lena

Capítulo 1

Me pregunto cómo sería Kenny Nordskov antes de enfermar.

Seguro que era un niño guapísimo, con esos ojazos azules y esa sonrisa traviesa que hace que le salgan arruguitas en las comisuras de la boca.

No puedo evitar compararlo con Erik. Ahora que están juntos y Kenny le da instrucciones a su hermano sobre dónde debe dejar las cajas más pesadas, soy incapaz de no fijarme en lo parecidos que son.

Kenny es más delgado y tiene rasgos más afilados, pero hay gestos, posturas, esa mirada... que recuerdan mucho a su hermano pequeño.

—Creo que he terminado por ahora —declara Erik, llevándose las manos a la cadera y estirándose un poco—. ¿Necesitas algo más? —pregunta.

—No seas pesado, y lárgate ya —responde Kenny, con cierta dulzura que no me pasa desapercibida.

Esto también me gusta de él. Se cree que es un tipo duro, pero a mí no me engaña.

—Vaya, tan amable como siempre.

—Date prisa, o llegarás tarde a tu entrenamiento —lo regaña, instándolo a que empiece a caminar hacia la puerta.

—Vale —acaba cediendo. Va hasta la entrada y se agacha para recoger su bolsa de deporte—. Si necesitas algo...

—Sí, sí. Ya lo sé —lo interrumpe Kenny.

—Vas a estar bien, ¿verdad? —pregunta. Hay cierto tono de urgencia en su voz.

Kenny bufa, exasperado.

—Eres peor que mamá.

—Solo me preocupo por ti.

—Soy mayor que tú. No tienes que preocuparte por mí. Sé cuidarme solito.

Kenny abre la puerta y prácticamente lo empuja hacia ella. A mí se me

escapa una sonrisa viendo la escena.

—Yo también voy a cuidar de él, Erik. No te preocupes —intervengo, sin levantarme del sofá.

—Gracias, Lena. Tienes mi número, ¿verdad?

—Sí, descuida.

—¿Pero de qué vais los dos? —casi grita Kenny—. ¿Es que tengo cinco años? Venga, lárgate ya.

Erik se ríe un poco, y se despide de mí con una inclinación de cabeza. Acaba cediendo y marchándose. Cuando nos quedamos solos, Kenny me dedica una mirada de reproche.

Echa a andar hacia aquí, sorteando con sus muletas las cajas que hay por el suelo. Al llegar a mi lado, se deja caer sobre el sofá y se pasa una mano por el pelo oscuro.

—¿Y tú para qué le das coba?

—Lo decía en serio. Voy a cuidar de ti.

—Pero si tú también eres una enana. Te saco cuatro años.

—¿Y qué? Necesitas que alguien cuide de ti.

Kenny vuelve a resoplar. Me pasa un brazo por los hombros y me acerca a él para que apoye la cabeza en el hueco de su cuello.

Nos quedamos un rato así, en silencio, hasta que él decide que es hora de empezar a instalarse y comienza a sacar cosas de las cajas mientras yo me dedico a terminar un trabajo de anatomía artística en mi cuarto.

Conozco a Kenny desde... bueno, desde siempre. En realidad, me crucé con su perfil de Samydeanart hace casi tres años, pero he seguido todos sus trabajos y sus historias tan de cerca que es como si lo conociera de toda la vida.

Samydeanart es un sitio en la web que se puede enlazar a otras plataformas más famosas, como Facebook o Instagram, para llegar a más audiencia. Los artistas colgamos ahí nuestros trabajos; cada cual organiza su muro como quiere. Hay quien decide contar historias mediante las fotos o los dibujos. Otros suben vídeos, o escriben breves pasajes...

Kenny Nordskov es algo así como una estrella entre los artistas de la red. Tiene miles de seguidores que adoran su trabajo, que lo comparten y lo comentan, y que sueñan con hacer cosas tan fantásticas como las suyas.

Yo me incluyo entre sus fans.

En realidad, yo también soy algo conocida en Samydeanart, aunque no tanto. Estoy empezando a despuntar ahora; antes no tenía tantos seguidores, pero creo que la gente empieza a apreciar lo que hago, porque cada día se unen más personas.

Creo que quizá parte de toda esa atención se deba a que Kenny Nordskov esté entre los que me siguen. En septiembre empezó a seguirme y a comentar mis trabajos. Un día, me armé de valor y le envié un mensaje. Desde entonces, hablamos prácticamente todos los días.

Después del subidón inicial al percatarme de que estaba hablando con él, realmente con él, me di cuenta de que encajábamos a la perfección. Me encanta su humor negro y un poco ácido, ese aire de chico malo que intenta darse y que, en realidad, oculta una simpatía genuina...

Kenny es una de esas personas con las que puedes hablar sobre lo que sea, absolutamente de todo. Le gustan los temas profundos y trascendentales, y es capaz de perderse en conversaciones interminables sobre filosofía. Pero también es fácil hablar con él de cosas sin importancia, hablar por hablar o pasar el rato sin decir nada realmente importante.

Hace un mes, me contó que había vuelto a Barcelona. Y no pude resistirme. Le insistí hasta que me confesó en qué hospital estaba y me presenté allí con un ramo de flores por el que aún hoy me vacila.

Conocerlo y hablar con él en persona fue mucho mejor que nuestras conversaciones por internet. De nuevo, enseguida me doy cuenta de que con él conecto de una forma en la que no conectaba con nadie desde hace mucho.

Al principio Kenny era un poco reticente con la idea de que fuera a verlo. Todo el mundo sabe lo de su enfermedad, sabe cómo es su familia y cómo es él. Quienes lo seguimos hemos vivido a través de sus dibujos y sus textos todos los tratamientos fallidos, los que funcionaron solo a medias, los que le dieron esperanza y los que se la quitaron. Sabemos quién es, cómo es; lo que le gusta, lo que no soporta, la música que escucha, las series a las que está enganchado... Sin embargo, nadie sabe qué aspecto tiene físicamente.

Es extraño. Hasta hace un mes, no le había visto la cara y, no obstante, siempre había sentido como si ya lo conociera en persona. No me costaba ponerle rostro, labios, ojos... Sus dibujos son tan expresivos, las

descripciones de sus textos tan vívidas, que es fácil imaginar a quién pertenece esa vida.

No sé por qué no enseña su cara. En su perfil hay fotos de Erik, de sus padres, incluso de la novia de su hermano, una boxeadora parisina preciosa; pero ni una sola foto suya.

Hay un montón de bulos por internet: que si tiene una cicatriz espantosa en la cara, que si la enfermedad ha demacrado su gesto, que si simplemente es feo...

Pues resulta que Kenny Nordskov no tiene cicatriz, ni está demacrado, ni es feo. Es cierto que está un poco pálido, y que en sus peores días tiene suaves ojeras que rodean sus ojos. Pero es muy guapo, realmente guapo, y no sé por qué no quiere alegrarles la vista a sus seguidores con una de sus fotos.

Tal vez, simplemente lo haga para mantener el misterio. No lo sé.

Después de quedar el primer día, fue él quien me pidió que volviera a visitarlo, y así lo hice. Me gusta estar con él, y sé que él también disfruta de mi compañía. De no ser así, no me habría pedido que volviera; Kenny no es de los que hacen cosas por contentar a los demás. Por eso he estado pasado allí muchas tardes después de salir de clase. Y un día, de pronto, nos dijo a su hermano y a mí que se iba a mudar conmigo.

Mi cara es fácil de imaginar. La de Erik... Bueno, digamos que al principio la idea no le hizo mucha gracia.

Parece ser que el tratamiento al que se está sometiendo está funcionando. Es experimental, y al principio ni siquiera sabían si él estaba en el grupo de control que recibía el placebo o en el grupo que recibía la solución de verdad. Sin embargo, después de estas cuatro semanas, es bastante obvio que está entre los afortunados.

Antes, tenía suerte si había un par de días buenos por semana; ahora, es capaz de andar todos los días sin cansarse excesivamente. Y me ha dicho que ya no le duelen tanto los músculos de las piernas.

Como todo está yendo tan bien, Kenny decidió que no quería seguir en el hospital, que estaba cansado de esas anodinas paredes blancas y las vistas a un jardín que ya conoce de memoria.

Y resulta que yo llevo un par de meses viviendo sola, porque mi compañera de piso se mudó con su novio en mitad del cuatrimestre. Así que,

como Kenny ya lo sabía, se le ocurrió venirse conmigo. Ni siquiera me preguntó. Sabía que me parecía bien, y así es. Me parece mejor que bien.

Llevo viviendo en este piso desde que me mudé a Barcelona hace tres años, y lo adoro. Lo que más me gusta es mi cuarto, que es mi rincón preferido. Lo tengo tal y como siempre había soñado: grandes ventanas para dejar entrar la luz, un espacioso escritorio que nunca está vacío, la cámara de fotos en una estantería, las paredes llenas de dibujos terminados y otros a medio terminar, pequeños trabajos artísticos apilados en las esquinas y una cama que casi siempre está deshecha.

Me gusta trabajar aquí, pasar horas enteras dibujando o retocando mis fotos. Antes de mudarme no podía hacer esto, en casa no había espacio para llenar las esquinas con mis inventos, ni silencio para disfrutar de él. Todo estaba ordenado, en su sitio. Paredes vacías, muebles sobrios y un cuarto impoluto. Sin embargo, me gusta el desorden, el caos. En él encuentro paz.

Quizá por eso he estado haciendo sacrificios hasta ahora para poder pagar el alquiler de este piso. Sé que ahí fuera hay pisos más baratos que serían suficientemente espaciosos para mí, pero mi parte más caprichosa quería conservar este cuarto, este rinconcito perfecto. Me gusta la luz, el silencio del barrio, y el Jardín Botánico que hay a tan solo un par de manzanas.

Cada mes, mi madre ingresa en mi cuenta lo suficiente como para poder estudiar aquí: dinero para pagar el alquiler, la comida y los materiales que necesito. Si le hubiese contado que me había quedado sin compañera de piso, probablemente habría empezado a ingresarme más dinero. Pero nunca me ha hecho gracia tener que pedírselo; así que creo que de no ser por Kenny habría acabado mudándome.

Por eso me alegré cuando Kenny dijo que vendría a vivir conmigo. Sin su parte del alquiler, pronto tendría que haberme despedido de este sitio.

Lena

Capítulo 2

No sé cuánto llevo aquí dentro. Suelo perder la noción del tiempo cuando me enfrasco en algo, y me sorprende un poco verlo junto al marco de mi puerta. No ha llamado, pero ha debido de hacer algún ruido. Ahora se dedica a contemplar mi cuarto, a observarlo con atención sin atreverse a entrar.

—¿Ya has terminado? —pregunto.

Él asiente. Permanece en el sitio, sin muletas, apoyando su peso contra el marco de la puerta. Sé que tiene que esforzarse para mantenerse en pie.

—Erik ha hecho la peor parte, así que...

Sigue sin mirarme a la cara, perdido en alguno de los dibujos que cuelgan de la pared. De pronto, sus ojos se abren y una sonrisa burlona se dibuja en sus labios.

—¿Ese soy yo? —inquire, de pronto.

Sigo la dirección de su mirada y me pongo en pie, caminando hacia la pared. Sobre el cabecero de la cama cuelga uno de los dibujos que aún no he sido capaz de terminar.

—Está sin acabar —le digo, y le hago un gesto con la cabeza, invitándolo a entrar—. ¿Quieres verlo?

Kenny no se lo piensa dos veces, y se acerca despacio hasta donde estoy. Sin muletas parece más torpe, como si le costara más despegar las piernas del suelo, pero acaba llegando.

En cuanto está junto a mí, pone los brazos en jarras y silba.

—Me has hecho incluso más guapo de lo que soy, y mira que eso es difícil. ¿Por qué dices que no está terminado?

—No lo sé. Le falta algo. Míralo bien, no eres tú.

Kenny ladea la cabeza y sonrío.

—Yo me veo bien.

Después, desvía la mirada hacia el dibujo de al lado y sigue paseándola

a lo largo de toda la pared.

—Son muy buenos —murmura, acercando el rostro a uno de ellos.

—Gracias —contesto encantada.

Lo cierto es que recibir un halago así de Kenny Nordskov es una pasada. Él no ha estudiado dibujo, no ha dado clases teóricas, ni prácticas. Ha aprendido solo, sin profesores, sin mentores que le dijeran qué y cómo mejorar. Es uno de los pocos afortunados con talento innato para el dibujo y la expresión. He visto todas sus obras, he leído sus textos, y es increíble. Tiene un estilo de dibujo precioso, un poco especial y diferente, pero precioso. A veces suave y tierno, y otras desgarrador y tortuoso.

—Todos estos no están en tu perfil.

—Solo subo los mejores.

Kenny frunce un poco el ceño.

—Estos son buenos —dice, interesado. Cuando termina de mirar esta pared, rodea la cama para ir hacia el otro lado, y por el camino se pierde en mi escritorio.

Durante unos instantes soy capaz de ver el punto surrealista que encierra la imagen de Kenny Nordskov cotilleando mi escritorio, y se me escapa una risa. Él se vuelve, me mira y me invita a que le explique qué me hace tanta gracia.

—Llevo tres años siendo una admiradora de tu trabajo, siguiendo tu perfil, y ahora estás... —Extiendo los brazos, a falta de palabras—. Aquí.

Él sonríe, pero no responde. Deja de lado el escritorio y continúa paseándose por mi cuarto, atento a los detalles, a los artilugios extraños que hay en las esquinas.

—Yo también sigo tu trabajo. Podría sentirme igual, ¿no?

—No —contesto, muy segura, y niego con la cabeza—. Tú me sigues desde hace unos meses, no sabes de lo que hablo. Y, además, tú no tienes nada que admirar; eres uno de los tres grandes de Samydeanart.

—¿Perdona? —Se vuelve hacia mí, divertido, con las cejas enarcadas y una expresión graciosa en la mirada.

—Ya sabes, los reyes de Samydeanart. Están el chico que se dedica a viajar, esa chica danesa de las esculturas y tú.

—Estás de broma.

—¡No lo estoy! —protesto—. Hay todo un mundo de seguidores en torno a vosotros. Hay gente menos famosilla de la que también se habla y sobre la que existen toda clase de mitos circulando por internet, pero vosotros tres sois los más populares.

—¿Hay mitos sobre mí en internet? —inquire, perplejo.

Yo no puedo creer que no sea consciente de ello.

—Perdona, pero ¿te importa si me siento? —pregunta, suavizando el tono de voz, y se deja caer sobre la cama sin esperar a que responda—. Al final del día suelo estar más cansado.

—Claro, siéntate —respondo—. Estás en tu casa.

En cuanto lo digo, voy hacia el escritorio y me hago con el portátil para llevarlo hasta él. Me siento a su lado mientras se enciende, apartando a un lado las sábanas revueltas, y tecleo el nombre de una página web.

—¿Estás preparado?

—¿Preparado para qué?

—Para ver todo lo que se dice de ti en internet.

—No estoy seguro de querer verlo.

—Oh, tranquilo. La mitad son cosas buenas. —Me río un poco y giro la pantalla hacia él—. Aquí están todas las historias que han hecho los fans sobre tu vida.

Él toma el portátil en su regazo, interesado, y frunce un poco el ceño.

—Hay toda una sección con historias románticas —dice, entre sorprendido y divertido—. ¿Este de aquí no es Manu, el de las fotos de los besos?

—Sí. Hay muchas historias sobre vuestro amor prohibido. Os llaman «Kennuel».

—¿Como a Brangelina?

—Exactamente.

Kenny pasea los ojos por la pantalla, su expresión divertida va dando paso a una de desconcierto.

—¿Qué clase de bizzarrada es esta?

—Si esto te parece perturbador, espera a llegar a la sección «Kerik».

Kenny me mira con el ceño fruncido, y soy capaz de ver el preciso instante en el que se da cuenta.

—¡Oh, por Dios!

Se me escapa una carcajada.

—Eres una figura pública, te expones a estas cosas.

—Es broma, ¿no? No existe esa sección. —Kenny se centra en la pantalla y le veo buscar con ansiedad en la página.

—No es broma —le aseguro. Le quito el portátil de las manos y le enseño lo que quería ver, o lo que no quería...

Apenas presta atención a lo que lee durante unos segundos, luego me devuelve la mirada y esboza una sonrisa incrédula.

—Estáis enfermos.

—Eh, que yo no escribo estas cosas.

—Pero las lees.

—¡Qué va! —protesto.

—¿No has leído nada sobre Kerik? —pregunta, arqueando una ceja.

Yo me muerdo los labios.

—Puede que haya leído algo —admito—. ¡Pero solo es para estar informada!

—Ya...

—Además, la mayor parte de estos relatos están mal escritos. Hay algunos que son buenos, pero...

—Ya, ya... —me interrumpe, sin creer ni una palabra—. Es todo por el arte.

Le doy un pequeño codazo que hace que se ría y me devuelve el portátil.

—Enséñame más cosas —me pide—. Pero no más Kerik, por favor.

Obedezco. Le enseño el halo de misterio que hay en torno a él y las conversaciones públicas de la gente que especula sobre su verdadera apariencia, aunque sospecho que no era ajeno a todo esto.

Acabamos tumbados en la cama, comentando mis dibujos y mis fotos, y terminamos hablando sobre algo que no tiene nada que ver, sobre la vida, sobre el mar, y las estrellas, sobre mil cosas diferentes y, a la vez, sobre nada en particular.

Kenny

Capítulo 3

Lena es una gran artista.

De hecho, Lena es su nombre de artista. Se llama Helena, pero nunca he escuchado a nadie llamarla así.

Estudia Bellas Artes y lleva toda la vida dibujando y sacando fotos. Ella aún no lo sabe, pero va a llegar muy lejos. Creo que sueña con ello, que en algún lugar de su mente se imagina a sí misma creando cosas increíbles, haciendo dibujos que hagan suspirar a la gente; con toda su alma, con pasión. Pero me parece que ve todo eso muy lejano cuando, en realidad, está mucho más cerca de lo que ella cree.

Por eso empecé a seguirla. No leo todos los comentarios que me dejan, ni todos los mensajes que me envían diciéndome lo mucho que les gustan mis obras. Procuro contestar cuando puedo, pero dar respuesta a todos sería imposible. Así que, en cierto modo, encontrar el perfil de Lena fue pura casualidad.

Empecé a darme cuenta de que había alguien que siempre respondía. El color cobrizo de la imagen en miniatura de su foto de perfil empezó a llamarme la atención cada vez que la veía y, un día, decidí entrar en él.

La foto era increíble. Bueno, más bien, ella salía increíble en la foto.

Un rostro bonito, de labios gruesos y pómulos definidos, surcado por decenas de diminutas pecas. Ojos claros, melena larga, cobriza y ondulada...

Vale, puede que decidiera ver el resto de sus imágenes porque me gustó lo que vi en la primera, porque no soy de piedra, pero si empecé a seguirla fue por sus trabajos.

Además de ser guapa, se trae un rollito entre bohemio y rockero que va en sintonía con su personalidad; tan caótica, soñadora, inocente y, quizá, un poco ingenua.

Lleva ya un rato en su habitación. Ayer pasé la tarde instalándome y, después, acabamos el día hablando y cenando juntos. Hoy no la he visto

demasiado. Por la mañana, he ido al hospital a fisioterapia, y ella ha estado en clase hasta después de la comida. Cuando ha llegado, me ha preguntado si he llegado bien al hospital y ha vuelto a desaparecer en su cuarto para hacer algún trabajo, así que no hemos hablado mucho.

Erik ya me ha mandado cuatro mensajes desde ayer y, aunque le he repetido treinta veces que estoy bien, algo me dice que volverá a mandarme otro mensaje pronto. Podría no contestar, pero, entonces, estoy seguro de que se plantaría aquí mismo para comprobar que estoy bien y todo esto sería mucho más molesto.

Hace rato que han dejado de echar algo interesante en la tele, y hoy estoy demasiado cansado como para dibujar, no me apetece mucho, así que voy en busca de mi *tablet* y me tumbo en el colchón mientras veo qué se cuece en Samydeanart.

Era consciente de que soy bastante conocido entre los círculos de la nueva generación de artistas, pero no tenía ni idea de que la gente escribiese relatos sobre mí, y mucho menos relatos... «románticos».

Hay todo un mundo en torno a varios artistas: mitos, bromas que solo los fans entienden, un montón de invenciones que es mejor no conocer... Dios, si todavía no he tenido pesadillas con eso, pronto las tendré.

Lena también tiene su propio séquito de fans, aunque es más reducido, y no hay tantas leyendas urbanas sobre ella como sobre mí. Pero cada día ese grupo crece y algo me dice que pronto empezarán a incluirla en esas historias perturbadoras que la gente escribe sobre nosotros.

Recuerdo la sección «Kerik» y reprimo un escalofrío.

De pronto, mientras ojeo los perfiles de la gente distraídamente, veo el de Lena pasar ante mí y pincho dentro para ver qué me he perdido. Hay dos publicaciones nuevas.

Ayer subió una foto bastante artística de todas las cajas de mi mudanza antes de que me instalara. Bajo la foto, sobre un fondo negro y en letras blancas de hermosa caligrafía, se lee:

Cambios.

Esta mañana ha subido otra foto. Esta vez, más enigmática, en blanco y negro. Se trata de la puerta de un baño, llena de pintadas, de inscripciones ininteligibles, garabatos sin sentido y números de teléfono que se han borrado

con el tiempo. Bajo la foto, con el mismo tipo de letra, se lee:

Caer. Una y otra vez. Porque es fácil y familiar. Y perderse resulta tentador. Sin preguntas. Sin respuestas. Solo silencio. Un calor familiar. Un tacto conocido.

No entiendo nada de nada. Quizá, para los fans que inventan historias y crean mundos paralelos esto tenga sentido; para mí, carece de él. Pero me gusta la foto, me gusta lo cruda que parece, la sordidez del instante que captura.

Cuando se hace un poco más tarde, decido buscarla en su cuarto. La encuentro enfrascada en su tableta digital, retocando una foto que desde aquí no alcanzo a ver bien. Se ha recogido la larga melena en una coleta desechada, lleva una camiseta desgastada y holgada y está tan concentrada que ni siquiera se da cuenta de que estoy aquí.

Me concedo unos segundos para mirarla.

La verdad es que es aún más guapa en persona. Tiene el pelo de un tono castaño intenso, casi pelirrojo al sol. Y sus ojos azules son de una intensidad peculiar, extraña, con vetas glaucas que rodean su iris.

No es muy alta; a mi lado es, más bien, bajita. También es pequeña y parece delicada y frágil, aunque eso solo lo pensaría alguien que no la ha visto enfadada. Yo la vi hace un par de semanas, cuando me visitaba en el hospital. No sé qué pasó realmente, pero vi uno de sus ataques de ira en vivo y en directo cuando alguien de su grupo de trabajo decidió llamarla para darle una mala noticia sobre el trabajo que habían entregado.

Lena tiene carácter, ya te digo que lo tiene... Y eso me gusta; me gustan las personas fuertes.

—Lena —llamo su atención, y ella da un pequeño respingo, sobresaltada. Intento no reírme—. ¿Te apetece cenar algo?

Ella mira el reloj y, en cuanto ve la hora, suspira frustrada y deja caer la cabeza contra la tableta digital.

—Puedo esperarte, si aún no has terminado —le digo.

—No. No. Ya es tarde. Es que no sabía qué hora era.

Deja lo que está haciendo, baja la pantalla del portátil y se pone en pie para estirarse. Al hacerlo, se le ve el ombligo.

Mis ojos me traicionan al bajar unos centímetros hasta la franja que

enseña de su piel.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunta, pasando a mi lado para dirigirse a la cocina.

Yo voy detrás de ella, bastante más lento, porque he dejado las muletas en mi cuarto. Y decido volver a por ellas.

Las piernas me suelen doler al final del día y también al despertar. Las siento más pesadas, mucho más rígidas, aunque esta sensación de entumecimiento es un sueño en comparación con los peores días que pasé en París.

—¿Es que puedo elegir lo que quiera? —pregunto, mientras recupero las muletas.

—Tú pide, y ya veremos si hay de eso en casa.

—Unos tallarines estarían bien.

—No hay tallarines —le escucho decir.

Cuando llego a la cocina, Lena está distraída con el interior del frigorífico, al que mira con aire crítico.

—Hay *pizza* congelada —declara, y se vuelve hacia mí, interrogante.

—*Pizza* entonces —confirmo, y veo cómo se pasea mientras enciende el horno y prepara una bandeja. Yo busco en los armarios hasta que doy con los vasos y comienzo a poner la mesa.

—He visto la foto que has subido —comento—. ¿A quién te has tirado en los baños? —bromeo, mientras busco los cubiertos.

Cuando me doy cuenta de que se ha quedado callada, me giro para mirarla.

Me contempla casi con espanto, con sus ojos claros abiertos como platos, sin mover ni un solo músculo.

—¿No será verdad? —inquiero, divertido—. ¿Te has tirado a alguien en los baños?!

—¡No!

Su negativa, que llega tarde y a destiempo, no hace más que provocarme otra carcajada con la que me doblo un poco sobre mí mismo, incrédulo.

—¿Esos son los baños de tu universidad?

—Sí. Pero no ha pasado lo que crees.

Vuelvo a reír, esta vez con más ganas. Sé que mi risa la está

mosqueando, porque cada vez frunce más el ceño y está empezando a hacer un mohín encantador con los labios.

—Lo decía en broma, Lena, totalmente en broma. No creía que tú... — Me llevo una mano a la boca para contener la risa—. Eres muy inocente.

Dejo de mirarla, porque, si sigo haciéndolo, seguiré riéndome y eso no hará más que cabrearla aún más. Así que dejo las muletas en una esquina y termino de poner la mesa.

—No me he tirado a nadie —insiste, entre molesta y avergonzada.

—Claro que no... —murmuro, irónico.

Lena se acerca hasta donde estoy, agarra una silla del respaldo y tira de ella para sentarse con ímpetu.

—Pero me he enrollado con alguien.

Enarco las cejas.

—¿En los baños?

—No.

—Pero has subido una foto de los baños.

—Es algo simbólico, ¿vale? Así empezó lo nuestro. Nos liamos en unos baños.

—Creía que no tenías novio —le digo, sentándome frente a ella. En cuanto lo hago, reprimo un suspiro. Estaba cansado.

—Me he enrollado con mi ex.

—¿Con el capullo que te dejó en noviembre?

Lena me dedica una extraña mirada, pero no dice nada. Quizá le haya molestado cómo lo he llamado. No me importa. Es un capullo.

—¿Vas a volver con él, o...?

—No. No creo.

—¿No crees?

El horno acaba de avisar de que está listo, y Lena se levanta para meter dentro la *pizza*. Cuando vuelve a sentarse, se frota la sien. Ella también parece cansada.

—Hemos estado enrollándonos desde que lo dejamos. La primera vez en una fiesta, después cuando fui a su casa a recoger algunas cosas, luego un día que quedamos para acabar como amigos...

—No lo sabía —comento.

—No se lo había dicho a nadie.

La verdad es que me sorprende. Desde que empecé a seguir sus trabajos en septiembre, hemos estado hablando prácticamente todos los días. Incluso antes de conocernos en persona ya era como una amiga de toda la vida. Ella me cuenta qué tal le ha ido la semana y yo le cuento cómo ha sido la mía. Hablamos de nuestras preocupaciones, de lo que ha salido bien, de lo que ha salido mal..., hablamos sobre la vida y también nos perdemos en conversaciones intrascendentes.

—No pareces muy contenta —observo.

—Es que no lo estoy. Cuando pasa me parece bien, pero...

—Pero tú no quieres eso.

—No —admite. Apoya el rostro entre las manos y, de pronto, esboza una sonrisa—. No tenemos por qué hablar de esto.

—¿Por qué no?

—Sé que no te va hablar de amoríos y problemas del corazón.

Me encojo de hombros.

—Si tiene que ver contigo, no me importa.

—Eres más simpático de lo que quieres hacer creer a la gente, Kenny.

Suspira y pierde su mirada clara en algún lugar.

—No deberías dejar que te haga esto —le digo, llamando su atención. Ella aguarda a que siga hablando—. Si no estás a gusto con esta situación, ponle fin. No le debes nada.

Me mira durante unos instantes y sonrío levemente.

—Gracias.

Asiento, aunque no estoy del todo convencido. No sé muy bien qué más decirle, y tengo la sensación de que ella necesita hablar más, pero no sé cómo llevar la conversación. Así que guardo silencio, aguardo y le doy la oportunidad de seguir hablando. Pero no lo hace.

Cambia de tema enseguida y yo no insisto; ambos aguardamos a que la *pizza* termine de hacerse. Después de cenar, nos sentamos a ver la serie de mi antítesis, *The Flash*, y acabo quedándome dormido en el sofá.

Al despertar, descubro una cálida manta sobre mí.

Lena

Capítulo 4

Sé que Kenny tenía razón.

Escueto, directo y conciso, no podría tener más razón: no debería dejar que esto siga pasando.

No obstante, no han transcurrido ni veinticuatro horas desde nuestro último encuentro, y aquí estoy otra vez, preguntándome si no debería ser mejor salir por pies antes de que Edu aparezca.

Entre clase y clase, me ha mandado un mensaje, y me ha pedido que lo esperase aquí, en los baños, donde nos hemos enrollado tantas otras veces mientras aún estábamos juntos.

Me planteo la posibilidad de marcharme y fingir que no he podido, o no he querido, venir. De todas formas, ni siquiera sé qué hago aquí. Bueno, vale, sí sé lo que hago aquí.

Esta vez no hay excusas. No hemos quedado para hablar, para devolver las cosas que dejamos olvidadas en el piso del otro o para acabar como amigos. Hemos quedado en los servicios por algo, y esta vez no me servirá aquello de «estábamos hablando y se nos fue de las manos». Sé muy bien para qué estamos aquí, qué pretende, y qué pretendo yo.

Y no sé si eso está bien.

Antes de que pueda plantearme seriamente volver a clase y escribirle a Edu para decirle que no deberíamos seguir haciendo esto, la puerta se abre y él entra con rapidez, mirando a su espalda para asegurarse de que nadie lo ve entrar en los baños que no son.

Cuando me ve, su rostro se ilumina de una forma que conozco bien y no pierde el tiempo para acercarse a mí.

—Edu, yo... —intento decir algo, pero enseguida se me olvida qué pretendía decir.

Él se abre paso hasta mí como un vendaval, con una sonrisa ladeada en sus labios. Me pone un dedo sobre los míos, para que guarde silencio, y me

empuja dentro de uno de los baños.

Cierra la puerta con torpeza, sin ni siquiera volverse para ver lo que hace, y me apresa contra una de las paredes mientras busca mi boca con avidez.

Con cada uno de sus apresurados besos, comprendo por qué he decidido venir. Veo con claridad las palabras que escribí ayer en la foto que publiqué. Besar a Edu es sencillo y familiar.

Estoy hecha al sabor de sus besos, al tacto de su piel sobre la mía. Durante unos meses besarnos, tocarnos o hacer el amor era tan natural como respirar, y las costumbres son difíciles de olvidar.

Edu se despega de mi boca solo para pegar sus labios a mi cuello y recorrerlo con vehemencia. Sus manos suben hasta mi cintura, levantando la camiseta a su paso, y tomando un rumbo peligroso hacia mi pecho.

Sé por qué estoy aquí. Sé que echo esto de menos. Pero no lo echo de menos a él, sino al hecho de tener a alguien con quien poder hacer esto, con quien bajar la guardia, incluso si siempre me mantengo un poco alerta, porque cualquiera puede herirte. Echo de menos el placer de abandonarse al momento, de dejar de pensar.

No obstante, lo que estamos haciendo desde que rompimos no es sano.

Así que lo aparto.

Apoyo las manos sobre su pecho y lo empujo con suavidad para alejarlo un poco de mí.

Sus ojos oscuros brillan, sus labios están enrojecidos por los besos y su respiración es entrecortada.

—No podemos hacer esto.

—Claro que podemos —sentencia, acercándose de nuevo a mí.

Esa chispa en su mirada y esa sonrisa son tentadoras, pero sé que no puedo dejarme caer en el juego de nuevo.

—Tú y yo ya no estamos juntos.

Edu tarda unos instantes en abandonar esa imagen desesperada, el brillo peligroso en sus ojos, pero acaba recomponiéndose un poco.

Se pasa una mano por el pelo y deja escapar el aire con suavidad.

—No puedo estar contigo; no puedo estar con nadie —me explica.

Recuerdo la primera vez que me dijo eso, hace ya tres meses. Entonces,

me partió el corazón. Hoy, ya no duele tanto, pero sí que siento una punzada en el pecho cuando recuerdo lo mal que me sentí entonces.

—No te estoy pidiendo volver —aclaro—. Solo quiero que terminemos con esto. Rompimos y eso significa dejar de liarnos cada dos por tres.

—Creía que te gustaba.

—Y así era —admito—. Pero no tiene sentido seguir enrollándonos así. No puedo. No soy capaz de echar un polvo y olvidarme de ti hasta la próxima vez. No me gusta estar así con nadie. Yo no soy así —explico.

Edu sostiene mi mirada unos minutos, aunque acaba mirando hacia arriba y clavándola en algún punto del techo. Chasquea la lengua, resignado.

—Entonces, creo que debería volver a clase.

—Ambos deberíamos —coincido.

Él asiente, pensativo. Aguarda unos segundos, en silencio y sin apartar la vista de mí, pero acaba abriendo la puerta.

—Espero verte por ahí.

Sonríó a modo de despedida, y me quedo dentro hasta que escucho la puerta de fuera al abrirse y cerrarse.

Suspiro.

Aunque tengo un regusto amargo en la boca, creo que he hecho bien.

Edu fue mi primer novio serio. Empezamos a salir el año pasado y apenas tuvimos problemas en toda nuestra relación. No discutíamos, no nos enfadábamos... Creía que todo iba bien y, sin embargo, un día me dijo eso mismo que me ha dicho hoy. No era por mí, ni por él, ni por la vecina. Simplemente, se había cansado de tener una relación. No quería nada, ni conmigo, ni con nadie. Quería ir por libre, así que rompimos.

Así de sencillo.

Cuando pasó, creía que iba a sufrir más. Al fin y al cabo, Edu había sido mi primera vez en todo. Pero, después de un par de días, no volví a llorar por él. Lo nuestro había sido siempre fácil, tranquilo. No me di cuenta hasta que rompimos, pero no sentíamos por el otro lo que deberíamos haber sentido. Lo quería y estoy segura de que él me quería a mí, pero lo que había entre nosotros no era más que el cariño que se siente por un buen amigo.

Había caricias y, a veces, pasión. Pero jamás sentí por él ese deseo devastador que lleva a los protagonistas de los grandes libros a cometer

grandes locuras.

De hecho, creo que no he sentido eso por nadie, nunca.

Decido volver antes de que empiece la segunda clase, y dejo que las explicaciones sobre los movimientos artísticos contemporáneos me ayuden a dejar de pensar.

Lena

Capítulo 5

Voy a pasar frío.

Es viernes y he decidido dejar que Nuria me arrastre a la zona de bares del campus.

Estamos en pleno invierno, febrero se siente en cada fibra del cuerpo, y sé que estas medias no van a impedir que me congele.

Decido quitármelas.

—Eh —protesta Nuria, que se ha pasado media hora revolviendo mi armario para elegir lo que me pondría esta noche—. ¿Qué haces?

—Me voy a poner unos vaqueros —le informo.

Ella resopla.

Nuria y yo nos conocemos desde primer curso. Coincidimos en algunas asignaturas y congeniamos enseguida. Ella vive con otras dos chicas y un chico en un pisito un poco menos céntrico y, si Kenny no se hubiera mudado, habría acabado yéndome con ellos.

—Dentro de los bares no vas a pasar frío.

—Pero sí hasta que llegemos —protesto, volviendo a ponerme los tacones.

—Me fastidia reconocerlo, pero esos vaqueros también te quedan genial.

Sonrío y le doy un beso en la mejilla.

Al salir, la puerta del baño está abierta, y supongo que Kenny habrá terminado ya. Cuando hemos llegado, todavía estaba en la ducha.

Una nube de vaho sale del baño, donde los espejos están empañados y el olor a champú inunda el lugar; huele a él.

Nuria se queda en el salón mientras yo termino de prepararme. Me recojo un poco el pelo y me pinto los labios.

Antes de que acabe, escucho la voz de Nuria desde el salón y supongo que acaba de conocer a Kenny.

—Así que no hay cicatriz —le escucho decir, y se me escapa una risa

que hace que me salga con el pintalabios.

Estupendo. Esta noche seré un supervillano de DC Comics.

Me apresuro por terminar y llego al salón justo a tiempo de ver el repasito que le dedica mi amiga a Kenny.

Él está de pie frente al sofá, en muletas, con el pelo mojado y las mejillas sonrojadas por el calor de la ducha. Nuria lo evalúa con descaro. No se corta un pelo.

—No. No hay cicatriz —responde—. Siento decepcionarte.

—No decepcionas —asegura.

Hago un esfuerzo por no poner los ojos en blanco y me acerco hasta donde están antes de que decida lanzarse sobre él.

—¿Tú también me sigues en Samydeanart?

—No. Pero Lena está obsesionada contigo desde que empezamos la carrera. Así que lo sé todo sobre ti.

Carraspeo para llamar su atención. Le daría una patada en el culo por decir eso, pero en realidad tiene razón, y Kenny ya lo sabe, así que no puedo enfadarme.

—¿Nos vamos? —pregunto.

Kenny se gira hacia mí cuando me ve aparecer.

—¿Vais a salir? —pregunta.

Ahora es él quien me mira con atención. Me recorre con la mirada sin inmutarse.

—Vamos a dar una vuelta.

—Unas cuantas vueltas —aclara Nuria—. ¿Te quieres venir?

Kenny levanta una de sus muletas y esboza una sonrisa de disculpa.

—Me temo que no podría seguiros el ritmo. Así que lo dejamos para otra ocasión.

—Es una pena —comenta Nuria, y por la cara que pone sé que le da pena de verdad. No hace más que comerse a Kenny con los ojos. Y estoy segura de que él ya se ha dado cuenta; es de la clase de chicos que se dan cuenta.

Nuria acaba asumiendo que esta noche nos vamos solas y se reúne conmigo en la puerta.

—Pasadlo bien —nos dice él, aunque solo me mira a mí.

Nos despedimos y el frío del invierno me golpea en cuanto salimos del portal.

Me alegra haberme puesto estos pantalones.



Los oídos me zumban y siento cómo me martillea la cabeza. Escucho un quejido estrangulado y tardo unos segundos en darme cuenta de que soy yo la que está profiriendo ese sonido.

Una luz insoportablemente intensa impacta contra mis ojos, y me llevo una mano a la cara para impedir que me ciegue.

Me duelen los pies, la cabeza y cada articulación de mi cuerpo. Y a medida que soy consciente de cuanto me rodea, empiezo a arrepentirme de no haber vuelto antes a casa.

Dios. ¿Por qué siempre dejo que Nuria me líe así?

Aunque mi intención era dar una vuelta, entrar en un par de bares, tomar algo y volver al calor de mi casa, después del segundo bar, hubo un tercero, y un cuarto... Y acabamos de fiesta con unos chicos de la facultad que estuvieron encantados de acompañarnos toda la noche.

—Buenas tardes —escucho una voz que me llega distorsionada, como si mi cabeza estuviera dentro de una pecera y me hablaran desde fuera.

Dejo escapar otro quejido, y Kenny me responde con una carcajada.

—Anoche te lo pasaste bien, ¿eh?

Hago un esfuerzo sobrehumano para incorporarme y me doy cuenta de que estoy en el salón, sobre el sofá, enterrada entre cojines y tapada con una manta que no recuerdo haber cogido.

—¿Te desperté al llegar? —pregunto, con voz ronca.

Un escalofrío me recorre la columna. Todavía siento el frío de ayer.

—No. Tranquila. ¿Por qué narices no has dormido en tu cuarto? ¿Tan contenta ibas?

—No. No bebí —aclaro—. Pero estaba muy cansada, y había tantas cosas encima de mi cama...

Pienso en Nuria, ella sí que bebió; y si yo estoy así sin haber probado ni

gota de alcohol, no quiero ni imaginar cómo estará ella.

Kenny enarca una ceja. La crítica está implícita en esa mirada y esa sonrisa. Pero decide no decir nada.

Me froto las sienes, y me tapo un poco más con la manta.

—¿Vas a comer algo? —pregunta.

—¿Qué?

—Son más de las tres.

—No tengo mucha hambre. Creo que voy a darme una ducha.

Acabo armándome de valor para tirar de la manta y ponerme en pie. En cuanto lo hago, sin embargo, me quedo plantada en el sitio, clavada al suelo.

Kenny sigue mirándome con aire burlón. Su mirada desciende unos centímetros y sé exactamente a dónde mira.

Mierda.

Me había olvidado de que no llevo pantalones.

Kenny no suelta ningún comentario jocoso, ni una sola broma, y eso me preocupa.

—¿Hay alguna posibilidad de que pases por alto...?

—¿Tus bragas? —termina diciendo por mí.

Siento cómo el calor asciende a mis mejillas y me muerdo los labios mientras me agacho para cubrirme con uno de los cojines.

—¡No me mires así! —lo regaño.

—¿Así, cómo? —se burla, encantado.

—¡Así! —bramo, nerviosa. No es que sea pudorosa, pero la forma en la que me mira, con esa ceja oscura y arqueada y esa bonita sonrisa torcida...—. ¡Que no me mires!

Kenny se lleva la mano al pecho, haciéndose el ofendido.

—¿Acaso te he pedido yo que me las enseñases? Prácticamente me has obligado a mirar levantándote así de repente y quedándote ahí quieta una eternidad.

—Cállate, Kenny —le digo, debatiéndome entre salir corriendo o echarme a reír.

—¿Por qué lo has hecho? —me vacila—. ¿Querías que me fijase en algo en particular o...?

La parte de mí que se quiere reír empieza a ganar la partida y se me

escapa una risa nerviosa y un tanto avergonzada.

—¿Necesitas mi opinión? —continúa, incansable—. Porque, si es así, la verdad es que me han decepcionado bastante. Esperaba algo más sexi.

Dejo escapar una carcajada y agarro el propio cojín con el que me cubro para lanzarlo contra él con fuerza. Kenny lo esquivo y me responde con una sonrisa perversa.

—Serás capullo —le digo, incapaz de ocultar que su risa es contagiosa.

Pongo los ojos en blanco y doy media vuelta camino a mi cuarto, fingiendo que no sé que sigue mirándome el culo.

Después de darme una ducha caliente y ponerme ropa cómoda, paso el resto del día con Kenny, viendo series hasta que es la hora de cenar y, para entonces, ya tengo apetito.

Llevo un rato a punto de quedarme dormida en el sofá. Ahora estamos viendo una película, pero ninguno de los dos le está haciendo mucho caso. Más bien, está de fondo. Yo estoy repasando un trabajo que tengo que entregar la semana que viene, y Kenny se dedica a dibujar en su pequeño cuaderno de bocetos.

De cuando en cuando, deja de dibujar, se queda mirando el papel distraídamente y se frota la pierna. Por su gesto, parece que le duele.

Al cabo de un rato, me doy cuenta de que me mira más de la cuenta y me giro hacia él.

Me mira descaradamente, sin pudor algo, ladea ligeramente la cabeza, pensativo, y vuelve a centrarse en su dibujo.

—¿Me estás dibujando?

—Sí.

—¿Sin mi permiso?

Kenny aparta los ojos de su obra solo para mirarme y enarcar una ceja.

—¿Acaso tú me lo pediste a mí?

—*Touché* —admito.

Me quedo unos instantes mirándolo, y acabo dejando mis apuntes en la mesita del salón.

—¿Cómo lo estás haciendo?

—¿Puedes volver a coger esos papeles, por favor? —me pide, ignorando mi pregunta.

—¿A lápiz?

—Esa es una pregunta un tanto extraña teniendo en cuenta que tengo un lápiz en la mano —responde.

—Pero ¿cómo lo vas a hacer? ¿Luego lo vas a hacer en digital? ¿Vas a usar pinturas? ¿Acuarelas?

—Te estás moviendo —gruñe.

—Solo quiero saber qué estás haciendo —protesto—. Soy una de tus mejores admiradoras. Merezco saberlo. —Me inclino un poco sobre el sofá, poniéndome de rodillas y acercándome a él.

Kenny cierra el cuaderno de golpe y me dedica una mirada capaz de derretir los polos.

—No me sale.

—No te sale —repito—. ¿Qué es lo que no te sale?

Kenny suspira, y estira el brazo para dejar el cuaderno en el suelo, al otro lado y lejos de mi alcance.

—Me gustaría dibujarte.

—Ahora sí pides permiso —bromeo.

—Necesito más tiempo, que estés quieta más tiempo. Quiero hacer unos cuantos dibujos tuyos.

—¿Unos cuántos?

—Sí. Tienes unos rasgos bonitos.

—¿Eso ha sido un piropo? —inquiero, encantada.

—No te lo creas demasiado —me advierte, y tira de mí para que me sienta de nuevo junto a él.

Me pasa un brazo por encima de los hombros y me atrae hasta que quedo recostada contra su pecho.

Hace poco que nos conocemos en persona, pero me encanta la familiaridad con la que me rodea los hombros o me acerca a él.

—Entonces, ¿me vas a dejar?

—Claro.

—¿Crees que serás capaz de estarte quieta?

Me río un poco.

—Lo intentaré.

Nos quedamos así un rato, sin hacer caso de la película que tenemos

delante. Estamos hablando durante un tiempo y, al final, cuando los párpados me pesan demasiado y Kenny empieza a bostezar, acabamos acostándonos.

Lena

Capítulo 6

Aprovecho la mañana del domingo para terminar el trabajo de anatomía artística. Me he levantado pronto y, cuando he desayunado, la puerta del cuarto de Kenny todavía estaba cerrada.

Sin embargo, un par de horas después, empiezo a escuchar movimiento en la cocina, y no pasan ni dos minutos antes de que Kenny se presente en mi cuarto. Llama antes de entrar y se asoma discretamente.

—Buenos días —me saluda, con voz ronca—. ¿Ya has desayunado?

—Sí, hace un rato.

—¿Quieres desayunar otra vez?

Me río.

—No, gracias.

Kenny asiente y da media vuelta sobre sus muletas para desaparecer en la cocina. Yo vuelvo a prestar atención a lo que estoy haciendo. No obstante, en apenas unos minutos, aparece de nuevo en mi cuarto. Esta vez viene sin muletas, porque tiene las manos demasiado ocupadas como para llevar nada más. Bajo el brazo derecho tiene un cuaderno de dibujo, en esa mano un *croissant* y en la otra una taza y un lápiz.

—¿Qué haces? —Sonrío.

—Voy a dibujarte. En eso quedamos, ¿no?

Kenny apoya la espalda sobre la pared y se deja caer al suelo. Deja la taza y el *croissant* y empieza a pasar las hojas del cuaderno.

—Entonces, ¿me doy la vuelta o...? —murmuro, desconcertada.

Todavía no he terminado el trabajo, pero lo cierto es que no me importaría hacer una pausa.

—No. Tú sigue trabajando. No poses.

Vacilo.

—¿Vas a quedarte ahí mientras yo trabajo?

—Ese es el plan —contesta.

—¿Seguro...? —murmuro.

—Venga, a lo tuyo —insiste.

Me encojo de hombros y me giro de nuevo en mi asiento. Intento centrarme en lo que estaba haciendo, pero es un poco difícil sabiendo que Kenny está ahí sentado mirándome.

—¿Estás cómodo ahí tirado? —Me vuelvo hacia él.

—No te distraigas. —Me regaña.

Me muerdo los labios y decido intentar hacerle caso. Sigo a lo mío. No me falta mucho para terminar, pero me gusta ser perfeccionista y perfilar hasta el último detalle. Mientras continúo, me pregunto si Kenny dibujará también los pelos de loca que llevo.

Ni siquiera me he peinado. Me he recogido todo el pelo en un moño alto que se ha ido despeinando poco a poco y que ahora seguro que no parece más que una maraña de rizos ensortijados.

Me llevo una mano al pelo discretamente y lo acomodo un poco sin moverme de mi sitio.

—Tranquila, que estás muy guapa —murmura Kenny cuando me ve, sin despegar la vista del cuaderno.

Se me escapa una sonrisa tímida y me muerdo los labios. No quería que se diera cuenta.

La situación es un poco surrealista. No me importa que quiera dibujarme y tampoco me habría molestado posar. Pero que esté ahí sentado sin que yo le haga caso me resulta un poco extraño. De hecho, me pone un poco nerviosa, aunque en el buen sentido. Estoy impaciente por ver lo que está haciendo.

Permanecemos así un rato: yo intentando concentrarme en lo que tengo entre manos, sin mucho éxito, y él atento a cada uno de mis movimientos.

No hablamos más. Ambos guardamos silencio.

Normalmente suelo abstraerme. Cuando estoy en esta habitación y me pongo a trabajar, se me olvida cuanto me rodea. Me resulta demasiado fácil dejarme llevar y perderme en lo que estoy haciendo.

Hoy, sin embargo, es diferente.

Kenny tiene una mirada muy intensa. Ojos azules, cejas oscuras y una expresión muy característica que solo le pertenece a él. Siento su mirada clavada en mí, y soy consciente de ella en todo momento. Pero no me siento

incómoda. Incluso así, cuando sé que me observa con atención, con esa forma de mirar tan intensa, estoy cómoda con él.

Cuando termino, no sé muy bien qué hacer. Kenny está tan concentrado, trazando líneas sobre el papel sin moverse más que para mirarme, que no me gusta la idea de interrumpirlo.

Sus manos se mueven con agilidad. Ya le había visto trabajar antes, en el hospital y un par de veces desde que nos hemos mudado, y en esas ocasiones también me he permitido admirar sus manos.

Me gustan. Tiene manos de artista. Dedos largos y ágiles, que viajan sobre el papel con rapidez. Sus manos son grandes pero esbeltas, gráciles...

Cuando Kenny vuelve a mirar hacia arriba, se topa con mi mirada y sonrío.

—Sigue a lo tuyo.

—Es que he terminado —confieso.

—¿Ya? —pregunta—. Bueno, el dibujo casi está.

Me levanto del asiento y me acerco a él. Estoy casi segura de que no me va a dejar verlo. Sin embargo, no se mueve cuando me siento a su lado y me pego a él con curiosidad.

Es hermoso.

Distingo a la perfección su estilo en los trazos que conforman mi figura. Soy yo..., y no soy yo. Me quedo embebida mirando el dibujo.

Aún no ha terminado, sigue perfilando los últimos detalles, y yo soy incapaz de apartar la vista.

—Salgo tan guapa... No parezco yo.

Kenny alza la mirada y me observa. Estamos a tan solo unos centímetros, y vuelve a bajar la vista enseguida.

—Sí que pareces tú —replica.

—O una versión mía mejorada.

—No hay nada mejorado —protesta.

Sigo pensando que salgo demasiado guapa, pero decido no discutir. Su estilo me encanta, me enamoré de sus dibujos la primera vez que los vi. Y si alguien me hubiese dicho hace tres años que Kenny Nordskov se sentaría en el suelo de mi cuarto, con una taza de café y un *croissant* para dibujarme mientras trabajaba, no lo habría creído.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Pero te gusta, ¿no? —pregunta, como si no supiera ya la respuesta.

—Es precioso.

Permanezco así unos instantes, apoyada en él mientras termina de trazar las últimas líneas del dibujo. A su lado, sentirse en paz es fácil.

Quizá solo lo esté sintiendo yo. Tal vez, para él, esto no signifique nada y solo seamos dos artistas sentados en el suelo, siguiendo sus trazados sobre el papel. Sin embargo, yo siento que nos quedamos atrapados en un lugar donde no existe el tiempo, en un instante entre ahora y ninguna parte. Siento que descubrimos un lugar que el resto del mundo no ha descubierto aún; un lugar cálido, silencioso, atrayente...

Colores.

Un aroma.

Suavidad y precisión.

Y sus manos.

Kenny

Capítulo 7

Erik está callado desde que hemos salido del piso.

Normalmente me habría interrogado sobre la nueva situación, pero todavía no ha dicho ni mu. Y eso es preocupante viniendo de Bambi.

Hoy tengo que hacerme un par de pruebas rutinarias para el seguimiento del ensayo en el que participo. Después, me toca ir a fisioterapia. Iba a ir en autobús, como he estado haciendo todos estos días, pero Erik ha insistido en llevarme en el coche de nuestros padres.

—¿Hoy no tienes entrenamiento?

—No voy a entrenar todos los días —contesta.

—Todos los días no, pero los lunes sí.

Se queda en silencio unos instantes.

—Pues hoy no he ido.

Dejo escapar un suspiro y espero a que termine de aparcar para volver a hablar. Cuando va a salir del coche, no se lo permito.

—¿Por qué no has ido? —quiero saber.

—Porque no me apetecía.

—Mentira. Siempre te apetece saltar.

—¿Qué quieres que te diga, Kenny? —pregunta.

—La verdad —contesto—. Estás preocupado por mí.

—Claro que estoy preocupado. Eres mi hermano —protesta.

—Tu hermano mayor. Estoy bien y sé cuidarme solo. —Cojo aire e intento armarme de paciencia—. Mira, sé que estás nervioso con todo esto. Nunca he vivido lejos de vosotros o del hospital, pero es un cambio que necesitaba hacer.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Qué tenía de malo quedarte con tu familia? Me parece bien que quieras salir del hospital si estás mejor, pero podrías haberte mudado con nuestros padres o conmigo.

Sacudo la cabeza.

—Ya te lo expliqué, Erik. Tú no lo entiendes, porque siempre has tenido todas esas cosas que yo no, y no lo aprecias. Has estado un mes entero entrenando en Viena, has ido a la universidad, has salido fuera de viaje o a competir, has vivido solo, has compartido piso con amigos... Yo no he hecho nada de eso. Ya sé que estaría bien contigo o con nuestros padres, pero siempre he estado rodeado de gente que me cuida. Necesito probar qué pasa cuando estoy solo.

—¿Qué pasa con Lena? —inquire, desconcertado.

—Lena es diferente. No es de mi familia. No es un médico. Se preocupa por mí, pero es diferente. Es...

—Una amiga —comprende.

—Exacto. Es una amiga. No tiene por qué preocuparse por mí, porque no nos une la sangre, y tampoco le pagan por hacerlo. Y, aun así, lo hace. —Hago una pausa para volver a coger aire y miro a mi hermano—. Mira, quiero conocerme mejor, ver cómo soy cuando no estoy contigo; cuando estoy solo. Tengo veinticuatro años y quiero descubrirme a mí mismo.

Una lenta y estúpida sonrisa se dibuja en sus labios.

—Cuando te sale la vena poética eres muy sensible.

—Cállate —le digo, con cierto cariño—. No te preocupes tanto, ¿vale? Ya hiciste una gran estupidez viniendo hasta aquí solo por mí. Podrías estar con la parisina comiendo *croissants* y elegiste esperar medio año para volver a verla. Ya has sacrificado mucho, es suficiente. Estoy bien. Un tratamiento jamás había funcionado tan bien. Ya no tengo que usar la silla de ruedas para nada y cada vez me duelen menos las piernas. Tú olvídate de mí, ¿vale? Me parece bien que de vez en cuando me visites, pero no puedes dejar de entrenar o de ir a clase para traerme en coche al hospital. Hay metro y autobuses, y sé cómo usarlos.

Erik ha fruncido un poco el ceño, haciendo un mohín que conozco bien y que le hace parecer taciturno, pensativo.

—Está bien —acaba decidiendo.

—¿Me vas a hacer caso?

—Sí.

—¿Vas a volver a París con Kat?

—No —contesta, con cierto tono de reproche.

—Tenía que intentarlo —le digo, pero no insisto más.

Sé perfectamente que su corazón está dividido. Quiere estar en dos sitios diferentes, y elija el que elija nunca va a ser completamente feliz porque siempre estará pensando en ese otro lugar que ha dejado atrás. Así que decido no volver a sacar el tema. Hace poco más de un mes que se despidió de Kat y sé que lo está pasando mal.

—Entonces, déjame aquí y vete a entrenar —le digo.

—¿Seguro?

—Claro —contesto—. Estaré bien. Ahí dentro no vas a hacer nada más que aburrirte.

Erik parece pensárselo. Sé que la idea no lo convence del todo, pero acaba cediendo y asiente con la cabeza.

—¿Me vienes a buscar? —le pregunto—. Damos una vuelta y tomamos algo.

Mi hermano vuelve a asentir fervientemente, conforme.

Me despido de él y hacemos lo que hemos acordado. Me quedo en el hospital hasta que terminan las pruebas y voy a fisioterapia. Después aviso a Erik y pasamos por ahí el resto de la tarde.

Es agradable salir, entrar en un bar sabiendo que luego seré capaz de salir por mi propio pie; pasear despacio, pero pasear; disfrutar incluso del frío o de los empujones de la gente que no mira por dónde va...

Para cuando llego al piso, estoy cansado, pero me siento bien. No es el tipo de cansancio que sentía cuando estaba en el hospital en París, cuando notaba las piernas pesadas, agarrotadas y tirantes. Es un cansancio agrisado, más suave, ligero, un cansancio provocado por haber andado más que ayer, pero menos que mañana.

Cuando entro en casa, el sonido de la ducha me recibe desde el baño. Escucho a Lena canturrear al otro lado y se me escapa una sonrisa.

Voy hasta la cocina y me doy cuenta de que ya ha preparado la mesa. Así que supongo que me está esperando para cenar. Como no sé qué tiene pensado cocinar y tampoco hay mucho más por hacer, dejo las muletas y me siento en el sofá con la *tablet* para ver qué se cuece por Samydeanart.

Parece que Lena ha subido otro trabajo.

Me fijo en que cada vez tiene más comentarios, más visitas, y en que

hay más hilos de conversaciones en las que hablan de ella. Hay mucho más movimiento en su cuenta que hace solo unos meses. Es buena, y la gente empieza a darse cuenta.

Voy hasta su último dibujo y lo admiro durante un rato.

Este no estaba colgado en las paredes de su cuarto ayer, así que debe de ser nuevo.

Son unas manos de hombre, dibujadas solo a lápiz, con sombras muy pronunciadas que confieren fuerza al dibujo y otras zonas que transmiten sensación de blandura, de suavidad.

Son manos en movimiento, aunque sería imposible adivinar en qué tarea están inmersas. Parecen ágiles, fuertes y delicadas al mismo tiempo.

Bajo el dibujo, en letras blancas sobre un fondo oscuro, se lee:

Embeberse en la experiencia de haber estado en un lugar donde nadie más ha estado nunca. Y tener la certeza de que ese lugar solo existe cuando se unen dos caminos.

Los nuestros.

Me gusta el texto y también el dibujo; es bueno.

Y, además, son mis manos.

Lena

Capítulo 8

Esta semana va a acabar conmigo.

Tengo tantos trabajos por entregar, y hay tantas clases, que apenas tengo tiempo para respirar. Me gusta lo que estudio, lo adoro. Sin embargo, cuando trabajo bajo presión siento que no disfruto por completo de lo que estoy haciendo y eso me molesta. Los estudios no deberían ser así.

Además, me estoy jugando mucho.

El año que viene, el último, tenemos que presentar el trabajo de fin de grado. Los mejores proyectos se llevarán una beca al estilo de los premios que repartía la Academia de Bellas Artes de París en sus inicios. Quienes la ganen tendrán un año entero para viajar por toda Europa, visitar los mejores museos y galerías de arte, asistir a los mejores encuentros entre artistas, recibir clases y presentar sus trabajos en exposiciones.

Es un lujo, y yo necesito esa beca. Quizá, si le pidiera el dinero a mi madre, diría que sí. El dinero nunca ha sido un problema en nuestra familia, pero si hago eso no podría perdonármelo a mí misma; esto quiero ganarlo por mi cuenta, porque lo merezca.

Necesito que mi proyecto esté entre los elegidos para poder viajar, aprender y dibujar. Pero no solo basta con hacer una buena propuesta en el último momento. Además del proyecto final, se tienen en cuenta las notas; no es lo que más importa, pero las miran, y yo... Bueno, estos dos años me lo voy a tener que currar un poco más que el resto.

Hoy me he reunido con Nuria en una de las cafeterías del campus para comer. Estos días las dos estamos de trabajo hasta el cuello, así que hemos decidido comer juntas para ponernos al día.

A estas horas el sitio está abarrotado. Se escuchan las sillas rozando el suelo, la cubertería chocando entre sí y el sonido proveniente de la cocina. Llevo todo el día rodeada de ruido y estoy deseando poder llegar a casa para encerrarme en mi cuarto y disfrutar de un poco de silencio.

—Bueno, entonces, ¿qué tal van las cosas con tu nuevo compañero de piso? —pregunta Nuria.

Desde que salimos aquel día de bares y conocí a Kenny, no hemos hablado más que por mensajes y la verdad es que no sabe mucho.

—Genial —contesto, con sinceridad—. Es alucinante tener a Kenny Nordskov en el cuarto de al lado.

—Ya lo creo que sí —comenta, enarcando un poco las cejas. En cuanto veo su expresión, capto a dónde quiere ir a parar.

—No me refería a eso.

—Ya lo sé. —Se ríe—. Pero, vamos, ahora que has visto cómo es físicamente tu vikingo atormentado, ¿no te lo has planteado?

Se me escapa una risa por cómo lo ha llamado.

—¿El qué?

Nuria me mira como si fuera tonta. Quizá sí que me esté haciendo la tonta.

—¿No ha pasado nada de nada entre vosotros? —insiste.

—Nada de nada.

—¿Y no quieres que pase? —continúa, persistente.

Por toda respuesta pongo los ojos en blanco y enarco una ceja.

—Entonces, ¿crees que podrías invitarme a casa esta tarde? —pregunta, tras una larga caída de pestañas.

—¿A casa?

—Sí. Ya sabes. Subimos a tu piso, nos ponemos a ver una peli, te surge algo en tu cuarto y te ausentas un rato...

La miro de hito en hito.

—¿Te gusta Kenny?

De nuevo, ahí está esa mirada condescendiente.

—No lo sé, Lena. No lo conozco. Por eso quiero quedarme a solas con él. Si a ti te parece bien, claro.

—Eh... sí —contesto, desconcertada.

Nuria se pone en pie esbozando una sonrisa. Las dos hemos terminado de comer, aunque yo tengo menos ganas de levantarme de la mesa que ella, porque hacerlo significará que debo volver al trabajo.

—Entonces, quedamos en eso.

—Tengo muchas cosas que hacer —le advierto—. Así que no podrá ser durante mucho tiempo.

—Solo un rato —asegura, encantada, y comienza a alejarse mientras se despide con la mano.

Me quedo ahí sentada, intentando concienciarme de que debo volver al trabajo.

Suspiro. Tal vez invitar a Nuria a casa con esos fines no ha sido buena idea.



Para cuando llegamos a casa, Kenny ya ha vuelto del hospital. Está sentado con su *tablet* en el sofá, escribiendo algo en Samydeanart. No necesito mucho tiempo para convencerle de ver una película con nosotras y, entonces, nos sentamos juntos.

La verdad es que el plan de Nuria no me hace mucha gracia; al fin y al cabo, es como una encerrona, ¿no?

Me encargo de hacer palomitas mientras escucho cómo se ríen de algo que Nuria ha dicho. Ella se ha sentado en un extremo del sofá y Kenny en el otro. Yo ya he decidido sentarme en el sillón que está junto al de Nuria. No obstante, cuando entro en el salón, Kenny palmea el sitio que hay a su lado con una sonrisa y no puedo más que tomar asiento donde me pide.

Llevamos ya veinte minutos de película, aunque yo todavía no me he enterado de qué trata. No dejo de preguntarme si lo que estamos haciendo está bien, y en las implicaciones que tendrá.

¿Y si se gustan de verdad?

No puedo imaginar a Kenny saliendo con Nuria. De hecho, no puedo imaginarlo saliendo con alguien. Sería... raro.

Sé que ha estado con alguna chica. Lo sé por sus trabajos y por los textos que ha escrito en Samydeanart; no hay que ser un lince para darse cuenta. Aun así, me cuesta imaginarlo saliendo con alguien, y menos con mi amiga.

Recuerdo una imagen que subió hace tiempo. Era un dibujo precioso de

una chica. Líneas suaves, sinuosas y blandas, mucho más delicadas que de costumbre. No se le veía bien la cara, porque estaba de espaldas, dormida, enredada en las sábanas de una cama deshecha.

Aquel dibujo despertó mucho interés entre sus fans.

Me pregunto cómo la dibujaría. Kenny no es de los que sacan fotos para tener referencias. Él dibuja en vivo y en directo. Así que imagino cuánto tiempo tuvo que estar ahí sentado, frente a ella, mientras la chica dormía y él hacía un dibujo increíble.

—Me acabo de dar cuenta de que tengo algo que hacer —declaro, de pronto. Espero que no haya sonado muy forzado—. Nuria, ¿te importa si te dejo aquí un rato? No voy a tardar mucho.

—Ve tranquila —contesta, con una sonrisa.

Kenny me sigue con la mirada, interrogante, pero no dice nada. Dejo ahí el bol de palomitas y le doy a Nuria una excusa perfecta para ocupar mi lugar.

Voy hasta mi cuarto y cierro la puerta a mi espalda, aún reticente por lo que estoy haciendo. Confío en Kenny y sé que él confía en mí, y hacerle esta encerrona me hace sentir como si estuviera traicionando esa confianza.

Pero ya es tarde para echarse atrás. Así que decido resignarme y sacar algo provechoso de todo esto adelantando trabajo.

De vez en cuando escucho sus murmullos apagados desde el salón. Parece que ellos tampoco están prestándole mucha atención a la peli. Escucho a Nuria reírse y a Kenny comentar algo.

Procuró dejar de pensar en ellos, pero es difícil concentrarse sabiendo que están ahí fuera. Algo de todo esto me inquieta más de lo que me gustaría, y la culpa crece en mi interior mientras me esfuerzo por no darle tanta importancia.

Al cabo de un tiempo que se me hace demasiado largo, Nuria se cuela en mi cuarto sin llamar. La música de los créditos finales de la película se escucha desde aquí.

—¿Ha terminado? —pregunto.

Ella asiente, sonriente.

—¿Y bien? —inquiero, un poco nerviosa por su respuesta.

Nuria se encoge de hombros.

—Gracias por organizar esto, pero no es para mí.

No sé por qué, pero escuchar eso me alivia un poco.

—Es muy serio, muy... frío y taciturno. Parece un buen tío, pero ya sabes que a mí me gustan más divertidos, más movidos. —Suspira, pesarosa—. Es una pena, porque está como un tren. Pero, en fin, ¿qué se le va a hacer?

Se encoge de hombros y yo la imito.

Me quedo pensativa. Puede que Kenny parezca serio, pero no lo es en absoluto. Tiene siempre un aire taciturno que le hace parecer enigmático, frío, pero, en realidad, es muy simpático. Es divertido y un poco canalla. Y es una de las personas más buenas que conozco... Aunque todo esto no se lo digo a Nuria.

—Bueno, entonces me voy a ir ya.

—¿Te vas?

—Sí. Las dos tenemos trabajo que hacer; trabajo de verdad. Así que no te entretengo más. Hablamos pronto, ¿vale?

Asiento sin decir nada y la acompaño hasta la puerta. Kenny la despide desde el salón con una inclinación de cabeza.

Cuando la puerta se cierra tras ella, yo vuelvo a mi cuarto para seguir trabajando, pero antes incluso de sentarme frente al escritorio ya escucho las muletillas de Kenny al acercarse.

Se detiene en el umbral de la puerta y se queda ahí apoyado sin decir ni mu, con las cejas ligeramente arqueadas y una expresión divertida en el rostro, como si esperase que yo fuera a decir algo.

—¿Qué tal ha estado la película? —acabo preguntando, porque me pone nerviosa que se quede mirando sin decir nada.

Kenny me ignora y, en lugar de eso, pregunta:

—¿De quién ha sido la idea de la cita a ciegas?

Echo la cabeza hacia atrás y me muerdo los labios.

—Lo siento —me disculpo, ligeramente avergonzada.

—Así que ha sido cosa de Nuria.

No me gusta contarle sus planes, pero tampoco quiero mentir a Kenny y, de todas formas, él ya se ha dado cuenta.

—Solo quería conocerte, ver cómo eras.

—Ya —contesta.

Camina hasta la cama y deja las muletas en una esquina para sentarse. Yo giro en mi silla, de frente a él, y me quedo mirándolo.

—¿Tan obvio ha sido?

—Un poco. —Esboza una sonrisa y mira por encima de su hombro, hacia la pared donde están colgados mis dibujos—. Nuria no es mi tipo —dice, volviéndose de nuevo hacia mí, serio.

No lo voy a negar, escuchar eso me tranquiliza de cierto modo.

—No estás enfadado, ¿verdad? —pregunto, sintiéndome cada vez más culpable.

Él sacude la cabeza con lentitud.

—Tranquila, me voy a tomar esta encerrona como un halago.

Asiento, con la conciencia más tranquila. Kenny sigue mirándome, como si esperase algo.

—¿Tienes mucho trabajo que hacer?

—Algo —contesto.

—Entonces, supongo que no querrás ver una peli conmigo.

—Puedo permitirme un descanso —acabo diciendo, más para convencerme a mí que a él.

Kenny sonrío, satisfecho, y yo sonrío también.

Esa sonrisa es de todo menos fría.

Lena

Capítulo 9

Lo peor ya ha pasado.

Ya he entregado todos los trabajos que me estaban volviendo loca y, aunque aún tengo unas cuantas cosas que hacer antes de las vacaciones de carnaval, estoy más tranquila.

He empezado a pintar unas pequeñas esculturas de escayola con el pincel, pero he acabado usando los dedos, y ahora tengo que tener cuidado de no tocar en ningún sitio que no quiera pintar.

Llevo un tiempo en mi cuarto, ajena a cuanto me rodea, entre estas cuatro paredes llenas de dibujos, fotos y trabajos. El álbum *Badlands* de Halsey suena en mi portátil y estoy tan a gusto que ni siquiera se podría llamar trabajo a lo que estoy haciendo.

Quizá, por eso, no escucho a Kenny llegar a casa.

Me doy cuenta de que está ahí, mirándome, y ni siquiera sé cuánto tiempo lleva de pie junto a la puerta.

—¿Dónde estabas? —pregunta, sonriente.

—Lejos —contesto.

Kenny deja las muletas junto a la puerta y se acerca a mí despacio, interesado.

Es muy curioso.

Observa por encima de mi hombro, con las manos en los bolsillos, prestando atención a las pequeñas esculturas de escayola que tengo delante.

—¿Qué son? —pregunta, e intenta coger una de ellas.

—¡No lo toques! —protesto, y ni siquiera sé cómo apartarla de él, porque yo tampoco puedo tocarla si no quiero llenarla de color.

—No la voy a estropear.

—Sí que lo vas a hacer —replico, alzando el brazo entre las esculturas y él.

Kenny frunce el ceño, pero parece divertido; y, ahora, aún más

intrigado.

—Creía que eras una de mis mayores admiradoras.

—Y lo soy.

—¿Y crees que voy a estropear tu trabajo por tocarlo? —insiste.

Vuelve a alargar el brazo hacia la escultura, pero yo soy más rápida, y le doy un toque en el dorso de la mano.

—¡Eh! —protesta—. ¡Me has manchado!

—Pues no lo toques —contesto, muy segura.

Kenny, sin embargo, no tiene intención de obedecer. Intenta atrapar otra y a mí se me escapa la risa mientras me pongo delante y procuro no manchar nada con las manos.

—¡No seas infantil!

—¿Quién está siendo infantil? Eres tú la que no deja que nadie toque su juguete nuevo.

—¡No es un juguete! —Me río—. ¡Es un trabajo y lo vas a estropear!

Él insiste, encantado. Forcejamos e intento retenerlo hasta que se dé por vencido, pero, entonces, acabo tocándolo.

Kenny se yergue, sorprendido, y parpadea. Yo dejo de reír y me muerdo los labios para contener una sonrisa que seguro que no le hace gracia.

Ahora tiene la marca de tres dedos de pintura en la mandíbula, parte del cuello y el borde de la camiseta.

—Me has manchado. Ahora tienes que dejarme ver qué estás haciendo sí o sí.

Kenny vuelve a inclinarse sobre mí y yo me río, incapaz de creer lo cabezón que puede llegar a ser. Cuando se agacha y lo veo de cerca, sin embargo, me doy cuenta de algo.

—Espera —le pido, levantándome de mi asiento y obligándolo a dar un par de pasos atrás.

Antes de que pueda apartarse, le toco la mejilla contraria con la mano y él me devuelve una mirada perpleja. Se lleva los dedos allí y los observa cuando comprueba que, efectivamente, le he manchado aún más la cara.

—¿Qué...? —murmura, a cuadros, pero no le dejo acabar.

—Déjame sacarte una foto así —digo, con rapidez.

Kenny enarca una ceja.

—¿Para...?

—Para mi muro. Tú no lo ves. Todavía no lo ves —aseguro, con rapidez, dándome la vuelta para coger más pintura—. Pero está ahí. Es una foto estupenda. Déjame que te manche un poco más.

—Eh, eh... Espera. No puedes subir una foto mía. No hay fotos mías en Samydeanart —me recuerda.

—Solo la mandíbula, los labios, el cuello... hasta la cadera. Vas a estar irreconocible, te lo prometo.

Kenny me dedica una expresión interrogante, curiosa, divertida. Pero los dos sabemos, desde que esboza una sonrisa torcida, lo que va a contestar.

—Está bien —acaba cediendo.

Acto seguido se lleva las manos al borde de la camiseta y tira para deshacerse de ella. La arroja a la cama echa una bola y extiende los brazos.

—Adelante. Soy todo tuyo.

Me quedo sin aliento y procuro tomar aire.

Es la primera vez que lo veo sin camiseta, y no puedo evitar concederme un par de segundos curiosos antes de volver a mirarlo a los ojos. Aunque su constitución se adivina bajo la ropa más ligera, no lo había imaginado así.

Es delgado, pero de una delgadez fibrosa. Líneas suaves delimitan sus músculos, sus pectorales y sus abdominales.

Vale. Está muy bueno. Está tan bueno que los dos segundos se convierten en un par más. Pero, a pesar de eso, decido volver a centrarme en lo que tenemos entre manos. Sonrío, triunfante, y empiezo a llenarlo de azul justo cuando *Colors*, de Halsey, empieza a sonar por toda la habitación.

—Muy apropiado —comenta.

—Pero es triste.

—Me gusta —sentencia.

—No te muevas —le ordeno, bajito. De nuevo, me pierdo en lo que estoy haciendo.

Kenny me mira sin perder detalle mientras yo deslizo los dedos sobre sus hombros. Me esfuerzo por llenarlo de colores mientras procuro que no se me note que esto me pone un poco nerviosa.

Resulta que no me había dado cuenta de que tendría que tocarlo de esta forma hasta que he empezado. Ahora desciendo mis manos por sus pectorales

y deseo no sonrojarme.

Vamos, es Kenny. Tengo suficiente confianza con él como para manosearlo un poco sin avergonzarme demasiado, ¿no?

Azul, morado, y negro.

Desde la mandíbula hasta la cinturilla de sus vaqueros está lleno de colores; y es, sencillamente, una obra maestra.

Y no solo por sus abdominales.

Pasamos así una eternidad que es, a la vez, como un suspiro; con Halsey de fondo y la luz de la calle entrando por la ventana.

Cuando voy a coger la cámara para sacar la foto, Kenny hace un amago de encender la luz. El tiempo ha pasado tan rápido que ni siquiera nos hemos dado cuenta de que ha oscurecido tanto.

No obstante, le pido que espere. Enciendo tan solo la luz de la mesita de noche y le pido que se ponga contra la pared.

Kenny se mete las manos en los bolsillos y mira directamente a la cámara.

—Levanta la cabeza —le pido.

Él obedece y alza el mentón.

Ajusto la cámara y le saco unas cuantas fotos aprovechando el halo enigmático de esta pobre luz.

La verdad es que es muy guapo. Y fotogénico; muy fotogénico.

Vuelvo a preguntarme por qué no sube fotos tuyas a su muro, pero no lo digo en voz alta. En lugar de eso, continúo retratándolo hasta que tengo fotos de sobra.

Quizá, con la primera habría bastado. Pero sale tan bien...

Lena

Capítulo 10

Vuelvo a posar para Kenny.

Después de lo que me dejó hacerle, me parece un buen trato. Todavía no he tenido tiempo para ver las fotos y elegir una, pero sé que la mayoría son increíbles.

Cuando terminamos aquel día, se metió en la ducha y estuvo soltando improperios hasta un buen rato después. Al parecer, la pintura no se iba tan fácil como creíamos.

A mí no me importó demasiado; valió la pena. Pero él no opina igual, así que ya hemos acordado cómo compensarle. Por eso estoy aquí, sentada junto a la ventana, quieta y en silencio, con miedo de respirar, moverme y que Kenny me regañe.

Está concentrado. Sus ojos se oscurecen cuando dibuja y su mirada se vuelve aún más intensa.

Me gustan sus ojos porque transmiten mucho. Son expresivos, canallas, desafiantes, quizá un poco tristes, astutos, despiertos...

—Lena.

Cuando pronuncia mi nombre, casi doy un respingo, porque creo que me ha pillado mirando y se ha enfadado por moverme. Sin embargo, no parece molesto.

—¿Puedes...?

Hace un gesto con la mano, pero no sé a qué se refiere, y me giro un poco para mirarlo mejor.

—No, no, no. —Sacude la cabeza—. Tú no te muevas. No te muevas.

Kenny se pone en pie, olvidando las muletas que están junto a él, apoyadas en su cama, y se acerca hasta donde estoy con lentitud.

Yo me mantengo en la misma postura, mirando al frente, mientras un rayo de luz que se cuele por la ventana hiere mi mejilla. Él se agacha un poco, hasta que su rostro queda a tan solo unos centímetros del mío.

Contengo el aliento.

Siento sus dedos en mi sien, en el nacimiento del pelo, retirándolo hacia atrás con suma lentitud, provocándome un estremecimiento. Luego, hace lo mismo en mi hombro, rozando mi piel, y acaba volviendo a su sitio.

Quizá sean imaginaciones mías, pero parece que anda más ligero que cuando se mudó aquí.

Llevo ya mucho tiempo posando, y empiezo a inquietarme. Sé que no le va a hacer gracia que hable; pero, si quiere que siga aquí, tendrá que hacer algo para que no me muera de aburrimiento.

Decido preguntar algo que me ronda la cabeza desde hace tiempo.

—¿Por qué no subes fotos tuyas a Samydeanart?

—Soy un chico tímido —responde, y casi puedo ver su sonrisa burlona.

—Venga, dime la verdad. Hay un montón de teorías en internet. Pero, ahora que te conozco, todas carecen de fundamento.

—Oh, teorías del mundo fan —comenta, jocosamente—. Sorpréndeme, ¿por qué pensabas tú que era?

—Porque eras feo —le digo, para picarle.

Él se ríe.

—Pues ya sabes que no es por eso —dice, altanero—. ¿Qué más teorías hay por ahí? La curiosidad me mata —bromea.

—Ya sabes que hay quien cree que tienes una cicatriz horrible.

—Tengo una, pero no en la cara.

—¿Tienes una? —me sorprende.

Kenny se lleva la mano a la cabeza y señala un lugar entre el pelo.

—Me la hice de pequeño. Me caí —aclara—. Con el pelo no se ve. ¿Qué más cuentan por ahí? —insiste interesado.

Miro a mi alrededor discretamente, haciendo memoria. Su habitación es como la mía; aunque parece más pequeña porque la cama es más grande. No hay dibujos en las paredes y el escritorio está tan ordenado que me entran ganas de traer algunas de mis cosas solo para darle un poco de vida a la habitación.

—Otros creen que lo haces por la expectación; que sabes que eso crea intriga, que te gusta que hablen de ti. Creen que eres un narcisista. ¿Y bien? ¿Por qué no subes fotos tuyas?

—Creo que seguiré manteniendo el misterio. —Sonríe.

—Narcisista —comento, y él se ríe. De nuevo, vuelvo a fijarme en el escritorio, y no puedo contenerme—. ¿Por qué tienes todo tan ordenado?

—¿De qué hablas?

—Tu cuarto está impecable. Me molesta.

Se ríe.

—¿Te molesta que sea ordenado?

—¡Sí! Es como si no te hubieras mudado. Esto no es un hotel que dejas a los días, ¿sabes? Tienes que tener ropa tirada por el suelo, el escritorio lleno de papeles y las paredes con dibujos.

—Como tu cuarto —dice, arqueando ligeramente las cejas.

—¡Exacto! Necesitas un poco de caos.

A Kenny le entra la risa y sacude la cabeza. Después, me mira y se encoge de hombros.

—Supongo que tendré que colgar algún dibujo en la pared.



La mayoría de los viernes no tenemos clase. Así que, como mañana no tendremos que madrugar, Nuria y yo salimos con algunos de los amigos del campus. Acabamos todos en uno de nuestros locales preferidos, cerca de la universidad.

El sitio es grande, con una extensa pista de baile, un rinconcito con sofás que siempre está ocupado y una zona apartada con mesas donde sentarse a tomar algo cuando ya no puedes seguir bailando.

El lugar está ocupado casi por completo por gente del campus. Distingo a algunos de mi facultad, y a otros que conozco de haberlos visto por ahí. Nuria y yo llevamos un tiempo en la barra, sentadas sobre un par de taburetes, hasta que uno de los chicos de su universidad se acerca y la coge de la mano para llevarla de nuevo a la pista de baile.

Ella me dedica una mirada interrogante, pero yo sacudo la cabeza y le contesto con una sonrisa; aún necesito descansar un poco los pies antes de seguir.

Entre el mar de gente que va de un lado a otro, bailando, bebiendo... distingo un rostro conocido. Estoy decidida a apartar la mirada para que él no me vea a mí. Sin embargo, o yo soy muy lenta o él ya sabía dónde estaba, porque nuestras miradas acaban cruzándose.

Le dedico una cortés inclinación de cabeza a modo de saludo y él me la devuelve. En cuanto lo hace, dejo de mirarlo. No obstante, a los pocos segundos, se presenta a mi lado.

—Hola, Lena —me saluda.

Se apoya en la barra y llama a la camarera, pero no llega a sentarse.

—Hola —lo saludo.

Está guapísimo con el pelo peinado hacia atrás y ese jersey. Me fijo en que este se lo regalé yo.

—No te veía desde hace un tiempo —comenta.

La última vez que nos vimos estábamos en los baños de mi universidad. El recuerdo me enciende las mejillas.

—He tenido mucho trabajo.

—Yo también. Tengo un par de recuperaciones a la vuelta de la esquina.

—Vaya, suerte.

Volvemos a quedarnos en silencio. Con él, estos vacíos son incómodos, interminables. Me inquieta tenerlo al lado sin que ninguno de los dos diga nada. Nunca supimos estar en silencio, disfrutar de esa calma.

Cuando la camarera le sirve, se planta frente a mí y pone una copa en mis manos.

—¿Charlamos un rato? —pregunta, señalando esa zona apartada donde están las mesas.

Dudo, pero acabo asintiendo. Una parte de mí todavía siente que no le hemos dado punto y final a nuestra historia. Incluso si ya le dije que no podíamos seguir así, tengo la impresión de que aún queda algo entre los dos que no nos permite dejar todo esto atrás.

Tomamos asiento en una de las mesas de la esquina y le doy un largo trago a mi bebida. No necesito preguntar qué es; no lleva alcohol. Edu me conoce y sé que lo que ha pedido para mí me gusta.

—¿Cómo estás? —pregunta, con interés.

—Estoy bien. Atareada, pero bien.

Él asiente despacio. Creo que está pensando en qué más va a decir. Yo tampoco sé muy bien qué decir.

—El otro día pasé por esa cafetería a la que solíamos ir —dice, esbozando una suave sonrisa—. Me acordé de ti.

Lo mires por donde lo mires, no hay una buena respuesta para eso. Así que opto por darle otro trago a la bebida.

—Hay cosas que echo de menos —añade.

—Supongo que es normal —contesto.

—¿No hay nada que añores? —pregunta. Esa tierna mirada siempre supo ganarme, y ahora no es diferente. Siento cómo me ablando un poco.

—Quizá, los largos paseos en verano —murmuro.

—Yo también.

Busca mi mano y la envuelve con la suya. Mis dedos están fríos por la copa. Su piel, en cambio, está ardiendo.

¿A qué juega? Todo esto me desconcierta más de lo que me gustaría admitir. Fue él quien rompió, el que dijo que no podía tener nada serio con nadie. Y fue repentino, de la noche a la mañana. Un día estábamos bien y, al siguiente, era demasiado para él.

De pronto, un beso interrumpe mis pensamientos. Edu se ha inclinado sobre mí y me besa con lentitud, de una forma que nada tiene que ver con los besos apasionados del baño, cuando nos devorábamos el uno al otro con ansiedad.

Todo esto se está enredando demasiado. Rompimos hace más de tres meses, y seguimos viéndonos, enrollándonos, olvidando que se supone que ya no podemos hacer esto.

Lo aparto.

Pero él vuelve a acercarse y a besarme el cuello. Desliza una mano por mi rodilla y la oprime con suavidad. Interpongo las manos entre los dos y lo empujo con delicadeza para que me devuelva el aire. Tras un breve instante, acaba desistiendo y me dedica una mirada extraña, como si estuviera un poco sorprendido.

—No está bien que hagamos esto.

—¿Por qué no?

—Porque decidimos que ya no lo queríamos. Tú lo decidiste.

Edu se frota la nuca y mira a otro lado. Lo veo vacilar, veo cómo se ensombrece su gesto.

—¿Y tú qué opinas sobre eso?

—Que deberíamos dejar de hacer esto.

—Te echo de menos, Lena —declara, apesadumbrado—. Ya no estoy tan seguro de que sea esto lo que quiero.

Lo miro a los ojos. Se me acelera el corazón. Durante unos instantes permanezco en silencio, sosteniendo su mirada; ojos conocidos, labios familiares, un calor al que estoy acostumbrada...

—Lo siento —le digo, y es realmente así, porque me gustaría poder decirle que yo también lo echo de menos; y que todo volverá a ser como antes, pero no es así—. Yo no quiero volver.

—Estábamos bien —insiste—. Fui yo quien la cagó. Me agobié, eso es todo. Pero estábamos bien.

Sacudo la cabeza.

—Edu... Te tengo mucho cariño y estoy segura de que tú a mí también, pero no podemos ser nada más que amigos.

—¿Estás con alguien? —pregunta.

—¿Qué? No. No es por eso. Simplemente...

No llego a terminar la frase, porque no sé cómo hacerlo sin herirlo. Es cierto que una vez fue él quien me hizo daño a mí, rompiendo conmigo sin ninguna explicación, sin darme ninguna pista de que las cosas se estaban torciendo, de que algo dejó de funcionar...

Quizá ese fue nuestro problema. Si algo va mal, esas cosas se saben. Pero nosotros nos conocimos de forma superficial. Edu sabe qué me gusta beber, a qué cafeterías me gusta ir..., pero no sabe nada de lo que realmente importa. Y yo tampoco sé nada de él.

—Pero quiero que sigamos siendo amigos —le digo.

Él asiente, pensativo.

—Voy a necesitar un tiempo antes de que eso pase.

Esta vez soy yo la que mueve la cabeza, conforme.

Romper con él me ha ayudado a darme cuenta de que, en realidad, no sentía por él lo que se suponía que debía sentir.

Nos tenemos cariño, pero el amor es algo más que eso. Debería ser más

turbulento, caótico e intenso. Y con Edu no era así.

Estoy segura de que él acabará dándose cuenta. Incluso si ahora tiene miedo, si le asusta despedirse de algo tan familiar, cómodo y conocido, acabará dándose cuenta de que debe arriesgar un poco para encontrar el amor verdadero.

Kenny

Capítulo 11

Esta semana Lena ha subido dos trabajos más a Samydeanart.

Dos fotos.

La primera era la que me sacó el otro día, cuando su creatividad se le fue un poco de las manos y decidió cubrirme de pintura.

La verdad es que es genial. Ha oscurecido aún más el fondo, y parece que mi cuerpo surge de las sombras, envuelto en colores. Es artístico y misterioso.

A modo de título ha escrito, simplemente, *Colors*.

La foto ha causado bastante revuelo. Ya hay comentarios de seguidores que se preguntan quién es el chico de los últimos trabajos, de quién son esas manos y ese torso. Las teorías son dignas de apreciar, pero hay demasiadas como para leerlas todas.

En la segunda aparece ella, de cintura para arriba, en blanco y negro, con toda una serie de juegos de luces y sombras sobre su piel que hacen la foto aún más hermosa y...

Joder.

Está desnuda.

Su larga melena cobriza cubre sus pechos, aunque deja suficiente a la vista como para quitar el aliento a cualquiera.

Entre ellos hay un dibujo, un entramado de líneas muy suaves y sutiles, que se enlazan descendiendo hacia el estómago, creando una forma elegante y alargada que acaba en una flor delicada.

¿Es un tatuaje? ¿O se lo ha dibujado ella misma?

Bajo la foto no ha escrito más que una frase:

Encontrar luz en el silencio.

Así de simple, así de sencillo.

Me quedo un rato contemplando las líneas de la tinta, preguntándome si será real o si solo es parte de su creación. No obstante, me obligo a dejar de

mirar la foto, porque mis ojos a menudo pierden de vista el tatuaje y mi mente crea imágenes que no debería crear.

Lena está buena, no estoy ciego, pero imaginársela desnuda es una línea que no voy a cruzar siendo mi amiga y compartiendo piso con ella. No me parece bien.

Cuando Lena llega a casa, yo estoy dibujando. Miro el reloj, creyendo que, tal vez, no me he dado cuenta de la hora que era. No obstante, todavía es pronto.

La escucho arrastrar los pies, soltar un suspiro y entrar en su cuarto. Yo cojo las muletas y la sigo.

No obstante, no debo de hacer mucho ruido, porque Lena no se da cuenta de que me estoy acercando.

Cuando me planto en el marco de la puerta, ella ya se ha quitado los pantalones y está deshaciéndose de la camisa. Está de espaldas, así que no me ve, y aprovecho para darme la vuelta antes de que lo haga.

—Vuelves pronto, ¿no? —pregunto, junto a la puerta.

Escucho cómo se revuelve en la habitación.

—Ah... ¡Hola, Kenny!

—¿Estás borracha?

—¡No! —protesta—. Yo no bebo.

—¿Cómo que no bebes?

Me hace un gesto con la mano, para que lo olvide, y acaba saliendo de su cuarto, ya vestida, un poco despeinada, y con las mejillas sonrojadas por el frío de la calle. Va hasta el sofá y se deja caer en él sin miramientos, soltando un profundo suspiro.

—He estado hablando con Edu —me cuenta.

Camino hasta donde está ella. Hoy me noto más lento, más pesado. Ha sido un día bastante cañero de fisioterapia, y a veces me cuesta creer que todo lo que tengo que hacer sea por mi bien.

—¿Tu ex? —pregunto—. Creía que ya habías terminado con ese rollito tóxico que os traíais entre manos.

—Vaya, tú siempre tan sutil.

Lena se incorpora en el sofá y me dedica una mirada afligida.

—Me ha besado, pero creo que esta vez he sido bastante clara. Él quiere

volver, pero le he dicho que no puede ser.

—¿Pero...? —adivino.

Lena se encoge de hombros sin dejar de mirarme. Acabo rodeando el sofá y sentándome a su lado.

—Tú también deberías pasar página.

—Lo sé. Es que estoy acostumbrada a estar con él. Fue mi primer novio de verdad, mi primera vez en todo.

—Pero cortó contigo sin más —le recuerdo—. Y a ti no pareció afectarte mucho. Acabaste aceptándolo. Si estuvieras enamorada de verdad...

—Ya, ya... —me interrumpe—. Ya lo sé. Todo eso ya lo sé; solo necesito tiempo.

—Y enrollarte con alguien.

—¿Cómo dices?

—Que te enrolles con alguien. Desde noviembre no has vuelto a estar con nadie, ¿no?

—No.

—Y nunca has estado en serio con otra persona. Así que... se podría decir que solo sabes del amor lo que has vivido con tu ex. —Hago una pausa, evaluando su expresión—. Eso no es suficiente. Líate con alguien, conoce a otros chicos, pásatelo bien. Acabarás convenciéndote de lo que ya sabes: que Edu no es para ti.

Lena sostiene mi mirada sin parpadear, y aprovecho que me ha hecho un sitio para sentarme. Cuando vuelvo a mirarla, está sonriendo, intentando contener la risa.

—¿De qué te ríes?

—Nunca pensé que hablaría contigo de estas cosas —confiesa, y se deja caer de nuevo cuan larga es, apoyando la cabeza en mi regazo.

Me mira, despeinada, risueña, con su larga melena alborotada y las mejillas aún sonrosadas.

—Eres una caja de sorpresas, Kenny Nordskov. ¿Peso demasiado? —pregunta, de pronto, con cierto deje de urgencia.

La verdad es que tengo las piernas hechas polvo, y el peso de su cabeza es suficiente para que sienta ciertas molestias; pero no quiero que se levante, así que le digo que no con la cabeza.

Parece conforme.

—¿Qué hay de ti? —inquire, de pronto.

—¿A qué te refieres? —pregunto, aun sabiéndolo.

—Ya sabes, el amor.

—Soy un chico tímido, ¿recuerdas? No hablo de esas cosas.

Lena me da un suave golpe en el hombro.

—Venga, háblame de tus conquistas —insiste, zalamera.

Me encojo de hombros y echo la cabeza hacia atrás.

—¿Qué dice el mundo fan al respecto?

Se le escapa una carcajada malintencionada.

—¿Quieres que te lea algo sobre Kerik?

—Si sigues por ahí, te quedas sin saber nada —la amenaza.

—Vale, vale. Nada de Kerik —promete, jovial—. Bueno, todos sabemos por tus dibujos que has tenido algún romance.

—Podrían no ser reales.

—¿No lo son? —pregunta, escéptica.

—Lo son —admito.

—¿Y bien?

—Eso es todo. He tenido un par de aventuras, nada más. He vivido en hospitales desde que tengo memoria. Apenas he ido al colegio; durante algunos cursos podía asistir a clase en el instituto a temporadas, pero no es que tenga una vida social muy activa que digamos. En los hospitales no se liga mucho —bromeo.

Lena asiente. Me quedo a la espera de otra pregunta insistente, de otra broma tal vez, pero no habla. En lugar de intentar sacarme más, cierra los ojos y permanece en silencio.

Es extraño.

Nos quedamos así un rato, sin pronunciar palabra. Ella no parece tener intención de hablar, y yo no me atrevo a hacerlo, como si así fuera a perturbar un instante que, aunque no entiendo bien por qué, es muy preciado.

Al rato, sin abrir los ojos, esboza una lenta sonrisa.

—Me gusta. Me gusta el silencio.

—Y a mí.

Lena

Capítulo 12

Kenny acaba de colgar un texto precioso en su muro.

Todavía tengo un rato hasta que empiece la siguiente clase, así que he pedido un café y me he sentado en unas escaleras para ojear Samydeanart.

Como de costumbre, los escritos de Kenny son una pasada. Y ya hay gente especulando a cerca de a quién va dirigido, o de quién habla en esas líneas.

Siempre hay teorías, conjeturas. Y, probablemente, mañana habrá varias entradas nuevas con historias hechas por fans sobre los rolletes amorosos de Kenny.

Siendo realistas, yo también me he preguntado alguna vez en quién pensaría al escribir sus textos más hermosos, todos sabemos que Kenny es un poeta, y escribe poesía, nada más.

Creo que lo he leído ya tres veces. Pero vuelvo a hacerlo, porque me encanta. Yo no soy capaz de escribir cosas así. Lo mío son la fotografía y el dibujo. Kenny puede hacer lo que se proponga.

Sobre un fondo negro, en letras blancas y curvas, Kenny escribe:

Ella se pierde.

Se pierde en algún lugar apartado, salvaje, extraño... inexplorado. Y es difícil encontrarla. Incluso ella parece perderse a sí misma a veces.

Es fácil saber cuándo se ha ido, porque te mira, pero no te ve. Puede escucharte, y responder, y hablar durante horas contigo, pero, si la conoces bien, sabrás que no está aquí; que se ha perdido.

Nadie sabe a dónde va, dónde se oculta, dónde se pierde. Nadie sabe cómo hacerla regresar.

Por eso, cuando me devuelve la mirada, incluso si es solo un instante, y veo en el mar turbulento de sus ojos que la he encontrado, me siento tan afortunado.

Suspiro, igual que sé que otras diez mil chicas están suspirando ahora

mismo después de leer lo mismo que yo.



Kenny tiene una sonrisa preciosa. Cada vez que se ríe se le forman varias arruguitas en las comisuras de su boca. Estamos viendo una película de acción malísima, y él no deja de sonreír.

Hace rato que yo dejé de prestar atención a la peli. Solo hago tiempo hasta que Nuria llegue para ir a esa fiesta de despedida para los alumnos del programa de becas para estudiar en otras comunidades. Al parecer, esta es su última noche en Barcelona y todos se han propuesto cerrar los bares. Así que, mientras espero a que llegue, dibujo; dibujo a Kenny.

Él también intentó dibujarme sin pedirme permiso, y sé que de vez en cuando sigue haciéndolo sin preguntarme, así que no me parece injusto.

Además, sería un desperdicio tener algo así tan cerca y no sacarle partido.

Cuando suena el timbre de abajo, salgo disparada del salón bajo la atenta mirada de Kenny y pongo el cuaderno a buen recaudo en mi cuarto.

—¿Es que sales todos los días? —me provoca, desde el sofá. —¿Tus padres saben que estás en Barcelona para salir de fiesta y no para estudiar?

Me quedo plantada en la puerta de mi cuarto y tardo unos instantes en seguir andando hasta el sofá. Trago saliva.

—Porque ellos te pagan el piso, ¿no? ¿Ya saben que no das un palo al agua?

Por su tono burlón y su mirada provocadora, sé que está totalmente de broma. No obstante, no consigo que el nudo de mi garganta desaparezca del todo cuando hablo.

—En realidad, lo paga mi madre.

Kenny frunce el ceño ante mi repentina seriedad, y se gira un poco en el sofá hacia mí.

—¿Es que he tocado un tema sensible? —adivina, directo.

—Un poco —respondo, intentando restarle importancia con una sonrisa.

Llevo un bolso y una chaqueta entre las manos y agradezco tener algo en

ellas porque, si no, no sabría dónde ponerlas.

—La verdad es que nunca hablas de tu familia.

—Es... complicado.

—¿Tu familia es complicada?

—Lo es —contesto, escueta.

Durante un instante, guardamos silencio. Kenny me mira, entre curioso y preocupado.

—¿Quieres hablar?

—No. No hay nada de qué hablar —aseguro—. Mis padres están divorciados y mi madre me envía dinero todos los meses para poder pagar el piso. No hablamos mucho, pero no es que estemos inmersas en un drama familiar espeluznante. Simplemente... es complicado. —Suspiro, preguntándome si he resultado convincente—. Nuria me está esperando, así que...

—Pásalo bien —me dice, con el ceño levemente fruncido—. Lena —me llama, cuando aún no he llegado a la puerta—. ¿Todo bien?

—Todo bien —contesto—. ¡Hasta mañana!

Me despido de él con amabilidad y salgo de casa. No obstante, me concedo un par de segundos apoyada en la puerta antes de seguir andando.



Creo que nunca antes había estado en este local. Nuria, que sale bastante más que yo a pesar de la imagen que tiene Kenny de mí, ha debido de estar aquí en un par de fiestas, pero, para mí, es la primera vez.

Hay luces centelleantes que al cabo de un rato dejan de ser molestas, una gran barra tras la que hay nada más y nada menos que siete camareros y una pista de baile con varias alturas.

Esta vez, Nuria y yo salimos solas, aunque ella no tarda en acaparar la atención de un grupo de chicos que están bastante interesados en poner copas en su mano.

Si quieren emborracharla, les deseo suerte. Nuria sabe lo que se hace.

—¿Bailas? —pregunta, de pronto, uno de los chicos.

Desde que se han sentado con nosotras en esta zona apartada, es el que más normal me ha parecido. Todos son estudiantes que han venido a Barcelona con una beca Séneca, aunque no recuerdo de dónde es él exactamente. Parece amable, un poco tímido, y que no esté intentando emborrachar a Nuria es un puntazo a su favor.

—Claro —contesto, un poco cansada de estar aquí sentada escuchando bromas y chistes malos que a Nuria parecen encantarle.

Volvemos a la pista central y nos perdemos en el mar de gente. El lugar está lleno, la música alta y las luces vuelven a resultar cegadoras ahora que me había acostumbrado a la penumbra de la zona más alejada.

Bailamos un rato. Nos lo pasamos bien. Es un chico agradable. Después, volvemos a sentarnos con su grupo de amigos, que siguen ahí con Nuria, pero, esta vez, nos mantenemos un poco al margen.

Charlamos, descubro que tiene labia. No es tan tímido como parecía. La noche pasa volando y dejo de aburrirme. El chico cada vez se acerca más a mí, busca excusas para pegar sus labios a mi oreja o rozarme con desinterés.

Pienso en lo que me dijo Kenny, en el consejo que me dio. Solo he estado con un hombre en toda mi vida y, quizá, debería soltarme un poco para descubrirme mejor a mí misma.

El chico que tengo delante es atractivo. Parece dulce, simpático, y me cae bien. Además, mañana vuelve a su casa, y yo no volveré a verlo; lo que es perfecto para mí. Así que, en un alarde de un valor inusitado, le pregunto si quiere acompañarme a un rincón más apartado, y le falta tiempo para decir que sí.

Una cosa lleva a la otra y, en apenas unos minutos, estamos besándonos contra la pared.

Quizá sea esto lo que necesite. Quizá él sea perfecto justo ahora.

Reconozco que al principio estaba un poco nerviosa; nunca me he liado así con nadie. Es decir que, antes de Edu, estuve con un par de chicos, pero los dos eran conocidos, chicos que me habían gustado desde siempre. No soy de las que se enrollan con alguien a quien acaban de conocer en un local.

Pero esto no está tan mal.

Es más fácil de lo que creía, más natural. No me avergüenza, y que acabemos de conocernos solo lo hace más interesante.

Además... ¡qué narices! Besa genial.

Entonces, él se aparta. Se pasa la lengua por los labios enrojecidos y una mano por el pelo rubio y revuelto.

—¿Quieres... terminar esto en casa? —pregunta, vacilante.

Me quedo sin aire. Me quedo unos instantes pensándolo, pero creo que acostarme con alguien a quien acabo de conocer sería demasiado para mí. Los besos y todo eso ha estado bien, pero creo que es suficiente.

—Esto ha estado genial, pero...

—Oh, vaya. —Se lleva una mano a la nuca y se ríe un poco—. Qué corte.

—No te ofendas.

—No me ofende —responde, amable—. Soy yo el que se ha precipitado. No suelo hacer estas cosas..., pero me lo he pasado bien.

—Y yo —admito.

El chico mira a su espalda, se encoge de hombros y se mete las manos en los bolsillos, expectante. Parece un poco nervioso, azorado.

—¿Te vas a quedar?

—Creo que me voy a casa.

—Te acompaño —declara.

—No es necesario —le aseguro, y sonrío.

Pero él insiste. Así que me despido de Nuria, que decide quedarse un rato más con una de sus conquistas y acaba acompañándome hasta el mismo portal de casa.

Por el camino, hablamos. Me doy cuenta de que es simpático, de que me gusta charlar con él, y una parte de mí se pregunta qué pasaría si no tuviera que marcharse.

Tal vez eso sea lo peligroso de los rollos de una noche, las preguntas, la incertidumbre: «¿qué pasaría si...?». Pero no dejo que mi mente siga por esos derroteros.

Me centro en que ha estado bien, en que ha sido divertido, y dejo de pensar en ello.

Cuando llegamos al portal, nos despedimos e intercambiamos el número. «Por si se pasa por aquí algún día», dice.

La verdad es que parece un buen chico.

Lena

Capítulo 13

Creo que lo de ayer estuvo bien. Pero no sé si volvería a repetirlo.

Me gustó besar a ese chico y despreocuparme de todo durante un instante. Aún tengo un recordatorio en la parte baja del cuello, y recuerdo lo bien que besaba. Pero yo no soy así. No me arrepiento, ni mucho menos; pero ahora estoy segura de que los rollos de una noche no van conmigo. Sobre todo por los «¿y si...?».

Estoy sentada en la cocina, subiendo a Samydeanart el dibujo que empecé ayer. He acabado de desayunar hace un rato, mientras terminaba el dibujo, pero estoy tan concentrada que me da pereza moverme a otro sitio.

Justo cuando termino de escribir, escucho el sonido de las muletas de Kenny saliendo de su cuarto y, al cabo de unos segundos, se presenta aquí con su *tablet* bajo el brazo.

—Soy yo —me dice, apoyándose en el marco de la puerta.

—Y yo soy yo —me burlo.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No, no lo sé. Es muy temprano para ponerse existencialistas —le digo, apagando la *tablet* y empezando a recoger las cosas del desayuno.

—Has dibujado mi sonrisa —insiste, dejando las muletas a un lado y cruzando los brazos ante el pecho.

—Qué va. —Lo niego—. He dibujado una sonrisa bonita; que la tuya también lo sea no significa que sea la misma.

Escucho a Kenny reírse suavemente y agradezco que esté de espaldas a él, porque a mí también me entra la risa.

—Me has usado para tus fines tres veces —declara, fingiéndose molesto.

—¿De qué hablas? ¿Tres veces? Y no lo digas así, lo haces parecer un asunto turbio.

—Tres —repite, serio—. La foto de los colores, las manos y la sonrisa.

Yo, en cambio, solo te he dibujado una vez.

—Sé que me has dibujado más veces —le hago saber, dándome la vuelta hacia él y apoyándome en la encimera—. Te he pillado mirándome.

—¿Estás segura de que te miraba por eso? —inquire.

—¿Por qué si no?

Kenny esboza una sonrisa, pero no responde. Algo provoca que mi corazón lata más deprisa.

—En fin, que me debes una compensación. Lo más justo sería que volvieras a posar.

—Para la sonrisa y las manos tú no posaste.

Se encoge de hombros, despreocupado.

—¿Y qué? No puedes negarte, me lo debes.

Se me escapa una carcajada incrédula, pero Kenny parece hablar muy en serio.

—Tengo que acercarme al hospital y luego daré una vuelta por ahí con mi hermano. Así que lo haremos esta noche.

—¿Esta noche? —repito, divertida.

—Sí. No hagas planes.

Me guiña un ojo, altanero y confiado, y vuelve a coger las muletas para meterse en su cuarto.

Yo vuelvo a reír y lo sigo con la mirada hasta que se pierde tras la puerta.



Cuando Kenny llega a casa, ya es tarde. Ha anochecido hace un rato y, en cuanto abre la puerta, puedo sentir una corriente de aire frío que me eriza el vello de la piel. Acabo de salir de la ducha, el pelo mojado me cae a ambos lados del rostro, y tengo una toalla alrededor del cuerpo.

—¿Estás preparada? —pregunta, en cuanto entra por la puerta y deja las muletas a un lado para deshacerse del abrigo y el gorro.

—Casi —contesto—. Me visto y estoy. ¿Alguna preferencia?

—¿Te refieres a la ropa? —pregunta, plantándose ante la puerta de mi

cuarto. Apoya una mano en el marco y me mira a los ojos.

—Sí, me refiero a la ropa.

—No te pongas nada —contesta, al instante.

Parpadeo. Sonrío, esperando una media sonrisa, un guiño o cualquier otra señal de que esto sea una broma, pero permanece inmutable.

—No te vistas. Déjame dibujarte así.

—¡Ni de coña! —respondo, empezando a cuestionar si me habla en serio o no.

Pero Kenny parece muy decidido. Sus labios conforman una línea recta y en sus ojos no hay ni rastro de burla. En lugar de eso brillan, intensos, turbulentos.

—¿Te da vergüenza que te vea? —pregunta, como si la respuesta no fuera más que obvia.

—¡Me da vergüenza que tus seguidores lo hagan! —replico.

—De espaldas —explica—. Nadie va a ver nada que tú no quieras —insiste—. Te lo regalaré. Dejaré que lo subas desde tu cuenta —ofrece.

Me quedo en silencio, sopesándolo.

Él continúa mirándome con esa expresión suplicante, esos ojazos de chico malo que pretenden parecer de niño bueno.

—¿De espaldas?

—Te prometo que no voy a dibujar nada inapropiado.

Esta vez sí que sonrío, pero no es por burla, sino porque sabe que se está saliendo con la suya. Se muerde el labio inferior, intentando ocultar una sonrisa canalla, aunque no lo consigue.

—Está bien. —Acabo cediendo—. Y te lo puedes quedar; no voy a apropiarme del trabajo de otros.

Kenny asiente, satisfecho, y le falta tiempo para desaparecer en su habitación en busca de sus cosas.

Yo me quedo aquí plantada, sin saber muy bien qué se supone que debo hacer o dónde debería ponerme. Decido esperar a Kenny, que no tarda mucho en volver, para que me dé instrucciones. Mientras tanto, enciendo el portátil y pongo una de mis listas de reproducción. La última vez que posé para él no lo hice. Esta vez, si tengo que estar aquí un rato, al menos que sea con música.

—Siéntate en la cama, en el borde —me pide, tomando la silla del

escritorio y dejándola justo en frente.

Obedezco y me siento de espaldas a él, girándome levemente para poder verlo. Lo observo mientras se acomoda, coloca su cuaderno bajo uno de sus brazos y prepara el lápiz.

Cuando alza sus ojos azules, sonrío levemente.

—Adelante —dice, con un gesto del brazo—. Cuando tú quieras.

Desato la toalla con suavidad y la dejo sobre mi cadera. Siento que me sonrojo un poco, pero me esfuerzo por girarme y mirarlo de nuevo.

Durante un instante, tengo la sensación de que se ha puesto tenso. Además, parece aguardar algo.

—¿Qué pasa?

—La toalla, se ve mucho —murmura, vacilante. Por la forma en la que lo dice sé que sabe perfectamente lo que me está pidiendo.

Llegados a este punto... Cojo aire y me deshago por completo de la toalla. Escucho cómo Kenny inspira con fuerza.

—Vale —dice, aclarándose la voz—. Ahora gírate un poco. Eso es. Levanta la cabeza y mírame a mí. Sí, así.

Hago cuanto me dice, pero me revuelvo un poco, un tanto inquieta. Kenny empieza a trazar las primeras líneas y yo contengo la respiración mientras tanto.

—Relájate —me dice, sin apartar la vista del papel—. Si no te mueves, desde aquí no se ve nada —asegura, y esta vez no lo dice con tono jocoso.

Intento liberarme un poco de la tensión. Sin embargo, esto es tan extraño, tan intenso...

Kenny debe de notar que estoy nerviosa, porque sigue hablando.

—¿Qué habrías contestado si hace tres años te hubiese propuesto esto mismo?

Se me escapa una carcajada, pero dejo de reír enseguida para no moverme.

—No me lo habría creído —respondo.

—¿Y si lo hubieses creído?

—Habría dicho que sí, por supuesto.

—Así que tienes que sentirte afortunada —bromea. A veces tengo la impresión de que no es del todo consciente de lo mucho que gusta entre sus

seguidores—. Muchas matarían por estar ahí sentadas.

—Exactamente aquí, no —contesto, y enarco las cejas, señalando sutilmente su regazo con la cabeza—. Más bien, por sentarse ahí.

Kenny deja escapar una sonora carcajada y sacude la cabeza con lentitud.

Se cree que no lo digo en serio.

—Y eso que no saben cómo eres físicamente.

—Debe de ser amor verdadero, entonces —murmura, con una media sonrisa asomando en sus labios.

Me da la impresión de que realmente no sabe lo guapo que es.

—Sabes que eres guapo, ¿verdad?

Vuelve a reír, incapaz de contenerse. Intenta seguir dibujando, pero no deja de temblar.

—Oh, claro que lo sé. ¿Es que te he dado otra impresión?

—Creo que tras toda esa arrogancia no eres verdaderamente consciente de ciertas cosas.

Esta vez he hablado seria, así que él también deja de reír. No obstante, no me mira. Continúa con la vista fija en las líneas que está trazando, y solo la levanta un instante para tomar referencias.

—Sé que soy guapo —insiste—. Demasiado guapo, en realidad —bromea—. Es difícil lidiar con toda esta belleza. ¿Tú puedes resistirte a ella? Porque a veces tengo la sensación de que ni yo mismo puedo.

Suspiro, pero decido dejar el tema de lado.

Está claro que no tiene ni idea.

Lena

Capítulo 14

Empiezo a tener un poco de frío.

Incluso si la mirada de Kenny es abrasadora, siento el frío del invierno en mi piel. Él permanece sentado en mi silla, concentrado, trazando líneas sobre el papel en blanco, difuminando con los dedos ya manchados, recorriendo mi cuerpo una y otra vez.

Durante un instante, cuando me mira, clava sus ojos en los míos.

Sonríe.

No sé por qué, pero siento cómo me ruborizo un poco. Sostengo su mirada. Debe de haber empezado con la expresión, porque no deja de mirarme a los ojos.

Mientras me mira y sonríe de esa forma, me asalta un pensamiento curioso. ¿Y si es tímido de verdad? Tiene una sonrisa muy bonita, amable, dulce.

Quizá cuando dice que es tímido no esté mintiendo. Quizá decirlo sea una forma de protegerse porque, aunque parezca que no lo dice en serio, en realidad sí que lo es.

Ya no me avergüenza estar completamente desnuda, tan expuesta. Kenny podría levantarse en cualquier momento, moverse apenas unos centímetros y ver todo lo que quisiera, pero sé que no lo hará. Confío en él.

Estoy a gusto. Los acordes de una canción de Halsey suenan de fondo. Kenny me mira a los ojos, esboza una tímida sonrisa y continúa dibujando.

Dedos manchados.

Mirada intensa.

Mi respiración.

—Tienes que hacerme un favor a cambio de esto.

—Creía que tú me estabas compensando a mí por algo —apunta, rápido.

—Solo te dejaré seguir dibujando con una condición —le advierto.

Él se detiene lentamente, deja el cuaderno sobre sus rodillas y ladea la

cabeza.

—¿Qué quieres?

—Déjame hacerte una foto así.

—¿Ahora? —inquiére, sorprendido.

—Antes de que termines.

Kenny se encoge de hombros, despreocupado.

—No puedes subirla.

—No voy a subirla —aseguro, con seriedad—. Es para mí. Nadie más la verá. Lo prometo.

Frunce el ceño, divertido.

—Hazla ahora, si quieres.

Sonrío, triunfante, y le doy completamente la espalda mientras recupero la toalla y me la enrosco alrededor del cuerpo como puedo. Si estaba mirando antes de ponérmela bien, ha debido de verme el culo. Me sonrojo, pero decido no pensar en ello.

Cojo mi cámara del escritorio y comienzo a ajustarla mientras me siento frente a él en el colchón. El pelo, que ya se me ha secado un poco, me molesta; así que lo echo hacia atrás y a Kenny parece hacerle gracia el gesto, porque sonrío.

Sin embargo, esa sonrisa no tarda de desaparecer de su rostro. Lo veo a través de la cámara. Su sonrisa se esfuma y da paso a un ceño fruncido, a una mirada severa.

—¿Qué es eso? —pregunta, señalándome con el mentón.

Bajo la cámara un poco.

—¿Te refieres a la cámara? —bromeo.

Pero él no parece tener ganas de bromear.

—¿Qué tienes ahí? ¿Es un chupetón?

Abro la boca para decir algo, pero no se me ocurre nada al instante. Tardo unos segundos en reaccionar.

—Sí —contesto, y esta vez soy yo la que frunce el ceño—. ¿Puedes... volver a coger el cuaderno como antes? —pregunto, volviendo a mirarlo a través de la cámara, lista para disparar.

—¿Después de todo te has vuelto a enrollar con tu ex? —inquiére, malhumorado.

Aparto la cámara. Está realmente molesto.

—No. No me he enrollado con Edu —lo tranquilizo.

—No me digas que lo tienes desde la última vez que te besó —me espeta.

Sacudo la cabeza, un poco desconcertada. Sé que me aconsejó pasar página, y me aconsejó bien; yo misma sé que aquella relación se estaba convirtiendo en algo dañino. Pero ese tono de voz, ese ceño fruncido... No entiendo por qué se lo toma así.

—No me lo ha hecho Edu —replico.

Kenny me mira unos instantes, en silencio.

—¿Quién ha sido?

Me encojo de hombros, realmente desorientada.

—De verdad que no ha sido Edu.

—Entonces, dime quién ha sido —insiste, hosco.

—No lo conoces. Fue un chico cualquiera —contesto, fuera de juego—.

Ayer, cuando salí con Nuria.

—¿Te enrollaste con alguien? —inquire, entre sorprendido y molesto.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —pregunto, realmente descolocada.

—¿Era de tu universidad o...?

—Lo conocí ayer —respondo, empezando a molestarme por su forma de hablar—. Pero ¿qué importa eso? Ni siquiera tengo que darte...

No llego a terminar la frase.

—¿Te enrollaste con alguien a quien conociste ayer? ¿De verdad?

—Sí —respondo—. ¿Cuál es el problema? —Esta vez hablo con dureza.

No entiendo por qué se enfada. No entiendo qué le ocurre. Sé que le preocupaba que volviese a caer en el mismo juego con Edu, pero ya le he dicho que no es el caso; así que... ¿qué narices le pasa?

Kenny sacude la cabeza con energía, con el gesto contraído en una mueca de incredulidad y desazón. Deja el cuaderno en la cama, o, más bien, lo arroja. Se levanta con brusquedad de la silla, arrastrándola hacia atrás hasta que choca contra la pared, y echa a andar hacia la puerta.

Como camina deprisa, se nota aún más que le cuesta andar. Pero ni siquiera se preocupa por las muletas.

—¡Kenny! —lo llamo, desconcertada.

Pero él no se detiene. Sigue adelante, sin mirar atrás, y acaba saliendo por la puerta cerrándola a su paso.

Lena

Capítulo 15

En cuanto me he vestido, he abierto la puerta y he salido de mi cuarto. Pero Kenny sigue en el suyo desde que le ha dado ese arrebato tan repentino.

Todo esto me ha dejado tan fría como desorientada. No sé qué diablos le ha molestado tanto, pero no me gusta esta sensación. No soy una persona que se enfade con facilidad; no me gusta sentirme así por nada ni por nadie, y tampoco me gusta saber que alguien está molesto conmigo. Así que cuando algo así sucede, procuro solucionarlo cuanto antes.

Durante un rato, me quedo en mi cuarto, con la puerta abierta, esperando escuchar cualquier señal de que Kenny está ahí, al otro lado, dispuesto a salir y a hablar conmigo.

Pero la puerta de su cuarto se mantiene cerrada.

Después de vestirme, me siento en la cama a hacer tiempo y me llevo la mano al cuello casi sin darme cuenta. Todo esto por un chupetón...

A pesar de todo, no puedo resistirme y ojeo el dibujo en el que estaba trabajando antes de entrar en cortocircuito.

Es increíble. Ni siquiera está terminado, porque sé que Kenny le dará mil vueltas más y acabará siendo perfecto; pero, incluso así, es muy hermoso.

Pongo el cuaderno en mi regazo y paso las páginas con cuidado. Mirar esto me hace sentir un poquito culpable, pero la intriga me puede y esta vez la parte de mí que adora los trabajos de Kenny vence a la parte más recta que cree que estoy invadiendo su privacidad.

Hay cosas preciosas aquí dentro; cosas que aún no ha subido a Samydeanart, o que nunca subirá, y poder verlas me hace sentir un poco especial.

Ha dibujado animales, sin más material que la de unos lápices de colores. También hay rostros, de Erik, de la novia de su hermano y de otras personas que no conozco.

Hay pequeñas piezas, detalles delicados e intensos al mismo tiempo.

Una mano, unas piernas cruzadas, unos labios... Esto es increíble.

De pronto, mis propios ojos me devuelven la mirada. Parpadeo, impresionada.

Vaya, están muy bien. Realmente parece mi mirada; aunque, como siempre, mejorada.

Hay más dibujos míos; algunos simples esbozos y otros más elaborados. Hay un montón, muchos más de los que creía. Y me pregunto cuántas veces me habrá estado dibujando sin que me diera cuenta.

Al final, doy con algunos autorretratos. Jamás había visto uno y me detengo más de la cuenta admirando la forma en la que se ha encontrado a sí mismo para plasmarlo en el papel. Es una pena que sus seguidores se pierdan esto.

Cuando termino y considero que ya se está haciendo tarde, cojo las muletas de Kenny y las dejo junto a su puerta. Que sea cabezón no significa que tenga que estar dolorido.

Hago la cena para los dos, con la esperanza de que en cualquier momento salga de su habitación y todo vuelva a la normalidad; pero acabo cenando sola.

Ya es tarde cuando, por fin, escucho la puerta de su cuarto al abrirse.

El salón está a oscuras, tan solo el resplandor de la televisión ilumina la estancia. Escucho la puerta de Kenny, sus pasos lentos y vacilantes, las muletas y, de pronto, se está sentando a mi lado.

Deja escapar un suspiro.

—Lo siento —dice, sin mirarme.

Yo sí que lo miro.

—Sigo sin saber por qué te has enfadado.

—Ya no estoy enfadado —responde, y se pasa una mano por el pelo, echándoselo hacia atrás—. Creía que habías vuelto a caer con tu ex, y eso me ha cabreado.

—Pero te he dicho que no ha sido así.

—Pero solo imaginarlo me ha cabreado un poco. Y...

—¿Y?

—Y me ha sorprendido que hayas tenido un rollo de una sola noche.

—No tengo que... —empiezo a decir, pero Kenny alza una mano ante

mí.

—No tienes que decir nada. Puedes hacer lo que quieras, con quien quieras y yo no tengo derecho a enfadarme por eso. Sé que he hecho mal, ¿vale? He sido infantil e inmaduro. Ahora... solo escúchame, ¿vale?

—Está bien —le digo.

—Eres tan inocente —declara, sonriendo un poco. Aún no me mira; observa sus manos—. Eres... —Sacude la cabeza, como si no encontrara las palabras adecuadas, y decide reformular la frase—. Te dije que tuvieras un par de aventuras y lo has hecho, aunque tú no eres así. Me he sentido mal por decirte eso, me he arrepentido, me he enfadado conmigo mismo y lo he pagado contigo.

Me río un poco y, en ese instante, sí que se vuelve hacia mí.

—No soy tan influenciable, Kenny —le explico—. Aprecio tus consejos, pero nadie tiene tanto poder sobre mí como para ser responsable de mis propios actos, ¿entiendes? Me enrollé con ese chico porque me apetecía, porque quería saber qué era tener un rollito de una noche y olvidarse al día siguiente.

Kenny asiente, parece un poco más relajado, aunque vuelve a mirarse las manos.

—¿Y qué tal fue? —pregunta, con prudencia.

—Me gustó —admito—. No estuvo mal y no me arrepiento, pero eso no es para mí.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros. Ni siquiera yo sé explicarlo, no me lo he planteado.

—Quizá... No sé, es raro.

—Dímelo.

Lo medito. Intento ordenar mis pensamientos.

—Lo de anoche estuvo bien, pero no fue espectacular. Quiero decir que... no saltaron chispas, ni hubo fuegos artificiales. —Hago una pausa—. Para que una persona me atraiga físicamente, me tiene que enamorar algo más. —Sonrío, consciente de lo extraño que puede sonar esto—. No soy de piedra, los chicos guapos me gustan, me gustó el chico con el que estuve ayer, pero... Solo eso. No hubo nada más.

—¿Qué más debería haber? —pregunta, con interés.

Ha bajado el tono de voz y habla en apenas un susurro. Su rostro, un complejo entramado de sombras, me mira desde cerca.

—Algo. Para perder completamente la cabeza necesito sentir algo más. No sé explicarlo.

—Pero creo que lo entiendo.

—Ayer me di cuenta de que nunca he sentido eso; ni siquiera con Edu, ni con los chicos con los que estuve antes que él. Nunca he sentido esa conexión.

Kenny sonríe.

—Te hace gracia —comento, un poco avergonzada.

Él sacude la cabeza.

—Me gusta que hayas intentado definir algo indefinible.

Ladeo la cabeza y lo observo, atenta.

—¿El qué?

—Estás hablando de amor, no de la clase de amor que sientes por un hermano, por un amigo o incluso por un novio del instituto. Estás hablando de amor de verdad, de ese que es turbulento y devastador. Del que no te deja dormir por las noches, del que no te deja pensar. Del que se infiltra en tus pensamientos, del que es imposible librarse. Estás hablando de algo que es aniquilador.

—Suenas doloroso.

—Lo es. Es doloroso a veces. Otras, hermoso. —Hace una pausa y esboza una suave sonrisa—. Te deseo un amor turbulento y devastador, Lena. Deseo que tú lo vivas, porque amar así, con tanta intensidad, no es para todo el mundo. Pero quienes lo hacen, quienes se arriesgan, son quienes más reciben a cambio. Alguien dijo una vez que cuando el amor no es locura, no es amor.

Sonrío, un poco impresionada.

—Calderón de la Barca —murmuro, y él asiente—. Yo jamás he sentido nada parecido.

—Puede que para ti la forma convencional de amar no sea suficiente —responde.

—¿Y para ti? —inquiero.

—Para mí tampoco —admite, mirándome.

—¿Has sentido eso alguna vez?

—No.

Asiento, pensativa, y nos quedamos unos instantes en silencio.

—Te pido perdón de nuevo. Por enfadarme así, por ser tan inmaduro. No es excusa, pero me preocupo por ti. No quiero que nadie te hiera.

—Lo sé —le aseguro, y me acerco cuando pasa un brazo por mis hombros y me acerca a él.

Deposita un beso en mi frente y nos quedamos así, muy juntos.

—Lo siento —repite.

—Está olvidado —respondo, porque sé que es verdad que lo siente.

Cierro los ojos unos instantes, disfrutando de su cercanía. El nudo de mi estómago se deshace con rapidez, dando paso a una sensación mucho más agradable.

Soy consciente de su aroma, de su brazo rodeando mis hombros, de la calidez de su cuerpo bajo el jersey.

En algún momento, debo de quedarme dormida, porque, ya de madrugada, Kenny me despierta con suavidad. Me susurra algo que olvido, y me insta con ternura a que vuelva a mi cuarto a dormir.

Lena

Capítulo 16

Mi móvil echa humo.

Samydeanart se ha vuelto loco, completamente loco.

La gente ha enloquecido; de verdad. No he podido saber por qué hasta que he salido de clase y he leído los mensajes y los comentarios, pero ahora es bastante obvio.

Voy al muro de Kenny Nordskov y abro la última imagen que ha subido, el último dibujo. Líneas suaves y sensuales. Una espalda desnuda, una mirada intensa, unos labios traviosos que intentan ocultar una sonrisa.

Mi corazón late un poco más deprisa cuando lo veo. No me he dado cuenta de que he dejado de andar hasta que alguien pasa a mi lado como un vendaval y me desequilibra un poco.

Me envuelvo en mi bufanda y me esfuerzo por seguir andando, pero no dejo de mirar la pantalla del móvil, porque ahora no podría hacerlo.

Soy yo.

Vi el dibujo ayer, cuando todavía no lo había terminado, y ya me pareció increíble. Pero esto... esto es una pasada.

Esta vez no hay peros. Me ha dibujado increíblemente favorecida, salgo preciosa. Pero soy yo, y lo sé. Igual que lo saben miles de fans que han perdido la razón al verlo en el perfil de Kenny.

Alguien ha debido darse cuenta. Ha comentado bajo el dibujo con una captura de pantalla de una de las fotos de mi muro y... después el rumor ha corrido como la pólvora.

Hay cientos de comentarios. Son demasiados, incluso para Kenny. No hace ni una hora que ha subido la imagen y, aun así, ya hay miles de personas hablando sobre ello.

Y mi perfil... Ver las notificaciones me abruma un poco; todo esto me abruma un poco.

Entro en la última foto que subí en la que se me ve la cara. La gente ha

comentado compartiendo el dibujo de Kenny, preguntando en letras mayúsculas si más gente se da cuenta de que soy yo.

Y luego están los comentarios de mis últimos trabajos.

Han atado cabos y se preguntan si esas manos, esa sonrisa y ese torso lleno de colores pertenecen a Kenny Nordskov; el gran y misterioso Kenny Nordskov.

Es imposible leer los comentarios; el número es ingente, excesivo. Tengo que desactivar las notificaciones del móvil, porque no deja de vibrar en mi mano. Pensar en toda la gente que está hablando de nosotros me marea un poco, aunque no puedo dejar de mirar Samydeanart hasta que llego a casa.

En cuanto entro por la puerta, dejo caer mi bolso en el suelo y permito que mi abrigo corra la misma suerte.

Me aproximo hasta la puerta de Kenny, que está abierta de par en par, y me planto en frente, enseñándole la pantalla de mi móvil.

—¿Es que te has vuelto loco? —pregunto.

Kenny se gira un poco hacia mí. Tiene los pantalones puestos, pero no lleva camiseta, y su cabello oscuro está un poco húmedo. Parece que acaba de salir de la ducha.

Guau.

Mis ojos se desvían de su rostro un poco, solo un poco, y me esfuerzo por volver a mirarle a la cara, aunque es difícil.

—Hola a ti también —responde, acercándose para ver la pantalla de mi móvil como si no supiera a qué me refiero.

—Tus seguidores han atado cabos y los míos también. Saben que la chica del dibujo soy yo —le digo, ignorando el aroma a champú que desprende estando tan cerca de mí.

—Bueno, si nadie se hubiese dado cuenta me habría sentido un poco ofendido —replica.

—Gracias a eso también saben que el chico al que he estado retratando eres tú —le advierto, arqueando las cejas.

Kenny, sin embargo, parece de lo más tranquilo. Se encoge de hombros y pasa a mi lado sin decir ni mu.

—¿Es que no te importa?

—No mucho —responde, y va hasta el frigorífico para coger una botella

de agua y darle un trago. Sigue sin ponerse una maldita camiseta. ¿Es que no tiene frío?

Vuelvo a centrarme en la pantalla del móvil, la deslizo hacia abajo, leo más comentarios y me asalta una risa histérica.

—Creer que estás en Barcelona.

—Y estoy en Barcelona.

Sacudo la cabeza, perpleja.

—Hay toda clase de teorías. Has hecho que esta gente enloquezca. Dicen que estamos juntos.

Se le escapa una carcajada.

—¿Cómo nos llaman? ¿Kenna?

Yo también me río, un poco incrédula. En realidad, sí que nos llaman Kenna.

—Me cuesta creer que todo esto te parezca bien. Eres tú el que siempre ha querido mantener tu identidad en secreto.

—Puede que haya cambiado de idea.

—¿Sí? —inquiero, sorprendida.

—Bueno, ya saben que eres la chica de mi dibujo, y que yo soy el chico de tus obras. Así que... ¿qué te parece si me dibujas entero?

Mi corazón se salta un latido.

—¿Vas a subir un dibujo mío para enseñarles quién eres? —pregunto, emocionada.

—Lo vas a subir tú.

Reprimo el impulso de dar saltitos y me muerdo los labios, nerviosa. Salgo disparada hacia mi cuarto en busca de material y vuelvo con rapidez hasta el salón.

—Venga —lo apremio, con un gesto de la mano—. Prepárate y siéntate por ahí.

Kenny esboza una media sonrisa.

—Está bien —declara, y se lleva las manos al cinturón del pantalón.

Empieza a desabrochárselo y hace un amago de bajarse los pantalones. Yo me quedo mirándolo, perpleja.

—Estoy de coña. —Se ríe—. Solo de cintura para arriba —aclara—. Y, además, voy a ponerme un jersey, porque me estoy quedando congelado.

Sí, mejor, Kenny. Ponte un jersey.

Me río un poco, todavía nerviosa, y empujo el sillón hasta dejarlo en frente del sofá. Para cuando Kenny llega yo ya estoy preparada y expectante, ansiosa.

Él toma asiento frente a mí, relajado, y me mira mientras comienzo a dibujar. Reparo en que se frota las piernas.

—¿Te duelen?

—Un poco —contesta.

—¿Es normal? —me intereso.

—Ya viste cómo estaba hace un mes. Que me duelan un poco es perfectamente aceptable.

Me quedo pensativa, tardo en volver a hablar.

—¿Siempre ha sido así?

—¿El dolor?

Asiento.

—No recuerdo cómo era correr o andar sin sentir las piernas como dos pesos muertos. He tenido buenas temporadas, pero siempre me han dolido. Creo que esta es una de las veces que menos duelen.

—Entonces, este tratamiento te puede curar.

Silencio.

Alzo la vista hacia él. Sus labios son una línea recta.

—No. No lo creo. Esto no puede curarme del todo, solo paliar los síntomas de lo que tengo y mejorar mi calidad de vida.

—¿No hay... cura?

Kenny tarda un poco en responder.

—Hace varios años encontraron una forma de atajar el problema desde la raíz. —Se lleva el dedo índice a la frente—. Hace seis años operaron a la primera paciente siguiendo la técnica que habían desarrollado.

—¿Qué pasó?

—Que murió en la mesa —responde.

Mis dedos se detienen sobre el papel.

—¿No han vuelto a intentarlo?

—Veintitrés veces desde entonces.

—¿Y cómo han ido? —quiero saber.

Me doy cuenta de que he ido bajando el tono de voz poco a poco, y ahora hablo en apenas un susurro. Me esfuerzo por seguir con el dibujo.

—Nueve muertos; siete en la mesa, dos en el postoperatorio. Cuatro sin aparente mejoría. Dos con mejoría y recaída al año. Cinco pueden andar, con secuelas en otras áreas. Tres completamente sanos, por el momento.

Kenny me mira directamente a los ojos, pero acaba apartando la mirada.

Se sabe las cifras de memoria. No ha dudado, lo ha dicho sin titubear. Trago saliva y me pregunto cuántas horas habrán pasado esas cifras revoloteando en su mente.

—Has estado pensando en ello —adivino.

—Claro que he pensado en ello. Cualquier oportunidad es buena. Pero los porcentajes no son alentadores. Es una operación neurológica experimental, hay tantas cosas que pueden salir mal... Incluso si superas el 41,7 % de probabilidades de morir en la operación, no funciona con todo el mundo. Algunos se quedan igual que antes. Y, si consigues que contigo funcione, te arriesgas a otras secuelas. Algunos pueden volver a andar con relativa normalidad, pero con temblores.

—¿Temblores? —pregunto.

—En las extremidades.

Alza las manos y mueve un poco los dedos. No necesito que diga nada más para comprender.

—Te da miedo no volver a dibujar —comprendo.

—Solo tres de los veintitrés están de una pieza.

—Eso da un poco de miedo —murmuro.

—Sí.

—Pero también es un poco esperanzador, ¿no? —pregunto.

Kenny se encoge de hombros.

—Esa operación no vale de nada.

—Todavía —comento, y lo miro.

Él no responde.

Lena

Capítulo 17

Me siento un poco frustrada.

Normalmente esto me gusta. Me gusta que algo no me salga, porque siempre encuentro la forma de conseguirlo y, cuando lo logro, me siento más orgullosa que si hubiera sido fácil.

Pero esta vez es diferente.

Tengo a Kenny Nordskov frente a mí, devolviéndome una mirada muy suya desde el papel.

Sus seguidores lo descubrirán mediante este dibujo. Puede parecer una nimiedad, pero a mí me importa, me importa mucho.

Quiero que salga bien, que sea perfecto. Mi estilo y el de Kenny son muy diferentes; se aprecia incluso en los dibujos más sobrios, menos subjetivos. Los dos tenemos trazos diferentes, técnicas distintas. Sé que no puedo pretender hacerlo como él, pero quiero que salga lo mejor posible.

Estoy empezando a agobiarme.

—¿Problemas?

Estoy tan ofuscada y tan concentrada que no lo escucho llegar, y doy un respingo en mi silla.

Nunca lo escucho, y me planteo poner una campanilla o algo así en la puerta que me avise de su presencia.

Me giro hacia él y le doy un suave golpe en el hombro, molesta, y con el corazón a mil por hora.

—Me has asustado —protesto, pero él parece encantado.

Se inclina sobre mí, por encima de mi hombro, y se queda mirando el dibujo.

—¿Está terminado?

—¿A ti te parece que esté terminado?

Kenny me mira y enarca las cejas, sorprendido por mi contestación.

—Alguien está un poco irritada...

—Lo siento. —Resoplo, y me dejo caer sobre el escritorio, llevándome las manos a la cabeza—. Sé que le falta algo, pero no consigo ver qué es.

Siento que Kenny se mueve a mi espalda. Tira un poco de la silla para poder acercarse más. Yo me yergo, siguiendo la dirección de su mirada. Me encanta cuando frunce un poco el ceño y se queda en silencio. Parece tan serio, tan solemne, tan concentrado...

—Coge el lápiz —me pide.

Yo le hago caso y se lo enseño, expectante.

De pronto, él agarra mi muñeca y lleva mi mano hasta el papel. Se pega a mí. Siento su pecho contra mi espalda, su mejilla contra la mía, su respiración rozando mi piel.

Rodea mis dedos con los suyos, con decisión, y deja el lápiz a unos milímetros del papel.

—¿Me permites? —pregunta.

—Sí —murmuro.

Empieza a dibujar o, más bien, a guiar mi mano para que yo lo haga. Su tacto es suave y cálido. Y, a pesar de estar dibujando a través de mí, es increíblemente preciso.

—¿Qué tal así? —susurra.

Él también habla bajito. Quizá sea porque estamos muy cerca.

Yo asiento con la cabeza.

—¿Ves... lo que intento?

Vuelvo a mover la cabeza.

Abro la boca para decir que lo veo, que sé lo que intenta y que puedo seguir sola, pero no llego a pronunciar palabra.

Permanezco en silencio mientras él oprime mis dedos con suavidad y nuestras manos se deslizan sobre el papel. Durante unos instantes, sin embargo, dejo de pensar en el dibujo. Mi mente divaga y deja que un pensamiento extraño se deslice por los resquicios de mi conciencia. Pienso en lo bien que huele, en lo cerca que lo siento.

De pronto, siento sus labios en mi mejilla. Es un roce leve, tan sutil que durante un instante creo que lo he imaginado. Sin embargo, Kenny baja la cabeza hasta el hueco de mi cuello y vuelvo a sentirlos de nuevo. Es un roce tan suave como el tacto de una pluma, ligero y delicado, pero es suficiente

para que cada músculo de mi cuerpo se tense.

Contengo la respiración y permanezco inmóvil.

—¿Te gusta? —murmura, bajito, y siento cada palabra reverberando contra mi piel.

Un escalofrío recorre mi columna.

¿Qué está pasando?

—Sí —contesto, aunque todavía no sé bien a qué pregunta estoy respondiendo.

Siento su boca, cálida, húmeda, en mi cuello. Soy tan consciente de ella que desaparece cuanto nos rodea. Estoy tentada de moverme, de girarme, de buscar... ¿buscar qué?

Me quedo quieta, conteniendo el aliento, perdiendo de vista lo que hacen nuestras manos. No obstante, me doy cuenta de que él también se ha detenido.

Nos quedamos así una eternidad mientras mi corazón bombea sangre a toda potencia y mi mente se convierte en un cúmulo caótico de imágenes y pensamientos que no sé cómo detener.

Entonces, se aparta.

Suelta mi mano con tanta brusquedad que estoy a punto de hacer una raya con el lápiz de lado a lado del dibujo.

—Me muero por ver el resultado —declara, de pronto, y se aparta de mí con rapidez para largarse del cuarto.

Yo me quedo aquí sentada, con la mano, que tiembla un poco, sobre el dibujo sin terminar.

Trago saliva, inspiro con fuerza y me concedo unos instantes hasta que mi mente se libra de la neblina que la embarga.

Esto no ha sido nada, absolutamente nada, solo imaginaciones, sensaciones traicioneras fruto de una mente desorientada.

Cierro los ojos unos segundos, vuelvo a centrarme en el dibujo y obligo a mi desbocado corazón a que lata con normalidad.

Debo acabar el dibujo.



Kenny está en su habitación cuando termino. He seguido su consejo y he continuado con lo que ha empezado. Creo que el resultado está bastante bien, pero no quiero subirlo hasta que Kenny le dé el visto bueno, así que le llevo el dibujo para que le eche un vistazo.

Está vestido de calle, con unos vaqueros que le hacen parecer aún más alto y esbelto de lo que es, y un jersey azul que combina con sus ojos. Lleva un gorro gris que nunca antes había visto y que le sienta genial, y tiene el abrigo preparado sobre el escritorio.

—¿Te vas? —pregunto, mientras él le echa un vistazo al dibujo.

—Había quedado con Erik, pero le ha surgido algo. —Me devuelve el dibujo—. Súbelo. Haz que enloquezcan. —Esboza una sonrisa auténtica—. ¿Cómo lo vas a titular?

—Kenny.

—¿Simplemente eso?

—Simplemente Kenny —contesto.

Él asiente, pensativo, y se mete las manos en los bolsillos. Estoy a punto de darme la vuelta para subirlo ya a mi perfil cuando me doy cuenta de que va a decir algo más.

—¿Te apetece salir?

—¿A dónde?

Se encoge de hombros.

—A dar una vuelta. A donde quieras. Erik y yo solo íbamos a pasear, así que...

—Claro —respondo—. Dame quince minutos y me pongo algo.

En algo más de diez minutos, salimos del piso y bajamos en ascensor hasta la calle. Hace un poco de frío, pero ha salido el sol, así que no se está mal.

Vamos hasta el parque que está frente a nuestro barrio y nos internamos por los senderos pedregosos, flanqueados por decenas de árboles que mecen sus hojas bajo el gélido viento.

—¿Puedes andar por aquí? —pregunto, reparando en sus muletas—. ¿Quieres que vayamos por otro camino?

Kenny sacude la cabeza.

—Me las apaño bien —responde, y continúa caminando.

En alguna ocasión, cuando aún estaba ingresado, salimos a caminar en el hospital, al jardín de abajo, y la forma en la que se movía entonces no tiene nada que ver con la forma en la que se mueve ahora. Se apoyaba mucho más en las muletas, le costaba más levantar las piernas y, al cabo de unos minutos, ya estaba agotado.

Cuando nos detenemos en un banco, me quito un guante y saco el móvil para subir el dibujo de Kenny a Samydeanart. Él estira los brazos y echa la cabeza hacia atrás, disfrutando del sol en su cara.

Tiene los ojos cerrados y parece totalmente relajado así. Cuando termino con el móvil, no puedo resistirme y saco la cámara del bolso para hacerle una foto a traición, que se convierten en, por lo menos, una docena.

Al final, abre un ojo y acaba pillándome.

—¿En serio? ¿Te has traído la cámara?

—Hay buena luz para sacar fotos —replico.

Él enarca una ceja y me la arrebatada de las manos. Empieza a darle vueltas, a observarla y a probar su objetivo.

—Yo no he visto tu cámara —le digo—. ¿Cuál usas?

—La del móvil —contesta, enseguida.

—¿De verdad? —me sorprende.

Él asiente levemente, distraído, toqueteando algo en los controles de la cámara. Se la coloca bien y me dispara una foto.

—No está mal —comenta, mirando la foto en la pantalla.

—¿Que no está mal? Tú sacas fotos con el móvil.

—Tiene buena cámara.

—No compares —lo pico.

Alza los ojos hacia mí, despacio, y esboza una sonrisa un tanto ladeada, divertida. Vuelve a preparar la cámara y me saca otra foto.

—Necesito más dibujos tuyos —comenta.

Sé a lo que se refiere, pero me hago la tonta.

—Puedes posar para mí cuando quieras.

—Quiero dibujarte yo a ti —aclara.

—¿No tienes ya suficientes?

—No —responde, muy serio, y me devuelve la cámara para coger las muletas y ponerse en pie—. ¿Seguimos? —inquire, y yo asiento.

Pasamos así la tarde. Caminando un poco y sentándonos de cuando en cuando. No imaginaba que Kenny pudiese andar durante tanto tiempo.

Al llegar a casa, es bastante evidente que está cansado, aunque no dice nada, y yo tampoco lo hago.

Se deja caer el sofá según llegamos y se deshace del abrigo allí mismo, sin preocuparse lo más mínimo por dejarlo caer al suelo. Debe de estar hecho polvo, pero no me atrevo a hacer ningún comentario.

En lugar de eso, le pregunto qué le apetece cenar e intento encontrar algo que preparar en la nevera. Hay algo de comida que sobró el otro día, así que la meto en el microondas y empiezo a poner la mesa.

—Has revolucionado Samydeanart —me informa, sacando el móvil del bolsillo y asintiendo con la cabeza.

—No lo he mirado desde que he subido el dibujo.

Me acerco a él, curiosa, y me siento en el estrecho espacio que hay a su lado.

—¿Y bien? ¿Qué opina la gente sobre tu aspecto? —Me inclino sobre la pantalla, encantada. Kenny no responde, los comentarios de la gente lo hacen por él—. Ahora vas a ser incluso más popular.

—¿Por qué? —me provoca.

Sin duda quiere que se lo diga, como si eso fuera a avergonzarme, pero yo no tengo ningún problema con eso.

—Porque, si quisieras, podrías ser todo un *playboy*.

Suelta una sonora carcajada.

—Sí... Es cierto —bromea.

—¡Lo es! Eres muy guapo.

Kenny arquea las cejas exageradamente y se finge escandalizado.

—¿Me estás entrando?

Esta vez soy yo la que se ríe.

—Solo constato un hecho. Que no se te suba a la cabeza.

—Estás loquita por mí —declara, ignorándome por completo.

Sacude la cabeza como si se compadeciera de mí.

—Debe de ser muy duro.

—¿El qué?

—Verme todos los días sin poder hacer nada —suelta, dándose aires dramáticos—. Tener la miel en los labios.

Me río con ganas, pero él continúa intentando permanecer serio.

—Me espías mientras me ducho, ¿verdad? O mientras me cambio de ropa.

Me muerdo los labios y sacudo la cabeza, apoyando una mano en su hombro. Lo oprimo con suavidad y me apoyo en él para ponerme de pie.

—No se te puede hacer un cumplido —le digo, yendo hacia la cocina.

—Pobre Lena. Soy irresistible.

Me abstengo de decir nada más y vuelvo a reír. Estoy a punto de decirle que se acerque a cenar, pero, cuando me giro hacia él, veo que se está frotando las piernas en un gesto que ya me es familiar, y decido que hoy es una buena ocasión para cenar en el sofá.

Kenny

Capítulo 18

Esto es lo más raro que me ha pasado nunca.

Creo que Erik está alucinando tanto como yo. Lo tengo sentado al lado, con la vista fija en las chicas que tenemos en frente, que también nos miran prácticamente sin parpadear.

No tengo ni idea de qué decir, o de qué esperan que haga; porque es evidente que esperan algo de mí. Están ahí sentadas, expectantes, y ridículamente radiantes, con sus móviles sobre el regazo.

—Eh... —murmura mi hermano—. ¿Y cómo habéis sabido dónde vivía?

—Por las fotos de Lena. Hemos investigado un poco, para ver por dónde se movía y... —La que habla se encoge de hombros—. Ya sabéis cómo es internet.

—No ha sido difícil —añade la otra.

Miro de reojo a Erik, que tampoco sabe qué decir.

Esta tarde, cuando me ha traído del hospital me ha acompañado en el ascensor y, al salir, nos hemos encontrado a estas dos frente a la puerta de mi piso.

Lo primero que he hecho ha sido creer que serían amigas de Lena y les he preguntado si la estaban esperando, pero, al parecer, me esperaban a mí.

Hace ya cosa de una semana que Lena desveló mi aspecto con uno de sus dibujos y, desde entonces, hemos subido un par de fotos de los dos juntos. Resulta que estas dos chicas, ahora que sabían que estoy en Barcelona, se propusieron encontrarme y han venido hasta aquí para...

Todavía no sé muy bien qué están haciendo aquí.

Ni siquiera sé cómo han acabado dentro de casa. No recuerdo haberlas invitado a pasar, pero puede que, con lo desconcertado que estaba, lo haya hecho sin darme cuenta.

—¿Y sois de muy lejos o...? —pregunta Erik, en un burdo intento por

mantener una conversación cuerda.

La situación es rarísima.

—De un pueblo del sur. Hemos venido a la capital aprovechando las fiestas de carnaval.

Erik asiente. Me empieza a dar pena que se haya visto envuelto en todo esto. Pero ni de coña voy a permitir que me deje aquí solo con estas dos.

—Sí que os parecéis —dice una de las chicas, sonriente.

Entonces, caigo en la cuenta de que ni siquiera sé cómo se llaman.

—¿Cómo habéis dicho que os llamáis?

—Silvia.

—María.

Esta vez soy yo quien asiente sin saber qué más decir.

—Esto os tiene que estar pareciendo bastante raro —dice María de pronto.

Dejo escapar una carcajada nerviosa.

—No te imaginas cuánto.

Ella se lleva una mano al pecho y se apresura por explicarse.

—No queremos molestar, ni ponerlos nerviosos. Somos las primeras que sabemos que esto es superraro y no queremos incomodarlos. Así que, si somos una molestia, decírnoslo. Es que, conocerte es tan... increíble —añade, nerviosa—. Te sigo desde hace seis años, desde que empezaste.

—Vaya, eso es mucho tiempo —comento—. ¿Tú también? —le pregunto a la otra.

—Desde hace cuatro años. María me enseñó tu perfil.

Volvemos a quedarnos en silencio.

—Pensaréis que estamos locas —dice María.

—No... —contestamos mi hermano y yo al unísono, sacudiendo la cabeza, quizá, con demasiado énfasis.

De pronto, escucho llaves fuera de la puerta y siento que jamás me había alegrado tanto de que Lena volviera a casa.

Se escuchan risas y murmullos y me doy cuenta de que no viene sola. Tanto mejor así, cuantos más, mejor. Su amiga Nuria está con ella, y ambas se detienen a contemplar la estampa: las dos chicas en el sofá, Erik a mi lado en una silla y yo en el sillón.

Dedico una mirada de urgencia a Lena.

—Hola... —murmura, con una sonrisa amable; sin duda, esperando explicaciones.

—Lena, Nuria, estas son Silvia y María. Son fans.

Lena frunce levemente el ceño, pero, por si no lo había entendido, las dos chicas se ponen en pie y corren a saludarla como es debido. Al cabo de unos segundos ya no entiendo lo que dicen. Hablan rápido, muy alto, y se ríen.

Imagino que la cara que pone Lena es la misma que he puesto yo antes cuando nos han abordado en la entrada del piso.

Es digna de immortalizarse en una fotografía.

—Bueno, ahora que tienes refuerzos... —declara mi hermano, apoyando las manos en las rodillas.

—Tú no te mueves de aquí, chaval —le digo, apoyando una mano en su hombro.

—Pero ahora está Lena. Ella sabrá qué hacer —susurra.

—No sabemos si se van a largar. ¿Me quieres dejar solo con ellas? Por lo que sabemos, bien podrían ser asesinas en serie.

Erik me dedica una mirada condescendiente.

—Me lo debes, hermanito.

Suspira y vuelve a acomodarse.

—Después de esta, me la vas a deber tú a mí.

—Sí, sí... —murmuro, quitándole importancia con un gesto de la mano.

Ahora que las presentaciones parecen haber terminado, las chicas nos miran, expectantes. Lena se encoge de hombros.

—¿Queréis... tomar algo?

Nuria da un par de palmadas.

—¡Sí! Vamos a tomar algo y a poner música.

Lena se ríe.

—Mañana todavía tenemos clase —le recuerda—. No vamos a montar una fiesta.

—Yo no he dicho nada de una fiesta... —protesta, y se cuela en la cocina en busca de algo que beber.

En apenas unos minutos la situación más rara e incómoda de la historia

se ha convertido en una especie de fiesta improvisada.

Hoy me han hecho algunas pruebas de resistencia y estoy bastante fatigado, así que continúo sentado, mirando a Lena, que está apoyada en el reposabrazos del sofá mientras charla animadamente con las dos chicas.

Lleva unos pitillos oscuros y gastados, rotos a la altura del muslo y las rodillas. Y un jersey corto del color de las amapolas deja al descubierto una parte de su vientre. Tiene el pelo cobrizo recogido en una trenza desecha que cae sobre uno de sus pechos, y la verdad es que está preciosa.

Se me escapa una sonrisa sin querer.

Lena parece saber manejar la situación mejor que yo; sabe cómo conectar con las personas.

Es curioso. Incluso si Lena sabe cómo llegar a la gente, ella resulta, a veces, inaccesible. Sobre todo cuando se pierde en su mundo, cuando escapa a ese rincón desconocido donde solo hay arte.

—Voy al baño —declara Erik, poniéndose en pie.

Según pasa al lado de las chicas, Nuria se le queda mirando, y parece que el gesto no pasa le pasa desapercibido a Lena.

—Ni lo sueñes —le suelta.

—¿Qué? —Se ríe Nuria.

Lena sacude la cabeza con energía.

—Erik tiene novia —le informa, bajo la atenta mirada de las otras dos chicas—. Es preciosa y es boxeadora. ¿Verdad que sí, Kenny?

—Tiene un rechazo increíble.

Nuria se finge espantada.

—¿Es peligrosa?

—Si intentas algo con su chico... —bromea Lena, encogiéndose de hombros.

Nuria me mira, esperando una confirmación.

—Oh, sí. Ya lo creo que sí.

Nuria chasquea la lengua y se ríe un poco.

—Es una pena.

Lena se pone en pie y le da un codazo para que se calle cuando Erik sale del baño y las cuatro se echan a reír disimuladamente.

Mi hermano, que es más bueno que el pan, ni se da cuenta de la

dirección de la mirada de Nuria antes, ni de las risas ahora. Y yo no hago nada por sacar a Bambi de su ignorancia. Mejor así.

Hoy nos quedamos despiertos hasta tarde y la verdad es que me lo paso bien. Ponemos la música alta, hacemos unas *pizzas* en el horno y el resto bebe; yo me abstengo de probar el alcohol. No puedo hacerlo mientras estoy en el ensayo. Lena tampoco está bebiendo. Recuerdo que dijo que no bebía, aunque todavía no sé por qué.

Al final Erik se acaba marchando recordándome que le debo una y Nuria se adueña de un pijama de su amiga declarando que se queda a dormir aquí. Lena y yo salimos hasta la puerta para despedir a las dos chicas.

Cuando creo que se van a marchar ya, María se adelanta un poco y me pone algo en la palma de la mano.

—Quizá lo necesites —me dice, enigmática, y esboza una sonrisa, alejándose de nosotros.

Lena cierra la puerta y se vuelve hacia mí, intrigada.

—¿Qué te acaba de dar? —pregunta.

Abro la palma de la mano.

—Parece que su número de teléfono.

Lena

Capítulo 19

¿Por qué?

¿Por qué nos quedamos hasta tan tarde anoche? Esta es la última clase de la mañana y me llevo haciendo la misma pregunta desde primera hora. No sé cómo he aguantado despierta hasta ahora.

Ayer se presentaron aquellas dos chicas en casa y, bueno, todo se nos fue un poco de las manos. Sobre todo por culpa de Nuria.

Respecto a Silvia y María... una tiene dieciocho y la otra diecinueve. Y ambas están loquitas por Kenny, sobre todo María. Reconozco que es un poco... ¿siniestro? Que se plantaran en nuestro piso para charlar un rato con Kenny es, sin duda, raro. Pero, en fin, ¿no hice yo algo parecido cuando insistí para que Kenny me diera la dirección de su hospital? Sé que es diferente, porque Kenny y yo ya nos conocíamos de antes, hablábamos, éramos amigos..., pero no deja ser parecido.

A pesar de que nos lo pasamos bien, hay algo en María que no me gusta demasiado. No sé lo que es, pero no me da buena espina. Aun así, procuro no pensar mucho en ello.

Dentro de un par de días, una de las amigas de la facultad de Nuria organiza una fiesta de carnaval en su casa. Así que, cuando he llegado al apartamento, he decidido empezar a preparar mi disfraz. He hecho listas con los materiales que necesitaré, he asaltado algunas tiendas y he pedido un par de favores para pedir prestadas algunas cosas que necesitaba.

Cuando he vuelto y he encontrado a Kenny trabajando en su habitación, he decidido llevarle un poco de mi caos para trabajar junto a él.

Me molesta un poco todo este orden, esa sobriedad en la decoración, toda esa calma que desprenden estas cuatro paredes insulsas.

—¿Qué pasa con esta habitación? —pregunto, dejando caer varias cosas que traía conmigo al suelo.

Kenny me mira, y mira todo lo que he dejado caer al suelo. Me dedica

una mirada desdeñosa.

—¿Qué pasa? —quiere saber, confuso.

—No lo sé, dímelo tú. Es la habitación de un gran artista. ¿No debería ser un reflejo de tus turbulentos sentimientos y tu alma torturada?

Suelta una carcajada.

—¿Es eso lo que es tu habitación?

—Por supuesto que sí —le digo, y me dejo caer en el suelo junto con el montón de cosas que he traído. Comienzo a desperdigarlas sin orden alguno.

—¿Qué haces? —pregunta, girándose en su silla.

—Me hago un disfraz.

—¿Vas a sacar un disfraz de ahí? —me provoca.

—Sí, voy a disfrazarme de Matt Damon en *The Martian* —le explico.

—No es que no tenga fe en ti, pero... te deseo suerte.

Kenny se da la vuelta y sigue a lo suyo. Está trabajando con acuarelas y tiene los dedos un poco manchados de pintura. Me parece que también hay algo de color en su mejilla. Pero no le digo nada.

Me gusta trabajar con él. Aunque cada uno haga lo suyo, es agradable sentarse juntos, poner música, encerrarse en alguna habitación y hablar de cualquier cosa mientras los dos nos perdemos en nuestro trabajo.

Encuentro paz en estos momentos, una paz que es mejor que el silencio que tanto amo y que embarga mi alma cuando trabajo sola.

Acabamos cambiando de sitio cuando necesito un lugar sólido en el que empezar a hacer mi casco de astronauta, y Kenny se tumba en la cama mientras yo me adueño de su escritorio.

Cuando termino por hoy, con los ojos enrojecidos y las puntas de los dedos llenas de cola, echo un vistazo a su escritorio. Es divertido; en él hay más cosas mías que tuyas. Entre sus pertenencias, hay algunos dibujos sin terminar, su cuaderno y las acuarelas que ha estado utilizando.

Veo un pequeño papel que sobresale de entre los dibujos, y reparo en que hay números en él. Sé lo que es.

—¿Vas a llamar a María?

—¿A María? —pregunta, confuso.

Voy hasta la cama y me siento junto a él, observando lo que está haciendo. Hace rato que ha pasado de las acuarelas, y ahora está coloreando

los grandes ojos de un búho con lápices de colores.

—Tu fan —comento—. La que te dio su número.

—No creo —responde.

Me dan ganas de decirle que hace bien; que hay algo en ella que no me hace gracia. Pero me contengo.

—¿Por algo en especial o...?

Él se encoge de hombros.

—Simplemente no me apetece —responde, parco, y capto que no quiere hablar sobre ello, así que doy por terminada la conversación.

La verdad es que me alegra que no vaya a llamarla.



Cuando llego hoy a casa después de conseguir las últimas cosas que necesitaba para terminar mi disfraz, unos gritos me taladran la cabeza. Entro despacio, prudente, justo a tiempo de ver cómo Kenny zanja el tema con otro grito y desaparece en su cuarto.

Es Erik con quien discute, que se queda en el pasillo, suspirando y pesaroso, mientras se frota el cuello.

Me acerco a él con discreción.

—Guau. Menudos pulmones —digo, intentando quitarle importancia a la situación—. ¿Todo bien?

Erik me hace un gesto para que le siga y nos apartemos un poco de la puerta para hablar. Parece apesadumbrado.

—Está un poco sensible —me explica, que es una forma bonita de decir que está cabreadísimo—. Es mejor que lo dejes solo durante un rato; simplemente para que no te salpique.

—¿Qué le pasa?

—Hay una intervención médica que podría... solucionar sus problemas para siempre.

—Sí, lo sé —me apresuro a decir.

—¿Lo sabes? —inquieta, sorprendido.

—Sí. Kenny me habló de ella.

Erik ladea la cabeza y me observa.

—Me sorprende que te lo contara.

—¿Por qué? —quiero saber.

—Bueno, acabas de ver lo que pasa cuando sale el tema de la operación.

—Señala la puerta cerrada del cuarto de su hermano—. Digamos que se pone un poco nervioso cuando alguien habla de ello.

Sigo la dirección de su mirada y contemplo la puerta cerrada.

—Va a operarse alguien más; un chaval de Alemania. Solo se lo he comentado y...

—Ya veo.

Erik resopla, se pasa una mano por el pelo y vuelve a acercarse a la puerta.

—Kenny, vamos a llegar tarde —le dice—. Lo siento, ¿vale? No voy a volver a sacar el tema... —murmura, como una cantinela aprendida.

Algo me dice que no es la primera vez que pronuncia esas palabras.

Al cabo de unos segundos, la puerta se abre.

Kenny le dedica una mirada interrogante a su hermano, que vuelve a encogerse de hombros.

—Lo prometo, nada de hablar de eso; nunca más.

Él le sostiene la mirada y yo contemplo la escena desde aquí, atenta.

Al final, acaba cediendo y asintiendo con la cabeza. Erik sonrío y lo envuelve en un gran abrazo de oso que me hace sonreír.

Es muy tierno.

Kenny me mira como si acabase de reparar en mí, en que estoy aquí. Me ve sonreír y, de pronto, le falta tiempo para quitarse a su hermano de encima, que lo mira entre perplejo y divertido.

—Venga, vámonos —insiste Kenny.

—Qué simpático eres —murmura Erik, resignado.

Ambos se despiden en mí para ir al hospital y yo decido pasar el resto de la tarde terminando mi traje.

Lena

Capítulo 20

La casa de la amiga de Nuria está un poco lejos de aquí. Vamos a coger un autobús que nos deja relativamente cerca y, luego, pediremos un taxi que nos acerque hasta la puerta. Mientras espero a que Nuria llame al timbre, doy los últimos retoques a mi disfraz. Apenas son las seis, pero a Nuria y a sus amigas les gusta empezar las fiestas pronto y terminarlas tarde. Y hoy no va a ser la excepción.

Escucho cómo la puerta del cuarto de Kenny se abre y, en apenas unos segundos, está apoyado en el marco de la mía.

—Impresionante —murmura.

Doy una vuelta girando sobre mí misma.

—¿Te gusta?

Kenny se acerca y observa el casco de astronauta que hay sobre la mesa. Al final he conseguido que quede bastante bien.

—Reconozco que al principio no tenía mucha fe en este traje. —Sonríe—. Pero te ha quedado bien.

Hemos pasado unos días tranquilos. Muchas mañanas Kenny ha estado en el hospital y, al volver, hemos dado largos paseos por el parque de enfrente, nos hemos acurrucado bajo una manta para ver pelis o hemos puesto una lista de reproducción de música interminable y nos hemos perdido en nuestros dibujos y trabajos.

—Puede que haya estado haciendo esto mientras tenía que estudiar, pero solo es carnaval una vez al año.

Kenny se ríe y le da vueltas al casco, observándolo. Luego vuelve a fijarse en el traje que llevo puesto.

—¿Vas a salir?

—Hoy es el día de la fiesta.

Él asiente, sin dejar de mirarme, pensativo. Se acerca a mí para ajustar una de las correas de mi chaleco.

—Sencillo pero bonito —comenta.

La verdad es que tiene razón: un mono naranja y blanco, un chaleco blanco, una pequeña mochila, algunos tubos, un cinturón, la bandera americana y el casco.

Kenny termina de jugar con los tubos y se queda mirando algún punto en mi frente. De pronto, alza una mano y me pone un mechón de pelo tras la oreja, distraído.

—Estás muy guapa —comenta.

Me sorprende un poco.

—Gracias.

Se queda mirándome y yo mirándolo a él. Durante unos instantes, no sé qué decir, ni qué hacer. Él se queda de pie, frente a mí, a tan solo unos centímetros, mientras yo espero que en cualquier momento dé un par de pasos atrás.

Antes de que eso ocurra, suena el timbre de la puerta. Me extraña que Nuria haya decidido subir hasta aquí por voluntad propia. Normalmente me mete prisa por el telefonillo y me bombardea a mensajes hasta que estoy abajo, incluso si no tardo más de medio minuto en bajar las escaleras.

Cuando abro la puerta, frunzo el ceño.

—¡Hola! —me saluda una voz cantarina.

—Hola..., María —murmuro, desconcertada—. ¿Qué haces aquí?

Va vestida de... ¿ratita presumida? No lo tengo muy claro. Lleva orejas, bigotes y una falda negra de lunares; así que podría ser.

—Espero a Kenny —responde.

Inmediatamente me giro hacia atrás, desconcertada. Pero Kenny ya se está acercando con sus muletas. Lo miro de hito en hito, confusa, esperando una explicación.

—Vaya, decías en serio lo de que no te ibas a disfrazar —murmura María, decepcionada.

Yo no entiendo nada.

Me hago a un lado para dejar pasar a Kenny, que se queda frente a ella mientras coge un abrigo de la entrada y se lo pone.

—Vamos a dar una vuelta —me dice, escueto.

No sé si mi mirada deja claro que esa explicación no es suficiente para

mí. Si se ha dado cuenta, no lo parece, porque no dice nada más. Se echa una bufanda al cuello y se pone ese gorro que le queda tan bien.

Vuelve a coger las muletas y María da un par de pasos atrás, sonriente, para dejarle pasar. Kenny se vuelve hacia mí.

—Pásalo bien.

—Tú también... —respondo, aún descolocada.

—Y ten cuidado —añade, preocupado.

Estoy a punto de decirle que él también debería tenerlo, pero me contengo.

La puerta se cierra tras él y enseguida escucho la risa cantarina de María. Yo me quedo junto a la puerta, con un extraño sabor amargo en la boca, hasta que Nuria llega y bajo para reunirme con ella.



Nuria y yo salimos de la casa de su amiga cuando ya ha amanecido. Me parece un milagro que conserve mi casco de astronauta; Nuria ha perdido su peluca de *Kill Bill*.

Tras un trayecto en taxi que se hace interminable y, después de uno en autobús igual de tedioso, nos separamos frente a una panadería. Aprovecho para coger algunos pasteles para llevar a casa y disfruto de la quietud de la mañana a primera hora.

La gente que hoy trabaja ya ha empezado a movilizarse, pero las calles están prácticamente vacías, y es agradable pasear por la ciudad cuando parece que aún está dormida.

Abro la puerta del piso con delicadeza, aunque espero que Kenny esté ya despierto, y dejo los pasteles que he comprado en la encimera de la cocina.

La puerta de su cuarto está abierta; su cama está desecha, y da la impresión de que la habitación está un poco más desordenada que de costumbre. Pero él no está dentro, así que supongo que estará en el baño.

Me muero por deshacerme de este traje de astronauta que tanto me ha costado hacer y tirarme en la cama para no despertar en varios días. Sin embargo, decido esperar a que Kenny aparezca. Quizá podamos desayunar

juntos antes de que se vaya al hospital.

Tengo algunas preguntas que hacerle; como, por ejemplo, qué hacía ayer con María y por qué no me lo había contado.

Ya sé que no le va hablar de esos temas. Se le da bien escuchar, pero no tan bien hablar acerca de sí mismo. Aun así, me sorprende un poco que no me lo contara. Hablamos todos los días y hemos pasado las últimas cuarenta y ocho horas encerrados en este piso. Creo que ha habido momentos de sobra en los que la conversación podría haber surgido, y más teniendo en cuenta que le pregunté si la llamaría y me contestó que no tenía intención de hacerlo.

Además, hay algo raro en esa chica que no me gusta. Su amiga y ella fueron amables en la pequeña fiesta improvisada, pero... no lo sé. Cuando se despidió y le dio su número de teléfono, noté algo en ella que no me dio buena espina.

—¡Buenos días! —grito, jovial, cuando escucho cómo se abre la puerta del baño.

No obstante, cuando veo quién se acerca, me quedo petrificada.

—Hola..., Lena —dice una sorprendida María, como si ella me acabase de encontrar a mí en su piso y no al revés.

—¿Kenny? —pregunto lo primero que se me pasa por la cabeza; siendo, quizá, un poco descortés.

Casi puedo ver la respuesta a una pregunta que todavía no he hecho, ni pienso hacer, en la expresión tímida de María. Mi mente somnolienta tarda un poco más de la cuenta en atar cabos.

—Se ha ido al hospital.

—Ah. —Asiento con la cabeza, pasmada.

María lleva una camiseta unas cuantas tallas más grande; una camiseta que es de Kenny. Está descalza y parece que se acaba de levantar.

—¿Te has... quedado a dormir aquí? —pregunto, tal vez con demasiada dureza.

—Se hizo tarde, así que...

Cambia el peso de una pierna a otra. Cruza las manos ante ella, nerviosa. Me señala con la cabeza.

—¿Qué tal la fiesta de disfraces?

Estoy tan aturdida que tardo unos instantes en responder.

—Ah, bien. Muy bien.

Ella asiente y sonrío.

Yo sigo sorprendida, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa con tu amiga? ¿Con Silvia? ¿Ella no salió con vosotros ayer? —pregunto—. ¿La has dejado sola? —me intereso.

—No. Tiene amigos en Barcelona, así que está con ellos.

Asiento. No sé qué más decir. Me molesta un poco que esté ahí plantada, con la camiseta de Kenny, mirándome con sus grandes ojos oscuros, como si esperase algo de mí.

—Te has traído el desayuno —observa, señalando la bolsa de la cafetería.

Me doy cuenta de que su simple presencia me irrita, y de que estoy siendo borde. También comprendo que no hay motivos para que me crispe tanto. ¿Qué narices me pasa? Yo no soy así. Sacudo la cabeza, como si así pudiera librarme del aturdimiento, y decido empezar a comportarme como debo.

—¿Tienes hambre? —pregunto, reuniendo amabilidad.

Ella asiente, encantada, y se sienta frente a mí.

Le preparo un café y le ofrezco los pasteles que he comprado mientras desayuno con ella.

—He visto tu cuarto —comenta, con timidez—. Es una pasada.

Sonrío un poco.

—Gracias.

—No te sigo desde hace tanto tiempo como a Kenny, pero me gusta lo que haces.

Reprimo un suspiro. Lo cierto es que parece una buena chica. No entiendo por qué ese regusto amargo en la garganta cuando ayer descubrí que saldrían juntos, ni tampoco ese aturdimiento que me ha embargado hoy cuando la he visto aparecer.

—¿Desde hace cuánto le sigues?

—Seis años. ¿Y tú?

—Tres —contesto.

No tarda en empezar a hablar de los dibujos de Kenny, de sus preciosos escritos y de lo mucho que le impactó el dibujo que desveló su identidad.

Maldita sea. Es más fan incluso que yo. Y eso también me molesta un poco más de lo que me gustaría reconocer. Sé que es un sentimiento ridículo, pero me irrita que sepa tantas cosas sobre Kenny y que lo siga desde hace más de seis años.

No me está gustando esta charla, no me está gustando mi propia personalidad en esta conversación, ni los sentimientos absurdos e infantiles que están surgiendo de mí.

Sé que es una chica encantadora y, aun así, no logro librarme de esa sensación de que hay algo malo en ella. No me gusta, no me cae bien y no puedo evitarlo. Así de simple.

Quizá sea por mi falta de sueño, por el dolor de cabeza o por todas las horas que he pasado bailando hasta que mis piernas no han aguantado más. Pero quiero pensar que el hecho de que María me irrite tanto se debe a que necesito dormir un rato.

Hago de tripas corazón, repitiéndome una y otra vez que yo no soy así. Yo soy amable, me gustan las personas; ella me gustó al principio, antes de que le entrara a Kenny. Me repito que debo ser más racional, que lo que siento es absurdo e incomprensible, y desayuno con ella procurando no interrogarla, dedicándole toda la simpatía que soy capaz de reunir.

Cuando se marcha, me siento aún más agotada que antes. Me duele la cabeza y lo único que quiero es meterme en la cama y dormir hasta tarde.

Me lavo la cara, me desnudo y me meto entre las sábanas.

Tengo que reconocer las cosas como son: me da rabia que ayer Kenny quedase con María y me molesta que hoy haya pasado la noche en casa. ¿Tiene eso sentido? No. ¿Son asuntos que deberían importarme? No. Kenny es mayorcito, y sabe lo que hace. Si realmente fuese una seguidora loca, no habría quedado con ella, ni habrían pasado la noche juntos.

Intento no pensar en ello. No hay motivos por los que preocuparse. Sin embargo, aún conservo un regusto amargo en la boca, una sensación áspera en el pecho.

Y todo se vuelve aún más extraño cuando entierro el rostro en la almohada y siento que huele a él.

Kenny

Capítulo 21

Cuando llego a casa, Lena no da señales de vida. Reconozco que a media tarde he hecho un poco más de ruido de lo que era realmente necesario solo para ver si se despertaba y salía a pasear conmigo, pero debía de estar cansada. Así que he dado un rápido paseo yo solo y he vuelto a casa antes de cansarme demasiado.

Entonces, tampoco se ha levantado. Ya ha anochecido y lo único que sé de la fiesta de ayer es lo que transmite una foto que subió de madrugada. Sale con un par de amigas, todas disfrazadas, con el casco de astronauta bajo el brazo y una sonrisa radiante y algo alocada.

Parece que se lo pasaron bien.

La verdad es que me da envidia. Erik y ella tienen la misma edad, cuatro años menos que yo, y han vivido muchas más cosas de las que yo jamás he vivido... y probablemente nunca viviré.

Todavía tengo tanto que hacer..., algunas cosas simples, sencillas, puros clichés que a mí me parecen auténticas maravillas. Y otras más trascendentes que ni siquiera me planteo. Tampoco pido mucho, me conformaría con poco:

Llevar a mi novia al cine.

Aprender a conducir.

Beber cerveza y no volver a casa hasta el amanecer.

Correr para no perder el metro.

Conseguir mi primer trabajo...

Todavía me quedan muchas cosas por hacer. Algunas, si tengo suerte, podré intentarlas en algún momento, pero sé que otras nunca llegaré a experimentarlas.

Mis piernas no me dejarán intentarlo o, quizá, me quede sin tiempo antes de poder hacerlo.

Simplemente, no nací para eso.

Decido dar una sorpresa a Lena y me pongo a improvisar algo para

cenar. Aunque mi bagaje culinario es reducido y acabo haciendo unas hamburguesas, creo que el gesto es lo que cuenta.

He dejado las muletas a un lado para cocinar. Hace unos meses no habría soñado con mantenerme en pie sin ningún apoyo durante tanto tiempo; ahora, cada vez me resulta más natural.

Una de las veces que me vuelvo para ir hacia el frigorífico, descubro a Lena ahí plantada, mirándome con aire somnoliento, mientras se frota un ojo.

—Buenas... noches —le digo.

—¿Qué hora es? —pregunta, con un bostezo.

No puedo evitar sonreír. Lo cierto es que está preciosa con su larga melena alborotada, los pantalones de pijama que le quedan grandes y esa expresión adormilada.

—La hora de cenar —respondo.

Lena deja escapar un resoplido y se sienta en el sofá sin decir nada.

—¿Qué tal fue anoche?

—Bien —contesta, simplemente.

—¿Solo bien?

—Fue divertido —responde, esbozando una sonrisa muy pobre en comparación con las sonrisas a las que estoy acostumbrado.

Decido darle unos minutos para que se despierte, y la llamo para que se siente conmigo cuando tengo la cena preparada. Lena toma asiento frente a mí, dubitativa, y mira la hamburguesa sin que parezca que tenga mucho apetito.

—¿Ha pasado algo? —quiero saber.

—¿A qué te refieres?

—Parece como si hubiera pasado algo malo. ¿Todo fue bien en la fiesta?

—Una idea cruza por mi mente, y me preocupo—. ¿Te encontraste con Edu?

Ella sacude la cabeza.

—Lo de Edu es agua pasada —aclara—. Estoy bien —añade, aunque yo no me lo trago.

—Puedes contarme lo que quieras —le hago saber.

Ella me mira unos instantes. Parece que va a decir algo, pero se arrepiente y sacude la cabeza. Se encoge de hombros.

—Tú también, aunque no lo haces —dice, con cierta tristeza.

—¿De qué hablas?

—No me dijiste que ibas a quedar con María.

Tardo unos instantes en ubicarme.

—Ah, ya. Fue improvisado.

Lena asiente sin mirarme y le da un bocado inapetente a su hamburguesa. Si tuviera algo parecido, mi orgullo de cocinero estaría herido.

—María me ha contado que os lo pasasteis muy bien —comenta.

—¿Has hablado con María? —Me sorprende.

—Me la he cruzado esta mañana.

—Esperaba que se marchara antes de que llegaras —admito, un poco avergonzado.

—¿Por qué? —pregunta.

—No lo sé. He pensado que quizá podría ser raro.

—No lo ha sido. Hemos desayunado juntas. —Hace una pausa y me parece que coge aire—. Parece una buena chica. Me alegro por ti. Aunque, tengo curiosidad, ¿se va a quedar aquí o va a ser un rollo de una noche?

Lena sigue sin mirarme, concentrada en esa hamburguesa a la que no parece tenerle muchas ganas. Está comiendo muy despacio.

Tardo unos instantes en darme cuenta de qué está hablando.

—¿Qué? ¡No! No estamos juntos.

—Ha sido cosa de una noche, entonces —creo comprender.

—No ha pasado nada —contesto, sacudiendo la cabeza—. Ayer por la mañana me mandó un mensaje a Samydeanart al que tuve que contestar. Me dijo lo mucho que le había gustado conocerme, me contó que el resto de las vacaciones no habían resultado como ella esperaba, que iba a estar sola todo el día porque Silvia tenía una cita... —Me encojo de hombros—. Al final tuve que preguntarle si quería dar una vuelta conmigo.

Lena me mira. Por fin alza la vista de su plato y ladea la cabeza con curiosidad, esperando que diga algo más.

—Mi intención era tomar algo y volver a casa, pero ella insistió en acompañarme y ya no pude echarla. Se acopló mientras veía una película y luego me preguntó si podía quedarse a dormir.

—Y te dio pena.

—No sabía cómo demonios decirle que no. Es raro, ¿no? Soy un

completo desconocido, no debería ir pidiendo a gente que no conoce un sitio donde dormir.

Lena sonríe un poco. Su expresión somnolienta y desganada se ilumina con esa sonrisa traviesa tan suya.

—Quién lo iba a decir. Kenny Nordskov no sabe decir que no.

—Me lo puso muy difícil —suspiro.

—Entonces... —vacila—. ¿No pasó nada?

—En realidad, era bastante obvio que ella sí que esperaba algo más de anoche —reconozco—. Pero no pasó nada, además de que desapareciera una de mis camisetas. Me pidió una prestada y no la encuentro por ninguna parte. Creo que se la ha quedado.

Lena se ríe un poco. Tiene una risa muy bonita.

—Por cierto, dormí en tu cuarto —digo, antes de que pueda responder.

—¿Qué?

—María se quedó en mi habitación y tu cama parecía más cómoda que el sofá, así que... Espero que no te importe. Y, si te importa, ya está hecho, así que me da igual —bromeo.

Lena se queda un poco aturdida. Durante unos segundos creo que le importa de verdad y me preocupo.

—¿Te... molesta? —pregunto, esta vez en serio.

Ella sacude la cabeza, saliendo del trance.

—No, en absoluto. Has hecho bien. Yo habría hecho lo mismo. —Esboza una sonrisa auténtica y sigue comiendo su hamburguesa—. Está muy buena —comenta, con la boca llena.

—Me alegro.

Parece que acaba de despertar por completo; ya se ha librado de ese aire taciturno y desganado que me estaba preocupando tanto.

—Entonces, ¿no pasó nada en la fiesta? —me aseguro, por si acaso.

—No. Todo genial. Bailamos, sacamos fotos y Nuria se enrolló con un par de tíos.

—¿Tú no? —pregunto.

—No —contesta—. Eso no me va. Ah, y sobre la camiseta que le has dejado a María... Esta mañana se la ha llevado puesta. Lo siento.

—¿Qué? ¿Y tú se lo has permitido?

Lena se encoge de hombros.

—Creía que te la habías ligado. ¿Cómo iba a pedirle tu camiseta de vuelta?

—De ahora en adelante, tienes permiso para hacerlo siempre que veas a alguien que no sea yo llevando mi ropa.

Se ríe un poco, tapándose la boca.

—Está bien... —comenta, divertida.

Seguimos cenando, entre bromas. Me pregunta por lo que hice durante toda la tarde con María, y le hablo de los silencios incómodos y de las largas conversaciones sobre mí y mis trabajos, porque no hablaba de otra cosa. Y ella me da detalles de la fiesta.

Ya lo he dicho antes. La envidia. La envidia muchísimo. Pero me gusta que me cuente estas cosas, me gusta cuando sonrío o se ríe de alguna broma que solo ella entiende. Me gusta que divague contando una anécdota o se pierda en un recuerdo interminable.

Ella no tiene sueño, así que le queda una larga noche por delante. Estamos un tiempo el uno frente al otro, hablando, riendo, perdiéndonos; sin que mirarse durante largos silencios o sostener la mirada del otro resulte incómodo.

Una de las veces que nos quedamos en silencio, Lena me mira y sonrío.

—Tienes una mirada muy bonita.

Me pilla un poco por sorpresa, pero no pierdo la oportunidad de provocarla.

—Ya lo sé. Es increíble.

Ella bufa y sacude la cabeza. Me da un leve codazo y cambia de tema de conversación.

Comparándome con ella, yo me quedo dormido enseguida. Sé que está despierta durante largo rato después de que yo caiga rendido porque, cuando despierto de madrugada, la encuentro dormida en el sofá, con el murmullo apagado de la televisión de fondo y el cuaderno de dibujo en el regazo.

Lo cojo sin despertarla y observo el dibujo que acaba de hacer.

Es mi mirada, de frente.

El dibujo transmite cierta intensidad que te obliga a mirarlo durante unos instantes. Parece que no está acabado, pero está muy bien.

No puedo resistirme y paso las páginas del cuaderno para descubrirme a mí mismo en ellas.

Lena

Capítulo 22

Kenny debería tener más cuidado.

—¡Lo siento! —grito contra la puerta, una vez que la he cerrado bruscamente. Me sorprende no haberla arrancado de sus bisagras.

Al despertar he ido al baño en piloto automático y ni siquiera me he planteado que él pudiera estar dentro cuando me he encontrado la puerta cerrada, pero sin pestillo. La he abierto sin miramientos y casi me doy de bruces contra él cuando me lo he encontrado semidesnudo frente al espejo, peinándose.

Por suerte, llevaba calzoncillos. Creo.

Al cabo de unos segundos, abre la puerta, haciendo que tenga que apartarme. Sigue sin camiseta; pero, al menos, se ha puesto pantalones.

—¿Una noche larga? —pregunta, pasando a mi lado.

Me obligo a mirarlo a los ojos.

—Siento como si tuviera *jet lag*. Solo he dormido unas horas para poder tener sueño esta noche. Mi misión es no quedarme dormida durante todo el día.

—Puedo ayudarte con eso cuando vuelva, pero ahora tengo que ir al hospital; mientras tanto tendrás que aguantar despierta tú sola.

—¿Hoy también tienes que ir?

Se encoge de hombros, despreocupado.

—A los enfermos crónicos no nos dan fiesta.

Tras decir eso, da media vuelta y entra en su habitación. Reparo en que no lleva muletas; ahora se las olvida más a menudo en alguna esquina, y creo que eso es bueno.

Mañana vuelvo a la rutina. Durante estas pequeñas vacaciones me he desentendido bastante de las cosas de la universidad, así que tengo trabajo pendiente y paso el resto de la mañana adelantando todo lo que puedo.

A media tarde, ya estoy agotada y somnolienta, pero no dejo que las

ganas de tumbarme en el sofá y quedarme dormida puedan conmigo, y decido terminar el dibujo que empecé anoche.

Siento que sería imposible plasmar en el papel todo lo que transmite la mirada de Kenny, pero, a pesar de eso, estoy bastante contenta con cómo me está quedando. Dos cejas largas, elegantes, un azul profundo e intenso, lleno de sombras y de luz, de un contraste extraño y salvaje.

Lo subo bajo el título *Sombras y luz*, y los comentarios no tardan en llegar. Desde que subí aquel dibujo de Kenny, he ganado muchos más seguidores. No me hace mucha gracia que ese sea el motivo. Sin embargo, sea como sea, la gente que ha descubierto mi trabajo disfruta con lo que hago, y eso es lo que verdaderamente importa.

Cuando Kenny llega hoy a casa, advierto que está un poco más cansado de lo normal. Al parecer, ha hecho una especie de prueba de resistencia, para ver cómo están respondiendo sus músculos al tratamiento y ha salido bastante bien. Aun así, no quiere quedarse en casa y nos acercamos paseando hasta una cafetería a un par de manzanas de aquí.

Nos quedamos allí un buen rato antes de salir a que nos reciba el frío del invierno y, en lugar de volver a casa enseguida, paseamos un tramo hacia el barrio gótico, sin un destino fijo.

Tan solo caminamos, despacio, al ritmo de Kenny, bajo la luz ámbar de las farolas y el sonido amortiguado del tráfico. Evitamos las calles principales, colándonos en estrechos pasadizos y callejones y entrando, a menudo, en calles sin salida.

Bordeamos un par de plazas, nos detenemos unos instantes frente a una fuente para tener una excusa para descansar y, cuando ya se hace demasiado tarde, decidimos buscar la boca del metro.

Hemos hablado tanto hoy... Y, no obstante, no sabría decir exactamente sobre qué.

Con él hablar resulta fácil; perderse en ensoñaciones, en debates sin importancia.

Hace frío y, desde hace un rato, empieza a calarme más hondo. En los túneles del metro no corre al viento, pero tengo las manos heladas. Me las acerco a la boca para hacerlas entrar en calor y Kenny sonrío ante el gesto.

—¿No has traído la cámara hoy? —pregunta, señalando mi bolso.

—¿Para qué?

Cuando comprendo para qué la quiere sacudo la cabeza.

—Ni hablar. Estoy despeinada, helada de frío y muerta de sueño. No es el mejor momento para fotos.

Kenny sigue sonriendo, divertido. Coge ambas muletas con una mano, se deshace de su bufanda, descolocándose un poco el gorro, y se acerca a mí para pasarla por mi cuello.

—Estás preciosa —comenta, como si nada, y desliza sus dedos a través de mi cabello, liberando un mechón de la bufanda.

Mi estúpido y caótico corazón late a toda velocidad y siento cómo me sonrojo sin poder evitarlo. ¿Qué diablos me pasa? ¡Por favor, pero si es Kenny!

—Déjame la cámara —me pide, en el mismo tono suave y pausado.

Me muerdo los labios. Es bastante evidente que intenta hacerme la pelota. Tiene buenas armas de persuasión y sabe cómo usarlas.

—Sácame una con tu maravilloso móvil —lo provoco.

—Con esta luz tu cámara saca mejores fotos —responde.

Continúa jugueteando con mi pelo, siguiendo el recorrido de sus dedos con los ojos, intentando ocultar una sonrisa traviesa.

—Así que reconoces que mi cámara es mejor que tu móvil.

—¿Si lo reconozco me la dejarás?

—No —contesto, resuelta.

—Entonces, no. No lo es —declara.

Deja escapar un suspiro exagerado y busca en su bolsillo con la mano libre. Saca el móvil y, en un abrir y cerrar de ojos, me saca una foto y lo vuela a guardar.

—¡Eh! —protesto—. Ni siquiera estaba preparada.

—No hay cámara, no hay opción a posar. Así son las reglas —explica, encogiéndose de hombros. Intenta aparentar estar molesto. Sin embargo, yo sé que está intentando no reírse.

Le doy un pequeño codazo y ambos nos echamos un poco hacia atrás cuando aparece el tren.

Al llegar a casa, cenamos pronto y acabamos en el sofá. El sueño no tarda mucho en acecharme y me dejo caer sobre Kenny, apoyando la cabeza

sobre su regazo. Llegados a este punto, creo que tenemos suficiente confianza como para que me diga si lo molesto, así que no lo pregunto.

Cierro los ojos. Él retira un mechón de mi cara.

—Eh, no te duermas.

—Ya es tarde —murmuro.

—Que va, no lo es. Además, te vas a perder la película.

Me giro hacia la pantalla. Siento que Kenny apoya una mano en mi cintura. Me tenso un poco ante el cálido contacto, pero no tardo en relajarme; se está bien así.

—Hace mucho que no veo una peli en el cine —comento, entre bostezos.

Kenny se queda unos instantes en silencio, pensativo.

—Vamos esta semana —propone.

Me giro hacia él y lo miro, contenta.

—¿Sí?

—Sí. Yo también tengo ganas de ir —dice.

Sonrío, encantada.

—Entonces, tenemos un trato.

Lena

Capítulo 23

Decidimos ir al cine el día del espectador, a la primera sesión de la tarde, esperando que así vaya menos gente, pero parece que todos hemos tenido la misma idea.

Hacemos una cola interminable para comprar las entradas primero y para conseguir palomitas después; y, por fin, cuando entramos en la sala, los anuncios ya han empezado.

Kenny sube las escaleras con soltura, con una agilidad que me sorprende. Hemos pedido asientos junto al pasillo y llegamos a ellos enseguida. Cuando nos sentamos, Kenny me arrebató el bol de palomitas de las manos, me tiende las muletas para que las deje en el asiento que hay a mi lado y comienza a comer. Parece contento.

—¿Cuál fue la última película que viste en el cine? —le pregunto, aprovechando que los anuncios aún no han terminado.

—No me acuerdo. Fue hace mucho.

—¿Y cuál es la última que recuerdas?

Kenny se encoge de hombros.

—Creo que fue cuando tenía doce años. Pero no estoy seguro de qué vimos. Mi madre nos trajo a Erik y a mí.

Lo miro de hito en hito.

—Han pasado más de diez años. ¿No has venido desde entonces?

Él sacude la cabeza.

—Ya te dije que a los enfermos crónicos no nos dan vacaciones — bromea, sin que hablar de ello empañe su buen humor—. ¿Y tú? —pregunta—. ¿Cuál fue la última que viste?

Estoy a punto de contestar, pero, entonces, la película comienza y guardo silencio. He dejado que él elija, aunque eso no importa mucho, porque quería ver la misma que yo.

Hemos elegido un *thriller* con una de esas tramas que no desvelan el

verdadero *leitmotiv* de la película hasta el final; y, entonces, te llevas las manos a la cabeza y ahogas una exclamación.

Incluso si la película es la misma, hay cosas que en el cine se disfrutan más. Quizá sea el ambiente, el sonido espectacular o la iluminación, pero el caso es que hay películas que merece la pena ver aquí.

Cuando apenas deben de quedar unos minutos para el final, siento la suave respiración de Kenny al oído.

—Sabes lo que va a pasar ahora, ¿no? —murmura, arrancándome un estremecimiento.

—Van a arrestar a ese tipo —susurro, señalando la pantalla.

Él sacude la cabeza y vuelve a pegarse a mí. Siento su inconfundible aroma.

—Fíjate en el cinturón que lleva la chica.

Tardo unos instantes en atar cabos y ahogo una exclamación antes de tiempo.

—¿Cómo te has dado cuenta? ¿Y para qué me lo dices?

Kenny me ordena guardar silencio y se lleva un dedo a los labios, travieso. Ahora que sé cómo va a terminar, se me ocurre algo.

Esta vez, soy yo la que me acerco a él. Mi nariz roza su cuello cuando lo hago.

—¿Has visto la película de *Amèlie*?

Kenny asiente, turbado.

—¿Recuerdas que Amèlie va al cine los viernes? —pregunto—. Le gusta mirar atrás y ver la cara de los espectadores en la oscuridad. Vamos a girarnos para ver qué cara ponen todos cuando se den cuenta de lo del cinturón. No debe de faltar mucho.

Cuando me aparto de él, asiente, conforme. Me mira con esa sonrisa que dice: «Estás como un cascabel, pero me apunto», y ambos aguardamos al momento en el que se desvelará el desenlace.

Cuando ocurre, me giro hacia atrás, encantada, y soy capaz de entender por qué Amèlie lo encuentra tan fascinante. Todos son completos extraños. No se conocen, no frecuentan los mismos bares y, quizá, no vuelvan a cruzarse nunca. Pero ahí están, todos con la misma expresión, compartiendo un mismo sentimiento.

Durante un par de horas viven la misma historia, se meten bajo la piel del mismo personaje, viven a través de él y, en este preciso instante, comparten exactamente la misma sensación, la misma euforia y atracción.

Me giro hacia Kenny para ver su rostro, y descubro que él ya me estaba mirando a mí. Ladeo la cabeza y le devuelvo la mirada, aunque él no hace ni dice nada. Simplemente la sostiene, sin inmutarse, con una sonrisa extraña asomando en sus labios.

Estoy bastante segura de que ha estado mirándome todo el tiempo.

Terminada la película, ya de camino a casa, nos dejamos caer por un jardín que ocupa varias manzanas. A pesar del frío, ha salido el sol y pasear hasta que se marche del todo resulta agradable. Además, Kenny disfruta con esto. Incluso si se cansa o si le duelen un poco las piernas, le gusta pasear.

Tengo que hacer algunos dibujos para anatomía artística. Así que, en cuanto llegamos a casa y Kenny entra en su cuarto, cojo mis cosas de trabajo y llevo un poco de mi caos conmigo.

Ya ni siquiera se sorprende cuando me ve entrar. Dejo algunos botes de pintura en el escritorio y conservo otros frasquitos de tinta que necesitaré pronto conmigo. Tomo asiento en la cama, apoyando la espalda contra la pared y desperdigo mis cosas por el edredón.

Sé que a él también le gusta esto. Le gusta el ambiente que se crea, las largas conversaciones, la música o el silencio.

Reparo en que hay algo en la pared que no estaba ahí antes. Se trata de la foto que me sacó a traición el otro día en el metro. La ha imprimido y ahora cuelga de la pared. La miro, curiosa, y le dedico una mirada interrogante.

—La estoy dibujando —explica.

Desde aquí no puedo ver su cuaderno de dibujo, así que me inclino un poco para ver lo que está haciendo, pero él no me lo permite. Creía que él no pintaba fotografías. Pero ahí está; trabajando con acuarelas y lo que está haciendo no podría intrigarme más.

—La verdad es que empiezo a acostumbrarme a tener la foto ahí —confiesa—. Quizá te haga caso y convierta la habitación en... «¿un reflejo de mi alma torturada?». ¿Era así?

Se me escapa una carcajada.

—Si vas a hacer eso, tienes que dejar que te ayude.

Suelto mis cosas de golpe y extendiendo los brazos, abarcando la habitación.

—Puedo verlo: unas cuantas fotos por ahí, esos detalles tan extraños que tienes de búhos por allá... ¿Tú lo ves? Por cierto, ¿de qué va el rollo de los búhos? —inquiero, entusiasmada.

Pero Kenny me ignora. También ha soltado sus cosas y me mira con espanto. De pronto, sale disparado de la silla y se abalanza sobre mí.

Sube al colchón y estoy a punto de caer hacia atrás, pero logro guardar el equilibrio a tiempo. Cuando comprendo qué es lo que hace, me muerdo los labios y rezo todo lo que me sé.

Kenny está cerrando un frasquito de tinta que he dejado caer sobre la cama. Ni siquiera sabía que estaba abierto, pero, al parecer, sí que lo estaba. Hay una mancha considerable en el edredón, junto a mis piernas, y las puntas de los dedos de artista de Kenny son ahora tan negras como la noche.

Me da miedo decir nada.

Me da miedo respirar o moverme.

—Lo siento —susurro, bajito.

Kenny se vuelve hacia mí. Está tan cerca que siento su respiración en mi rostro. Está prácticamente sobre mí. No dice nada, no habla. Ni un grito, ni una reprimenda; nada.

Empiezo a acojonarme de verdad.

—Míralo por el lado bueno —tanteo, incapaz de soportar el silencio.

—¿Esto tiene un lado bueno? —pregunta, señalando la mancha negra.

—El edredón era demasiado blanco, muy monocromático —le digo, bajito—. Necesitas... un poco... de caos —declaro, sabiendo que me la estoy jugando.

Kenny tarda unos instantes en reaccionar; unos instantes en los que imagino que estará pensando en cómo matarme.

Su mirada se enturbia durante unos segundos, una chispa de diversión brilla en ella y asiente con la cabeza para sí mismo.

—¿Sabes quién más es muy monocromática? —pregunta, con un deje peligroso en la voz.

Sé lo que pretende antes de que vuelva a cernirse sobre mí y suelto un

grito nervioso. Intento atrapar sus muñecas antes de que me toque con esas manos manchadas de tinta y me revuelvo, intentando zafarme de él.

Logro librarme lo justo como para salir de la cama e ir hasta el escritorio. Kenny no se da por vencido y se acerca con esa sonrisa provocadora en el rostro, dispuesto a mancharme aún más.

Pero, esta vez, yo estoy preparada. Hundo los dedos en uno de los botes de pintura que he dejado antes ahí con tanta ansiedad que me mancho más a mí misma de lo que podría mancharlo a él, e intento tocarlo por todos los medios cuando se acerca y me sujeta por los brazos.

Me río como una loca y lucho para volverme hacia el escritorio y abrir otro bote de pintura. Mientras tanto, Kenny sigue ensuciándome sin piedad, pero, a estas alturas, me importa más mancharlo a él.

Cuando se da cuenta de que yo lo estoy ensuciando más, me suelta y deja que escape de nuevo hacia la cama, pero solo para aprovisionarse con más pintura. Se acerca de nuevo con las manos manchadas y los antebrazos llenos de huellas de color azul y verde.

Retrocedo hasta que caigo sobre el colchón y me arrastro sobre el edredón manchado clavándome las cosas que he dejado tiradas sobre él.

Kenny me sigue, incansable, y me ataca de nuevo, abalanzándose sobre mí y aprisionándome bajo todo el peso de su cuerpo.

Chillo, río y protesto. Y Kenny se ríe también, disfrutando con mis gritos cuando llena cada rincón de piel que tengo al descubierto de manchas de pintura. Cuando se da por satisfecho, intenta aferrarme las muñecas contra el colchón, pero yo me resisto, librándome de él una y otra vez.

Acabo tomando su rostro entre mis manos manchadas, obligándolo a cerrar los ojos y a sacudir la cabeza para intentar librarse de mí.

Pero yo no lo suelto. Le lleno los pómulos de vetas azules, la nariz, el mentón, la línea de la mandíbula...

Acaba por desistir. Suelta una carcajada suave y relajada y suena como si acabara de soltar el aire después de contenerlo durante mucho tiempo; durante años. Siento su propia risa en mi pecho, cómo reverbera contra el mío y esa risa me llena y me envuelve. Atraviesa mi piel y mis huesos, y se queda en mi interior; como algo fugaz e insólito, como un suspiro, como un hálito de primavera en invierno.

Kenny jadea, aún sonriente, sin dejar de mirarme.

Hemos manchado el edredón aún más de lo que ya lo estaba y nos hemos manchado también nosotros. Estamos tirados en medio de la cama, entre la ropa revuelta, junto a un millar de lápices, frascos y perfiladores que no me importan lo más mínimo, con la respiración agitada y una risa que aún no nos ha abandonado por completo amenazando con escapar de nuestros pechos.

Entonces, mientras aún sostengo su rostro entre las manos, me besa.

Se inclina y atrapa mis labios con ímpetu. Mi corazón se desboca, me quedo sin aliento. Kenny me besa con verdadera vehemencia, explorando mi boca con ansiedad. No es tímido, no es suave como suele serlo el primer beso; ni duda, ni prueba mis labios. Me besa como si lleváramos siglos haciéndolo, como si conociera a la perfección la curva de mis labios y estuviera acostumbrado a mi sabor... como si lo echara de menos y lo anhelara después de mucho tiempo sin probarlo.

Sus manos buscan mis mejillas y nuestras piernas se enredan mientras siento cómo se acomoda sobre mí.

Su boca me abruma. Es intenso, devastador, y la descarga que recorre mi cuerpo me asusta un poco. Pero es embriagador; esta necesidad, este deseo, esta forma desesperada de besarse..., todo es adictivo.

Paso mis manos alrededor de su cuello, buscando su contacto, su proximidad; buscando más.

Me pierdo en él, que está volviéndome loca, y en la demoledora necesidad de seguir besándolo. Su olor, el sabor de sus labios, el tacto de su piel, la suavidad de su pelo enredado entre mis dedos...

Nos buscamos con las manos cubiertas de pintura, con los dedos manchados, mientras tan solo escucho nuestra respiración y los latidos acelerados de mi corazón.

Kenny Nordskov besa increíblemente bien.

Kenny

Capítulo 24

Durante unos instantes, pierdo la cabeza. La pierdo completamente.

Sus besos saben tal y como los había imaginado; dulces y electrizantes. No sé cuánto tiempo estamos besándonos, aquí tumbados, sin preocuparnos por otra cosa que no sea la boca del otro.

Al final, me acabo separando de ella. Me incorporo como puedo y me pongo en pie. Lena me mira con sus grandes ojos azules. El verde que hay en ellos es salvaje y provocador.

Está preciosa; manchada de pintura, sobre mi cama, está invitándome a un juego sugerente, tentándome. Y si las cosas siguen así, esto va a tomar un rumbo peligroso.

—Ahora que podemos, vamos a parar aquí —le digo, con la voz áspera.

Carraspeo un poco y me pregunto si mis mejillas tendrán el mismo tono que las suyas.

Apuesto a que sí.

Lena se incorpora, aunque no del todo, y me mira con interés, con una mirada en la que, seguro, hay malas intenciones.

Joder. Si me pide que vuelva a la cama con ella, mandaré a la mierda mis ganas de hacer las cosas bien. Pero ella asiente. Una parte de mí se alegra y la otra se siente irremediabilmente decepcionada. Intento ignorar a la segunda.

Lena se levanta despacio, dubitativa. Hay un silencio interminable entre los dos; es intenso y profundo, y un poco provocador, porque sería maravilloso y extremadamente fácil deshacerlo a besos.

Se gira hacia la cama e intenta ocultar una sonrisa mordiéndose los labios.

—Está mucho mejor ahora —murmura, con la sonrisa de alguien que sabe que está haciendo algo malo.

—Ya —respondo, encantado.

Hago un esfuerzo, inspiro con fuerza y camino hacia la puerta, donde he abandonado las muletas.

—Va siendo hora de cenar —le digo—. ¿Vienes?

Ella asiente, dedicándole una última mirada de disculpa al edredón.

Nos dedicamos a preparar la cena sin deshacernos todavía de toda la pintura que nos cubre de arriba abajo. Enseguida me doy cuenta de que lo que hay entre nosotros... ha cambiado. De alguna forma, seguimos siendo los mismos. Pero hay algo que definitivamente ha cambiado. Somos capaces de bromear, de estar cerca el uno del otro sin timidez o de hablar largos ratos de todo y de nada a la vez. Pero hay algo nuevo y fascinante que no sabría definir; es la necesidad de tocarla, una sensación desbocada que sube por mi garganta cada vez que se acerca un poco más a mí y nuestras manos se rozan.

Sin embargo, y a pesar de que cada fibra de mi ser me pide que lo haga, no volvemos a besarnos. Bebemos de esa expectación, del nuevo ambiente que hay entre los dos, pero sin dejar que nos consuma, porque tengo claro que ahora mismo un solo beso bastaría para hacerme cruzar una línea que todavía es mejor no traspasar.

Cuando terminamos de cenar, nos sentamos en el sofá, muy juntos, como de costumbre. Yo paso un brazo por sus hombros para acercarla a mí y ella se apoya en mi cuerpo, dejando caer la cabeza en el hueco de mi cuello.

Nos quitamos la pintura de la cara y nos cambiamos de ropa. No sé muy bien cómo sucede, pero, al cabo de un rato, acabamos en su cama. Creo que ella ha dicho algo de que lo sentía y yo he respondido que no iba a poder dormir en mi cama hoy.

Ni siquiera nos besamos. Yo me desvisto con cierto nerviosismo, sin ser verdaderamente consciente de cómo hemos acabado aquí. Nos metemos en la cama y Lena se inclina sobre la mesita de noche para apagar la luz.

Durante unos instantes, no hay más que oscuridad. Después, me acostumbro a la luz nocturna que entra por la ventana. Entonces, veo cómo Lena se desliza hasta mí, como una sombra, y se acomoda a mi lado.

Apoya su cabecita cobriza en mi hombro y se acurruca junto a mí, dejando una mano sobre mi pecho. Poco a poco, siento cómo su respiración se hace cada vez más pausada, más rítmica, hasta que se queda profundamente dormida, y yo me duermo también arropado por su olor.



Me despierto antes que ella. La luz entra a raudales por la ventana; parece que hoy también va a ser un día frío, pero, al menos, habrá sol. Me levanto sin despertarla y me doy una ducha. Esta mañana también tengo que ir al hospital.

Ya estoy echándome la bufanda al cuello, una bufanda que tiene un ligero aroma a ella, cuando la puerta de su cuarto se vuelve a abrir y sale de él.

—¿Vas al hospital? —pregunta.

Tiene la larga melena castaña alborotada y rebelde. La luz de la mañana le arranca destellos cobrizos, intensos, a sus suaves rizos.

Yo asiento y tomo las muletas.

—¿Nos vemos esta tarde?

Vuelvo a decir que sí con la cabeza, reprimiendo una sonrisa estúpida. Ella parece un poco nerviosa, aunque no se esfuerza por ocultar su expresión. Se acerca a mí, descalza y caminando de puntillas, y apoya las manos en mi pecho para acercarse y darme un beso.

En cuanto siento sus labios deslizándose sobre los míos, la misma necesidad que me embargó ayer me abruma. Todo mi cuerpo me pide que me abandone al beso y lo haga eterno. Sin embargo, Lena se separa antes de lo que me gustaría y el beso me deja sediento y con ganas de más.

—¿Te ha parecido bien? —pregunta. Se refiere al beso.

—Me ha parecido corto —contesto, sincero, y ella ríe.

Se despide de mí mientras se muerde los labios y me dedica una sonrisa antes de volver de nuevo en su cuarto.

Paso una mañana increíble. Normalmente, la hora que debo estar sentado mientras me transfunden el suero es tediosa, pero hoy se me pasa volando. Me siento pletórico, increíblemente animado. Cosas que antes me molestaban me dan igual y las horas que se me hacían interminables pasan más deprisa, incluso en rehabilitación.

No dejo de pensar en mi edredón manchado, en mis manos llenas de

tinta y en su cuerpo bajo el mío.

Estoy deseando llegar a casa, descubrir lo que hay entre los dos. Me gustaría ir despacio, tomarnos nuestro tiempo, pero lo cierto es que una parte de mí está impaciente. Me muero por saberlo todo de ella, por descubrirla poco a poco.

Erik me recoge esta tarde a la salida del hospital. No había quedado con él, pero ahí está, con el coche de nuestros padres, ocupando dos plazas mientras espera a que llegue.

Cuando entro, está distraído con el móvil. Me saluda con energía, alegre.

—¿Estabas hablando con la parisina? —me intereso.

—Sí.

—¿Cómo está? —pregunto.

Erik guarda el móvil en el bolsillo y arranca el coche mientras me pongo el cinturón.

—Mejor que yo —contesta, sincero.

Sé que la echa de menos, no hace falta que me lo diga. Cuando se conocieron, hace unos cuantos veranos, pasó por lo mismo. Se enamoró con locura y, cuando tuvieron que decirse adiós, él se quedó destrozado.

Esta vez es diferente. Van a esperarse hasta verano. Después, ni siquiera ellos saben qué ocurrirá. Este tiempo, hasta que se vuelvan a ver, no es más que una pausa que prolonga la decisión final.

Espero que Erik no sea tonto.

Si está aquí conmigo, en lugar de con el amor de su vida en París, es porque se preocupa demasiado por mí. A menudo se le olvida que él es el pequeño.

Sin embargo, esta vez el tratamiento está funcionando. Estoy mejor que nunca y tengo la esperanza de que en verano siga tan bien como para que Erik pueda irse tranquilo y vivir su vida por fin.

—Pronto será el estreno del corto que rodasteis, ¿no? —me intereso.

Él asiente sin volverse para mirarme.

—¿Por qué no vas?

Me mira de reojo, apenas unos segundos. No dice nada, pero lo conozco suficientemente bien para saber que está deseando ir.

—Deberías ir, aunque solo sea un fin de semana.

—No sé...

—Ella te lo agradecerá.

Erik asiente, pensativo, con expresión grave. Sigue sin decir nada.

—¿A dónde te llevo? —pregunta—. ¿A casa?

Estoy a punto de decirle que sí. Me muero por llegar a casa. Pero cambio de idea.

—¿Tienes algo que hacer?

—Nada importante —contesta.

—¿Vamos a tomar algo?

—¿Sí? —inquire, desconcertado.

Bufo.

—¿Por qué pareces sorprendido? Ni que no pasáramos tiempo juntos.

Erik se ríe un poco.

—No será porque tú lo propongas —responde.

—Bueno, pues lo acabo de hacer. ¿Te apetece dar una vuelta o no?

Erik tarda unos instantes en responder, solo por vacilar, pero acaba asintiendo, conforme; contento.

Lena

Capítulo 25

Hoy me he quedado más de la cuenta en el taller de la universidad.

Tengo que terminar un grabado sobre linóleo de proporciones bastante importantes y no puedo llevarme el panel a casa; así que no tengo más remedio que meter unas cuantas horas extra antes de irme hoy.

Como yo, varios de mis compañeros han estado retrasando esto hasta última hora, así que somos muchos los que nos quedamos aquí hasta que el bedel nos echa. Después, aprovechamos que mañana no tenemos clase para salir por ahí a tomar algo.

Algunos, aunque mañana tengamos libre, tendrán que volver al taller a acabar. Yo he terminado, así que me quedo hasta tarde en uno de nuestros *pubs* preferidos, cerca del campus, y vuelvo al piso algo después de la hora de cenar.

Esperaba encontrar a Kenny. A estas horas, ya suele estar en casa. No obstante, todavía no ha llegado y no aparece por aquí hasta bien entrada la noche; cuando yo ya he cenado y estoy en el sofá viendo una película.

Escucho el habitual sonido de sus muletas al acercarse y me giro hacia él cuando se presenta en el salón; todavía con el abrigo y la bufanda puestos.

Cuando lo veo, se me escapa una sonrisa desertora.

—Hola —lo saludo, sin levantarme.

Kenny me devuelve la sonrisa. Apoya las muletas en el sofá y comienza a deshacerse de la ropa de abrigo para dejarla en el sillón. Cuando el abrigo desaparece, mi mente imagina que su jersey y su camiseta siguen el mismo camino, y me regaño por dejar que se cuelen esos pensamientos en mi cabeza.

—Vuelves tarde —comento, intentando concentrarme en mirarlo a los ojos.

—He estado con Erik. Echa de menos a su parisina.

Kenny camina pesadamente hasta donde estoy, arrastrando un poco las

piernas y tambaleándose ligeramente. Cuando lleva todo el día en pie, se le nota. Se deja caer a mi lado y yo me incorporo un poco para hacerle sitio.

—¿Qué haces?

—Ver una peli —respondo.

—¿Qué peli? —insiste.

—No sé cómo se llama.

—¿Cómo no puedes saberlo? —me pica.

Me llevo un dedo a los labios y le ordeno guardar silencio. Él obedece, pero apenas durante unos instantes, luego se gira hacia mí de nuevo.

—¿Podemos ver otra cosa?

—¡No! —protesto.

—¿Por qué no?

—Porque ya estaba viendo esto y me gusta.

—Ni siquiera sabemos cómo se llama —bufa.

—Cállate —le digo, divertida.

Kenny hace una mueca, pero no protesta. Permanece en silencio y se gira para mirarme un par de veces, aunque yo lo ignoro. En cuanto los créditos aparecen en la pantalla, le falta tiempo para salir disparado hacia su cuarto. Olvida incluso coger las muletas, aunque es evidente que le duelen las piernas.

—¿A dónde vas? —pregunto.

Antes de que responda, aparece con el portátil entre los brazos.

—Me toca elegir —sentencia, decidido, y se sienta de nuevo junto a mí para buscar una peli en su portátil.

Estoy a punto de decirle que él apenas ha visto veinte minutos de la mía, pero no lo hago. Decido dejar que elija.

Sé que es Kenny, que es el mismo de siempre. Y, sin embargo, estar tan cerca de él me inquieta un poco, me pone nerviosa. No obstante, no es una sensación desagradable. Es una inquietud extraña, emocionante. Aunque esta mañana le haya dado un beso, casto y puro en comparación con la sesión de anoche en su cama, no hemos hablado de lo que pasó y hay cierta excitación burbujeando en mis venas, cierto nerviosismo que hace que cada músculo de mi cuerpo entre en tensión cuando se acerca a mí más de la cuenta o nuestras manos se rozan por accidente.

A lo largo de la noche, me doy cuenta de que lo he echado de menos. Tenía ganas de verlo y, aunque me muera de ganas por repetir lo de anoche, no compartimos ni un solo beso y apenas nos rozamos mientras estamos sentados, porque me quedo dormida antes de darme cuenta. Pero, para mí, esto es suficiente.



Me despierto de madrugada, cuando aún no ha amanecido, con la boca seca y el corazón desbocado. La bruma del sueño arrastra consigo dos ojos verdes, un destello cobrizo y una sonrisa. Pero los recuerdos se desvanecen con rapidez, hasta que dejo de saber qué he soñado. Ha tenido que ser intenso. Sigo en el sofá y parece que Kenny me ha echado una manta por encima. Me levanto para coger un vaso de agua y decido volver a mi cuarto. El sofá es cómodo, pero prefiero mi cama.

Cuando entro en mi habitación, me quedo unos instantes junto al marco de la puerta, contemplándola.

Me encanta. Adoro esto. Los dibujos, las pequeñas piezas de arte y las fotos. La suave claridad de una noche iluminada entra por las ventanas, llenando la estancia con delicadeza.

Permanezco así unos instantes, quieta, disfrutando del ambiente. Y decido que ya no me voy a acostar. Hace bastante que no dedico toda una mañana a crear; una mañana sin más preocupaciones que el papel y la tinta que tengo delante. Y me apetece hacerlo.

Me siento frente al escritorio, enciendo una sola luz y abro las ventanas, dejando que entre el frío invernal: los sonidos amortiguados del tráfico, los pájaros que empiezan a desperezarse, ruidos lejanos y desacompañados... Y empiezo a dibujar.

El arte me ayuda, me cambia, me transforma.

La habitación se mantiene en penumbra. Puedo ver la noche a través de la ventana; el cielo oscuro, profundo e interminable. Las estrellas, distantes, frías y abrasadoras.

Mis dibujos en las paredes. Las pequeñas obras de arte en las estanterías.

Cada rincón ocupado por una diminuta parte de mí, un fragmento de mi alma.

Durante un instante, que es interminable y fugaz al mismo tiempo, todo se vuelve intrascendente: los problemas, las dudas, los monstruos del armario, yo misma.

Por eso me gusta esto; por eso me gusta perderme. Aquí, en ninguna parte y en todas a la vez. Donde el silencio es profundo. Donde la oscuridad es clara, brillante y preciosa.

Dejo que amanezca, que pasen las horas, que el tiempo se arrastre perezosamente mientras yo me mantengo eterna e inmortal.

Y solo me detengo cuando se hace de día y los monstruos han vuelto al armario. Cuando el silencio se transforma lentamente y, de pronto, un ruido junto a la puerta hace que alce la cabeza.

Kenny está ahí, en una postura despreocupada; apoyado en sus muletas, con la cabeza ladeada mientras me contempla.

Podría llevar ahí un par de minutos, o un par de horas, y yo no me habría dado cuenta.

Está guapo. Con ese pelo de recién levantado, una camiseta blanca un poco arrugada y un pantalón de chándal que cae sobre su cadera con gracia. No puedo evitar pensar en su boca sobre la mía y en sus manos recorriendo mi piel y llenándola de colores. Es difícil no hacerlo.

Kenny esboza una sonrisa sencilla, tan suave como un suspiro, y se acerca a mí para observar mi dibujo por encima del hombro.

—¿Eres tú? —pregunta.

Sacudo la cabeza y le doy la vuelta a la hoja, dejándola a un lado.

—¿Estás segura? Te parecías. Los mismos ojos, la misma sonrisa... Déjame verlo.

Kenny va a coger el dibujo, pero no se lo permito. Soy más rápida que él, así que lo agarro, abro el primer cajón de mi escritorio y lo abandono allí dentro.

—Es malo —declaro—. Olvídalo.

Kenny parece a punto de protestar. Le veo fruncir el ceño como hace cada vez que no está conforme con algo, y me tenso un poco. No obstante, algo le hace cambiar de opinión. Se encoge de hombros y vuelve a hablar.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —quiere saber.

—Unas cuantas horas —contesto.

Kenny mira a su alrededor y se fija en las ventanas abiertas. Se queda un instante contemplándolas, aturdido, y va hasta allí para cerrarlas. Cuando regresa, deja una muleta contra el escritorio y alza la mano hasta mi rostro. Sus dedos son increíblemente cálidos en comparación con mi piel. Reprimo el impulso de ladear la cabeza para disfrutar de esa caricia.

—Estás helada —murmura, deslizando los nudillos sobre mi mejilla.

Sus dedos continúan trazando un lento recorrido por el contorno de mi rostro. Su simple contacto basta para desatar una descarga en mi piel. Permanezco en silencio e inmóvil, mientras sus ojos azules siguen el camino de sus dedos. Rozan mi pómulo, mi nariz y la línea de la mandíbula, hasta que su pulgar acaricia mi labio inferior.

Mi piel reacciona, mi cuerpo entero lo hace. Siento una descarga que se propaga con rapidez por todo mi cuerpo, despertando la urgente necesidad besarlo.

No soy capaz de resistirme más tiempo. Me revuelvo solo para agarrarlo del cuello de la camiseta y tirar de él hacia mí, hasta que suelta la muleta y se apoya en la silla, inclinándose.

Kenny me besa. Atrapa mis labios en un beso lento y hambriento. Yo rodeo su cuello con los brazos y siento cómo se tensa bajo el contacto de mi piel congelada, aunque sigue besándome.

El ritmo lento y suave pronto se torna más turbulento y necesitado, hasta que nuestras bocas se buscan desesperadamente. Jamás había sentido esto por un solo beso. Sus besos son... Joder, su boca es increíble, su lengua me está haciendo perder la cabeza.

Dejo escapar un gemido, perdida en las sensaciones que se propagan por todo mi cuerpo, y eso hace que Kenny me agarre de la nuca mientras continúa besándome con fervor. Estoy irremediabilmente perdida en el beso.

De pronto, se detiene y se aleja un poco de mí, pero no demasiado; solo lo suficiente como para hablar. Cuando lo hace, sus palabras suenan contra mis labios.

Tiene la voz entrecortada y aún hay deseo ardiendo en sus ojos claros.

—Ven, voy a preparar algo que te haga entrar en calor —me dice, en apenas un murmullo, y me toma de la mano para llevarme a la cocina.

Aturdida, me pongo en pie mientras una parte de mí protesta por salir de este cuarto. Hago un esfuerzo soberano por seguirlo y no empezar a desnudarme yo sola, y me siento frente a él.

Ya no estoy somnolienta, su beso me ha despertado por completo y ahora no puedo dejar de pensar en ello mientras me pregunto qué narices hace para que sus besos sean tan adictivos.

Lo observo mientras prepara café. Está más ágil que ayer por la noche. Anda más ligero, con menos torpeza, y me pregunto cómo debe ser levantarse así e ir desgastándose a lo largo del día hasta quedar exhausto.

—¿Sueles hacerlo mucho? —pregunta, de pronto, arrancándome de unos pensamientos que tomaban un rumbo lúgubre.

—¿El qué? —murmuro, tomada por sorpresa.

—Levantarte de madrugada para dibujar. ¿Es que no podías dormir?

Una sensación desagradable me embarga; siento cierta ansiedad, una punzada de incertidumbre que me atraviesa el pecho cuando recuerdo haber tenido una pesadilla. No obstante, no recuerdo lo que sucedía en el sueño y desecho el pensamiento.

Sacudo la cabeza y sonrío.

—Simplemente me apetecía dibujar.

Kenny asiente y continúa preparando el desayuno hasta que planta un par de tazas de café frente a nosotros. Es verdad que tengo frío, así que agradezco el calor que desprende la taza humeante, aunque una parte de mí sigue lamentándose de que no hayamos entrado en calor de otra forma.

Al rato, me doy cuenta de que Kenny me mira fijamente. Ha apoyado el codo en la mesa y sujeta su cabeza ladeada con la mano.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Kenny parece pensativo, distraído

—¿Volverías a madrugar mañana?

—¿Quieres repetir?

—No. Para eso no.

—¿En qué piensas? —inquiero, intrigada.

—Una sorpresa. Dime, ¿madrugarás o no?

—Claro —respondo, sin pensar.

Kenny sonrío, satisfecho, y se pone en pie abandonado su taza de café.

—¿A dónde vas?

—A preparar la sorpresa —contesta, y desaparece en su cuarto.

Lena

Capítulo 26

—Buenos días, Lena.

—¿Erik? —pregunto, porque no puedo ver quién es.

Kenny me ha obligado a vendarme los ojos antes de salir de casa. Hemos entrado en un coche y me parece reconocer la voz de su hermano.

—Sí —contesta y, acto seguido, bosteza—. Kenny, ¿nos vamos ya?

—Vámonos —responde, sentado desde el asiento del copiloto.

Erik arranca el coche y nos ponemos en marcha. No tengo ni la más remota idea de a dónde vamos. Anoche me acosté temprano, porque Kenny me avisó de que madrugaríamos, pero no imaginaba que me despertaría tan pronto. No son ni las cinco.

Echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo, lamentándome un poco por haber accedido tan rápido a tomar parte en la «sorpresa».

—No te duermas —me advierte Kenny—. No vamos a tardar mucho en llegar.

Dejo escapar un gemido de protesta, pero me mantengo despierta durante todo el viaje. Kenny tenía razón, no han pasado ni quince minutos cuando Erik apaga el motor y escucho el sonido de sus cinturones al ser liberados. Yo tanteo en busca del cierre del mío.

—Vais a necesitar ayuda —le escucho decir a Erik. Suena preocupado.

—No. —La voz de su hermano es tajante, no admite réplica.

—Le vas a quitar la venda ya, entonces —cree adivinar.

—No —vuelve a contestar Kenny, convencido.

—Entonces se va a matar.

—¡Eh! —protesto.

No entiendo nada de nada y no tengo ni idea de dónde estamos. Pero no me gusta la poca fe que tiene Erik en el plan de su hermano.

—Creo que puedo guiarla yo solo. Gracias, Erik.

—¿Cómo vas a sujetarla con las muletas?

—Ya me las apañaré —sentencia—. Venga, Lena. Nos vamos — declara. Acto seguido, escucho el sonido de su puerta al abrirse, pero yo me siento algo reticente a abandonar coche.

—¿Todos los artistas sois así de cabezones o solo es cosa de mi hermano?

La puerta de mi lado se abre y tengo que girarme para salir cuando Kenny me tiende la mano desde fuera.

—Es cosa de tu hermano —respondo, y escucho cómo Erik se ríe desde dentro.

—Llamadme si me necesitáis —grita, cuando ambos estamos fuera.

Kenny se acerca para decirle algo que no llego a escuchar, y yo me quedo de pie, sin ver, en medio de ninguna parte. Escucho el motor del coche y las muletas de Kenny viniendo hacia mí.

De pronto, me pone algo en la mano.

—¿Puedes apuntar al suelo?

—¿Es una linterna? —inquiero, consternada.

—Todavía es de noche. Aquí no hay mucha luz.

Se me escapa una risa nerviosa y me revuelvo, inquieta.

—Empieza a preocuparme lo que ha dicho tu hermano. No vas a dejar que me mate, ¿verdad?

—No —responde, tan seguro que me mosquea—. Dame la mano.

Kenny la toma y echa a andar mientras yo intento apuntar al suelo con la linterna. Escucho cómo nuestros pies arrastran piedrecillas sueltas a nuestro paso y supongo que estamos en un camino de gravilla.

Kenny me guía a través de la oscuridad. No tengo forma de saber dónde estamos por el ruido; no se oye ni un susurro. No se escuchan ni coches, ni personas y tan solo me llegan, de cuando en cuando, los murmullos apagados de las cigarras y el sonido de las ramitas de los árboles al partirse bajo nuestras pisadas.

El frío es intenso, penetrante. Llevo un jersey ancho y oscuro encima de un montón de capas de ropa y, aun así, lo siento en mis huesos. Caminamos durante un rato a través de un sendero. A pesar de la oscuridad y de la venda en mis ojos, Kenny me guía mejor de lo que habría esperado. Debe de llevar las dos muletas en un brazo, y con la mano libre sostiene la mía.

Me advierte cuando voy a tener que sortear una piedra o evitar pisar una raíz y tira con suavidad de mi mano cuando cambiamos de dirección.

—Hemos llegado —dice, al cabo de un rato.

Escucho que apoya las muletas en algún sitio. Me preocupa que se haya cansado demasiado subiendo hasta aquí; hemos venido despacio, pero no sé si ha podido apoyarse en una de las muletas. Aun así, no digo ni mu.

—Vamos a saltar —le escucho decir.

—¿A dónde? —inquiero, alarmada.

Escucho a Kenny reírse de mi reacción. Se coloca detrás de mí y me agarra por los codos. Me empuja un poco hacia delante y yo accedo a moverme, algo reticente, hasta que mis manos dan con algo a lo que agarrarse.

—Es una valla —susurra, en mi oído. Un escalofrío recorre mi espalda—. Tenemos que pasar al otro lado.

—¿No puedo quitarme la venda?

—No —contesta, resuelto—. Paso yo primero y te ayudo desde el otro lado —me informa y lo escucho hacer exactamente lo que dice.

Vuelve a inquietarme que Kenny tenga que saltar una valla, pero me abstengo de decir nada, porque imagino qué clase de respuesta me daría.

Cuando está al otro lado, me agarra de las manos y las guía para que me apoye donde debo. Me da instrucciones sobre dónde tengo que poner los pies y me río tras los dos primeros intentos fallidos.

Será un genio en otros ámbitos, pero es malísimo dando instrucciones.

Por fin, consigo pasar al otro lado y Kenny echa a andar. Está vez, va sin muletas; las ha abandonado en la valla y seguimos adelante despacio, a su ritmo. Cuando se detiene, me choco contra él y vuelvo a reírme. Kenny me coge entre sus brazos y se queda unos instantes en silencio.

Yo me mantengo así, expectante, hasta que vuelve a moverse y me suelta. Escucho el sonido de una cremallera y un leve revuelo. Al rato, me toma de la mano y me dice que me siente. Me acomodo a su lado y me pide que le dé la linterna.

Se acerca a mí, tan cerca que siento su suave respiración en mi cuello y comienza a deshacer el nudo de la venda.

Cuando la quita por completo, me quedo sin aliento.

Estamos en la más completa oscuridad. Mis ojos tardan unos instantes en hacerse a la penumbra y, aun así, es imposible distinguir más que sombras, toda una gama de negros intensos.

Cuando miro al frente, mis ojos comienzan a acostumbrarse. Bajo nosotros, se extiende toda la ciudad; un complejo de puntos luminosos en medio de la noche. Las vías principales están iluminadas, como arterias brillantes que se cruzan entretejiendo una red de cuadrículas. En una esquina, a lo lejos, distingo las luces de la Torre Agbar.

Abro la boca para decir algo, pero tardo unos instantes en encontrar las palabras.

—Es impresionante —murmuro, mirando a mi alrededor—. ¿Dónde estamos, Kenny?

—Cerca de los búnkers de Can Baró —responde—. No estamos en los miradores abiertos al público; poca gente conoce este sitio.

Echo la vista atrás, en busca de la valla que hemos saltado para salirnos del camino. No estamos muy lejos, pero nos hemos desviado bastante. Kenny ha extendido una manta en el suelo, junto a una gran roca que nos sirve para apoyar la espalda. A nuestro alrededor hay tierra y maleza.

Kenny busca algo en su mochila y saca mi cámara de ella. Me la tiende.

—Vamos a ver el amanecer —me dice.

—Aún queda un rato —comento, intentando ver las manecillas de mi reloj—. ¿Qué hacemos hasta entonces?

Kenny vuelve a introducir la mano en la mochila. Esta vez, saca un libro. Me hace un gesto para que me acomode a su lado y me envuelve con su brazo mientras me apoyo en él.

Antes de decir nada más, lo enfoca con la linterna, pasa las páginas y comienza a leer desde algún punto en la mitad. Ni siquiera sé de qué libro se trata y me da absolutamente igual.

Permanecemos así, el uno contra el otro, mientras su voz envuelve la oscuridad y parece llevársela. Siento su olor, su aliento cerca de mi mejilla mientras lee en voz alta, en un tono suave, pero con unas palabras tan cargadas de intensidad que parecen calar en los huesos.

Dejo que su calor me embargue, que su voz me transporte lejos de aquí. Fuera, hace frío, un frío helador que me congela las puntas de los dedos. Pero

no me importa. Aquí se está bien.

La oscuridad se va poco a poco, emprendiendo un camino lento y perezoso, mientras da paso a la luz que baña la ciudad.

Es increíble.

El frío del aire y el calor que desprende su cuerpo. La oscuridad de la noche y la luz que arrastra el inminente amanecer. Su voz y el más absoluto silencio.

Estamos así una eternidad, hasta que Kenny deja el libro y me abraza, para disfrutar también del amanecer. Nos quedamos muy juntos, sin movernos, sin decir nada. En algún momento, se deshace de su bufanda y me la pasa a mí por el cuello. Yo solo me aparto de él para hacer algunas fotos.

Compartimos el silencio y nos olvidamos del frío hasta que la luz del sol acaricia nuestros rostros. Es débil, pero después de ver la metamorfosis desde la más absoluta oscuridad, parece intensa.

Llevamos ya un tiempo sin movernos. Kenny acaricia mi mejilla con sus dedos fríos, arrancándome un estremecimiento, e introduce un mechón de pelo tras mi oreja, con delicadeza. Se acerca a mí para hablar.

—Algún día vas a tener que decirme dónde te pierdes —murmura.

Me acomodo entre sus brazos y cierro los ojos durante unos instantes, disfrutando de la sensación. Me encanta estar así, aquí, con él. Sin embargo, no dura mucho, porque Kenny acaba apartándome.

Me vuelvo hacia él, intrigada, y descubro sus ojos azules cerca, turbulentos y brillantes, mirando mis labios.

Mi corazón se salta un latido cuando desliza sus dedos tras mi nuca y los enreda en mi cabello, y todo mi cuerpo vibra.

Tarda una eternidad en acercarse a mí. Me mira con intensidad, como si aguardase algo, como si se lo estuviera pensando, y la espera me mata. Cuando atrapa mis labios, por fin, cierro los ojos y me dejo arrastrar por el beso, que es abrasadoramente lento. El ritmo cambia con facilidad, y en apenas unos segundos nos perdemos en la boca del otro, como pasa siempre.

Jamás había sentido esto. Nunca antes me habían temblado las rodillas así, ni un beso había despertado sensaciones tan turbulentas en mí. Me asusta y me fascina al mismo tiempo.

Kenny me empuja con suavidad hasta que acabamos tumbados por

completo. Nos hemos salido de la manta y sé que cuando me levante tendré decenas de ramitas enredadas en mi pelo, pero me da completamente igual. Ahora solo puedo pensar en una cosa, en esto, en lo que estamos haciendo, en nosotros.

Siento el peso de su cuerpo sobre el mío. Algunos mechones de su cabello oscuro han escapado y rozan mi frente, arrancándome un cosquilleo muy agradable. Besa de maravilla. Sé que cada vez que me besa pienso lo mismo, pero este es el mejor beso de mi vida y probablemente el mejor beso de la historia de la humanidad. La forma en la que sus labios acarician los míos, con ternura y devoción, pero también con cierta urgencia y pasión, me roba el aliento.

De pronto, noto cómo se mueve y, al instante, siento su mano deslizándose bajo mi jersey y las mil capas de ropa que llevo. Me roza con suavidad, ascendiendo por mi vientre, mientras electrifica mi piel a su paso.

La sube con lentitud, quizá vacilante o, tal vez, saboreando el momento. Tiene los dedos helados y un escalofrío me recorre de los pies a la cabeza, pero ahora mismo no querría que parase por nada del mundo.

Kenny se aparta de mi boca con brusquedad para buscar el hueco de mi cuello, y sus labios me arrancan un gemido cuando se deslizan sobre mi piel. Son cálidos y se mueven con avidez, desatando una sensación peligrosa. Muerde y lame con vehemencia y sus dedos continúan acariciando la piel de mi vientre, subiendo hasta el borde de mi sujetador y volviendo a bajar hasta la cinturilla de mis vaqueros.

Todo mi cuerpo pide a gritos que siga, que deslice sus manos más hacia abajo. Imagino que desabrocha la cremallera de mis vaqueros y que continúa con esa lenta caricia en una zona diferente, pero incluso yo sé que no podemos empezar nada aquí arriba... ¿No?

Entonces, entre beso y beso, me asalta un pensamiento extraño e intrusivo. Me acuerdo de lo que me ha dicho, de su voz, susurrando que debería contarle dónde me pierdo. Siento un *déjà vu*. Mi desorientado corazón se detiene y tardo unos instantes en comprender por qué.

Recuerdo un escrito de Kenny, uno de sus hermosos textos, el título, sus versos y el suspiro que me arrancó cuando terminé de leerlo.

Y mi corazón da un vuelco.

«Ella se pierde».

Lena

Capítulo 27

Erik debe de haberse ganado ya el cielo.

Un rato después del amanecer, Kenny se ha incorporado, con los labios enrojecidos y la respiración entrecortada, y ha dicho que sería mejor parar. En un alarde de estúpida sensatez, he coincidido con él, aunque cada fibra de mi ser tiraba en otra dirección tan peligrosa como divertida. Después, Kenny ha llamado a su hermano y ha vuelto para buscarnos en el coche de sus padres.

Ahora estoy viendo en mi portátil las fotos que he sacado. Ya he elegido una que colgaré en mi pared, justo por encima del cabecero de la cama.

Kenny se está dando una ducha para entrar en calor. Yo ya me he duchado. En cuanto he llegado, me he tirado como tres cuartos de hora bajo el agua caliente, dejando que templara mi piel y me inundara un lento sopor.

Cuando termino de ver las fotos, recuerdo algo a lo que llevo tiempo dándole vueltas y busco el perfil de Kenny en Samydeanart.

Voy hasta el texto de «Ella se pierde» y leo mientras siento que el corazón me late más deprisa. Esta vez, las palabras suenan diferentes en mi cabeza, el significado ha cambiado; todo lo ha hecho:

Ella se pierde.

Se pierde en algún lugar apartado, salvaje, extraño... inexplorado. Y es difícil encontrarla. Incluso ella parece perderse a sí misma a veces.

Es fácil saber cuándo se ha ido, porque te mira, pero no te ve. Puede escucharte y responder, y hablar durante horas contigo; pero, si la conoces bien, sabrás que no está aquí; que se ha perdido.

Nadie sabe a dónde va, dónde se oculta, dónde se pierde. Nadie sabe cómo hacerla regresar.

Por eso, cuando me devuelve la mirada, incluso si es solo un instante, y veo en el mar turbulento de sus ojos que la he encontrado, me siento tan afortunado.

Cuando Kenny sale del baño, con el pelo húmedo y unas gotitas de agua

bajando por su nariz, yo sigo con su escrito delante, con el corazón latiéndome con fuerza, retumbando contra las paredes de mi pecho.

Se acerca a mí y mira por encima de mi hombro qué estoy haciendo, curioso. Yo no dudo al preguntar.

—¿«Ella» soy yo?

Kenny se aparta un poco para ir hasta la encimera de la cocina. Le veo sonreír como suele hacerlo él, sin mover apenas los labios, en un gesto sutil y disimulado; condenadamente sexi.

—Soy yo, ¿verdad? —insisto.

—¿Por qué crees eso? —quiere saber, dándome largas.

—Porque lo escribiste hace mucho tiempo —observo—. Antes de que te manchara el edredón.

—La mancha de tinta no se ha ido, por cierto. Vas a tener que comprarme uno nuevo.

—No cambies de tema —protesto.

Me pongo en pie y voy hacia él. Me doy cuenta de que cojea cuando se mueve, cojea más de lo que suele hacerlo a estas horas; aunque, el resto de los días, no ha subido a un mirador apenas sin muletas.

—Te gusto —le digo—. Y te gustaba desde hace tiempo.

Kenny se gira hacia mí, serio. Me observa durante unos instantes y esa mirada me abrasa. Siento que me sonrojo un poco, y una sonrisa perversa se dibuja en su boca cuando lo aprecia. Se muerde el labio inferior y camina hasta arrinconarme contra la encimera.

—¿Y qué? —dice, agachando la cabeza hacia mí.

Su boca está peligrosamente cerca de la mía, tentadora. Yo me encojo de hombros.

—Solo quería oírlo —confieso.

En algún momento, he cambiado mi tono de voz normal por un susurro amortiguado. Ni siquiera sé por qué hablo así, por qué me cuesta respirar, por qué su simple presencia basta para hacerme sentir así.

Kenny alarga aún más el instante, mirándome fijamente, observándome sin apenas pestañear. Vuelve a morderse los labios y ensancha su sonrisa torcida. Esa expresión traviesa me está matando.

—Me vuelves loco, Lena —declara, y toma mi rostro entre las manos,

pero no llega a besarme—. Me gustas hasta la locura, desde hace tiempo.

Entonces, sí que me besa, me da un beso largo y vehemente que me deja sin aliento, y vuelve a separarse de mí para mirarme largamente.

—¿Y yo? —pregunta, juguetón—. ¿Te gusto?

Por toda respuesta, enredo mis dedos en su pelo y tiro de él para volver a besarlo. Él desliza las manos por mi cintura y me atrae hacia su cuerpo, pegándose a mí.

Me encantan sus besos. Hay algo en ellos que me arrastra lejos del mundo, que me hace perder la cabeza y desear cada vez más. Bebo de él hasta que se detiene cuando empezaba a pensar que yo no sería capaz de parar, y vuelve a acercarse a la encimera para seguir preparando el desayuno.

Su autocontrol me desconcierta y la falta del mío me preocupa.

Lena

Capítulo 28

Llevo un buen rato en mi cuarto. No logro concentrarme y quizá se deba a que Kenny no deja de merodear por aquí.

Hoy lleva sus muletas y va de un lado a otro, paseándose por delante de mi cuarto y parándose justo en la puerta para quedarse mirando un rato y volver a marcharse.

Este jueves tengo un examen teórico y aún no he aprendido ni la mitad del temario, así que hoy me había propuesto pasar la tarde estudiando, pero, tras un par de horas, mi concentración ha volado.

Sigo escuchando las muletas de Kenny, arriba y abajo, y no entiendo por qué se mueve tanto. Esta vez, cuando se detiene frente a mi puerta, alzo el rostro y lo contemplo.

—¿Qué te pasa? —inquiero.

Kenny se encoge de hombros con desinterés. Se apoya en el marco de la puerta y mira a su alrededor, distraído.

—Me apetece dibujar.

Arqueo una ceja.

—¿Y por qué no te sientas y dibujas?

—Me apetece hacerlo contigo. ¿A ti no?

—Estoy estudiando —señalo, alzando mis apuntes.

—Hace una eternidad que no cambias de página. Ya no estás estudiando —observa, astuto, y me dedica una sonrisa zalamera—. ¿Por qué no te tomas un descanso y vienes a mi cuarto? —ofrece, persuasivo.

He de reconocer que la propuesta es tentadora, pero sacudo la cabeza.

—Aún tengo un par de horas más hasta la noche. Puedo aprovecharlas.

Kenny deja escapar un resoplido, pero no se da por vencido. Es cabezota como él solo, ya lo dijo Erik, y tenía razón. Viene hasta mí con sus muletas y me arrebató los apuntes de las manos sin pedirme permiso. Pasa las páginas con rapidez, sin interés.

—Esto te lo sabes de memoria —sentencia—. Vas a aprobar, con buena nota, además. Te mereces un descanso.

Me entra la risa ante la seriedad con la que habla, pero sigo negando con la cabeza cuando me devuelve los apuntes.

—Venga... —insiste—. Ven a dibujar conmigo y te prometo que mañana te ayudaré a estudiar.

—Tú no tienes ni idea de los movimientos artísticos contemporáneos —objeto, recelosa.

—Me aplicaré por ti —asegura—. Te haré preguntas y todo eso. Será más fácil. —Hace una pausa y ladea la cabeza—. Venga, vente y tráete un poco de tu caos contigo.

Me quedo en silencio. Kenny está esbozando una sonrisa amable que se está torciendo un poco, sabiendo que se está saliendo con la suya. Pretende mantener ese aire inocente y zalamero, pero se le está yendo de las manos; un brillo travieso se ha alojado en sus ojos azules.

—Está bien —acabo cediendo.

Kenny se muerde los labios y se da la vuelta con agilidad, echando a andar hacia su cuarto con rapidez.

Abandono mis apuntes, por hoy, y me digo que mañana será otro día. Puedo concentrarme durante horas en algo que me gusta realmente, pero cuando se trata de estudiar...

Cojo mi cuaderno de dibujo y un lápiz; esta vez, nada de tinta (aunque no estaría nada mal repetir lo que ocurrió) y voy hasta su cuarto. Advierto que ha cambiado el edredón. La foto que me sacó sigue colgada de la pared; esta vez, con un dibujo a su lado. Dejo mis cosas sobre la cama y me pongo de rodillas sobre esta para verlo más de cerca.

Es un autorretrato.

—Ahora que ya saben cómo eres, deberías subirlo a Samydeanart.

—¿Tú crees? —pregunta.

—Es muy bueno —admito, perdiéndome en los trazados oscuros que delimitan el contorno de sus ojos.

—La foto que has subido hoy también lo es —comenta—. Me gusta.

Me vuelvo hacia él y sonrío, agradecida. Recibir cumplidos suyos sigue siendo increíble. Lo cierto es que la foto que he subido también me gusta.

Sale él, envuelto en oscuridad. Está contemplando las vistas, absorto en ellas. Un solo rayo de luz hiere su mirada e ilumina sus ojos claros. Otro araña sus nudillos, y el contraste entre luz y oscuridad crea una atmósfera especial.

Ahora Kenny está sentado en el escritorio; ya tiene su cuaderno de dibujo preparado, así que hago lo propio y me acomodo en su cama. Antes de que me dé cuenta, mis dedos se mueven solos sobre el papel y comprendo que pretendía dibujarlo a él.

Últimamente mi perfil está repleto de dibujos y fotos en las que sale él; no me extraña que los seguidores de Kenny hayan hecho mil teorías conspiratorias sobre nosotros. Es curioso, ahora que lo pienso, ellos supieron lo que ocurría antes que nosotros mismos.

El caso es que todo mi ser me pide que lo dibuje, que capture su mirada o su sonrisa, esa línea de su mandíbula tan sexi o sus manos de artista mientras dibuja, pero cambio de idea y decido dibujar la noche de ayer o, mejor dicho, la mañana.

Salgo disparada de su cuarto y regreso con acuarelas. Kenny me dedica una mirada de advertencia.

—Si vuelves a manchar mis cosas, esta vez no va a pasar algo divertido después —me advierte, amenazador.

Se me escapa una risa y me muerdo los labios para tratar de ocultarla. La verdad es que no me resulta nada intimidante, pero asiento con la cabeza, asegurándole que tendré cuidado.

Comienzo a dibujar un cielo estrellado, una nebulosa morada, un nudo de colores cárdenos y purpúreos enmarcados por la más absoluta oscuridad.

Me doy cuenta de que, de cuando en cuando, Kenny me mira. Una de las veces, yo le devuelvo la mirada y él la aparta. Sin embargo, vuelve a mirarme de nuevo. Cuando yo lo miro a él, aparta la vista. Y así constantemente.

Comprendo lo que está haciendo.

—¿Me estás dibujando? —inquiero, un poco sorprendida.

—Quizá.

—¿Me has hecho venir aquí para poder dibujarme?

—Jamás me atrevería —responde, con una sonrisa descaradamente delatora.

—¡He dejado de estudiar para venir aquí!

—Irresponsable —comenta.

—¡Me has obligado!

—¿En serio? —inquire, divertido.

Dejo las acuarelas a un lado y Kenny las sigue con la mirada, prudente. Me cruzo de brazos.

—¿Quién te ha dado permiso para dibujarme?

—No necesito permiso. Soy el gran Kenny Nordskov.

Lo dice tan serio que se me escapa una carcajada. Kenny sigue dibujando y agacha la cabeza para ocultar una expresión divertida.

—Debería irme —declaro, fingiéndome molesta.

—No te vayas —dice, con rapidez—. Quédate, por favor.

Esta vez, no hay burla ni diversión en sus ojos; solo sinceridad. Y no puedo resistirme; vuelvo a coger el pincel. Nos quedamos unos minutos en silencio. Ahora Kenny me mira libremente, sin tapujos, y yo continúo con mi dibujo. La verdad es que me gusta pintar a su lado.

—Ya te lo he dicho, pero eres preciosa.

No sé bien qué responder. Kenny me mira con verdadera intensidad, con su cuaderno en las manos y el lápiz aún entre los dedos. La naturalidad con la que lo ha dicho me abrumba un poco y me pone algo nerviosa.

—Me encanta dibujarte —continúa—. Quiero dibujarte más.

—Hasta ahora no me has estado pidiendo permiso —observo, divertida—. ¿Vas a empezar ahora?

—Nunca estás quieta. Solo cuando dibujas —comenta.

Continúa mirándome fijamente, sin prestar atención al dibujo. Yo también he dejado de pintar.

—¿Por eso me has obligado a venir a dibujar aquí?

Kenny suspira y esboza una sonrisa.

—No te he obligado —responde, muy seguro, y, entonces, vuelve a concentrarse en el papel.

Yo respiro, aliviada, preguntándome cómo una mirada puede hacer que mi corazón se acelere de esta forma.

—Me haces querer caer en un cliché, Lena —dice, despreocupado, cuando los latidos de mi corazón aún no han vuelto del todo a la normalidad.

—¿Qué cliché?

Una sonrisa entre traviesa y tímida se dibuja en sus bonitos labios.

—¿Crees que algún día podrás permanecer tan quieta como para posar?
—pregunta, ignorando mi pregunta.

—¿Sin hacer nada más? No lo sé, eres muy lento —lo provocho.

—Soy perfeccionista; que no es lo mismo —se defiende—. Entonces, ¿te ves capaz?

Me encojo de hombros.

—¿A dónde quieres ir a parar? Ya me estás dibujando ahora, ¿no?

No responde enseguida; sus manos siguen moviéndose sobre el papel con elegancia.

—No quiero dibujarte así —comenta, alzando los ojos hacia mí.

Kenny se ha puesto un poco serio, ha bajado el tono de voz y advierto un brillo peligroso alojado en su mirada.

Antes de que continúe, tengo la sensación de que ya sé lo que va a decir.

—Quiero dibujarte desnuda —murmura, con voz pausada, grave, profunda.

Kenny está disfrutando de lo lindo con esto.

Me quedo sin aliento.

Se está riendo de mí, a la cara, y el muy capullo ni siquiera se esfuerza un poquito para ocultar esa sonrisa tan canalla. Le encanta dejarme sin palabras, sin nada que responder. Porque... ¿qué se supone que debería responder a eso, a ese tono sugerente, a esa mirada incendiaria?

Siento que me arden las mejillas y me odio por no poder controlarlo.

—Quizá podamos hacer una sesión de desnudos —respondo, intentando parecer mucho más tranquila de lo que en realidad estoy.

—Me encantará desnudarme para ti —contesta, resuelto, y esa seguridad me saca de quicio. Entonces, ladea la cabeza y deja el cuaderno en el escritorio. Se lleva las manos al borde de la camiseta y arquea las cejas—. ¿Empezamos?

Mi cabeza comienza a dar vueltas, a vagar por pensamientos e imágenes peligrosamente atrayentes. Me cuesta respirar y siento cómo mi corazón retumba con fuerza contra mis costillas, luchando por escapar.

Kenny está ahí, mirándome con esos ojos turbulentos, jugando a un juego arriesgado mientras habla con una voz un tanto grave y sugerente. Y a

mí la idea de caer en ese juego me gusta demasiado.

Estoy a punto de ponerme de pie, dispuesta a desnudarme yo sola. Su reacción merecerá la pena, me muero por ver su expresión y dejarlo tan descolocado como me deja él a mí. Estoy a dos segundos de hacerlo cuando Kenny vuelve a coger el cuaderno.

—Es broma —murmura, suave—. No me mires así —me pide, con tono de reproche.

Trago saliva y me muerdo los labios. Durante un instante las expectativas de lo que podría pasar si caigo en su juego me provocan; me tientan tanto que me marean. Pero decido ser sensata.

Dejo escapar un suspiro muy leve, para que él no lo escuche y vuelvo a coger las acuarelas.

Sigo dibujando, pero ahora no puedo quitarme esa idea de la cabeza.

Kenny

Capítulo 29

Esta ha sido la mejor semana de mi vida.

Lena y yo no podemos quitarnos las manos de encima y a mí eso me encanta. Hoy ha hecho el examen para el que le he estado ayudando y ahora está completamente libre para pasar el fin de semana entero en este sofá, conmigo, quizá subida a horcajadas sobre mí, como ahora, mientras pone a prueba mi fuerza de voluntad.

No sabría decir cuánto tiempo llevamos así. Cuando Lena ha entrado en casa yo ya estaba aquí, dibujando. Ella se ha acercado y, después de un par de bromas que han surtido mejor efecto de lo que esperaba, mi cuaderno y mi lápiz han volado.

Quizá estén tirados en algún rincón del suelo, no me importa. No me importa nada más que sus labios y su lengua, explorando mi boca, alargando el beso con avidez.

Rodeo su cintura con las manos, pero necesito más, mucho más, y acabo abrazándola por completo, atrayéndola más a mí.

Aún lleva puesta la ropa de la calle. Unos pitillos oscuros, botas negras y un suéter blanco que enseña parte de su abdomen cada vez que se mueve sobre mí. Se ha deshecho de su abrigo hace un par de besos y mis manos ya se abren paso bajo su ropa.

No obstante, las mantengo en su sitio, formales, sosteniendo su cintura sin mover más que mis pulgares. Cuando Lena deja de besarme, apenas durante unos instantes, aprovecho para retirar su cabello cobrizo del hombro.

Vuelvo a acercarla hacia mí y beso la piel de su cuello. Está fría, helada en comparación con mis labios. Succiono con suavidad, sin pasarme, y le doy un leve mordisco.

Lena deja escapar un gemido que desata todas mis cadenas y mis manos vuelan sobre su abdomen, ascendiendo hasta que mis dedos rozan el borde del sujetador. Apreso uno de sus pechos y me aparto de su cuello cuando

Lena toma mi rostro entre las manos y me besa con fervor. Comienza a moverse sobre mí, con un movimiento sinuoso y sugerente y, esta vez, soy yo el que deja escapar un gemido ronco.

Vale.

Vale.

Vale.

Esto se me ha ido de las manos.

La cojo de la cadera y hago un esfuerzo para quitármela de encima y arrojarla sobre el sofá.

Lena, desorientada y despeinada, se ríe y me dedica una mirada interrogante cuando se da cuenta de que no la he empujado para volver a acercarme a ella.

—Me llaman. Es Kenny. Es importante —balbuceo.

—Tú eres Kenny.

Estoy tan alelado que tardo unos segundos en entenderlo.

—Ah, sí. Es Erik. Erik me llama —me apresuro a decir, mientras saco el teléfono del bolsillo.

Voy cojeando hasta mi habitación, tan alterado que durante unos instantes se me olvidan mis limitaciones y estoy a punto de tropezar por querer andar más rápido de lo que soy capaz.

Me encierro en mi cuarto mientras siento la mirada curiosa de Lena clavada en mi espalda, preguntándose qué narices se me pasa por la cabeza para dejarla así.

Me dejo caer sobre el colchón y me llevo las manos a la cabeza mientras cierro los ojos y me concentro para volver a respirar con normalidad.

Si las cosas siguen así, va a llegar un momento en el que no sea capaz de parar. No sé cuánto tiempo voy a poder seguir deteniéndome.

Al cabo de unos minutos, escucho un par de toques en la puerta y, al instante, Lena se asoma al interior.

—¿Todo bien? —inquire, intrigada.

Durante un instante tengo la impresión de que no se ha tragado mi excusa barata y ahora tendré que darle aún más explicaciones, pero no parece preocupada por eso.

—¿Qué quería?

—Nada. Quedar para mañana. Va a llevarme al hospital.

Lena da un paso dentro del cuarto, remolona, y se pasea con las manos tras la espalda, mirando a su alrededor.

—¿Fisioterapia? —inquire, mirándome con timidez.

Es evidente que quiere que le cuente más.

—En realidad, van a hacerme una prueba de resistencia —le explico. Además, es cierto. Me paso una mano por el pelo, derrotándome con solo pensarlo—. Voy a acabar hecho polvo.

Ella se sienta junto a mí, con las botas colgando al otro lado de la cama.

—¿Qué vas a hacer exactamente?

—Andar hasta que no pueda más. A todos nos hicieron la misma prueba antes de empezar el ensayo; claro que la mía duró poco, porque no era capaz de sostenerme en pie, así que pretendo batir mi récord.

Durante un instante, una chispa de lástima cruza sus ojos, pero enseguida esboza una de esas sonrisas que tanto me gustan.

Joder. Cuántas ganas tengo de morder esa boca.

—Te acompaño —dice, y no es una pregunta.

—No —contesto, sin pensar.

—¿Por qué no? —pregunta, verdaderamente extrañada.

Yo aparto la mirada.

—Es aburrido, Lena. No tienes que venir. No pintas nada.

En cuanto lo digo, me doy cuenta de que, quizá, haya sido demasiado duro. Me apresuro por rectificar mis palabras.

—Los hospitales no son sitios agradables. Mañana tienes el día libre, ¿no? Aprovecha ahora que ya has hecho tu examen para salir con Nuria, dar una vuelta por ahí o... mejor, para dibujar. Tienes toda la mañana.

—Quiero ir —insiste, cabezota—. Me apetece. Además, si luego vas a estar tan cansado, quiero estar ahí.

—Estarás ahí cuando vuelva a casa —respondo.

Lena sacude la cabeza y me mira fijamente, desafiante. Hay algo tierno y tajante en su mirada que es capaz de hacer que algo se mueva en mi interior.

—Por favor.

Me quedo en silencio, consternado. Cada parte de mi cuerpo grita

«¡no!», pero hay un rincón, una fibra de mi ser que desconozco de dónde ha salido, que se rebela, toma el mando y articula un:

—Vale.

Lena sonrío, satisfecha, y rodea mi cuello con los brazos.

—Deberíamos cenar pronto si vamos a madrugar —declara enseguida, y se pone en pie para ir hacia la puerta—. Voy a preparar algo.

Yo me quedo sobre la cama, suspirando, preguntándome si esto será buena idea.

Hasta mañana no lo sabré.

Lena

Capítulo 30

Kenny está a punto de desplomarse.

Lo sabe Erik, lo sé yo y lo sabe la enfermera que supervisa la prueba. El único que no parece darse cuenta es Kenny, que continúa aferrado a los pasadores de la cinta andadora sin intención de soltarlos.

Erik y yo estamos sentados en una esquina de la sala, expectantes. Él ya ha hecho un par de amagos de levantarse para decir algo, pero en las dos ocasiones ha decidido que sería mejor cerrar la boca. Ahora parece inquieto, esperando que en cualquier momento su hermano vaya a caer rendido.

La enfermera, que toma notas y apunta las cifras que dan los aparatos a los que está conectado, le ha dicho varias veces que puede parar cuando quiera, pero Kenny está obcecado en seguir andando hasta la extenuación.

Lo he visto andar durante más tiempo, pero siempre con sus muletas y parando de vez en cuando a descansar. Ahora tiene que mantener un ritmo constante en la máquina, sin la posibilidad de detenerse para tomar aliento o de reducir el ritmo. Y lo está pasando verdaderamente mal.

Miro a Erik.

No sé cuál de los dos lo está pasando peor, la verdad.

—Kenny. —Parece que Erik se ha decidido a hablar por fin—. ¿No crees que ya es suficiente?

—Aún aguanto.

Erik mira a la enfermera, dedicándole una mirada suplicante. Esta interviene también.

—Tu hermano tiene razón, deberías parar ya —comenta, con suavidad—. La mejoría es más que evidente, no tienes que forzarte tanto. Tenemos suficiente.

—Un poco más —insiste.

La enfermera asiente y se encoge de hombros dirigiéndose hacia Erik. Los tres nos mantenemos en silencio, contemplando a Kenny, que es terco y

obstinado como él solo.

—¿Quieres intentarlo tú? —me pregunta Erik, bajito, para que su hermano no lo oiga.

Suspiro. No creo que me vaya a hacer caso, pero lo intento.

Me levanto y voy hasta la máquina, quedándome de pie frente a él. Kenny ni siquiera puede mantener ya la cabeza en alto; se mira los pies mientras camina, encorvado, prácticamente tirado sobre los pasamanos de la cinta.

—Kenny —lo llamo—. Lo que hagas de ahora en adelante va a ser irrelevante; lo ha dicho la enfermera.

—Todavía puedo seguir —contesta de inmediato, en un tono un tanto rudo.

Me quedo unos instantes ahí de pie, preguntándome qué puedo hacer para que entre en razón, pero sé bien que no lo hará, así que vuelvo a mi sitio junto a su hermano y me resigno a esperar hasta que la enfermera obliga a Kenny a parar. Si hubiese sido por él, habría seguido.

Para cuando termina, está tan mal que ni siquiera protesta cuando Erik se acerca a ayudarlo. Pasa un brazo por sus hombros y se apoya en él para bajar de la cinta andadora.

El muy bruto no es capaz de dar dos pasos seguidos sin arrastrar los pies y acaba en una silla de ruedas, empapado en sudor, y con una extraña e inexplicable expresión de satisfacción en el rostro.

Tan solo cambia esa expresión por una mueca de dolor cuando tiene que entrar y salir del coche y también al dejar la silla para coger unas muletas antes de entrar al cuarto de baño.

—¿Quieres que te eche un cable? —pregunta Erik, mientras su hermano camina con lentitud hacia el baño.

—¡Por favor! —bufa él—. Sé darme una ducha solito. Tengo veinticuatro años.

Erik esboza una sonrisa, pero no insiste. Se encoge de hombros y se pasa una mano por el pelo en un gesto que recuerda mucho a Kenny.

—¿Me llamarás si pasa algo? —pregunta, girándose hacia mí.

—Tranquilo, lo haré —respondo.

—¿Ya estáis los dos con lo mismo? —inquieta Kenny, junto a la puerta

del baño—. Sois más tontos que un anuncio de colonia —espeta.

Erik pone los ojos en blanco y me dedica una mirada de complicidad.

—Parece que hoy va a estar aún más simpático que de costumbre — comenta, encaminándose hacia la puerta—. Te deseo suerte, Lena. Lo dicho, cualquier cosa...

—Te llamaré.

Erik asiente, satisfecho, y se despide de los dos antes de salir por la puerta y llevarse la silla de ruedas con él. Me vuelvo hacia Kenny para asegurarme de que esté bien, pero cierra la puerta del baño antes de que pueda preguntar.

Me doy cuenta de que hoy tarda más de lo normal en ducharse. Cuando sale, veo cómo prácticamente se arrastra hasta su cuarto sin acercarse siquiera a la cocina, y decido dejarlo descansar. Sé que no le gusta que lo agobien, así que procuro no hacerlo y aguardo.

Espero un tiempo antes de empezar a comer. Sin embargo, cuando ya se ha hecho tarde, decido ir a buscarlo y lo encuentro en la cama, dormido, y no lo despierto.

El resto del día es prácticamente igual. Kenny lleva en su cuarto desde que ha salido de la ducha y no lo he visto salir de él más que un par de veces para ir al baño. En las dos ocasiones le he preguntado cómo estaba, pero solo he obtenido un escueto «bien» por respuesta.

Al caer la noche, cuando ya he superado mi límite dejándolo tranquilo, me acerco a su cuarto y toco la puerta antes de empujarla.

Kenny está prácticamente a oscuras, con una sola luz encendida en el escritorio. Él está en la cama, tumbado, con el portátil al lado, pero apagado, mirando al techo.

—¿Puedo pasar? —pregunto, prudente.

Kenny asiente y me abro paso hasta él para coger el portátil que tiene al lado y dejarlo en el suelo con cuidado. Me siento a su lado.

—¿Has estado durmiendo?

—Básicamente —responde, con un suspiro cansado.

—¿No has hecho nada más?

Kenny se incorpora un poco profiriendo un resoplido, como si le costase horrores.

—No tenía muchas ganas de hacer nada más.

Me quedo mirándolo, consternada. Lo cierto es que su expresión no parece la de siempre; sus ojos están más tristes y cansados, no hay ni rastro de su sonrisa y ha perdido el brillo travieso que normalmente habita en su mirada.

—¿Es solo cansancio? —pregunto—. ¿O también te duele? —comprendo.

—Me duele —confiesa, frotándose la pierna derecha—. Me duele bastante.

Me quedo en silencio, observándolo, nerviosa.

—¿Llamo a Erik? —pregunto, dubitativa.

Kenny esboza una sonrisa y sacude la cabeza.

—Es normal que me duela, Lena —dice, paciente—. He andado sin muletas durante mucho tiempo.

—Porque has querido —le recuerdo—. ¿Seguro que no quieres que le llame?

—Seguro. Estoy bien, ¿vale? Esto no es nada para mí. He tenido días mucho peores.

De nuevo, se hace el silencio. Quiero preguntar, tengo tantas ganas de preguntar..., pero no me atrevo. Solo soy capaz de mirarlo a los ojos, que parecen más tristes que nunca, y repetir para mí las preguntas que no me atrevo a formular en voz alta.

—No recordaba lo que era —murmura él, de pronto.

—¿Qué es lo que no recordabas?

—Esto —contesta, señalándose las piernas—. Llevo bien muy poco tiempo, aunque nunca había tenido una racha así de buena y casi se me olvida lo que es pasar el día en la cama por no tener fuerzas para hacer nada más.

Trago saliva. Ya no puedo seguir callada.

—¿Había muchos días malos?

—Últimamente, demasiados —responde. De pronto, esboza una sonrisa genuina—. Me he echado de menos.

Ladeo la cabeza, desconcertada, aunque sonrío por inercia al ver su sonrisa.

—¿Qué dices? —inquiero.

—Que me he echado de menos —repite, muy seguro—. Tú no lo entiendes, porque jamás has querido ponerte en pie y no has podido, ni tampoco has pasado noches en vela por el dolor. —Sacude la cabeza y cierra los ojos, pensativo—. El día de hoy me ha recordado cómo era esto antes, todos los días. Me ha recordado que tengo que valorar lo que tengo. Llevaba mucho tiempo sin ser yo mismo y estas semanas... estas semanas han sido increíbles, he vuelto a ser yo.

—Tiene que ser...

—Una putada —termina él por mí—. Pero ahora estoy bien. —Se ríe un poco—. Bueno, en realidad, ahora mismo no. Ahora estoy un poco jodido, pero, en general, estoy bien. No me mires así, Lena —me regaña, y yo hago un esfuerzo por mudar mi expresión afligida—. Túmbate conmigo —me pide, de improviso—. Túmbate —insiste, y se echa por completo sobre el colchón.

Yo dudo, pero acabo tumbándome junto a él. Me acomodo a su lado y él rodea mis hombros con un brazo hasta que apoyo la cabeza en su pecho.

Escucho su respiración tranquila, su pecho al subir y bajar. Su aliento en mi frente, haciéndome cosquillas.

—Ahora duele mucho menos —susurra, en apenas un murmullo, y a mí se me escapa una risa muy suave—. No te rías. Es verdad.

—Entonces, me quedaré así un rato —respondo, abrazándolo.

—Me parece bien —murmura, contra mi frente, y me da un beso—. Duele mucho menos —repite, y esta vez lo dice en apenas un susurro; en un murmullo apagado que hace parecer que hable para sí mismo.

Kenny

Capítulo 31

Lena está derrochando caos sobre mi cama.

Apenas ha traído algunas de sus cosas consigo; un par de cuadernos de apuntes, unos cuantos bolígrafos y una botella de zumo. Sin embargo, la cama se ha convertido de pronto en un horrible cuadro abstracto.

Ha revuelto el edredón, lo ha enredado con el jersey del que se ha deshecho y ha dejado los cuadernos abiertos de par en par, cada uno en una punta de la cama. Da la sensación de que ahora haya muchas más cosas de las que había antes en esta habitación.

¿Cómo es posible que una sola persona transmita tanto desorden? Es la personificación del caos. Lena es un complejo extraño de luz y oscuridad, de caos salvaje y de dulzura genuina. Y me fascina.

Me siento a su lado para ver qué está haciendo y aprovecho para recoger algunas de sus cosas y dejarlas discretamente en el suelo. Ella ni se entera.

—Qué aburrido —comento, leyendo por encima alguna de las líneas que está subrayando. Desde aquí, no puedo evitar que mis ojos vaguen a un lugar mucho menos aburrido. Se ha quedado en una camiseta de tirantes y es demasiado tentador como para no mirar—. ¿No te apetece hacer algo más interesante?

En cuanto me oye, se vuelve un poco hacia mí, mirándome desde abajo con sus grandes ojos azules. Parpadea, curiosa, y sus largas pestañas acarician sus mejillas.

—¿Cómo qué? —pregunta, ingenua.

—Tenemos algo pendiente, ¿verdad? —tanteo.

Lena frunce el ceño, aunque sé, por cómo cambia su expresión durante apenas unos instantes, que ya sabe a qué me refiero.

—¿No propusiste una sesión de desnudos? —la provoco.

Lena se esfuerza por ignorarme y seguir leyendo sus apuntes, pero veo cómo sonrío.

—Creo que, en realidad, fuiste tú —objeta, sin llegar a mirarme.

Parece tan concentrada que cualquiera diría que espera que la deje en paz en cualquier momento. Pero eso no puede ser, Lena sabe bien cómo soy y que eso no va a pasar.

—¿Yo? Para nada. Solo te dije que quería dibujarte desnuda.

—«Solo» —repite, divertida.

—¿Es que eso te incomoda? —pregunto, fingiendo preocupación.

Lena se vuelve hacia mí solo para darme un golpe en el brazo y yo me río. Me doy cuenta de que se ha sonrojado un poco. Me gusta ponerla nerviosa.

—Creía que el tímido era yo.

—Tú eres de todo menos tímido, Kenny Nordskov —suelta, con convicción.

—Entonces, ¿es un no? ¿No quieres una sesión de desnudos?

—Estoy estudiando —protesta.

—Es jueves, mañana no tienes clase —le recuerdo, apartando los apuntes que tiene delante.

—¿Quieres que deje de estudiar para que puedas vacilarme?

—No —contesto, sacudiendo la cabeza fervientemente—. Quiero una sesión de desnudos.

Lena me devuelve una mirada incendiaria y eso consigue que tenga aún más ganas de provocarla.

—Si te parece mal, estoy dispuesto a sacrificarme yo solo. ¿Quieres que me desnude para ti? Cualquier cosa por el arte.

El color de sus mejillas aumenta un par de tonos.

—¿Esto te ha funcionado alguna vez? —inquire, con tono de reproche.

—Te sorprendería —contesto, divertido.

Lena deja escapar un bufido y yo no me esfuerzo por ocultar una sonrisa de satisfacción.

—En realidad, todo esto lo hago por curiosidad.

—¿Curiosidad? —repite, abandonando sus apuntes y girándose un poco hacia mí.

—Hay algo que me está matando desde que lo vi.

—Dispara —me pide, intrigada.

—¿Tienes un tatuaje en algún sitio?

Lena se muerde un poco el labio inferior en un gesto entre tímido y travieso que hace que se tambaleen mis murallas. Se gira por completo sobre sí misma hasta quedar completamente tumbada sobre la cama, con el pelo alborotado sobre el edredón, y la camiseta descolocada dejando su ombligo al descubierto.

Se lleva la mano al pecho.

—Aquí —murmura.

Es imposible que pueda ver nada con esa molesta camiseta, pero pedirle que me lo enseñe ahora, incluso si el interés es genuino, me parece pasarse un poco; así que asiento y me quedo callado.

Lena debería estar estudiando, ella misma lo ha dicho. Necesita sacar buenas notas si quiere conseguir esa beca el año que viene. Sin embargo, desde que se ha tumbado bocarriba, no ha vuelto a dar señales de que sus apuntes le importen lo más mínimo.

Empezamos a hablar, a reír y a bromear; y, al cabo de un rato, acabamos los dos tumbados. Ella, mirando al techo. Yo, procurando no mirarla a ella demasiado.

Lena

Capítulo 32

Ya es tarde. Muy tarde.

Sin embargo, no tengo nada de sueño.

Después de cenar, me he recluso en mi habitación para recuperar el tiempo que he perdido cuando Kenny me ha liado para que dejase de estudiar, y no he vuelto a salir hasta ahora.

No esperaba encontrarlo en el salón, y, cuando lo veo, lo primero que pienso es que ha vuelto a quedarse dormido. No me gusta cuando eso ocurre, porque sé que no se descansa igual de bien que en la cama, y sus piernas me preocupan.

No obstante, está despierto.

Me acerco descalza y en silencio. Pensaba meterme a la cama en cuanto terminase de estudiar, así que no estoy muy presentable que digamos. Debajo de un jersey que es demasiado grande no llevo más que unas braguitas. Ni siquiera llevo calcetines.

Me aproximo a Kenny para ver qué se trae entre manos. La televisión está encendida, pero no tiene sonido, así que debe de estar muy concentrado. Tiene el cuaderno de dibujo entre las manos y la *tablet* descansa en la mesita de café.

Me asomo tras el sofá, sin que sienta mi presencia, y miro por encima de su hombro. Lo que veo hace que me quede sin aliento durante unos segundos.

Es mi tatuaje; está dibujando el tatuaje, incluidas las curvas de mi pecho a cada lado. Le está quedando un dibujo logrado, muy bonito, y no puedo resistirme.

—¿No te estarás obsesionando? —bromeo.

Kenny da un respingo, sobresaltado. Es la primera vez que le veo hacer algo así, y me entra una risa tonta y estúpida que a él no le hace nada de gracia.

—¿Otro dibujo a partir de una foto? —inquiero, cuando dejo de reír, y

rodeo el sofá para tenerlo delante—. Se va a convertir en costumbre.

—Me habría gustado dibujarlo al natural, créeme —replica, sagaz.

Me cruzo de brazos y aguardo. Sé, por el brillo juguetón de sus ojos, que no ha terminado.

—Hay detalles que en la fotografía no se aprecian, ¿sabes?

Abro la boca para responder, pero no llego a hacerlo. Frunzo el ceño. Me doy cuenta de algo. Para bromear tanto sobre querer verme desnuda, cada vez que ha surgido la oportunidad ha parado.

Entendí lo de aquel día en el mirador, pero después de eso nos ha frenado unas cuantas veces más antes de que todo se nos fuese de las manos. Y no sé por qué.

—¿Detalles? —repito, pensativa, perdida en otros pensamientos.

—Sí. Es difícil trabajar así. No me gusta; soy mejor dibujando en vivo. Pero tengo que resignarme, ¿no? —pregunta, arqueando una ceja, sugerente.

Dios. Tiene una mirada capaz de derretir el ártico y una sonrisa un poco canalla muy sexi. Sus ojos descienden hasta mis piernas desnudas y, durante un instante, todo se intensifica. Soy consciente de cosas que pasaba por alto: el frío del suelo en mis pies desnudos, el resplandor azulado del televisor proyectando sombras sobre el sofá, el borde del jersey haciéndome cosquillas en la piel...

Doy un paso hacia él.

—¿Quieres verlo? —inquiero.

—¿El qué? —pregunta, descolocado.

—El tatuaje —respondo—. ¿Quieres verlo ahora?

Kenny se queda en silencio, desconcertado. Me mira como si no se acabase de creer lo que estoy diciendo, como si esperase que le dijera que todo es una broma en cualquier momento.

Pero no lo hago.

En lugar de eso, me acerco a él por completo y espero a que aparte el cuaderno para sentarme a horcajadas sobre su regazo. Él sigue mirándome, sin pestañear, conteniendo el aliento. Ya no hay sonrisa sexi, ni expresión provocadora, solo un brillo peligroso en sus ojos.

—Quítame el jersey —le pido, bajito, mientras siento que las mejillas me arden, más por las expectativas que por vergüenza.

Está serio, sin mover ni un solo músculo. Tarda unos instantes en moverse, pero acaba llevando sus manos a mis muslos. Las sube con lentitud, descubriendo mis braguitas, y las detiene sobre mis caderas. Me mira, interrogante, y a mí me parece que pasa una eternidad hasta que continúa.

Es lento, suave. Sus largos dedos de artista suben la tela hacia arriba, electrificando mi piel a su paso, desatando una descarga deliciosa que hace que me tiemblen las rodillas. Sin embargo, tras esa aparente quietud, se esconde el deseo turbulento que inunda sus ojos claros.

Se está conteniendo.

Alzo los brazos cuando casi ha llegado al final y, por fin, se deshace por completo del jersey. Escucho cómo ahoga una exclamación.

—Sí que era de verdad —murmura, sin apartar los ojos de mi tatuaje.

—Ya te lo he dicho antes.

—Es que en la foto no se apreciaba bien —responde, tenso.

Por una vez, no soy la única que está nerviosa. Lo sé por la rígida línea de su mandíbula; por la forma en la que sus manos se posan sobre el sofá, incómodas. Parece que no sabe bien dónde ponerlas.

—Bueno, pues ya puedes verlo todo lo que quieras.

Al fin, Kenny rompe la tensión dejando escapar una risa un poco ronca, grave. Sacude la cabeza y se muerde los labios.

—Me estás matando, Lena —confiesa, entre dientes, dedicándome una mirada de advertencia.

Sonrío, encantada, y entrelazo los brazos tras su cuello. Me acerco a sus labios. Parece que el oxígeno se esfuma, que respirar con normalidad se hace imposible. Mi corazón late desbocado y mi piel, allí donde sus manos la rozan, arde.

—¿Es que no vas a dibujarme? —inquiero, haciendo un esfuerzo por bromear. Estoy demasiado ocupada procurando que el corazón no se me salga del pecho bajo esa mirada que me devora.

Esta vez, Kenny no se ríe. De pronto, siento sus manos sobre mis caderas, firmes, decididas, ascendiendo con dilación hasta mi cintura. Sin apartar su mirada enturbiada de mí, me empuja con cierta brusquedad hasta que me tumba sobre el sofá y se inclina sobre mí.

Siento el peso de su cuerpo sobre el mío, su suave respiración en los

labios, ese olor tan característico que me embarga. Y me muero porque me bese. Pero no lo hace enseguida.

Se acerca a mis labios y cierro los ojos cuando creo que me va a besar. Sin embargo, en lugar de eso, atrapa mi labio inferior con los dientes, arrancándome un gemido y tira con suavidad de él.

—Joder, Lena... —murmura.

Entonces, se incorpora y se deshace de su camiseta, regalándome una imagen increíble de su cuerpo esbelto, pero bien definido. Cuando vuelve a tumbarse sobre mí, siento su piel sobre la mía, cálida, suave. Sus dedos recorren mi abdomen, deslizándose hasta la curva de mi pecho y volviendo a descender.

Tanta lentitud me está volviendo loca, así que paso una mano tras su cuello y lo obligo a acercarse a mí para besarlo con fervor. Su lengua se adapta al ritmo impetuoso que exige mi boca, ávida de más. Bebo del beso con devoción, perdiéndome en él, dejándome arrastrar por un mar de sensaciones que me arrastra.

Kenny se aparta y siento sus labios sobre mi cuello. Giro un poco la cabeza, para dejarle hacer, y continúa besando y lamiendo mi piel mientras descende con dilación. Traza un lento recorrido de besos hasta mi pecho y se detiene ahí. De pronto, su boca se desliza sobre mi pezón y juega con él mientras sus dedos ascienden hasta mi pecho para unirse a su lengua.

Arqueo la espalda ante la caricia y me muerdo los labios para contener un gemido.

Durante un segundo, se detiene y me mira. Tiene la mirada oscurecida, azul y turbulenta, y los labios enrojecidos.

—Cómo voy a disfrutar con esto...

Esboza una sonrisa ladeada y sigue besando mi estómago mientras sujeta mi cadera con sus fuertes manos.

Cuando llega a la línea de mi ropa interior, pienso que se va a detener, pero continúa besándome por encima de la tela negra y yo me revuelvo, inquieta, expectante, dejando escapar un quejido.

Kenny se ríe contra mi muslo y su risa reverbera contra mi piel, que arde. Vuelve a inclinarse sobre mí. Sin embargo, antes de que se apoye, me escabullo entre sus brazos y me pongo en pie.

Él me dedica una mirada interrogante, ladeando la cabeza.

—Por favor, no me pidas parar —dice, con cierto matiz de urgencia en su voz.

Sacudo la cabeza.

—Vamos a mi cuarto —le pido, y él asiente, conforme, con esa expresión que declara a voces que no tiene buenas intenciones.

Salgo disparada hacia allí y escucho cómo me sigue sin pensárselo demasiado. Enciendo solo la luz del escritorio y me siento en el borde de la cama. Kenny no tarda en asomarse por la puerta.

Incluso bajo esta pobre luz, soy capaz de ver el brillo peligroso de su mirada. Se acerca a mí, me agarra de la nuca y me planta un beso increíble que me hace temblar como una hoja.

Nos echamos hacia atrás, acompasados, y me tumbo cuando él se cierne sobre mí. Nos devoramos a besos durante unos largos minutos y, de pronto, siento cómo sus hábiles dedos se cuelan bajo la tela de mis braguitas. Comienzan a trazar círculos sobre mi sexo y yo me estremezco mientras una descarga se propaga por todo mi cuerpo.

Mis manos vuelan hasta su cinturón y comienzan a desatarlo con torpeza. Kenny me está besando y no veo lo que estoy haciendo. Por no mencionar que tengo la cabeza en otro sitio; en su mano, entre mis piernas.

Cuando consigo deshacerme de su cinturón y bajar la cremallera, estoy demasiado perdida en las turbulentas sensaciones que está despertando con sus diestros dedos y no soy capaz de hacer otra cosa que no sea apartarlo un poco para hablar.

—Hay condones en la mesilla —le digo, con voz entrecortada.

Kenny mira hacia atrás por inercia. Parece dudar. Sin embargo, en sus ojos brilla el mismo deseo que siento en cada fibra de mi ser, en cada poro de mi piel.

—No tenemos por qué correr tanto si no quieres —murmura. Él también tiene la voz ligeramente entrecortada, fatigada por una respiración acelerada y un corazón que late con fuerza.

¿Que no tenemos que correr? Casi se me escapa una risotada. No sé de dónde sale ese autocontrol, pero me está volviendo loca.

Por toda respuesta, me pongo en pie y me deshago de mis braguitas.

Kenny me observa con atención, conteniendo el aliento, y se deshace también de la ropa queda entre los dos antes de volver a sentarse en la cama.

Cojo uno de los preservativos de la mesita de noche, y me acerco hasta ponerme a horcajadas sobre él.

—Quiero esto. ¿Tú no?

Kenny echa la cabeza hacia atrás y deja escapar un suspiro entrecortado mientras cierra los ojos con fuerza.

—Joder, Lena. Claro que sí. Pero necesito saber que estás segura.

Sus manos rodean mi cintura y su simple contacto basta para que todo mi cuerpo pida más.

Lo beso, lo beso con fervor, y esta vez soy yo la que entierra el rostro en el hueco de su cuello, lamiendo y mordiendo como ha hecho él antes conmigo. Siento cómo se mueve un poco bajo mi cuerpo, inquieto, y escucho cómo deja escapar un suspiro, esta vez impaciente. Está perdiendo la cabeza.

Me aparto de él solo para rasgar el envoltorio del condón y echa la cabeza hacia atrás cuando soy yo quien se lo pone. Me vuelvo a acercar a él, a besarlo, a enredar las manos en su cuello, pero él me detiene. Entre beso y beso, cuando estoy al límite, toma mi rostro entre las manos. Hay dulzura en ese gesto, en las yemas de sus pulgares acariciando mis mejillas con suavidad.

—Antes, tengo que contarte algo —murmura, contra mis labios.

Yo lo ignoro y vuelvo a besarlo, sin permitirle hablar.

—De verdad —insiste.

—Luego —contesto.

Kenny se ríe un poco, pero deja escapar un gemido cuando muevo mis caderas un poco sobre él.

—Es importante.

—¿Seguro? —pregunto, mirándolo a los ojos.

Kenny sostiene mi mirada unos instantes, apenas unos segundos. Deja escapar un gruñido y sacude la cabeza. Sus manos apresan mi cadera con fuerza.

—No tanto —sentencia, con una voz grave y oscura que eriza cada vello de mi piel.

Guía mi cadera hasta que se hunde en mí y apresa mis labios en un beso

profundo e intenso. Sus manos recorren mi cuerpo mientras me muevo sobre él, primero despacio, dejándome llevar después.

Entre caricia y caricia, me doy cuenta de que Kenny está totalmente perdido, y a mí eso me encanta. Se deja arrastrar por mi ritmo, adaptándose a él, moviéndose a su compás, mientras enreda los dedos en mi pelo o busca mi cuello para besarlo con fervor.

Al cabo de un tiempo, cuando es evidente que no puede contenerse más, me agarra con fuerza y me empuja con suavidad hasta que mi espalda cae sobre el edredón para ser él quien marque el ritmo.

Siento el peso de su cuerpo sobre el mío, los latidos de su corazón en su pecho, su respiración entrecortada contra los labios. Empieza a moverse con ímpetu, abandonándose por completo al deseo mientras muerde, besa y lame la piel de mi cuello, y sus dedos tiran con suavidad de mi pelo o se pierden en mi pecho.

Kenny se mueve bien y el ritmo que marcan sus caderas me está haciendo perder el poco control que me quedaba. Llevo tanto tiempo caminando al borde del abismo que resulta increíble y doloroso al mismo tiempo.

Entonces, cambia drásticamente el ritmo, volviéndolo más intenso y devastador, hasta que cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás cuando me pierdo por completo y siento que él se pierde conmigo.

Lena

Capítulo 33

Kenny hace gala de unos pectorales bien definidos, desnudo bajo el edredón de mi cama.

No es que sea pudorosa, pero hace algo de frío y ambos hemos acabado bajo las sábanas. Yo, cubierta por completo, tumbada y de medio lado; él, apoyando la espalda en el cabecero de la cama, con el edredón a la altura de la cintura.

Me concedo unos segundos contemplándolo. Aún tiene los labios enrojecidos y conserva un brillo travieso en la mirada. Tiene la mata de pelo oscura revuelta y despeinada y una sonrisilla estúpida en los labios que creo que voy a tomarme como un cumplido.

Tengo la sensación de que yo también estoy sonriendo como una tonta.

—Luego no digas que no quiero posar para ti —bromeo.

Kenny se gira hacia mí lentamente, con ese aire abstraído que hace parecer que está encantado y que me arranca una sonrisa. Deja escapar una carcajada muy suave y vuelve a mirar al frente.

Guau. Ni siquiera tiene ganas de replicar a eso. Está como ido. Así que debe de haberle gustado mucho.

—¿Qué era lo que me tenías que decir? —pregunto, antes de que se me olvide o de que él se quede dormido.

—Nada importante.

—Pero has dicho que era importante —le recuerdo, divertida.

—Te he mentado —contesta, respondiendo lo primero que se le pasa por la cabeza, pretendiendo zanjar el tema.

A mí me entra la risa, pero no desisto.

—Sé que sí lo era. Cuéntamelo.

—Ya no tiene sentido, Lena. De verdad. Olvídalo. Ya no me importa.

—¡Pero a mí sí! —replico—. No puedes decirme que tienes algo crucial que decirme y, después, decir que no es importante. Cuéntamelo tal y como

ibas a decirlo antes. No omitas nada.

Kenny me dedica una mirada expectante.

—Te repito que ahora carecería de sentido —insiste, cabezón.

—Kenny... —protesto.

—Lena... —se burla.

Sostengo su mirada y él acaba dándose por vencido. Parece que ha comprendido que vamos a terminar antes si me cuenta lo que me tenía que decir.

—Está bien —acaba aceptando, y deja escapar un resoplido. Me mira, ladea un poco la cabeza y dice, con resignación—: Lena, soy virgen.

Me quedo de piedra.

Lo miro con los ojos muy abiertos y parpadeo.

—¿Qué? —acierto a decir, incorporándome en la cama mientras arrastro el edredón conmigo.

—Ves, te he dicho que ahora ya no tenía sentido —comenta, con despreocupación.

—¿Eres... eras virgen?

—Hasta hace un rato sí —responde—. Pero, como comprenderás por la situación... —extiende los brazos y nos señala a los dos, metidos en mi cama—, ya no tenemos que hablar de eso.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Kenny me dedica una mirada de reproche y arquea la ceja. El sabor de sus labios me embarga cuando recuerdo cómo lo he besado para callarlo. Me contesto yo solita a la pregunta y sacudo la cabeza, desconcertada.

—¿Y las chicas de tus dibujos? Me dijiste que no eran invenciones, que eran reales.

—Era virgen, no un monje. He estado con mujeres desnudas en la misma habitación —replica, un tanto molesto—. Que no haya llegado a la última fase con nadie no significa que haya hecho voto de castidad.

Me quedo unos instantes en silencio, observándolo de hito en hito. Tardo un segundo en procesar la nueva información. No es que sea algo realmente impactante, pero ni siquiera me había planteado que Kenny pudiera ser virgen, y mucho menos después de saber cómo se mueve...

Un dulce escalofrío me recorre la espalda cuando el reciente recuerdo

me embarga, pero decido concentrarme en lo que importa en este momento.

Ahora que lo pienso, ha sido él quien nos ha frenado todas las veces que hemos estado a punto de cruzar la línea de no retorno.

—Me estás acojonando un poco, Lena, preciosa.

Vuelvo del trance y lo miro como si lo mirase por primera vez.

—¿Puedes decir algo? Por favor. Es inquietante que te quedes callada mientras me miras con esos ojazos tuyos. —Sacude la cabeza y articula un gesto de alivio—. Menos mal que no te lo he dicho antes, en medio de... —Hace una pausa—. No imaginaba que reaccionarías así.

—Es que...

—¿Es que...? —insiste. Intenta parecer relajado y divertido, pero yo siento cierta urgencia en su tono de voz.

—No lo esperaba, eso es todo. Me sorprende. Por tu forma de hablar creía que...

No llego a terminar la frase y él se me queda mirando, como si esperase que dijera algo más. Acaba suspirando largamente y dejándose caer sobre el colchón. Levanta un poco la cabeza y se pasa las manos tras ella, acomodándose mientras mira al techo.

—Supongo que, si después de hacerlo no te has dado cuenta, es una buena señal, ¿no?

Me río un poco y Kenny me mira como si esperase algo más.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Que cómo he estado.

No me puedo creer que esté hablando en serio. Me echo a reír y me acuesto a su lado.

—¿Tu risa debería preocuparme? —inquieta, divertido, aunque sé que no le preocupa en absoluto. Ya no. No hay atisbo de incertidumbre en sus ojos claros, ni de inquietud.

—Has estado genial —acabo diciendo, bajando un poco el tono de voz.

Me dedica una sonrisa genuina y me rodea con un brazo para estrecharme contra su pecho.

—A mí también me ha gustado —confiesa, y me planta un beso en el pelo.

Nos quedamos así hasta que siento que los párpados me pesan. En algún momento de la noche, Kenny alarga el brazo y apaga la luz de la mesita y, en apenas unos minutos, ya me he abandonado al sueño.

Lena

Capítulo 34

Hoy me he despertado con el sonido de la ducha. En cuanto me he dado la vuelta en la cama y he sentido su olor en las sábanas, los recuerdos de anoche me han embargado y he vuelto a quedarme dormida.

Ayer nos acostamos tarde, bastante tarde y, para cuando me he levantado de nuevo, Kenny ya se había marchado de casa.

Ha sido entonces cuando he aprovechado para entrar en Samydeanart sin levantarme siquiera de la cama y he descubierto una foto mía en su muro cuyo título reza:

¿A dónde vas?

Esta vez, no ha escrito ningún texto, nada de poesía o de pensamientos profundos, solo una pregunta, tan sencilla y directa que resulta intrincada y compleja, como si preguntara por el origen del universo.

En realidad, en la foto no me marchó a ninguna parte. La sacó un día que nos perdimos a propósito en un parque. Estoy sentada en la parte de arriba de un banco, con los codos clavados en las rodillas y la cabeza apoyada en mis muñecas, mirando a la nada, pensativa.

La fotografía no podría ser más estática y, sin embargo, Kenny pregunta a dónde voy. A veces, me gustaría responder que no me voy a ninguna parte, que pienso quedarme aquí, junto a él, para siempre.

Para la hora de la comida todavía no ha llegado a casa, así que he llamado a Nuria y le he preguntado si quería comer por ahí. Al final, hemos acabado comiendo en su piso, con sus compañeros y unos cuantos tipos más que han resultado ser todos fans de *The Walking Dead*.

Hemos pedido comida china y hemos improvisado un pequeño maratón en el que ha habido unas cuantas cervezas y chupitos de tequila de por medio. Todavía no sé muy bien cómo hemos llegado a eso, pero uno de los compañeros de piso de Nuria ha sacado una botella y al rato estábamos todos inmersos en el mejor juego de chupitos de la historia. Aunque yo no he

bebido, ha sido divertido ver cómo se pillaban una cogorza de proporciones épicas.

Un trago de cerveza por el primer caminante del capítulo, otro por un encuentro demasiado cercano con uno, dos cada vez que alguien se queda sin munición, un chupito de tequila cada vez que Rick grita «Caaaarl» y vaciar el vaso cada vez que un personaje mata a otro.

Nuria se ha retirado a tiempo y estamos en su cuarto. Ahora estoy tirada en su cama, alzando la cabeza solo cuando se prueba un modelito para pedirme mi aprobación. Ahí fuera tienen una buena jarana montada. Ella está sobria, pero solo porque ha hecho trampa. Los compañeros de Nuria y sus amigos han sido más fieles al juego y están todos bastante pedo. Puedo oír sus risas desde aquí, y a uno de los chicos que grita «Caaaarl» cada dos por tres.

Son gente agradable.

—¿Qué te parece este? —pregunta, dando un par de vueltas sobre sí misma para enseñarme cómo le queda un vestido.

—No sé para qué te pruebas ropa. Está claro que hoy no salís —le advierto.

El sonido que llega desde el salón refuerza a mis palabras.

Nuria hace un mohín y se tumba en la cama conmigo, desperdigando su pelo oscuro sobre la almohada.

—¿No quieres acompañarme tú? Lo de los chupitos está bien. Pero me apetece bailar.

Sonrío ante su mirada suplicante, pero sacudo la cabeza.

—Hoy no salgo.

—Eres un auténtico peñazo.

Me encojo los hombros, como excusándome, y ella ladea un poco la cabeza.

—¿Cómo pretendes encontrar a alguien que te anime un poco si no sales de casa? Y con animar me refiero a sexo.

—¡Nuria! —Me río un poco.

—¿Hace cuánto que no echas un polvo? Dejaste a Edu en noviembre. Eso fue como hace cinco décadas. Debes de estar muerta por dentro.

Vuelvo a reír y me paso una mano por la cabeza para apartarme un rizo

rebelde de la frente. Quizá sea hora de contarle un par de cosas.

—No me juzgues, pero, de hecho, sí que he echado unos cuantos polvos desde entonces.

—¡No te juzgo! —exclama, incorporándose de medio lado, sobre un codo—. Eso es genial. Me molesta un poco que no me lo hayas contado. Pero, en fin, mejor tarde que nunca. ¿Quién es el afortunado?

Me quedo en silencio y esbozo una sonrisa de disculpa.

—En parte, no te lo he contado por eso.

Nuria tarda unos instantes en caer.

—Oh, no. Sigues con él.

—No, ya no. Solo... fueron un par de rollos tontos. Y hace tiempo que le puse punto y final.

—Lena... —murmura, reprendiéndome. Agita una mano en el aire, quitándole importancia, y cierra los ojos un instante—. Bueno, lo hecho, hecho está. Entonces, ¿cuánto tiempo llevas sin mojar?

Vuelvo a quedarme en silencio.

—En realidad hay más cosas que no te he contado.

Nuria se revuelve un poco y da una palmada contra la cama.

—¡Lena! —protesta—. Tienes que contarme las cosas. Está en el contrato.

—¿Qué contrato? —Me río.

—¡El contrato de amigas! Si te tiras a tu ex, aunque sea patético y vaya a gritarte por ello, me lo cuentas; precisamente para que te grite y sepas que no debes hacerlo. Y si tienes una aventura, me llamas antes de subirte las bragas, ¿entendido?

—Entendido... —contesto, entre abrumada y divertida.

—¿Y bien? Te has tirado a alguien. ¿Vas a volver a verlo?

—Eso espero.

—Así que es serio —cree adivinar.

Encojo un hombro, mirando al techo.

—Ya sabes que a mí no me van los rollos de una noche. —Hago una pausa, cojo aire y decido ponerla al día antes de que vuelva a avasallarme con mil preguntas—. Es Kenny.

—¿Kenny? ¿TU Kenny? —inquire, incorporándose por completo.

Cuando se pone en pie sobre la cama y empieza a dar saltitos alrededor de mí me quedo de piedra y me preparo para cuando se caiga encima, porque está claro que se va a caer.

—¿Cómo ha pasado? ¡Tienes que contármelo! ¡Ya! —exclama, entusiasmada.

Cuando pierde el equilibrio y tropieza, la sostengo y ambas nos reímos.

Lo cierto es que nunca he hablado mucho con Nuria. Quiero decir... hablo con ella, le cuento cosas, le digo qué tal el día, hablamos de chicos, sus chicos, y escucho sus divagaciones sobre amoríos. Pero nunca he hablado «en serio» con ella. Es una buena amiga, confío en ella, pero hay ciertos asuntos, como lo de volver a acostarme con Edu, que siempre he preferido guardar para mí.

Hasta que empecé a hablar con Kenny.

Esto que hago ahora con ella, lo de hablarle de mis recaídas con Edu, de cómo surgió lo de Kenny, de qué siento... es nuevo para mí. No es que le descubra mi alma, pero antes habría respondido con un escueto «pasó y punto», hoy me permito dar unos cuantos detalles y dejarme contagiar por su entusiasmo.

Nos quedamos así un rato mientras sus amigos continúan con la fiesta ahí fuera y el mismo de siempre grita «Caaaaarl» y todos se ríen como locos. Cuando se hace un poco tarde, más tarde de lo planeado, Nuria acaba dándose por vencida, asumiendo que hoy se va a quedar en casa, y regresa con los que siguen de maratón de *The Walking Dead*; eso sí, ahora luciendo modelito.

Yo cojo el metro para volver a casa.

Cuando llego, sé que Kenny ha regresado ya porque sus cosas están colgadas de la entrada. Sin embargo, la televisión está apagada y no parece estar en el salón.

Empiezo a deshacerme del abrigo cuando veo que sale de su habitación. Va con muletas y anda despacio, así que supongo que ha tenido un día difícil en el hospital.

Termino de deshacerme de mi abrigo, pero espero hasta que se detiene frente a mí sin decir ni una palabra.

Sus ojos me taladran sin compasión y, por irracional que parezca, esa

mirada me pone un poco nerviosa. Alza el brazo hasta que sus dedos rozan mi mejilla y una lenta sonrisa aparece en su rostro.

—Te he echado de menos —comenta, en apenas un susurro.

Sus dedos abandonan mi rostro con rapidez para seguir descendiendo por mi cuello, y yo ladeo un poco la cabeza para dejar que siga propagando esa calidez por mi piel.

No han pasado ni dos minutos desde que he entrado por la puerta, pero el rumbo que está tomando esto es bastante evidente. Su lenta caricia sobre mi piel destila sensualidad y su mirada está cargada de anhelo.

Aún tengo presente la noche de ayer, todavía recuerdo el sabor de sus labios y el roce de sus dedos recorriendo cada centímetro de piel. Aun así, mi cuerpo arde ante las expectativas de que eso vuelva a ocurrir.

Quiero más. Necesito más.

Kenny alza el otro brazo para pasarme una mano tras la nuca y acercarme a él. Y en ese instante, me da un largo beso, profundo y turbulento, que termina de despertar la parte de mí que se abandona a la irracionalidad cuando está cerca.

Dios. Quiero perderme. Quiero abandonarme por completo. Ya. Aquí. Ahora.

Deslizo las manos tras su cuello y enredo los dedos en su pelo mientras tiro un poco de él para poder besarlo mejor.

Sin embargo, el arrebatado dura poco. Alguien llama al timbre de abajo y yo me sobresalto. Kenny dedica una mirada a la puerta por encima de nuestros hombros, pero yo apoyo una mano en su mejilla para que no haga caso y siga besándome.

De nuevo, suena el timbre.

—¿Esperas a alguien? —pregunta, contra mi boca.

—No —contesto, con tono de protesta.

Vuelve a apresar mis labios con urgencia mientras una de sus manos va hasta mi cadera y la oprime con suavidad.

El timbre suena otra vez.

Kenny se aparta de mí con brusquedad y vuelve a colocarse las muletas mientras se acerca al interfono con decisión.

—¿Quién es? —inquire, malhumorado, y a mí se me escapa una

sonrisa que no intento disimular.

Cuando recibe la respuesta, frunce el ceño y presiona el botón para abrir la puerta.

Me mira y deja escapar un resoplido, consternado.

—Es Erik.

—Sé amable con él —le advierto, con suavidad, porque su expresión es todo un poema y Erik no se merece que lo eche a patadas de casa por haber interrumpido esto.

Kenny y yo tenemos todo el tiempo del mundo.

Kenny

Capítulo 35

Apuesto lo que sea a que la parisina no está tan hecha polvo como Erik.

No llevan ni tres meses separados y él ya está que se sube por las paredes. Se supone que van a verse pronto, en el estreno del corto, pero Erik lo está pasando realmente mal.

Por eso se presentó ayer en casa y se quedó a cenar con nosotros. No lo dijo así, claro, pero soy su hermano mayor y lo conozco bien. Además, Erik es transparente en ese sentido. No es capaz de ocultar nada.

Dijo que pasaba por el barrio y que quería hacer una visita e, incluso si los planes que tenía con Lena eran bastante más tentadores, hice un esfuerzo por ser un buen chico y portarme bien. Lo invitamos a cenar y los tres acabamos viendo varios capítulos de *The Flash* hasta que se hizo tan tarde que decidió quedarse a dormir en el sofá.

Esta mañana, cuando me despierto, él sigue durmiendo a pierna suelta en un sofá demasiado pequeño para su metro noventa y sus anchos hombros de nadador.

Al rato, mientras preparo algo de café, decido hacer ruido a propósito para que se despierte. Erik se incorpora, somnoliento, con los ojos entrecerrados e intentando acostumbrarse a la luz del sol.

—Buenos días —murmura, mientras bosteza y se estira—. ¿Qué hora es?

—Las nueve.

Ladea la cabeza, pensativo, y se levanta mientras se pone una camiseta.

—Has madrugado —comenta.

—No podía seguir durmiendo.

Sus ojos van instintivamente hacia mis piernas, y yo me doy la vuelta hacia la encimera, como si así pudiera negar que haya dado totalmente en el clavo.

—Últimamente duermo mucho —comento—. Ayer dormí mucho —

matizo—. Ya no tenía sueño.

En cuanto esa trola sale por mi boca, siento una punzada de arrepentimiento. Ni siquiera sé por qué lo he dicho. Me duelen un poco las piernas, es normal, nunca he mentido sobre eso y no debería empezar a hacerlo ahora.

—Me alegro de que duermas tanto —responde, y la espinita que se ha clavado en mi pecho cuando he soldado esa mentira se hunde un poco más en él.

—Ya —murmuro, intentando que olvide cuanto antes el tema.

Es absurdo, ridículo. ¿Qué narices pasa conmigo?

—Quieres café, ¿no? —pregunto.

—Por favor.

Le sirvo el café y le doy un trago al mío en cuanto lo tengo entre las manos para quitarme ese regusto amargo que me ha dejado en la boca mentir a mi hermano pequeño.

—Echo de menos a Kat —comenta, de pronto, arrancándome de mis cavilaciones.

—Ya lo sé —respondo—. Es lo normal. Pero vas a verla pronto.

Erik abandona su café y se echa un poco hacia atrás en su asiento. Pierde la mirada en algún lugar del techo.

—Solo voy a estar con ella unos días. No sé si... —Hace una pausa, apesadumbrado, y esboza una sonrisa cansada—. Vas a llamarme nenaza, lo sé, pero creo que después de esos días separarme me va a costar aún más.

Me quedo mirándolo, expectante. Erik es mayorcito, toma sus propias decisiones, pero esta decisión en concreto, la de abandonar París, la tomó por mí. Incluso si le rogué que se quedara, él es así, cree que tiene que cuidar de mí cuando, en realidad, debería ser al revés.

—¿Y por qué no te quedas allí? —inquiero.

—¿Qué? No —responde automáticamente, como un impulso. No obstante, sé por el cambio en el brillo de sus ojos que se lo está pensando.

Decido insistir.

—El cuatrimestre no está muy avanzado. Arregla las cosas para trasladarte de nuevo. En tu situación lo entenderán.

—No puedo dejarlo todo y...

—Erik —lo interrumpo—. ¿A qué te refieres con «todo»?

Él parpadea, pillado por sorpresa.

—Ya sabes; las clases, los entrenamientos, mamá, papá, tú...

Enarco una ceja.

—Nuestros padres te habrían dejado que te quedaras en París. Mamá y papá tienen tantas ganas de que hagas tu vida como yo. Respecto a los entrenamientos y las clases... no es nada que no se pueda solucionar. Y yo puedo arreglármelas solito. —Inspiro—. Estoy bien. Estoy mejor que nunca.

Esta vez, ocultar parte de la verdad no me cuesta tanto, y empiezo a alegrarme de no haberle contado que las piernas me duelen un poco más desde la prueba de resistencia.

—No vas a andar toda la vida detrás de tu hermano mayor, ¿verdad? —pregunto.

—Kenny... —murmura.

—Cállate. Kat también te echa de menos. Es más dura que tú, eso es evidente, pero la harás feliz si te quedas allí.

Mi hermano me contempla. Sostiene mi mirada, dubitativo. Hay duda en su semblante, pero yo ya sé que lo he convencido.

—No le digas nada. Así será una sorpresa —le aconsejo.

Por fin, esboza una sonrisa de niño bueno y se pasa una mano por el pelo.

—Debería hablarlo con nuestros padres, y con los profesores, y con mi entrenador...

—Detalles. Son solo detalles —le digo.

Él asiente, satisfecho.

—Si todo va bien...

—Todo irá bien —respondo, seguro.

Erik alza la mirada hacia mí y sonrío. Yo siento una punzada de culpabilidad, pero la desecho enseguida. Es lo que debo hacer, lo que debo decir.

Escucho ruido proveniente del cuarto de Lena; unos cuantos golpes y lo que parece una maldición. Parece que se ha tropezado con algo o que lo ha tirado. Con ese cuarto, no me extraña.

—Hala —murmura Erik—. Lena también se levanta de buen humor.

—Creo que ha tirado algo. —Me inclino un poco para ver el contenido de la taza de Erik, y este me dedica una mirada curiosa—. Bébete eso y lárgate —le suelto, cuando veo que aún le queda casi la mitad.

Erik se ríe un poco y ladea la cabeza.

—Eres tan simpático...

—Lena está a punto de venir.

—¿Y qué? Ya sabe que estoy aquí —dice, tan tranquilo, mientras le da un trago lento al café, saboreándolo.

—Ayer interrumpiste algo.

Él enarca las cejas.

—¿Entre Lena y tú?

—Sí.

—¿Estáis juntos?

—Sí.

Erik parpadea, aturdido, como si fuera lo más impactante que ha escuchado en años. Su actitud me impacienta y me exaspera.

—¿Juntos... juntos?

—Venga —lo apremio—. ¡Largo!

Cojo las muletas para rodear la mesa e instar a que se marche empujándolo con una de ellas. Mi hermano vuelve a reírse y aparta la muleta con facilidad, como si no le molestara.

—¿Me estás echando de tu casa?

—He dejado que te quedaras a dormir. Es más de lo que debería haber hecho. Tú tienes tu piso.

Se pone de pie a trompicones, con la taza aún en las manos. Está divertido, a punto de estallar en carcajadas.

—No me lo puedo creer —murmura, dirigiéndose hacia la salida—. Me echa de casa... ¡Mi propio hermano! —Alza la voz.

En ese momento, Lena sale de su cuarto y Erik dedica una sonrisa en su dirección.

—Buenos días, Lena —la saluda Erik, con dulzura.

—Buenos días, Erik —contesta, igual te tierna.

Me preocupa un poco lo parecidos que son en algunos aspectos, como en eso de ser ingenuos y cándidos.

—Me dais arcadas —contesto, acompañando a Erik hasta la puerta.

—El lunes te llevo al hospital —me recuerda mi hermano, haciendo caso omiso de mi comentario—. Mándame un mensaje con la hora para pasar a recogerte, ¿de acuerdo?

—¿Te vas ya? —pregunta Lena.

Esta vez, me vuelvo para mirarla. Está despeinada. Lleva un chándal cortísimo y una camiseta de tirantes que deja al descubierto las curvas de su cuerpo. Me muerdo los labios.

—Sí, se va ya —respondo por él.

Erik se ríe y deja la taza de café en la mesita de la entrada tras darle un último trago. Recoge sus cosas y se pone su abrigo mientras yo le enseño el camino hacia la puerta abierta.

—Nos vemos —se despide, dicharachero—. Y gracias —me dice, bajando un poco el tono de voz.

Asiento. Sé a qué se refiere, y no creo que tenga que darme las gracias, pero sé cómo es, así que no discuto. Además, quiero que se largue ya.

—¡Gracias a ti también, Lena! —grita, mirando por encima de mi hombro—. ¡Debes de tener una paciencia infinita!

Tras decir aquello, alza el brazo, sacude la mano en alto y se despide, jovial.

En cuanto cierro la puerta, me dejo caer contra ella y miro a Lena largamente.

—¿A qué se refería con eso de la paciencia?

—Ignóralo —le pido, perdido en sus piernas.

Abandono las muletas ahí mismo y echo a andar hacia ella. Por la forma en la que se muerde los labios, intuyo que sabe qué se me está pasando por la cabeza y no parece disgustarle.

Me acerco despacio, porque hoy me cuesta andar un poco más que otras mañanas, aunque espero que Lena no se dé cuenta, y me planto frente a ella.

Le aparto uno de sus rizos del rostro, metiéndoselo tras la oreja y le dedico una de mis mejores sonrisas.

—¿Por dónde lo dejamos ayer?

Me aproximo a ella, haciendo que retroceda hasta que su espalda choca contra la pared, y apoyo un codo en ella mientras me inclino para besarla.

Me encanta cómo sabe, lo que se siente al besar su boca. Sus manos recorren mi abdomen y van a parar a mi cuello, entrelazándose en él. Se mueve un poco hacia delante, inquieta, y pega su cuerpo al mío, buscando mi contacto, volviéndome loco.

De pronto, se aparta de mí.

—Ahora no podemos —murmura, con una respiración entrecortada.

—Tonterías —sentencio, llevando mis dedos hasta la cinturilla de sus pantalones para volver a tirar de ella hacia mí.

La necesito cerca.

Durante un instante, cuando arquea un poco la espalda y escucho que intenta reprimir un gemido ante la caricia de mis nudillos sobre la piel de su vientre, estoy convencido de que se le ha olvidado por qué esto debería ser una mala idea.

Sin embargo, me aparta.

—He quedado para estudiar. Tenemos que adelantar un proyecto.

—Es mentira —le digo, e intento volver a besarla, pero Lena se ríe e interpone sus manos entre nosotros.

—No. No es mentira. Créeme, a mí también me gustaría quedarme, pero esta vez no puedo escaquearme. Tengo que darme una ducha y salir de aquí pitando. Desayunaré allí.

—Me ducho contigo —tanteo.

Lena se muerde los labios.

—Quiero ducharme contigo —confiesa—. Pero ahora no me da tiempo. Guárdame la proposición, ¿de acuerdo?

Resoplo, frustrado, pero sé cuándo darme por vencido, así que asiento y me vuelvo para recoger las muletas.

—Hecho.

Lena

Capítulo 36

Me siento un poco nerviosa, y ridícula.

Me he cambiado de ropa cuatro veces, y eso ha sido después de volver a casa. Lo que supone que me he cambiado de ropa para estar en casa.

Es preocupante. Muy preocupante. Pero la conversación con Kenny no deja de rondarme la cabeza, los besos que ayer vaticinaban algo más siguen encontrando la forma de llegar a mis labios de nuevo y la promesa de que esta noche pasará algo me enturbia los pensamientos.

Al llegar, me he deshecho de todo lo que llevaba puesto, incluso de la ropa interior, y he proferido una retahíla de maldiciones cuando me he dado cuenta de que no tengo ropa interior sexi en mis cajones.

Luego ha llegado la locura y he cambiado de modelito cuatro veces para acabar con algo de lo más corriente: unos vaqueros y una camiseta que no pega mucho para estar en invierno, pero que se ajusta bien a mis curvas.

Estoy sentada en el sofá; y sentada es una forma bonita de decir que mis piernas cuelgan al otro lado del respaldo.

Llevo tanto tiempo aquí, dando vueltas, moviéndome, levantándome para cambiar de idea y deshacerme de la ropa para ponerme algo totalmente diferente, que ya no encuentro otra postura que no desafíe las leyes de la gravedad.

Cuando escucho que la puerta de la calle se abre, una repentina sacudida de inseguridad me invade. ¿Debería haberme puesto otras braguitas? Estoy a punto de salir disparada y encerrarme en mi cuarto para hacer el último cambio cuando él aparece en el salón y yo me contengo a mí misma en el sitio repitiéndome que soy idiota por preocuparme por algo así.

La última vez ni siquiera llevaba pantalones; ni sujetador.

¿Qué importancia tiene el color de mis braguitas si me las va a quitar en menos de dos minutos?

Pero estoy nerviosa y no puedo evitar que un hormiguelo recorra mis

dedos cuando Kenny se planta frente a mí.

—Hola —me saluda, frunciendo el ceño.

Cuando me doy cuenta de por qué me mira así, me apresuro por incorporarme y parecer una persona normal y cuerda. Me parece que me he despeinado demasiado.

Kenny deja las muletas apoyadas en el sillón y comienza a bajar la cremallera de su abrigo con lentitud.

—¿Qué hacías?

—Nada, en realidad —respondo.

Él asiente. Hay un brillo travieso alojado en su mirada azul, que no se aparta de mí mientras se quita el abrigo.

—¿Me esperabas? —quiere saber, realmente encantado.

Voy a responder algo, pero no puedo más que sonreír. Diga lo que diga, él ya conoce la respuesta de verdad.

Se quita el abrigo. Luego el gorro y la bufanda.

—¿Qué tal el proyecto? —inquire, repentinamente serio.

Creía que iba a importunarme con eso, a insistir hasta que confesara que estaba esperando, pero no lo hace y eso me sorprende un poco.

—Terminado —contesto—. Hemos estado toda la mañana y parte de la tarde, pero ya no tendré que preocuparme por ello.

Kenny asiente. Se deshace del jersey. Cuando levanta los brazos por encima de la cabeza la camiseta se le sube un poco, dejando al descubierto esa hendidura en forma de uve tan atractiva.

—¿Qué era exactamente lo que teníais que hacer? —continúa preguntando.

—Era de Arte e Industria Cultural. Teníamos que pensar un tema y... —me detengo.

Kenny sigue el ritmo con el que se ha deshecho de la ropa de abrigo y del jersey y se quita también la camiseta sin inmutarse, dejando al descubierto su torso desnudo. La arroja sobre el sillón sin apartar los ojos de mí. Sigue sereno, tranquilo, observándome.

Yo guardo silencio, observándolo de hito en hito.

—Continúa —me pide, invitándome con un gesto del brazo.

—¿Qué?

Una lenta sonrisa traviesa se dibuja en sus labios, una sonrisilla muy canalla.

—Me estabas contando algo —explica.

—Y tú estabas vestido —observo, a punto de romper a reír.

Kenny se ríe y se muerde los labios para ocultarlo. Se pasa una mano por el pelo en un gesto demasiado sexi y comienza a acercarse despacio, con la perversión ardiendo en su mirada clara.

Toma asiento a mi lado y no pierde el tiempo. Se vuelve hacia mí para cogerme por la cadera con fuerza y acomodarme sobre su regazo. En cuanto lo hace, me toma de la nuca para acercar mis labios a los suyos, pero yo no dejo que me bese. Le muerdo el labio inferior y tiro de él con suavidad, arrancándole un gemido grave y ronco que termina de encenderme.

—Me moría de ganas de llegar a casa —confiesa, de pronto, cuando lo libero.

—¿Por qué?

—Esa no es la pregunta correcta —empieza a decir, acercando su rostro al hueco de mi cuello. La punta de su nariz me roza el hombro.

—¿Y cuál es? —pregunto, bajando el tono de voz.

—Para qué —contesta—. Debes preguntar para qué —dice, seguro, directo, y su voz resuena contra mi piel, arrancándome un cosquilleo muy dulce.

Su boca entreabierta se posa sobre mi cuello y comienza a besarlo con verdadera devoción. Traza un lento recorrido de besos suaves sobre mi garganta y yo cierro los ojos mientras siento su aliento sobre mi piel y sus manos sobre mi cadera.

—Mmmh... —Kenny emite una especie de ronroneo grave contra mi cuello—. He estado todo el día pensando en esto.

Se despega de mí solo para evaluar mi reacción y, por la forma en la que me mira, parece que le gusta.

Kenny es... Guau. Probablemente sea lo más sexi que he visto nunca. Esa mirada incendiaria y esa sonrisa que invita a cometer locuras en una boca que pide a gritos ser mordida.

Me inclino hacia delante, tomando sus mejillas entre las manos, y le doy un beso largo y profundo mientras su boca ahoga un quejido sofocado.

Empiezo a moverme sobre él, a balancearme sobre sus caderas y su cuerpo entero responde acercándome más a él, rodeándome con sus fuertes brazos.

Deslizo las manos sobre su pecho y recorro las líneas de sus pectorales con los dedos. Él continúa comiéndome a besos mientras sus manos recorren cada centímetro de mí. Se cuelan bajo mi camiseta y esta vuela al instante.

Kenny me toma por la cintura y me insta a acercarme para morder mi pecho con cierta dureza. Dejo escapar un gemido, algo dolorida, y él alza la cabeza hacia mí.

—Lo siento —murmura, aunque no hay un ápice de arrepentimiento en sus ojos turbulentos.

Vuelve a cernirse sobre mí, y esta vez deposita un beso sobre el lugar que acaba de morder. Le da un suave lametón y continúa salpicando mi pecho de besos hasta que se queda sin piel sobre la que posar sus labios.

Sus dedos se enredan en mi pelo y lo acarician mientras bajan hasta mi cuello, deslizándolos por mis hombros. Siento sus manos por todas partes, tentándome, acariciándome como si no pudiera dejar de tocarme, como si lo necesitara. Sus caricias cargadas de anhelo me están volviendo loca.

Llevo mis manos hasta la cinturilla de sus pantalones y desabrocho el primer botón. Cuando mis dedos se cuelan bajo sus vaqueros, él echa la cabeza hacia atrás y deja escapar un suspiro mientras mueve levemente su cadera, buscando mi contacto.

Comienzo a acariciar su erección, a beber de esa expresión anhelante y esos ojos enturbiados.

Kenny me pierde. Me pierde esa mirada peligrosa y esa forma tan sexi de morderse los labios.

—Para —me dice, de pronto, agarrándome de la muñeca—. Para. Es mi turno —repite, con más suavidad, y aparta mi mano de su cadera.

Desliza la palma de su mano entre mis pechos, recorriendo mi piel desde la base del cuello hasta el borde de mis pantalones, mientras sigue el recorrido con los ojos. Se detiene junto a la línea de mis vaqueros y los desabrocha para introducir los dedos y comenzar a moverlos en círculos.

Sigue acariciándome cuando se acerca y me agarra de la nuca para besarme, para llenarme con su lengua, su sabor.

Dios. Apenas me ha tocado y todo mi cuerpo ya está en tensión,

reaccionando a su contacto, a ese roce devastador que me hace mover las caderas sobre su mano y morder sus labios con desesperación.

—Kenny, me voy a... —murmuro, pegada a su boca.

—Todavía no —sentencia, y aparta su mano de mí con brusquedad.

Cuando lo hace, una sensación tan intensa que resulta dolorosa se propaga desde mi vientre por todo mi cuerpo. Mis labios dejan escapar un quejido.

Él me agarra por la barbilla y me obliga a mirarlo. Sus ojos son más provocadores que nunca. Destilan lujuria y algo primario y salvaje.

—Quiero más —murmura, con voz ronca y una cadencia peligrosa, y desliza el pulgar sobre mis labios.

Acto seguido, acerca los dedos con los que acaba de volverme loca a su rostro y se los lleva a la boca, saboreándolos.

Ese gesto termina de hacerme perder la razón y me obligo a aguardar mientras todo mi cuerpo protesta ante la dolorosa espera.

Kenny, sin embargo, no pierde el tiempo. Se levanta del sofá un poco, aún conmigo encima, y se baja ligeramente los pantalones antes de sacar un preservativo del bolsillo y rasgarlo con los dientes. Para cuando lo ha hecho, yo ya me he deshecho de casi toda la ropa que sobraba, y vuelvo a acercarme a él cuando me tiende una mano.

Antes de sentarme sobre su regazo, sus dedos viajan hasta mi espalda y desabrochan el cierre del sujetador con destreza, liberando mis pechos. Me mira durante unos instantes, recorriéndome de arriba a abajo con los ojos, y me toma de la cadera mientras me siento sobre él.

Mi cuerpo toma las riendas y pierdo todo control sobre mis movimientos mientras me abandono al deseo y dejo que mis caderas marquen un ritmo impetuoso. Kenny desliza las manos sobre mi cintura, enreda los dedos en mi pelo y me besa con vehemencia. Pronto, nos vemos inmersos en un juego que me acerca al abismo de nuevo.

—Ahora sí, preciosa —murmura Kenny, contra mis labios—. Quiero verlo —me dice, provocador, ávido de más.

Sus palabras son el detonante final y mis caderas se mueven aún más rápido cuando siento cómo el cuerpo de Kenny se tensa bajo el mío y se deja ir conmigo, presionando mis caderas con vehemencia.

Cierro los ojos y ni siquiera me esfuerzo por ahogar los gemidos que escapan de mi garganta. Me dejo llevar, me abandono y siento cómo él se abandona conmigo.



Kenny desliza sus dedos sobre mi pecho desnudo.

He acabado tumbada en el sofá, con el corazón desbocado y la respiración irregular, mientras él se deshacía del preservativo y se subía los pantalones.

Ahora se ha sentado a mi lado, cogiendo mis piernas para dejarlas sobre su regazo y poder acercarse más a mí.

Sus dedos acarician mi tatuaje.

—Eres preciosa —me dice, en un tono de voz apenas audible, y yo siento cómo el rubor asciende por mis mejillas.

La forma en la que me mira... Mierda, nadie me había mirado así antes. Me contempla como si fuera una maldita obra de arte, como si quisiera grabar cada detalle en su pupila, y esa mirada es tan intensa que abrasa.

Hago un amago de ponerme en pie, pero siento la mano de Kenny presionando mi pecho hacia abajo, impidiéndome moverme.

El anhelo que anega sus ojos azules me divierte.

—¿A dónde vas?

Mueve su pulgar sobre mi pecho, rozando la piel tan cerca del pezón que me estremezco. Sé que lo está haciendo a propósito.

—A recuperar mi ropa —respondo.

—Espera. Solo un poco —me pide, perdido en algún lugar de mi cuerpo.

Desliza la mano con la que me oprimía el pecho sobre mi estómago, hasta mi vientre, y toda mi piel responde, hipersensible al contacto.

—¿Para qué? —pregunto.

Cuando Kenny alza la mirada hacia mí, me estremezco y siento cómo me arden las mejillas aún más.

—Quiero verte —contesta, sincero.

Abro la boca para decir algo, pero antes de llegar a hablar, él se inclina

sobre mí y sella mi boca con un beso lento y profundo que durante unos instantes me hace pensar que hemos vuelto a caer en la misma espiral de perdición.

No me importaría volver a perderme. Pero acaba apartándose.

Se estira para coger algo del sillón y me tiende su jersey.

—En realidad, tienes razón, vas a coger frío —reconoce—. Ponte algo.

Mi camiseta está ahí mismo, tirada en el suelo, pero el jersey de Kenny es demasiado tentador como para plantearme recuperarla. Me incorporo mientras me lo meto por la cabeza y me agacho para recoger mis braguitas.

El jersey huele a él, es tan intenso y tan puro que cierro los ojos durante unos segundos para disfrutar de ese aroma. Una caricia tras mi oreja me obliga a abrirlos de nuevo.

—¿Te ha gustado? —pregunta, bajito, perdido en los mechones de pelo que intenta recoger tras mi oreja.

Yo asiento, mirándolo de hito en hito.

—A mí también —contesta.

Acto seguido, abandona su misión para cogerme y acomodarme sobre su regazo, de manera que mi cabeza queda apoyada contra su pecho. Siento los latidos de su corazón a través de la calidez de su piel, el ritmo de la sangre corriendo por sus venas, su respiración llenando su pecho... Todo me resulta cálido y familiar, tanto que tengo la sensación de que llevo toda la vida haciendo esto; dejándome arropar por sus brazos, dejándome envolver por sus caricias.

—Vamos a quedarnos así un rato —murmura, pegando los labios a mi frente.

Rodeo su cuello con los brazos y hundo la cabeza en él, disfrutando de la tibieza de su piel, del olor que desprende y de lo cerca que lo siento.

Permanecemos así un rato, sin movernos, sin decir nada. Camino sobre una fina línea entre el sueño y la consciencia, y sus sutiles caricias son lo único que me ancla a este mundo.

Noto sus dedos enredados en mi pelo, en mi nuca, recorriendo mis piernas desnudas... Hasta que Kenny se acerca a mi oído para decirme que debemos ir a la cama, y yo obedezco casi sin darme cuenta.

Esta vez, volvemos a dormir juntos, en mi cuarto. Me pego a él y

descanso mi cabeza sobre su pecho mientras él me rodea con uno de sus brazos, en afán protector, y me quedo dormida al instante.

Kenny

Capítulo 37

Un día, encontrarás a alguien capaz de desatar una tormenta en tu interior, un incendio incontrolable y devastador.

Cuando lo encuentres, ábrele la puerta.

Deja que lo arrase todo a su paso, que su intensidad te consuma y todo arda hasta que solo quedes tú, tu alma desnuda y sin filtros, ni barreras, ni condicionamientos, ni prejuicios, ni lindezas. Pura.

Deja que el fuego lo devore todo, que la tormenta sea asoladora. Y descúbrete. Descubre qué hay bajo las ruinas, qué enterraste en tu interior.

Permite que el incendio descubra qué guardan las profundidades de tu océano.

Lena acaba de subir un dibujo a su muro y lo ha acompañado de un texto que ha despertado pasiones entre sus seguidores. A estas alturas, es bastante obvio que entre Lena y yo hay algo. Además, los rumores surgieron antes de que se hiciera real y nuestros seguidores llevan un tiempo hablando sobre nuestra relación.

Sin embargo, esta vez, este dibujo es... diferente. Es un retrato, muy bueno, uno de los mejores que ha hecho, en el que ha capturado el preciso instante en el que sonrío, con ligeras arrugas en la comisura de la boca y hoyuelos en las mejillas. Tengo cara de tonto, sí, de bobalicón, pero eso es culpa mía, no de Lena. Y si a ella le gusta...

Y estas líneas..., estas líneas son una declaración. No sé exactamente de qué, pero lo son. No voy a negar que el corazón me haya latido un poco más rápido, solo un poco, mientras leía.

Me gusta lo que ha escrito y me encanta hacerla sentir así. Un inusitado calor se expande por mi pecho, llenándolo, haciendo que algo dentro de mí vibre, expectante y nervioso.

No obstante, esa sensación cálida y agradable se ve empañada por otra

mucho más incómoda que llevo un rato experimentando.

Voy con las muletas hasta la primera silla que encuentro en la cocina y me dejo caer sobre ella con un quejido.

Me froto las piernas. Hoy no tengo un buen día. No es un mal día como los de antes, pero tampoco es del todo bueno.

Sigo masajeándome el muslo mientras reprimo una mueca de dolor y lucho por hacer que el mismo calor que me ha inundado el pecho regrese, pero me cuesta dejar de pensar en el agarrotamiento de mis piernas, en la pesadez de los músculos.

—Ey. —Una voz suave me saca del trance.

Lena apoya las manos en mis hombros mientras se inclina un poco sobre mí y me observa con expresión consternada.

—¿Estás bien? —pregunta.

Sus ojos viajan inevitablemente hasta mis piernas, donde me froto una de ellas en un movimiento casi automático.

—Estoy cansado, eso es todo —respondo, y esbozo una sonrisa.

Lena enarca una ceja y me mira con preocupación.

—Ha sido un día duro en el hospital. —Miento—. Es normal.

Ella asiente, aunque no parece tenerlas todas consigo. Antes de que siga haciendo preguntas, estiro el brazo para rodear su nuca y atraerla hacia mí. La beso con dilación, recorriendo su boca con la lengua, y ella responde con un gemido.

Joder.

Necesito más.

Lena desliza sus brazos sobre mis hombros, rodeando mi cuello con suavidad. En lo que apenas dura un parpadeo, me olvido de las piernas, del hospital y del dolor que me mosquea y no me deja pensar con claridad.

Lena acapara todos mis sentidos.

Todo mi cuerpo responde al beso, ya te digo que si responde.

Y ella se da cuenta al instante de sentarse en mi regazo. Se aparta un segundo de mí para mirarme con ese brillo travieso en su mirada que desata los demonios en mi interior y me dedica una sonrisa desafiante mientras me muerde los labios.

De nuevo, volvemos a comernos a besos, a enredar las manos en el pelo

del otro.

Lena no comprende el efecto que causa en mí. Ni siquiera yo lo comprendo del todo. Nunca había experimentado algo así, algo tan intenso que me empuja a buscarla cuando está lejos, y a querer besarla, tocarla y hacerle otras cosas que es mejor no contar.

La necesito. Eso es lo que siento: una necesidad devastadora, abrumadora, que me atrapa cuando la tengo cerca y no me deja pensar con claridad.

Ella se está moviendo sobre mí, tan fuera de control como yo, con las mejillas sonrojadas, su pelo cobrizo revuelto y los labios húmedos y enrojecidos. Sus manos recorren mi pecho. Ni siquiera llevo camisa. He debido de quitármela en algún momento mientras dejaba que la necesidad me consumiera.

Los dedos de Lena recorren mi piel desde las clavículas hasta la cinturilla de mis vaqueros y comienzan a desatar el cinturón. Pero yo la detengo.

Por mucho que me apetezca esto... Dios, sí que me apetece. Pero, aun así, no creo que sea capaz de hacerlo aquí. No tal y como me duelen las piernas.

—Vamos a mi cuarto —le digo, bajito.

Durante un instante, veo la expresión de su rostro y tengo la sensación de que intuye algo, pero acaba asintiendo y levantándose.

Me quedo sentado mientras se aleja y me dedica una mirada divertida, y yo aprovecho para disfrutar de las vistas de ese culo tan espectacular.

Cuando desaparece en mi cuarto, veo volar sus botas y sus pantalones, y lo único que me molesta de saber que se está desnudando es que no podré hacerlo yo.

Echo a andar, sin muletas, pero un tirón en el muslo me da una advertencia y retrocedo para cogerlas.

Camino despacio hacia donde me espera.

Lena

Capítulo 38

Kenny acaba de subir un trabajo a Samydeanart. Busco su perfil mientras espero al metro y me deleito con las líneas que ha escrito.

En los últimos días ha subido fotos mías, dibujos de mis labios, mis piernas y mi tatuaje. También ha subido unas cuantas fotos del hospital, de Erik conduciendo mientras lo lleva o de la cinta andadora en la que le hicieron aquella prueba de resistencia en la que casi pierde el sentido por bruto.

Es bonito leer los mensajes que le dejan; toda esa gente apoyándole, pendiente de lo que sucede, igual que yo durante los tres años que he seguido su trabajo.

Si pudiese viajar al pasado y decirle a la antigua Lena que conocería a Kenny Nordskov en persona, esta se habría reído de mí a la cara. Si, además, le hubiese dado algún que otro detalle de las cosas que haría con él, no habría dejado de reír durante una semana.

Pero las cosas cambian. Cambian mucho.

De eso trata el escrito que ha subido Kenny, de los cambios.

Cambios en su ciudad, en su casa, en el tratamiento que está recibiendo, e incluso, en sí mismo. Dice que ha cambiado, que sigue haciéndolo. Que la vida es cambio y constante movimiento; crecer, mejorar, caer y recuperarse... Tan misterioso y enigmático como siempre, no ha escrito mucho, pero es suficiente para arrancarme un suspiro.

Cuando llego a casa, dispuesta a concentrarme en un trabajo que tengo entre manos, escucho que sale música de su cuarto y la sigo.

No esperaba encontrarlo en casa. A estas horas, suele estar en el hospital haciéndose las pruebas rutinarias. Pero ahí está, sentado frente al escritorio, con un papel en blanco delante y un lápiz que gira entre sus largos dedos.

—Estás muy sexi cuando no te llega la inspiración, ¿sabes? —le digo, desde el marco de la puerta.

—Hola, Lena —me saluda, afable.

Deja el lápiz y se reclina en el asiento. Advierto cómo se lleva la mano a la pierna derecha y la frota suavemente, distraído.

—¿Por qué no te acercas y me inspiras? —me dice, con una perfecta sonrisa de truhan.

Me río un poco, pero me acerco y aparto las cosas de su escritorio para sentarme frente a él.

Kenny mira con malos ojos el cuaderno y las pinturas que echo a un lado, desordenándolo todo, pero decide no decir nada. En lugar de eso, sube las manos hasta mis muslos y los oprime con suavidad.

—¿Hoy no tenías que estar en el hospital? —pregunto.

—¿Eh? —inquire, distraído—. Ah, eh... No. Hoy no. Cambio de planes.

—¿Y eso?

—Me han dado el día libre —contesta, resuelto.

—Creía que no os daban días libres.

—Esta vez sí. —Se encoge de hombros, procurando zanjar el tema—. ¿Y tú? ¿No has vuelto demasiado pronto?

—Voy a intentar terminar un trabajo para clase, y luego he quedado con Nuria para dar una vuelta. Puedes venir si quieres.

—Creo que prefiero quedarme aquí, pero gracias.

—¿Estás seguro? —le digo—. Solo vamos a dar un paseo y luego nos meteremos en alguna cafetería, como hacemos tú y yo siempre.

—Hoy estoy algo cansado —responde—. Otro día.

Asiento y me quedo pensativa. Recuerdo que últimamente le he visto masajeándose las piernas con relativa frecuencia y ayer pasó el día entero con muletas. Eso era habitual al principio, pero desde hace unas semanas era raro verlo con muletas en casa durante el día. Quizá las usaba por la noche, pero durante el día...

—¿Estás bien? ¿Te duelen? —quiero saber, dedicando una rápida mirada a sus piernas.

—Estoy bien, Lena —dice, suspirando—No hay de qué preocuparse.

Antes de que pueda replicar, vuelve a subir sus manos por mis muslos hasta posarlas sobre mi cadera y rodearla con suavidad. Su expresión se

transforma en una mirada provocadora y una media sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿Estás convencida de que tienes que hacer ese trabajo?

—Si quiero aprobar... —Me río.

—Pero tienes tiempo, ¿no?

—Más bien poco. Además, he quedado con Nuria en un par de horas, así que...

—Perfecto. Dos horas son suficientes.

Arqueo una ceja. Sé que no está pensando precisamente en mi trabajo.

—Tengo que hacerlo —le advierto, divertida, intuyendo qué rumbo han tomado sus pensamientos.

Sus pulgares acarician la piel desnuda que asoma bajo mi camiseta, por encima de la cinturilla de mis pantalones. Los desliza sobre el hueso de mi cadera, haciendo que un estremecimiento delicioso recorra mi espalda.

—Puedes permitirte descansar un rato.

—Intuyo que tú no quieres descansar —contesto.

Kenny se muerde el labio inferior y me recorre de arriba abajo con una necesidad que me abrasa. Cada músculo de mi cuerpo se tensa ante esa mirada incendiaria y las promesas perversas que encierra.

—Ahora mismo estás en una postura perfecta para hacer cosas... divertidas —declara, echándose un poco hacia delante en su asiento.

Clava los ojos en mis piernas y me estremezco.

Joder, no puede mirarme así y esperar que siga respirando con normalidad. Me siento un poco desnuda, tímida y... expectante.

—Yo haré tu trabajo —me dice, zalamero, sin dejar de mirarme de esa forma.

—Si no sabes ni lo que hay que hacer.

—Me las apañaré —asegura—. Regálame estas dos horas y yo me encargo de todo mientras estás con Nuria.

Sacudo la cabeza.

—No puedo hacer eso —respondo, entre desconcertada y divertida. No me puedo creer que hable en serio.

—Claro que puedes —responde, muy seguro de lo que dice—. Explícame qué tengo que hacer y lo haré.

De pronto, escucho un tintineo metálico y veo cómo tira de la palanca de su silla para hacer que baje un poco. La altura para hacer esas cosas divertidas de las que hablaba es ahora aún más perfecta.

—De hecho, puedes decirme lo que tengo que hacer ahora mismo; aquí. Aprendo rápido.

Pasa sus manos tras la parte baja de mi espalda y tira un poco de mí, haciendo que me tenga que apoyar en el escritorio para no perder el equilibrio y caer hacia atrás.

—¿Qué me dices? —inquire, ante mi silencio, dedicándome una mirada peligrosa y estúpidamente tentadora.

Lena

Capítulo 39

Trago saliva y reprimo el impulso de morderme los labios, porque sería demasiado obvio lo que se me está pasando por la cabeza ahora mismo, y por algún motivo me da vergüenza que sea tan fácil leer a través de mí.

Como no respondo, Kenny decide pasar a la acción y se inclina un poco sobre mí mientras levanta el borde de mi camiseta con las manos, dejando al descubierto una línea de piel que se apresura por cubrir a besos.

Mi corazón se salta un latido cuando siento su boca húmeda y cálida contra mi piel y su lengua jugando a ser traviesa.

—Kenny... —murmuro, consciente de que ya he perdido la partida.

—Calla —me ordena, con cierto tono autoritario—. Esto molesta —declara, apartándose de mi vientre y tirando de la camiseta hacia arriba.

En cuanto la tela ha desaparecido, vuelve a apresar mi cadera con sus fuertes manos y me arrastra sobre el escritorio para acercarme más a él, pegando sus labios a mi ombligo.

—Siempre me enredas —le digo, reprimiendo un gemido que amenaza con escapar de mi garganta.

—La que se ha sentado encima de mi escritorio has sido tú —contesta, resuelto, sin separarse realmente de mí para hablar—. Estaba intentando trabajar —murmura, entre beso y beso— y has venido a distraerme.

Se me escapa una risa y Kenny alza una mirada turbulenta que me deja sin aliento.

—¿Te hace gracia? —inquire—. Por tu culpa, mis fans se van a quedar sin dibujo hoy.

—¿Quieres que me vaya? —pregunto, divertida.

—Sí, pero me parece mal pedírtelo —bromea.

Ya, no se lo cree ni él.

Sus dedos viajan hasta la cremallera de mis vaqueros y la bajan con lentitud. Antes de que me dé cuenta, desliza la mano dentro de mis bragas y

me muerdo los labios mientras echo la cabeza hacia atrás.

—Entonces, ¿alguna sugerencia?

—¿Sobre qué? —pregunto, con la voz entrecortada.

Empieza a costarme respirar.

—Sobre algo que quieras que aprenda —responde, mirándome con intensidad.

Su mirada está cargada de deseo, de una necesidad profunda y cruda que hace que mi piel arda con solo pensarlo. Sin embargo, también veo cierta inseguridad alojada en ella, cierta incertidumbre entrañable.

—No —contesto.

Dios. No creo que necesite aprender nada.

—¿Seguro? —insiste, mientras sus dedos trazan círculos que hacen que me resulte difícil concentrarme en nada de lo que está diciendo.

Por toda respuesta, dejo escapar un quejido sofocado y Kenny se ríe. Su risa se extiende a través de todo mi cuerpo. Entonces, despega su mano de mí y yo contengo un mohín de protesta, pero Kenny no pierde el tiempo.

Toma una de mis botas y comienza a desatar los cordones con destreza. Después, la arroja al suelo sin mirar si quiera dónde cae y se hace con la otra. Se libra de mis botas y de mis calcetines, y luego tira de mis pantalones mientras yo levanto el culo para ayudarlo.

Mis braguitas y el resto de la ropa corren la misma suerte hasta que me quedo completamente desnuda sobre su escritorio, y él me mira, libidinoso, mientras sus ojos azules arden; hay un incendio devastador contenido en dos gotas de agua clara.

—Ven aquí —murmura, con voz ronca, y apresa mi cintura con sus manos mientras me acerca a él.

Recorre mis piernas a besos, haciendo que todo mi cuerpo tiemble, rozando con sus labios el interior de mis muslos y acariciando la piel de mi cintura con los pulgares.

Kenny me mantiene en vilo, en tensión, mientras reparte besos y caricias que me están volviendo loca.

De pronto, despega los labios de mi piel, apenas un poco, y murmura contra ella:

—¿Sabes cuánto tiempo llevo queriendo hacerte esto?

Su voz suena grave y profunda, cargada de deseo, y escucharla hace que me tiemblen un poco las piernas.

Antes de darme tiempo a que me recobre, se inclina sobre mí y siento su lengua sobre mi sexo, impetuosa, violenta, desatando una descarga que nace en mi vientre y se extiende por todo mi cuerpo.

—Kenny... —murmuro, desesperada, sintiendo que me acerco al abismo demasiado pronto, demasiado fácil.

Escucho su grave risa entre mis piernas, entre beso y beso, pero no se detiene. Su boca se sigue moviendo con una intensidad devastadora que me arrastra a la locura y me hace gemir cuando todo mi cuerpo estalla en una oleada de sensaciones.

Aún estoy jadeante cuando Kenny se pone en pie y enreda los dedos en mi cabello para tirar de mi cabeza hacia atrás con suavidad. Se inclina sobre mí y me da un beso profundo e intenso que ahoga un quejido.

Se aparta un poco y ladea ligeramente la cabeza cuando murmura algo contra mis labios.

—Ven.

Me tiende la mano y yo la tomo, dejándome guiar hasta la cama, donde se sienta y me coloca sobre su regazo mientras me llena de besos. Poco a poco, el ritmo se adapta al de mi corazón, que comienza a ralentizarse entre caricia y caricia.

Le quito la camisa, y el resto de su ropa acaba volando también, despacio, sin dejar de devorarnos a besos. Hay cierta necesidad que se desprende de sus caricias, de la forma en la que recorre mis curvas con sus manos, y yo me abandono a esa sensación.

Hacemos el amor con una lentitud que abrasa. Le muerdo los labios cuando estoy a punto de caer en el abismo por segunda vez y él deja escapar un gemido grave y masculino que eriza cada vello de mi piel. Ese sonido gutural, hondo y sensual, es el detonante que necesitaba para perderme de nuevo y ambos nos dejamos arrastrar hacia las profundidades de un mar turbulento, peligroso y vehemente que nos deja exhaustos.

Kenny me rodea con sus brazos cuando me apoyo en él y dejo caer la cabeza contra su hombro. Nos empuja suavemente hasta que quedamos tumbados en el colchón, pero no me suelta.

Desliza sus dedos por mi pelo y deja un mechón tras mi oreja. Me mira los labios y se pasa la lengua por los suyos, enrojecidos por los besos hambrientos que acabamos de compartir.

—Me encantan tus labios —murmura, deslizando el pulgar sobre ellos—. Realmente me encantan —insiste, absorto.

Antes de que pueda decir nada, se acerca y me planta un beso en la nariz. En cuanto lo hace, me agarra de la cintura para girarme y hacer que apoye la espalda contra su pecho y me acerca aún más a él.

—Solo dos minutos —murmura, contra mi pelo.

Yo sonrío, aunque no me pueda ver, y me dejo arropar su calor.

Al final, son más de dos minutos.

Lena

Capítulo 40

Ya me he acostumbrado a esa sensación que me provoca mi exaltado corazón cuando intenta salirse del pecho. Me he acostumbrado a su ritmo irregular cada vez que Kenny entra por la puerta, a esa tendencia autodestructiva que hace que lata a mil por hora, desbocado, cuando él me dedica una de sus medias sonrisas.

Es como si... como si se acabara el aire cuando entrase en la habitación. Como si su presencia lo llenase todo y consumiese el oxígeno.

Creía que después de un tiempo me calmaría un poco, que la intensidad por lo nuevo, por lo diferente, se iría disipando poco a poco, que con el tiempo las cosas comenzarían a ser normales, tranquilas. Pero nada más lejos de la realidad.

Cada instante a su lado es apasionante. Cada caricia, cada beso... me transportan a una realidad diferente, a un lugar del que no soy capaz de regresar hasta que mi corazón se sacia de su presencia, de su tacto, de sus besos.

Desde aquel día que manché su edredón, hemos hecho muchas cosas juntos. Fuimos a aquel mirador, hemos dado largos paseos recorriendo la ciudad, hemos pasado tardes enteras charlando en algún bar...

Pero nuestro mundo está aquí, dentro de estas cuatro paredes. En su cama, en la mía y en este sofá.

Jamás habría imaginado que sería tan feliz dibujando junto a otra persona, que su compañía sería aún mejor que el silencio del que tanto disfruto. Ya no me gusta encerrarme en mi cuarto, poner la música alta, abrir la ventana y escaparme lejos de aquí. Prefiero colarme en su habitación, intentar atrapar esa sonrisa fugaz en el papel, charlar con él durante horas mientras ambos nos perdemos, juntos, en ensoñaciones.

Con él, todo es emocionante. Me muero porque sus dedos de artista recorran mi piel y me derrito cada vez que esboza una sonrisa peligrosa que

promete perversión. Sin embargo, no es solo el sexo lo que hace que mis rodillas tiemblen con un beso, o que se me escape el aire de los pulmones cada vez que le veo deshacerse de su camisa. Hay algo más, algo tan intenso y turbulento que duele, que asusta.

Estoy asustada. Asustada de una forma terrible y deliciosa que me hace sentir un poco imprudente, temeraria.

Pero me da igual.

En los últimos días, no hemos salido mucho de casa. Pero nuestro universo particular, el pequeño microcosmos en el que vivimos, es más que suficiente para mí; para los dos.

Últimamente Kenny está disperso, un poco pensativo y en las nubes. Quizá tenga que ver con el hospital, con lo que hacen allí. Vuelve a casa rendido, tan cansado que ya no salimos a pasear, ni al cine, ni a las cafeterías de la zona a disfrutar del ambiente.

A mí no me importa. Adoro cada momento entre estas cuatro paredes. Pero él me preocupa.

Hoy voy a salir con Nuria. Ha prometido que será una noche de chicas. Sabe que no me va mucho eso de salir a desfasar, así que vamos a tomar algo y después volveremos a su apartamento. *The Walking Dead*, palomitas y cotilleos.

Ya he terminado de prepararme. Tengo un bolso grande preparado con el pijama y el cepillo de dientes sobre mi cama, y la cazadora descansa sobre mi escritorio. Sin embargo, estoy esperando a Kenny para despedirme antes de marcharme.

Cuando entra por la puerta, me asomo desde mi cuarto, jovial, y siento cómo mi pecho se hincha en cuando lo veo aparecer.

—Hola —lo saludo, encantada de verlo—. ¿Cómo ha ido?

Me acerco mientras deja las muletas junto a la pared y empieza a deshacerse de su abrigo.

No necesito que responda para saber cuál es la respuesta. Trago saliva, consternada, y tomo su rostro entre las manos sin pensarlo.

Él parece sorprenderse ante el gesto y parpadea, mirándome con los ojos muy abiertos.

Entonces, esboza una sonrisa que me parece muy pobre en comparación

con sus preciosas sonrisas de siempre.

—Todo bien —contesta, y mueve un poco la cabeza para librarse de mi contacto mientras echa a andar hacia el salón, con las muletas—. Estoy un poco cansado, pero bien.

Lo observo mientras se acerca al sofá y se deja caer en él con un suspiro. Lo sigo y me planto frente a él, con los brazos en jarras.

—No sé qué estáis haciendo en el hospital últimamente, pero tienes que decirles que paren.

Kenny esboza una sonrisa amarga, un poco cínica, y se pasa la mano por el pelo.

—Les diré lo que opinas al respecto —bromea.

Ladeo la cabeza y lo contemplo. Luego, me dejo caer a su lado.

—Dime la verdad, ¿te duelen? —pregunto, sentándome a su lado.

Él se gira para mirarme y tarda algo más de la cuenta en responder, pero acaba asintiendo levemente.

—Es normal, Lena. Esto no es nada comparado con cómo era antes —asegura, pero algo en su tono de voz hace que la inquietud siga danzando en mi pecho.

Hay algo en todo esto que me molesta, que me turba.

—Y tú, ¿qué? —pregunta, cambiando su expresión por otra más desenfadada—. ¿Vienes o te vas?

—¿Eh? —inquiero, distraída.

—Que si vas a algún sitio. —Me señala con la cabeza—. Estás muy guapa.

Lo miro unos instantes. Esos ojos cansados, las ojeras que reaparecen poco a poco en su expresión, la sonrisa incompleta...

—Acabo de volver —miento.

—¿Dónde has estado?

—Con Nuria —respondo—. Acababa de entrar por la puerta cuando has llegado.

Él asiente y no le da más vueltas.

—¿Te apetece dibujar? —tanteo.

Él sacude la cabeza y se me forma un nudo en la boca del estómago. El desasosiego crece, la inquietud se expande.

—Solo quiero sentarme un rato y acostarme pronto. ¿Tú no vas a salir?
Sacudo la cabeza con energía; quizá con demasiada energía.

—Yo también estoy algo cansada. Podemos cenar algo, ver una peli..., ya sabes. ¿Te apetece?

Kenny sonrío y me pasa un brazo por los hombros, atrayéndome hacia él. Aprovecho para disfrutar de su olor, del calor que desprende su piel.

—Es un plan perfecto.

—Entonces, voy a pedir algo para cenar. ¿Te hace una *pizza*?

Él vuelve a asentir y yo me pongo en pie. Voy hasta mi cuarto para coger el móvil y hacer lo que he prometido.

Antes, sin embargo, le mando un mensaje a Nuria y arrojo mi bolso al suelo para ocultarlo bajo la cama con cierta inquietud palpitando en mi pecho.

Lena

Capítulo 41

Hoy he comido con Nuria para compensarle el haber cancelado nuestra noche de chicas.

Nos hemos encontrado en el campus y hemos buscado un sitio de camino a su casa para pillar algo para llevar y comerlo viendo una serie. Hemos pasado así un rato hasta que se nos han unido sus compañeros de piso y han acabado jugando al mismo juego que la última vez.

En unos minutos, se ha montado una jarana de mucho cuidado, y Nuria y yo nos hemos acabado rindiendo, pues no había quien siguiese el argumento con tanto «Caaaarl».

A media tarde, he vuelto a casa para ponerme con un proyecto de fotografía. Mi intención era saludar a Kenny sin hacerle mucho caso, pues cada vez que entro en su cuarto acabamos distrayéndonos. No sé cómo lo hace, pero siempre consigue enredarme. Sin embargo, en cuanto lo he visto, he sabido que hoy no iba a estudiar.

Kenny está en su cuarto, sentado frente al escritorio, con una hoja en blanco delante y el lápiz en la mano, igual que el otro día. Parece pensativo, frustrado, con el ceño fruncido y los dedos moviendo el lápiz arriba y abajo.

Pero no es su ceño fruncido o su expresión molesta lo que me llaman la atención.

—¿Qué ha pasado? —inquiero, acercándome a él.

—Hola a ti también, preciosa.

Voy hasta él con rapidez y tomo su rostro entre las manos con cuidado. Él hace una mueca en cuanto rozo sus mejillas, pero no aparto mis dedos, y él tampoco insiste demasiado en que lo suelte.

Tiene el pómulo derecho amoratado, de un espantoso color cárdeno que rodea su mejilla y parte de su párpado, y esboza una mueca de dolor, con el ojo entrecerrado, mientras yo le obligo a alzar el rostro hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —repito, nerviosa.

—Una pelea de bandas —contesta, burlón.

Sé que miente, pero mis alarmas saltan.

—¿Te has peleado con alguien?

Kenny se aparta de mí mientras articula un bufido.

—Ya me gustaría.

Vuelve a coger el lápiz para zarandearlo entre sus dedos, distraído. No parece tener ganas de hablar, pero esto tiene que contármelo. No vuelvo a preguntar, simplemente lo miro, expectante.

—Me he caído —dice, al cabo de un rato—. Me he tropezado.

—¿Con qué?

Se vuelve hacia mí y me dedica una mirada furibunda mientras arquea las cejas. Cuando se da cuenta de que no lo estoy vacilando, suspira.

—Con nada —contesta—. Estoy bien, ¿vale? Ya me he puesto hielo y en unos cuantos días será como si nada hubiera pasado. Solo es un moratón, no hay herida y el golpe no ha sido demasiado fuerte.

—¿Te has caído al suelo? —pregunto.

Por cómo me mira, comprendo que debo cambiar mi tono de voz, mi expresión, o ambas. Parece que se está molestando.

—¿Has hablado con Erik? —insisto.

—¿Para decirle que me he tropezado yo solo? —suelta—. No gracias, no quiero darle motivos para que se ría de mí. En verano se dio en el hombro con la plataforma al saltar, por torpe, y he estado recordándoselo y riéndome de él día sí día también; así que no quiero darle la oportunidad de que me la devuelva. ¿Tú sabías eso? ¿Te lo llegué a contar?

Sacudo la cabeza.

—Ya me lo contarás luego —le digo, consternada—. No cambies de tema.

—No estoy cambiando de tema. Ha surgido.

—Céntrate —le pido, aunque sé que está muy centrado. A la que quiere descentrar es a mí—. ¿No crees que deberías decirlo en el hospital, al menos?

—Todo el mundo se cae, Lena. Incluso tú, aunque en todo lo demás seas perfecta.

De pronto me agarra por la cadera y tira de mí hacia él con una sonrisa traviesa en los labios. Me da un beso en el vientre, por encima de la ropa, y

desliza sus manos por debajo de mi camiseta, desatando un cosquilleo delicioso.

No, Lena. Concéntrate.

Me aparto de él. No sé qué me preocupa más, si el golpe en sí o que esté poniendo tanto empeño en cambiar de tema. Si ha sido una caída sin importancia, ¿por qué insiste tanto en evitar esta conversación?

—¿Qué tal las piernas?

Kenny suspira y pone los ojos en blanco. Se vuelve otra vez y mira la pared, donde ahora hay algunos cuantos dibujos suyos colgados. Yo misma le ayudé a elegirlos, a darle un poco de vida a la habitación; un poco más de caos.

—Hoy no tengo un buen día.

—Y por eso te has caído —adivino.

—Quizá. —Se encoge de hombros con despreocupación, desganado.

Esta vez soy yo la que suspira. Voy hasta su cama y me dejo caer en ella, sopesando mis posibilidades. Aunque, en cuanto empiezo a pensar en ello, me doy cuenta de que solo tengo una: confiar en lo que dice Kenny, en que todo está bien.

—Si crees que estás peor...

—Te lo diré. Llamaré a Erik, a mis padres, al hospital... Haré un comunicado oficial —responde, girando la silla hacia mí.

Nos sostenemos la mirada durante unos instantes, apenas sin parpadear. Kenny sonrío, a pesar de ese moratón tan feo parece estar bien, parece contento.

Decido creerlo.

Lena

Capítulo 42

Aunque me resulta difícil concentrarme, hago un esfuerzo por adelantar algo de trabajo. No soy tan productiva como me gustaría mientras tengo tantas cosas en la cabeza; pero, al menos, algo es algo.

Kenny se acuesta temprano, alegando que mañana debe madrugar, y yo lo imito enseguida, porque también estoy cansada. Por la mañana, sin embargo, se levanta después de mí, apenas un poco antes de que me marche a clase.

Esta tarde me lo encuentro sacándose un selfi con el móvil; apoyado en la encimera de la cocina y haciendo gestos que me arrancan una sonrisa. Me deshago del abrigo mientras lo observo, atenta, incapaz de perderme ni un solo movimiento.

—¿Te ayudo en algo? —le digo, divertida, poniéndome frente a él.

—No. Está controlado —responde, poniendo una cara demasiado cómica.

Se me escapa una carcajada.

—¿Para qué son?

—Para mandárselas a Kat, a la parisina; le voy a decir que ella no es la única tipa dura.

—Si se lo enseñas a Kat, ¿no se va a enterar tu hermano? —me intereso.

Kenny deja escapar un suspiro y baja el móvil.

—Se ha enterado hoy. Le he dicho que iba solo al hospital, pero el muy pesado se ha presentado aquí para llevarme él mismo, así que...

—Ya veo. ¿Y se ha reído?

—Después de preocuparse en exceso, como una que yo me sé..., sí.

Me dedica una sonrisa cariñosa que me derrite de los pies a la cabeza y me contengo para no lanzarme a sus brazos.

—No está mal dejar que se preocupen por ti de vez en cuando.

—La gente lleva preocupándose por mí desde que tengo seis años —

responde, con cierto deje amargo.

Me acerco a él para retirarle un mechón oscuro de la frente y él gira la cabeza, buscando mi contacto. Acabo deslizando los dedos sobre su mejilla y me da un beso en la palma de la mano. Rápido como una sombra, me toma de la muñeca, tira de ella y me acerca a él, rodeando mi cintura con el brazo.

Me pega a su cuerpo mientras inclina el rostro hacia mí y deposita un suave beso sobre mi frente; después otro en mi sien, en mi mejilla, en mi nariz...

—Me prometiste que ibas a posar para mí —murmura, en un tono de voz suave, profundo y lento que me eriza el vello de la piel.

—No lo recuerdo.

—Pues debes de tener muy mala memoria —replica, con la misma voz seductora—. Ibas a desnudarte, a tumbarte en mi cama y a intentar no resultar muy tentadora para que pudiera dibujarte sin perder el control.

Se me escapa una risa. Sus labios vuelan ahora hasta mi garganta, llenándola de besos, hasta que atrapa mi piel en un mordisco y tira con suavidad, succionando. Una descarga me recorre la espalda.

—¿Y si lo hacemos al revés?

—¿Mmmh...? —murmura, sin apartarse del hueco de mi cuello.

Me agarra de la cintura y me pega aún más a él. Sé que esto empieza a írsele de las manos. A mí también.

—Ya te dibujo yo a ti. Te desnudas, te tumbas en mi cama e intentas no resultar demasiado sexi —respondo, resuelta.

Kenny se aparta de mi cuello, aunque no me suelta del todo. Tiene una expresión divertida y enarca una ceja oscura. Yo deslizo mis manos sobre su abdomen, hundiéndolas bajo la camisa, y él se muerde los labios.

—A mí me parece un buen plan —insisto.

Él suelta una carcajada grave y masculina que recorre cada centímetro de mi cuerpo y se agacha para atrapar mi boca en un beso largo y profundo.

Dejo que mis dedos vuelen hasta su camiseta y la agarro del borde para quitársela de encima. No obstante, me suelta con brusquedad y se lleva las manos al mismo sitio para bajarla.

—A mí me gusta más el plan inicial —dice, contra todo pronóstico.

Frunzo el ceño y lo observo. Es obvio que no hay ningún plan. Él sabe

tan bien como yo que, si nos desnudamos, no va a ser para dibujar.

Sonrío, divertida, y vuelvo a alargar el brazo hacia él, pero me esquivo.

—¿Qué haces? —pregunto, sorprendida.

—Soy un chico tímido, ¿recuerdas? —responde, sin soltar el borde de su camiseta.

Se me escapa una carcajada.

—Está bien... Así que... ¿no te vas a desnudar?

—Hoy no.

Parpadeo y contengo una carcajada, muerta de la risa.

—Y el resto de las veces que te has desnudado lo has hecho, ¿porque... —lo animo a hablar.

—Porque estaba medio coaccionado.

Esta vez sí que suelto una carcajada, incrédula, y vuelvo a acercarme a él mientras intento tirar de su ropa. Forcejamos, nos reímos y me escabullo con facilidad de su agarre cuando intenta mantenerme quieta. En medio del jaleo, entre las risas y sus manos intentando detenerme, lo veo.

Dejo de reír y Kenny se detiene también.

En cuanto lo comprendo, me quedo helada. Un líquido frío y espeso recorre mis venas, dejándome muerta de frío.

Lo observo, en silencio, y él suspira, torciendo el gesto. Se pasa una mano por el pelo y, cuando sabe que ya no tiene nada que hacer, me suelta por fin.

Tiro de su camiseta y la levanto para ver su abdomen mejor; esa mancha amoratada en el costado derecho me deja sin aliento.

Le dedico una mirada, confusa, preocupada y, quizá, un poco dolida; me lo ha ocultado.

—¿Qué es esto?

—Ya te dije que me había metido en una pelea de bandas —contesta.

—¿Tan mala fue la caída?

—Mala no; solo un poco fea.

Deslizo mis dedos sobre la zona violácea. Hay todo un lienzo de tonos rojizos y morados en su piel.

—¿Por qué no fuiste al médico?

—Porque solo es un golpe —contesta, un tanto molesto.

—Pero no es solo un golpe —replico—. No es como si el golpe me lo hubiese dado yo o Erik o... —No llego a terminar la frase—. Tienes que avisar de estas cosas en el hospital. No lo saben, ¿verdad?

—Les dije que me caí, me vieron la cara.

—Pero no vieron esto. Esto está mucho peor que la cara.

Kenny da dos pasos atrás deliberadamente, obligándome a soltar su camisa. Toma las muletas de la encimera y se apoya en ellas.

—No le des más vueltas. Solo es un moratón.

Sacudo la cabeza, incrédula. Kenny parece irritado, irascible, y no entiendo por qué se enfada si la que debería estar cabreada soy yo.

—Me prometiste que si iba a peor...

—Y he cumplido mi palabra —contesta, brusco—. Esto no tiene nada que ver con las piernas, tiene que ver con una caída tonta y torpe. A todo el mundo le pasa.

—Sabes tan bien como yo que esto es algo más que un moratón, es ese tipo de cosas que se suelen contar. Si no era nada, ¿por qué no lo mencionaste?

—¡Por esto! —brama—. ¿No lo estás viendo? ¡Quería evitar todo esto! —responde, iracundo, haciendo un gesto con las muletas que nos abarca a los dos.

—No estaría enfadada si me lo hubieses contado desde el principio.

—Así que estás enfadada —confirma, asintiendo para sí mismo y echando a andar hacia el salón.

—¡Claro que estoy enfadada! Creía que teníamos un trato, que me ibas a contar estas cosas.

—Yo nunca te he prometido nada —replica, volviéndose hacia mí con brusquedad.

—No hace falta. Esas cosas se dan por hecho.

—Quizá deberías dejar de dar las cosas por hecho —propone, fuera de sí. Nunca lo había visto tan cabreado. La suya es una ira suave, gélida, contenida y potente a la vez—. No te debo explicaciones. No te debo nada. Si no me da la gana contarte algo, no te lo cuento. Así de simple.

Me quedo sin palabras. Aprieto los puños hasta que me clavo las uñas en las palmas de las manos y me muerdo la lengua para no gritarle la primera

burrada que se me cruce por la cabeza.

Kenny me da la espalda y sigue andando. Por el ritmo apresurado y la torpeza con la que mueve las piernas, parece que intenta alejarse de aquí cuanto antes.

—¡Las cosas no funcionan así! —le digo, saliendo tras él.

Lo agarro del brazo, aun sabiendo que quizá le haré perder el equilibrio obligándolo a detenerse, y me mira.

Sus ojos, ahora fríos y abrasadores al mismo tiempo, me taladran con fuerza. Son dos témpanos de hielo que me fulminan.

—¡Qué sabrás tú acerca de cómo funcionan las cosas!

Pega un tirón brusco para librarse de mí y sigue andando, directo a su cuarto.

Si no fuera por las muletas, ya habría desaparecido de aquí, habría dado un sonoro portazo y habría zanjado la discusión. Quizá, alguien más noble y honorable habría respetado esa decisión, pero si se empeña en que no lo trate de forma diferente por sus muletas, entonces que se aguante. Vuelvo a salir detrás de él.

Me planto frente al marco de su puerta, cruzando los brazos ante el pecho y le devuelvo una mirada desafiante, cortándole el paso.

—Puedes decir lo que quieras, pero te equivocas —le digo—. Estas cosas se cuentan, se hablan. Si te caes, me lo tienes que decir.

—¿Por qué? —responde, fuera de sí—. ¿Por qué debería?

—¡Porque me preocupo por ti!

—Ya te he dicho que estás dando demasiadas cosas por hecho — responde—. Te lo repito —dice, bajando el tono de voz y acercando su rostro al mío. Casi puedo ver cómo palpita una vena en su sien. Está realmente enfadado—. No tengo que contarte nada si no quiero. No te debo nada — sisea.

Me aparta a un lado y esta vez yo no tengo fuerzas para mantenerme firme. Dejo que me eche de su lado y doy un par de pasos atrás cuando cierra la puerta.

No hay pestillo. Podría entrar. Pero no lo hago.

Mi corazón late con fuerza, frenético, desbocado. Esta vez, la sensación no es agradable. Esta vez, duele un poco.

Me quedo ahí de pie, helada. Un mar de sensaciones ruge en mi interior, se arremolina, embravecido, y yo no distingo cómo debería sentirme. La ansiedad se agolpa en mi garganta, el miedo me oprime las entrañas. Y también la furia, que hace un nudo en la boca de mi estómago.

Un recuerdo amargo me asalta y lucho desesperadamente por librarme de él.

Odio discutir. Odio sentirme así.

Kenny

Capítulo 43

No he sido capaz de levantarme de la cama.

Al final lo he hecho, claro. Pero me ha costado un buen rato ponerme en pie. Hoy es uno de esos días en los que el dolor es de verdad, duro, frío, en cada músculo de mis piernas. Siento cómo se hunde en mi interior, cómo se aferra a cada fibra de mis tejidos, las oprime y las desgarras.

Tengo analgésicos para días como hoy. Pero para cogerlos tengo que ir hasta el baño y, como he dicho, he tardado un rato en ponerme en pie.

Ahora estoy mejor. Un poco atontado y somnoliento, pero, al menos, el dolor es soportable.

Estoy cabreado. Detesto el dolor. Detesto estar tirado en la cama. Odio el sopor que se adueña de mí y odio no ser capaz de pensar en otra cosa que en mis malditas piernas. Esto es demasiado frustrante y a media tarde ya tengo la sensación de que voy a volverme loco.

He intentado dibujar, pero no hago más que basura y he arrancado tantas páginas de mi cuaderno que he dejado de intentarlo. Estoy aburrido de la puñetera televisión y tumbarme a escuchar música me desquicia.

Solo me queda esperar a que se pasen los efectos de los analgésicos, rezar para que el día tonto de las piernas haya acabado y desear volver a la normalidad.

Lena no está en casa. No la veo desde ayer por la tarde. Ya ha anochecido y no da señales de vida, aunque no la culpo.

Ayer, después de encerrarme en mi cuarto, estuvo un buen rato en el salón y después en su habitación. Hizo cena para dos; luego vi mi parte en el frigorífico. Sin embargo, no salí de mi habitación hasta que se acostó.

Entonces, también dejó la puerta abierta. Sé que lo hizo por mí, que era una forma de darme la oportunidad de acercarme, de hacer las paces, porque ella siempre duerme con la puerta cerrada. Pero decidí no entrar.

Ni siquiera cené después. No tenía mucha hambre. Hoy es el peor día,

pero ayer el dolor ya había empezado y no tenía apetito.

Esta mañana, he escuchado la puerta al cerrarse cuando Lena se ha marchado y ya no he vuelto a saber nada de ella.

Toda esta situación... me molesta. Me exaspera de una forma que no habría imaginado y me inquieta. Por si no tuviera suficiente con la pesadez de las piernas y la tirantez de mis músculos, también estoy preocupado.

Esto no me gusta nada.

He estado tentado de mandarle un mensaje durante toda la tarde, pero tampoco sabría bien qué decirle, así que no lo he hecho. «¡Ey! Sigo creyendo que tengo razón, pero te echo de menos» o «¿Qué hay? Estás equivocada, pero quiero que vuelvas a mi lado» no las considero opciones válidas, y creo que Lena tampoco lo haría.

Al final, llega a casa cuando ya ha pasado un rato de la hora de cenar. Es tarde y, aunque la he estado esperando, he acabado dándome por vencido. Así que ya he cenado.

Cuando escucho el sonido de las llaves en la puerta, mi corazón comienza a latir un poco más rápido.

Mierda. Sí que la he echado de menos.

Llevo un rato tirado en la cama leyendo un libro. El dolor es más soportable y ya no estoy tan atontado como cuando he tomado los analgésicos, así que intuyo que mañana no volveré a tener un mal día, al menos no uno tan malo. Aún me cuesta andar. Por eso, en cuanto siento cómo Lena entra en casa, empiezo a ponerme en pie; para que me dé tiempo. Todavía no he decidido qué voy a decirle, pero voy a necesitar un rato para salir de mi cuarto, así que es mejor que vaya haciéndolo.

Una parte de mí alberga la esperanza de que abra la puerta de mi habitación y se asome para preguntar por mí como hace cada vez que llega a casa, pero esta vez no lo hace y no puedo evitar sentir cierta punzada de decepción, aunque ya lo esperaba.

Después de una eternidad, reúno la fuerza de voluntad suficiente para salir al salón, aun sin saber qué voy a decirle. Sin embargo, allí no hay nadie.

Maldigo por lo bajo, porque no me hace demasiada gracia tener que andar y sigo la luz que escapa bajo la puerta de su cuarto.

Cuando la empujo, dejo escapar un taco digno de un garito de mala

muerte a las cinco de la madrugada. Tampoco está ahí. Sé que va a regresar, así que me siento en el borde de la cama y decido esperarla allí hasta que sale del baño.

Lena entra en su cuarto distraída, tanto que parece sorprenderse con mi presencia. En cuanto me ve, se detiene, me dedica una mirada indescifrable y sigue andando sin hacerme demasiado caso, aunque por cómo ha cambiado su expresión es más que obvio que es consciente de mi presencia.

Una parte de mí esperaba que ella iniciara la conversación, pero me doy cuenta de que voy a tener que improvisar. Decido optar por la opción de la naturalidad.

—¿Qué tal el día?

Lena, que rebuscaba algo en uno de los cajones de la cómoda, se vuelve hacia mí y enarca una ceja.

—Bien —contesta, escueta.

Reprimo un resoplido. Parece que va a ponérmelo difícil y hoy estoy falto de paciencia.

Veo cómo se deshace de la ropa dada la vuelta, ignorando por completo que estoy aquí. Cuando se quita los vaqueros, no puedo evitar quedarme mirando ese culo perfecto, pero me concentro para seguir mirándola a los ojos cuando se dé la vuelta; no creo que le hiciera gracia pillarme mirándola de esa forma en una situación así.

—¿Has cenado? —pregunto, al cabo de un rato.

—No.

—Es tarde —comento y esta vez ella no responde—. Deberías cenar algo.

Lena se vuelve hacia mí y cruza los brazos ante el pecho.

—¿Y a ti qué te importa eso? No es asunto tuyo si ceno o dejo de cenar —me espeta, malhumorada.

—Ouch —murmuro, y me llevo una mano al pecho, haciéndome el herido—. Vale, lo pillo. Sigues cabreada.

—¡Y tú sigues siendo...! —ahoga la frase en un suspiro de frustración y no llega a terminar.

—Dilo, di qué soy —la animo.

Lena sostiene mi mirada mientras se muerde los labios y aprieta los

puños. Creo que mis comentarios solo la están enfadando más, pero lo cierto es que está encantadora cuando se enfada.

En lugar de responder, se da la vuelta, airada y se centra en la ropa que se ha quitado, buscando algo con lo que distraerse.

Aprovecho que me ha dado la espalda para ponerme en pie sin que me vea y me acerco a ella despacio, intentando mantener la compostura. Cuando llego a su lado, tomo ambas muletas con una mano para alzar la otra hasta su mejilla. Deslizo mis nudillos sobre ella y me siento agradecido cuando la veo cerrar los ojos para disfrutar de la caricia.

—No me ha gustado no saber nada de ti en todo el día —le digo, bajito.

Ella tarda unos instantes en responder. Se mueve un poco y siento cómo apoya la espalda en mi pecho. El contacto me reconforta de una forma que no llego a comprender.

—Estaba cabreada —responde.

Retiro un mechón de pelo cobrizo de su rostro y lo dejo tras su oreja. Me inclino un poco sobre ella y deposito un suave beso en su mejilla. Después otro en la sien y tras la oreja, hasta que llego al cuello.

Lena se estira un poco para dejarme hacer y se da la vuelta hacia mí, apoyando sus pequeñas manos sobre mi pecho.

—No quiero que te enfades de nuevo, pero creo que debo ser sincero —le digo, aprovechando que parece receptiva.

—Debes serlo —coincide, expectante.

Apoyo las muletas en la cómoda y deslizo mis manos a través de su cintura, rodeándola y atrayéndola un poco más hacia mí.

—No me gusta lo que ha pasado entre nosotros y, si pudiera cambiarlo, lo cambiaría. Quizá diría las cosas que dije de otra forma, pero el mensaje seguiría siendo el mismo. ¿Me sigues?

—Básicamente estás diciendo que no te arrepientes —contesta, con el ceño fruncido.

Reprimo el impulso de alargar los dedos para deshacer esa arruguita en su frente, y me concentro.

—No me gusta que te preocupes demasiado por mí, y no es una forma de hablar —le digo, serio—. Todo el mundo está encima de mí desde que tengo memoria y no lo soporto. Es algo con lo que no puedo lidiar. Aprecio el

gesto, pero sé cuidarme solo.

Lena sostiene mi mirada con sus grandes ojazos azules, decidiendo si responder o no.

—No quiero hacerte creer que va a cambiar eso de mí, porque no lo hará. Hay cosas que puedo manejar: un mensaje, una llamada, una pregunta simple, un abrazo..., pero no voy a dejar que estés encima de mí, tú no.

—¿Cómo que yo no?

—Tengo a los médicos, a mis padres, incluso a mi hermano pequeño pendientes de mí. Tú eres diferente, ¿recuerdas? Tú no tienes que preocuparte por mí, no de esa forma.

Lena se mantiene en silencio. Todavía no se ha apartado de mí y eso es buena señal.

—¿Hay trato?

—¿Qué trato? —pregunta, desconfiada.

—Tú no me exiges nada y yo te prometo que te contaré todo lo necesario.

—¿Y cómo sé que lo que carece de importancia para ti no será vital para mí?

—Deberás confiar en mí —respondo.

Lena me escruta con un gesto grave, severo, que se va ensombreciendo por momentos. Durante un instante, aparta los ojos de mí y yo la acerco más con mis manos.

—Es un trato muy egoísta —replica.

—Son mis condiciones. Ya te he dicho que no te quiero mentir. Es lo que hay.

Me mira, titubeante, pero incluso yo sé que no le estoy dejando otra opción. La tomo de la barbilla y la inclino hacia arriba para buscar sus labios y besarla largamente. Pronto, lo que pretendía ser un beso dulce y casto se vuelve más voraz, pero yo mismo me detengo.

—Llevaba todo el día esperando esto —murmuro, contra sus labios.

Ella me obsequia con otro beso, más puro y breve, en los labios. Supongo que eso es un «sí» a mis condiciones.

—Y ahora, ¿vas a cenar? —le pregunto, sonriente.

Ella asiente levemente y me dedica una mirada para saber que la sigo

cuando sale del cuarto.

Tardo un rato en llegar, pero acabo sentándome a su lado mientras cena.
Ella me cuenta su día. Yo miento.

Lena

Capítulo 44

«Terco. Obstinado. Déspota. Insensible. Carente de empatía...».

Se me ocurren muchas cosas que poner bajo la foto que acabo de sacar de Kenny y las escribo todas. Sin embargo, acabo eliminándolas y escribiendo simple y llanamente «Kenny» antes de subirla a mi muro. Reprimo un suspiro y me doy la vuelta en mi silla.

Aún es temprano, aunque a estas horas él suele estar despierto. Sin embargo, hoy parece tener sueño.

Está bocabajo en mi cama, enredado en las sábanas, mientras la luz del amanecer incide en su piel y crea sombras sobre los músculos de su espalda. Más de una me va a odiar por alardear de tener estas vistas desde por la mañana. Pero, en fin, no me parece bien privar al mundo de ellas.

Me acerco a la cama descalza y de puntillas y vuelvo a colarme bajo el edredón junto a él. En cuanto me siente, se revuelve y temo haberlo despertado. No obstante, no abre los ojos. Murmura algo ininteligible con voz ronca y me rodea con uno de sus fuertes brazos para pegarme a su pecho.

Permito que escape una suave risa, procurando no desvelarlo, y me dejo envolver por su calor.

Dios. Su piel está ardiendo. Todo su cuerpo parece una estrella que irradia calor. Y a mí me encanta. Sé que está completamente despierto cuando me planta un beso en la frente y sus dedos recorren mi espalda.

Deja escapar un gruñido ronco.

—Estás desnuda —observa.

—Tú te encargaste de ello anoche —respondo, divertida.

No le veo la cara, pero puedo hacerme una idea. Siento su barbilla apoyada en coronilla, su cálido pecho pegado a mí, sus brazos rodeándome en un abrazo protector...

—Debiste vestirte —me dice, con voz grave.

Busca mi cintura y me empuja a un lado, haciendo que mi espalda caiga

sobre el colchón. Siento todo el peso de su cuerpo sobre el mío cuando me apresa contra la cama y sus manos aferran mis muñecas por encima de la cabeza.

—¿Te he dicho lo mucho que me gusta ese tatuaje? —murmura, con tono áspero.

Me dedica una mirada incendiaria, recorriendo todo mi cuerpo con sus ojos azules, y dejando escapar el aire despacio.

Me muerdo los labios, tentada, y me muevo ligeramente bajo su cuerpo, haciendo que él reaccione. En apenas unos segundos, su boca está sobre la mía, besándome con fervor, explorando con su lengua de una forma que me quita el aliento.

No intento liberar mis muñecas, disfruto del beso y dejo escapar un gemido cuando siento sus caderas contra las mías. Nos perdemos en un beso intenso, profundo, necesitado. Y, de pronto, Kenny se detiene.

Es tan abrupto que dejo escapar un quejido. Él se aparta de mis labios, dejándome sedienta, ávida de más. Al principio creo que me está provocando, que está jugando conmigo. Pero no vuelve a acercarse a mí. Se deja caer a un lado, con brusquedad, y se pasa una mano por el pelo revuelto.

Me giro para mirarlo.

—Lo siento —suelta, jadeante y mirando al techo—. Es que... no puedo... —titubea—. Las piernas —acaba diciendo, y baja el tono de voz.

—¿Te duelen?

Él mueve la cabeza, en un asentimiento mudo.

Me quedo unos instantes en silencio, sintiendo que la inquietud crece entre los dos. No quiero quedarme callada mucho tiempo, porque sé que eso le disgustaría, pero tampoco sé bien qué decir para no agobiarlo con el asunto.

Acabo dándole un beso en la mejilla, simple y directo.

—Entonces, hoy desayunamos en la cama —sentencio, con aire cantarín.

Él se vuelve hacia mí, enarcando una ceja. Creo que intenta adivinar hasta qué punto mi buen humor es fingido, y es que es consciente de que hace solo unos segundos estaba con él, retorciéndome bajo sus besos, muy dispuesta a otro tipo de cosas.

—¿Qué te apetece? —pregunto.

—Tú —comenta. Hay cierta sequedad en sus palabras, cierta rabia contenida que intenta disimular con una sonrisa—. Siento que no... —No llega a terminar la frase, no es capaz.

Aguardo unos instantes, esperando que diga algo más. Como no lo hace, le doy un abrazo, enterrando el rostro en el hueco de su cuello y estrechándolo con fuerza. Quiero que sepa que el sexo me importa una mierda.

—¿Qué quieres desayunar? —repito, contra sus labios.

Kenny tarda un rato en responder, pero acaba esbozando una lenta sonrisa que me inunda el pecho.

—Sorpréndeme.

Le doy un beso en los labios y salgo disparada de la cama, recogiendo su camiseta del suelo y poniéndomela por encima. La mía estaba justo al lado, pero... ¡qué demonios!, es ancha, cómoda y huele maravillosamente a él; esta es infinitamente mejor que la mía.

A pesar de que el día empieza bien, con un buen desayuno en la cama, la música resonando por todo mi cuarto, los besos entre las sábanas..., el resto del día es francamente horrible.

Incluso si Kenny no es de los que se quejan, el dolor se refleja en su rostro de una forma bastante obvia. Al principio es un gesto sutil, una mueca, un resoplido... Luego, se hace más evidente, tanto que me preocupa, y sus suspiros me mantienen en vilo.

Sé lo que me dijo, lo que me dejó claro. No quiere que me preocupe por él, que lo cuide como lo han cuidado siempre todos. Pero no puedo evitarlo. Hay ciertas cosas que puedo comprender e incluso aceptar, pero soy incapaz de no preguntar por qué no llama a Erik o por qué no vamos al hospital.

Sus respuestas son directas y no admiten réplica. El dolor es normal, habitual. Está acostumbrado y se le pasará.

Pero hoy no se le pasa.

Estoy todo el día a su lado, con un nudo en el estómago. Por la mañana podía andar un poco y ha ido al hospital con Erik. Sin embargo, pasado el mediodía, apenas se ha levantado del sofá para ir al baño en un par de ocasiones.

Me habría gustado ofrecerle mi ayuda, porque era evidente que la necesitaba, pero imaginaba el tipo de respuesta que me daría a un ofrecimiento así, por lo que he hecho de tripas corazón y me he mordido la lengua.

Lo que más me sorprende, y me preocupa, es que ha tomado analgésicos para el dolor. Sin ellos... ¿cómo habría sido el día?

No puedo ni imaginarlo.

Cuando llega la hora de cenar, Kenny apenas prueba bocado y acaba marchándose temprano a su habitación. Yo espero todavía un rato para acostarme y después lo sigo hasta su cuarto.

La habitación está a oscuras, solo iluminada por el suave resplandor nocturno que entra por la ventana. Me he desnudado en mi habitación para no hacer ruido y tan solo llevo una camiseta ancha y cómoda.

Cuando aparto el edredón para meterme bajo él, escucho la voz de Kenny, ronca y apagada.

—¿Qué haces? —murmura, en apenas un susurro, y carraspea.

—Lo siento. No quería despertarte.

—No estaba dormido —contesta.

Hago cálculos mentales y lo miro, esperando a que mis pupilas se acostumbren a la oscuridad.

—¿Todavía no te habías dormido?

Siento cómo sacude la cabeza, y algo me oprime el pecho. No soporto verlo así, saber que lo está pasando tan mal y no poder hacer nada, ni siquiera preocuparme.

—No te quedes aquí —me dice, de pronto.

—¿Te molesto? —me preocupo. Aún estoy incorporada, sin tumbarme del todo, y hago un amago de salir de la cama.

—No, pero yo sí que te voy a molestar a ti. No voy a dejar de dar vueltas en toda la noche.

Suelto el edredón y vuelvo a deslizarme bajo él, acercándome a Kenny hasta que su inconfundible aroma me embarga. Recorro su pecho con la mano y apoyo la cabeza en la almohada, junto a su hombro.

—No me importa —contesto, sincera.

Kenny deja escapar un suspiro, pero no parece tener muchas ganas de

discutir.

—Si te molesto, lárgate a tu cuarto. No seas tonta.

—Vale —respondo, solo para que se calle, porque incluso él sabe que no voy a marcharme a ninguna parte.

Ni esta noche, ni nunca.

Lena

Capítulo 45

Kenny no quiere hablarme acerca de lo que le ocurre.

Creo que piensa que es parte del trato; no preocuparme por esas cosas. Pero es inevitable y más después de los tres días que ha pasado apenas sin poder moverse más que para ir al hospital.

Sé que las cosas no marchan precisamente bien. Quiero creerle cuando me dice que los días malos son normales, que antes era así todo el tiempo y que un par de días de estos no son algo con lo que no pueda lidiar, pero no puedo evitar preguntarme por qué está pasando esto de repente.

Hasta hace poco el tratamiento estaba funcionando. Él lo decía; nunca había estado así de bien. ¿Qué ha pasado, entonces?

Me cabrea un poco no poder hacerle esas preguntas, que deseche cualquier intento de involucrarme, pero Kenny es testarudo como él solo y sé que insistir en que hable conmigo sobre eso solo serviría para volver a discutir. Así que procuro no hacer muchas preguntas.

Yo también he empezado a mentirle o, más bien, a ocultarle la verdad. El otro día cancelé una cita con Nuria y hoy me he saltado una clase para poder estar en casa cuando Kenny regresara del médico. Soy consciente de que si se enterara pondría el grito en el cielo, así que me guardo para mí esas cosas que podrían hacernos discutir igual que me guardo mis preguntas y mi preocupación.

Cuando escucho las llaves en la puerta, todavía estoy dejando mis cosas en mi cuarto. Arrojo mis apuntes sobre el escritorio de cualquier manera y salgo disparada hacia el salón, apoyándome con aire distraído en el sofá.

Le dedico mi mejor sonrisa a Kenny, pensando en cómo hacerle alguna pregunta discreta sobre cómo le ha ido hoy. Sin embargo, quien abre la puerta no es Kenny, sino Erik.

Su hermano empuja la puerta y, en cuanto me ve, me dedica una mirada cargada de gravedad que me pone los pelos de punta. Cuando se echa a un

lado y veo que Kenny está detrás, en una silla de ruedas, me tranquilizo un poco, pero las gélidas garras de la incertidumbre siguen oprimiéndome el pecho.

Doy un paso adelante casi por instinto y me quedo plantada en mitad del pasillo mientras los veo entrar, en silencio, con rostros lúgubres. Kenny ni siquiera me mira, así que le dedico una mirada interrogante a su hermano, que me devuelve una expresión pesarosa.

—¿Qué tal ha ido? —me atrevo a preguntar, cuando es obvio que ninguno de los dos va a decirme nada.

—¿De verdad tienes que preguntar? —replica Kenny, ácido, señalando la silla.

—Ya veo la silla —comento, dejando escapar un suspiro—. ¿Por qué estás en ella?

—Le han dicho que descanse, que no intente andar —explica Erik, paciente. Quizá tema que Kenny vuelva a darme una de sus simpáticas contestaciones.

—Bueno, ahora que le has dado el parte, ya puedes largarte —le espeta, malhumorado, y empuja su silla hacia su cuarto.

Yo lo sigo con la mirada, con un nudo en la garganta, y me giro hacia su hermano, que se pasa una mano por el pelo en un gesto muy de la marca Nordskov.

—Vas a tener que armarte de paciencia —me advierte, sin molestarse por bajar el tono de voz. Tampoco creo que Kenny esté escuchando, parece querer librarse de los dos cuanto antes, y seguro que lo que hablemos le importa un pimiento.

—Le duelen mucho, ¿verdad?

Él asiente, compungido. Nos quedamos unos segundos en silencio. La tensión se palpa en el ambiente. Al final, decido hacer la pregunta.

—Erik.

—Dime.

—¿Esto es normal?

Él me observa largamente. Responda lo que responda, su silencio ya es significativo. La opresión de mi pecho se expande, cobrando fuerza, creciendo.

—Los médicos están perdidos. No saben por qué mejoró tanto para... para acabar así.

—Pero, se va a recuperar, ¿no? Esto es una racha, ¿verdad?

—Eso espero —contesta.

Sus ojos están brillantes y el músculo de su mandíbula tenso, como si estuviera conteniendo el aliento. Vuelve a hacerse el silencio y mi mente lo llena con mil preguntas que no he podido hacerle a Kenny durante estos días.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué vais a hacer?

Erik aparta la mirada y parpadea. Frunce los labios y el abatimiento se refleja en su rostro.

—Llegados a este punto, suelen recomendar que cambiemos de tratamiento —responde, apesadumbrado.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no hay más tratamientos.

Se vuelve hacia mí y nuestros ojos se encuentran. Me observa con solemnidad, con prudencia; con una pena infinita inundando sus ojos azules.

Me acerco para darle un abrazo y él apoya el rostro en el hueco de mi cuello, agradecido. Me estrecha con fuerza apenas unos instantes y, entonces, me suelta.

—A ti te hace caso —me dice—. Confía en ti. No puede perderte, Lena. No dejes que te pierda; no permitas que te eche.

—No va a perderme. —Mi voz brota entrecortada y débil. Tengo un nudo en la garganta que no me deja hablar bien.

Erik asiente e inspira con fuerza, girándose hacia la puerta entreabierta del cuarto de Kenny.

—Supongo que es hora de irme. ¡Kenny, me marcho ya!

—¡¿Todavía estás aquí?! —vocifera—. ¡Lárgate ya!

Parpadeo, sorprendida. Estoy acostumbrada a los desaires que tiene con su hermano, pero esto es demasiado incluso para él.

—Está enfadado conmigo —me explica Erik, abatido—. Ya se le pasará. Apoya una mano en mi hombro y me dedica una sonrisa cansada.

—Ahora te necesita.

—Lo sé.

Mueve la cabeza, satisfecho. Por fin, se despide.

En cuanto se marcha, voy hasta el cuarto de Kenny. Toco la puerta un par de veces antes de entrar y me asomo con cautela. Aún sigue en la silla de ruedas, en una esquina. Tiene el móvil entre las manos y parece distraído deslizando el pulgar sobre la pantalla.

—¿Qué te pasa con Erik? —pregunto, con suavidad, sentándome en el borde de la cama.

—Que es imbécil.

—¿Por qué?

Kenny suelta un suspiro exasperado y acerca la silla hasta donde estoy yo, desganado.

—Ha cancelado su viaje a París. Iba a visitar a Kat y se iba a quedar allí el resto del curso. ¡Lo tenía todo organizado! Llevaba semanas fantaseando con volver a verla, con darle la sorpresa, y el muy inútil la ha llamado para decirle que ni siquiera va a visitarla.

Me quedo en silencio. Lo entiendo.

—Está preocupado por ti.

—Es un imbécil —replica—. ¿No lo ves? Todo esto me jode, me jode demasiado —masculla.

Sacudo la cabeza, sin comprender.

—Está echando a la basura su felicidad —espeta, malhumorado. Habla con dureza, serio, con una fina arruga surcando su frente—. No soy capaz de entender cómo desperdicia ese tipo de oportunidad sabiendo que hay gente como yo que nunca la va a tener. Me parece un jodido insulto.

—Quiere estar a tu lado.

—Deja de defenderlo —me suelta—. Es un capullo que no sabe lo que hace. De bueno es tonto. Gilipollas —escupe, fuera de sí.

—Eh —protesto—. Te estás pasando. Es tu hermano, Kenny; te quiere.

Kenny suelta un bufido.

—Déjame solo, Lena —me dice, de pronto, y me da la espalda.

—No quiero dejarte solo.

—Pero yo no quiero estar contigo —replica—. Vete, por favor, estoy cabreado y lo voy a pagar contigo. No quiero hablar, no quiero que intentes defenderlo, no quiero escucharte.

Esta vez no respondo, pero no me muevo del sitio.

—Te lo digo en serio, Lena. No quiero hacerte daño y no necesito un puto sermón. Solo quiero silencio.

Asiento, aunque no me ve, y doy media vuelta. Me parece escuchar un suspiro cuando salgo, no estoy segura.

Sin embargo, no me he dado por vencida.

Cojo mi cuaderno de dibujo, mis lápices, y vuelvo hasta su habitación. Paso dentro, cerrando la puerta con el pie, llamando su atención. Me dedica una mirada desabrida, arisca, pero yo lo ignoro.

Me siento en la cama, apoyando la espalda en la pared, y doblo las piernas para apoyar mi cuaderno en ellas.

—Lena —me dice él, molesto. El enfado vibra en su voz.

Me llevo un dedo a los labios, mandándolo callar.

—Silencio —le digo, tan solo, y continúo ignorándolo.

Al principio, no le hace ni media gracia verme aquí. Primero pasa de mí, dándome la espalda deliberadamente y jugueteando con su móvil. Sin embargo, acaba mirando hacia donde estoy yo, sentándose frente a mí.

Al cabo de un rato, deja el móvil, y un par de miradas discretas me bastan para sentir cómo su expresión se relaja, cómo la tensión lo abandona con lentitud.

Acaba dejando la silla para sentarse en la cama y tumbarse junto a mí. Apoya la cabeza en mi regazo, sin decir una palabra. Y yo permito que se recueste sin decir nada tampoco.

Nos quedamos en silencio, mientras yo dibujo y él descansa. Cierra los ojos y veo cómo esa expresión afligida abandona su rostro con lentitud.

Duerme.

Y así, parece otro, parece el chico de hace unas semanas. Mientras dormita, no hay ni rastro de aquello por lo que está pasando ahora mismo. Lo único diferente, lo único que podría delatarlo, son las oscuras ojeras bajo sus ojos, pero ni siquiera su expresión es cansada, no hay dolor en su mueca, ni sufrimiento en su mirada.

Dejo de dibujar y alargo los dedos para retirar un mechón oscuro de su frente.

No sé qué hacer.

Estoy perdida.

Lena

Capítulo 46

Hoy también me he saltado las clases. Cuando Kenny me ha preguntado, me he hecho la loca y he alegado desinterés y pereza. Lo cierto es que no quería alejarme de él.

Ayer pasó una noche terrible. Se acostó pronto, pero ni siquiera sé si durmió un poco en toda la noche. Al principio, me acosté a su lado, pero acabó echándome de su cuarto bien entrada la madrugada cuando se hizo evidente que teniéndolo al lado yo tampoco dormiría.

No es que a mí me importase, pero por la forma en la que me increpó e insistió para que me largara le creí perfectamente capaz de intentar levantarse para echarme él mismo y decidí no tentar a la suerte.

Aun así, tampoco he dormido mucho en mi cuarto. ¿Qué esperaba? Saber que él estaba al lado, incapaz de dormir por el dolor y el hormigueo de sus piernas, no me dejaba conciliar el sueño.

Al final, me he levantado temprano para hacer el desayuno y he decidido no ir hoy a clase. No tengo fuerzas y, además, no creo que fuese capaz de concentrarme. Mi cabeza estaría en otra parte; lejos, con Kenny.

El día no ha ido mucho mejor que la noche. No quiere tomar demasiados analgésicos, porque lo atontan, y los que toma no son suficientes para mitigar el dolor durante mucho tiempo.

En los últimos días he dejado bastante claro que no se me da bien medir mi preocupación. Sé cómo se siente al respecto, sé que quiere que confíe en él y en su criterio, pero no puedo evitar hacer preguntas que lo exasperan y me cuestan más de un grito.

Para cuando se acerca la hora de cenar, yo ya no aguanto más. Sé que se va a enfadar, pero necesito preguntar, que me hable, asegurarme de que no hay nada que podamos hacer.

Me acerco a su cuarto, del que apenas ha salido un par de veces en todo el día. Después de comer hemos intentado ver una peli en el sofá, pero la

hemos dejado a la mitad cuando era evidente que él no la estaba disfrutando.

Me asomo a su cuarto y procuro que mi rostro no refleje el violento torbellino de sensaciones que asolan mi interior. Kenny está sentado en la cama, rodeado de hojas que ha ido arrancando de su cuaderno de dibujo; algunas a medio pintar, otras demasiado arrugadas.

Su habitación parece mucho más caótica que antes. Hay botes de pastillas y restos de la comida que no ha sido capaz de terminar en el escritorio, lápices tirados por cada rincón del cuarto y decenas de papeles cubriendo el edredón de su cama.

Este caos, sin embargo, no me gusta. Hay algo imponente y sobrecogedor en él que me aterra. Ver a Kenny así me destroza y, cuando alza su mirada ojerosa hacia mí, no puedo reprimir un estremecimiento.

—¿Cómo estás? —pregunto, prudente.

—Bien. Estoy pensando en correr un Ironman.

A pesar de su expresión antipática, que tenga ganas de bromear me arranca una sonrisa, y decido acercarme hasta él para sentarme a su lado.

Le quito el cuaderno de las manos con delicadeza y observo lo que está haciendo. Los trazados son hoscos, precisos e intensos. Está dibujando con mucha rabia.

—Te está quedando bien.

—Me está quedando como una mierda —replica.

—Eh —protesto, y le devuelvo el cuaderno, aunque él lo desecha y lo deja a un lado—. Está genial.

—Si tú lo dices... —contesta, exasperado.

—Quizá deberías descansar un rato.

—Tienes razón, mejor me tumbo en la cama —responde, ácido, y extiende los brazos para recalcar sus palabras.

Suspiro, pero no dejo que su antipatía me afecte. Últimamente me he acostumbrado a su acritud y a sus subidas de tono. También he asistido a un par de peleas entre los hermanos Nordskov que no han terminado demasiado bien para Erik.

Cuando se lo propone, Kenny puede hacer mucho daño, y todavía no le ha perdonado que no volviese a París. Creo que se siente mal, culpable, y sus malos modos con Erik no son más que un reflejo del cabreo hacia sí mismo.

Nosotros también discutimos, pero procuro ser indulgente, comprensiva, no preocuparme en exceso o, mejor dicho, fingir que no estoy preocupada en exceso. Ahora necesita a alguien a su lado, alguien que desempeñe un papel que ni sus padres ni su hermano pueden cumplir, y, si tengo que aguantar un par de gritos y unas cuantas irracionalidades, lo haré.

Él haría lo mismo por mí.

—¿Qué quieres cenar? —pregunto, cambiando de tema.

—No voy a cenar.

—Sí que vas a cenar —replico, intentando sonreír.

Kenny no tiene ganas de bromear. Sacude la cabeza y me dedica una mirada de advertencia.

—No tengo hambre.

—Si no cenas, te irás a dormir con el estómago vacío y te sentirás aún peor —le explico, con dulzura.

—Qué suerte que hoy no tenga pensado dormir —contesta, esbozando una sonrisa amarga.

—Kenny... —murmuro, desesperada—. Sé que estás... cabreado. Sé que todo esto te desquicia, pero tienes que intentar salir de este bucle. Quiero ayudarte, quiero... —No llego a terminar la frase, pero alzo un brazo hacia su rostro para apartar un mechón de su frente.

Él me aparta la mano sin contemplaciones y sacude la cabeza despacio.

—Déjame en paz, Lena. Por favor —pide. La ira vibra bajo sus palabras.

Aprieto la mandíbula y me obligo a mí misma a ser fuerte. Es frustrante y desesperante.

—No voy a dejarte en paz —le digo, con suavidad—. Si no quieres cenar, vale. Si quieres pasar la noche en vela, de acuerdo. Pero me quedaré contigo.

—¿No vas a salir con Nuria? —pregunta, de pronto.

Su pregunta me desconcierta. Frunzo el ceño y sacudo la cabeza.

—No. No he quedado con ella.

—Hace mucho que no quedas con ella —observa, serio.

Me encojo de hombros, tratando de restarle importancia. Lo cierto es que no entiendo qué importa eso ahora.

—Llámala y sal por ahí.

Se me escapa una risa, aunque no sé de dónde ha salido. No tengo muchas ganas de reír.

—¿Es que quieres librarte de mí?

—Sí —contesta, tan brusco que esta vez no puedo evitar que cierta punzada de dolor se refleje en mi expresión.

Kenny me observa unos instantes, cierra los ojos y se pasa la mano por el pelo.

—No. No es eso —rectifica—. Pero tengo la sensación de que estás dejando de hacer cosas para quedarte conmigo.

—No es cierto —contesto, con tranquilidad—. No te preocupes por eso. Hay temporadas en las que veo menos a Nuria, tenemos nuestras rachas y, además, hoy no me apetece salir. No es por ti, créeme.

—¿El día que cancelaste el plan en su casa tampoco fue por mí? —pregunta, combativo.

Parpadeo, intentando adivinar de qué narices habla.

—¿Cómo sabes tú eso? —inquiero, sorprendida.

Kenny no responde. Su rostro sigue contraído en una mueca de disgusto, dolor y apatía, pero no necesito atar muchos cabos para comprenderlo. No creo que se lo haya contado Nuria, así que...

—¿Has cogido mi teléfono?

—¿Has cancelado un plan para quedarte en casa sin hacer absolutamente nada? —contraataca, con tono de acusación.

Sostengo su mirada azul durante unos instantes. Me contempla con severidad, sin titubear, y yo acabo desistiendo. Mentir no tiene ningún sentido.

—Primero, no me parece bien que husmees en mi móvil. Y, segundo, me quedé en casa porque prefería estar en casa.

—¡Mierda, Lena! —brama, verdaderamente molesto.

—¿Ahora también vas a decirme lo que prefiero? —bromeo, con dulzura.

Él no tiene ganas de ponerse tierno. Sacude la cabeza, frustrado.

—¿Tú también vas a empezar como el imbécil de mi hermano?

—No me gusta que hables así de él —le digo, empezando a enfadarme también—. Erik solo se preocupa por ti. Es un trozo de pan y tú no haces más

que insultarlo. Solo quiere estar a tu lado.

—Deja de decir gilipolleces —escupe.

Frunzo el ceño. No me puedo creer que acabe de hablarme así. Cierro los ojos, pienso en sus piernas, en su dolor... En lo mal que lo está pasando.

«No está enfadado contigo, está enfadado consigo mismo», me recuerdo, una y otra vez.

—Voy a olvidar que me has hablado así —le hago saber, tranquila—. Porque sé que estás mal. Pero te estás pasando de la raya.

Kenny aprieta los puños y murmura algo por lo bajo. Suelta un resoplido, incrédulo, y sacude la cabeza. Parece desconcertado.

—Es que... No entiendo... No entiendo cómo sois así —suelta.

Ya no grita, pero su voz sigue sonando áspera, cargada de amargura. Y a mí no me gusta el rumbo que está tomando todo esto.

Me planteo hacerle caso, salir pitando de aquí, encerrarme en mi cuarto, poner a Halsey a todo volumen y perderme en algún dibujo. Pero se lo prometí a su hermano, le prometí que estaría ahí para él y, aunque todavía no lo sepa, me necesita.

—No hay nada de malo en querer estar contigo cuando estás pasando un mal momento. A mí también me gustaría que hicieras lo mismo por mí.

—Un día —suelta—. Tal vez, dos. Pero apuesto a que no te gustaría que dejase toda mi vida para sujetarte de la mano mientras te mueres.

Siento como si me hubieran dado una patada en el estómago. Tomo aire y busco qué responder a eso. No sé ni por dónde empezar. Decido obviar la parte más dolorosa, porque no quiero discutir sobre eso; ni siquiera quiero pensarlo.

—Kenny, no he dejado toda mi vida de lado por ti. He plantado a Nuria, una vez.

—Eso es lo que yo sé. Podrías haber cancelado muchos planes más. Ya no sales tanto, ni siquiera quedas con tu grupo de estudio.

—Porque no tengo que estudiar.

—Sí que tienes que estudiar. Necesitas buena nota para las becas del último año. También te has estado saltando las clases. ¿Te crees que soy tonto? Me doy cuenta de esas cosas.

Niego con la cabeza. No se me da bien mentir y me da miedo abrir la

boca y meter la pata.

—Estás empezando a hacer lo mismo que hace Erik. Las clases, los amigos... ¡Ha dejado a su novia en París! ¿Es que no te das cuenta? No es sano, es enfermizo.

—Estás exagerando —contesto, intentando que su tono de voz no me afecte—. La gente se salta clases simplemente porque no le apetece. No me parece mal saltarme un par para estar con...

—¡Por favor! —vocifera, fuera de sí—. ¿Te estás oyendo? ¡Me estás dando la razón!

—Es que tienes razón en algo; quiero estar contigo cuando me necesites.

—¡No te necesito! —suelta—. ¡No te necesito, joder! ¡No os necesito a ninguno! Puedo entender lo de mis padres, incluso lo de Erik. Es mi hermano y no me queda otra que soportarlo. ¡Pero contigo no puedo! ¡No puedo, Lena! Tienes que parar. Tienes que parar ahora —dice, atropelladamente—. Para. Ya.

Me quedo sin aliento. A pesar de todos sus desaires durante estas semanas, nunca lo había visto tan fuera de control. Su respiración agitada hace que su pecho se mueva arriba y abajo con brusquedad. Tiene la mandíbula tensa y sus puños se han crispado sobre el edredón.

—Quiero... —murmuro, pero no me permite terminar.

—¡No! Esto no va de lo que tú quieras. Va de lo que quiero yo. ¡Y quiero que te largues! ¡Ahora!

Me quedo helada. Trago saliva, petrificada. Abro la boca para decir algo, pero ni siquiera sé qué.

—¡No te necesito! ¡No quiero que estés aquí! —grita, fuera de sí—. ¡Lárgate de mi cuarto! ¡Ya!

Tardo unos instantes en responder. Durante ese lapso, el tiempo parece detenerse, y solo escucho el sonido de mi corazón, bombeando sangre a toda potencia por mi cuerpo.

Me arden las mejillas y me escuecen los ojos. Antes de ponerme a llorar delante de él, decido levantarme y hago lo que me pide.

Mi cuerpo actúa solo. Ni siquiera me planteo lo que estoy haciendo. Todavía intento asimilar sus palabras, su dureza, su gesto contraído en una mueca de desprecio, de ira.

Me muevo con rapidez, sin detenerme, como si una parte de mí temiera parar. Un pensamiento cruza fugaz por mi mente. Intento apartarlo, pero es persistente y, para cuando consigo desecharlo, ya es tarde. Ha hecho un rasguño en el muro de contención, un muro que está siendo arañado, desde la oscuridad. Uno de mis monstruos está al otro lado y puedo escuchar cómo araña el muro, agrandando la grieta, intentando que todos los monstruos del armario escapen.

Intento no pensar. Pero es inútil.

Veo los monstruos. Los escucho. Los siento.

Un escalofrío recorre mi espalda. Tengo la boca seca, pastosa. Siento un regusto metálico, pero es absurdo. No hay sangre... Una imagen me asalta, un pensamiento, una sensación, ese mismo sabor metálico.

No puedo recordar. No puedo pensar.

Mi corazón late a toda velocidad, desbocado. Temo que en algún momento deje de respirar, que se me olvide, que no sea capaz de seguir el rápido movimiento que exige mi pecho.

Me siento abrumada, agobiada. Y, antes de darme cuenta, me veo en medio de la calle.

El frío de la noche me golpea la cara y yo agradezco esos agujonazos helados porque están consiguiendo traerme de vuelta. Me esfuerzo por dejar la mente en blanco, por no pensar más que en el frío que se adueña de mí poco a poco.

Esto es absurdo. Yo estoy siendo absurda.

Tengo el control. Siempre lo he tenido. No puedo dejar que mis emociones me controlen.

Cuando por fin soy consciente de que he bajado las escaleras a toda velocidad y me encuentro en la calle, sin móvil, ni abrigo, me digo que necesito un plan. Hoy no puedo volver a casa.

Lena

Capítulo 47

Hoy es uno de esos días tristes en los que sabes que no va a salir el sol por mucho que lo desees.

De camino a casa me he encontrado las aceras mojadas y el cielo nublado, cubierto por un denso manto de nubes espesas y oscuras. Ha amanecido hace un rato, pero el ambiente en casa es lúgubre.

No hay ninguna luz encendida y la que entra por las ventanas es muy pobre.

Cuando paso por delante de mi habitación, me encuentro a Kenny allí, sentado en el borde de la cama. La silla de ruedas está en una esquina y las muletas a su lado.

Me pregunto cuánto tiempo llevará ahí, esperándome.

Alza la cabeza cuando me ve llegar y podría jurar que he visto algo parecido al alivio surcando sus ojos, pero es breve. En ellos, ahora no hay más que tristeza y gravedad. Quizá, un poco de culpabilidad.

Yo también me siento culpable.

Me acerco a él y, antes de que pueda decir nada, lo suelto:

—Siento haberme marchado. Lo siento mucho.

Kenny sacude la cabeza.

—Es lo que te pedí. No te disculpes.

—Aun así...

No me deja terminar; me interrumpe.

—¿Dónde has estado?

—En casa de Nuria.

Recuerdo la cara que me dedicó mi amiga cuando llamé a su puerta con apenas un jersey finísimo, en chándal y con unas zapatillas que habían visto tiempos mejores. Sin embargo, no dudó en abrirme la puerta de su casa.

He pasado la noche con ella, resguardándome bajo su cariño, bajo su comprensión. Y la verdad es que estar a su lado me ha hecho sentir mejor de

lo que esperaba. Esta mañana le he dado las gracias, le he prometido que se lo compensaría con una comida y le he dado un beso antes de marcharme.

Nuria es una buena amiga.

—Te fuiste sin el móvil.

—Lo sé. No pensé en lo que estaba haciendo.

Kenny asiente y, durante un instante, vuelvo a ver alivio en sus ojos claros, y yo también me siento profundamente aliviada por estar ahí con él, por haber vuelto a su lado, por poder abrazarlo.

Me inclino sobre él y rodeo su cuello con los brazos. Me dejo embargar por ese aroma, por esa leve descarga que recorre mi piel cuando sus dedos se posan en mi espalda y me acerca a él. Escucho cómo inspira cerca de mi cuello; su aliento me hace cosquillas en la piel.

Sin embargo, el abrazo no dura demasiado.

Él me aparta de su lado y se pone en pie con torpeza, apoyándose en sus muletas. Esta vez, no le pido que se quede sentado. No quiero que se arme de nuevo.

Se planta frente a mí y me mira desde arriba con expresión seria, con los ojos tristes y cansados y el semblante ensombrecido, apenado. Me pregunto dónde oculta esa sonrisa auténtica que tanto me gusta. ¿Es tan profundo el dolor que no me deja verla?

—Tenemos que acabar con esto —suelta, de pronto, con gravedad.

—Yo tampoco quiero seguir discutiendo. Y menos así. No...

Alza una mano para interrumpirme, pero vuelve a apoyarse en la muleta enseguida. Todavía no entiendo qué hace de pie.

—No me refiero a eso, Lena. Quiero decir que tenemos que acabar con lo nuestro.

Tardo unos instantes en asimilarlo. Luego, siento cómo me quedo sin aire en los pulmones.

—¿Qué? —atino a decir, perpleja.

—No va a funcionar.

—Pero... —Si no estuviera tan desconcertada, quizá sería capaz de defenderme, de defendernos a los dos. Pero estoy fuera de juego.

—Es mejor que dejemos esta aventura aquí.

—¿Por qué? —me rebelo. Me niego a creer que hable en serio. Puede

estar molesto por haberme largado de casa, pero esto es demasiado—. Te he dicho que sentía haberme marchado así. Tienes derecho a enfadarte. Pero eso no es motivo para...

—No estoy enfadado, Lena. —Suspira y por la mirada que me dedica sé que habla en serio. No está molesto. Entonces, ¿qué le ocurre?

Lo miro, perdida y desorientada.

—Tenías todo el derecho del mundo a marcharte. Fui un capullo. Soy un capullo —añade.

—No. No lo eres. Es el dolor; el dolor hace que...

—Por favor, escúchame —dice, impaciente—. Esto que tenemos... No va a seguir funcionando más tiempo. De hecho, dejó de funcionar hace días.

Mi corazón tiembla como una hoja mientras intento asimilar sus palabras. No puede estar hablando en serio. No puede creer de verdad lo que dice.

—Esto se acabó —sentencia.

Doy un paso adelante. Me niego a creerlo. Tomo su rostro entre las manos con ternura y sacudo la cabeza. No pienso dejar que haga esto. No pienso dejar que lo destruya todo. Sé lo que siento y lo que siente él. Jamás he estado tan segura de algo en toda mi vida y pienso luchar para hacer que él también lo vea.

—No voy a dejar que me echés de tu lado, Kenny —le digo, intentando sonreír.

Rozo su mejilla con los labios, sin llegar a besarlo, y tiro un poco de él para que acerque su rostro al mío. Él se deja hacer. Puedo sentir su respiración agitada, los latidos de su corazón contra mi propio pecho. Su nariz me hace cosquillas en la mejilla, sus labios acarician mi piel.

Se queda quieto y yo cierro los ojos para disfrutar de su cercanía, de su olor.

—Te quiero —susurro.

Siento cómo se tensa cuando me escucha. Yo misma me inquieto. Ni siquiera he pensado en lo que diría, ni siquiera sabía que iba a decirlo hasta que esas dos palabras han abandonado mi boca. Pero es así. Es lo que siento y no me arrepiento de que lo sepa.

—Te quiero —repito, esta vez consciente de lo que digo.

Él coge aire.

—No puedes quererme —responde—. Esto no va a funcionar.

Trago saliva.

—Pero tú también me quieres a mí —le digo, bajito, armándome de valor.

Una pausa.

—Eso es mentira.

Pego mi frente a la suya. Nos quedamos así, contemplándonos. Tengo el corazón en un puño y hace rato que he dejado de respirar. Contengo el aliento, expectante, aguardando a que diga algo más, porque esto..., esto no puede acabar así.

—Me necesitas y yo te necesito a ti. Yo te apporto caos y tú me das serenidad. Quiero... quiero seguir como hasta ahora y sé que tú también. Te gusta sentarte a dibujar conmigo, pasear durante horas incluso si hace frío, leer un libro en la oscuridad de la noche... —Hago una pausa. Los ojos me escuecen—. Me quieres —repito.

Mi voz suena cada vez más débil, más apagada, y soy consciente. Mi corazón late desbocado y no soy capaz de controlarlo. Kenny cierra los ojos con fuerza bajo mi atenta mirada y, durante un instante, me embarga la esperanza.

—No —contesta.

La magia se quiebra, la ilusión se deshace. Kenny se aparta de mí con lentitud, como si a él también le costara. Inspira profundamente, sin apartar la mirada de mí, y me mira con tristeza.

—No te quiero, Lena. Lo siento. De verdad... Ojalá pudiera —me dice, apesadumbrado—. Pero no puedo, no puedo quererte.

Me quedo inmóvil mientras unas garras heladas oprimen mi corazón con violencia.

—¿Y qué ha sido todo esto? —pregunto, con voz temblorosa.

—No. Mierda, no llores —me pide, con dulzura, preocupado—. Siento que esté pasando esto, siento haber dejado que llegáramos tan lejos. No sabía que estabas pillada por mí.

La tristeza da paso a la incredulidad. Miro a Kenny de hito en hito, intentando encontrar en él algo del Kenny que yo conozco, porque este que

tengo delante no es él.

—¿Cómo no ibas a saberlo? —inquiero, conteniendo las lágrimas.

Aprieto los puños.

—Creía que estaba claro que iba a ser una aventura.

Volvemos a quedarnos en silencio mientras yo intento encontrarle sentido a todo esto.

—Y ya no podemos sostener esa aventura —añade, alzando una de sus muletas y esbozando una sonrisa sin ganas.

Kenny da un paso hacia mí. En algún momento he debido de alejarme, porque tiene que volver a salvar el espacio que nos separa. Estando así de cerca, puedo sentir su respiración sobre mi rostro cuando se inclina sobre mí.

—No hay excusas para esto. Siento haber dejado que todo fuera tan lejos, siento haberte dejado creer que teníamos algo más que una amistad, que un par de...

—¿Polvos? —le ayudo a terminar, con amargura.

—Lo siento. Sé que estoy siendo un capullo. Mierda. No quería que pasara esto —dice, verdaderamente preocupado.

No sé qué decir o qué hacer. Todavía estoy tratando de asimilar cómo hemos llegado a este punto, qué pasos hemos dado para llegar a él, en qué momento del camino tomamos la nefasta decisión que nos trajo hasta aquí.

—¿Y ahora qué? —pregunto, descolocada.

—Voy a volver al hospital. Quedarme aquí ya no es práctico, ni seguro —responde.

Asiento con la cabeza y me quedo mirando mis pies, mis zapatillas viejas.

—¿Me odias? —inquiere, al cabo de un rato.

Alzo la vista hacia él. Intento deshacer el nudo de emociones que se agolpan en mi garganta, buscando la respuesta. Sin embargo, no es odio lo que encuentro.

—No.

—Sé que ahora mismo estarás... enfadada, pero no quiero que dejemos de vernos. Yo... —Suspira largamente—. Probablemente me convierta en la persona más despreciable del mundo por pedirte esto. Pero, dada mi situación, no puedo evitar ser egoísta. —Hace una pausa, dándome tiempo

para que asimiles sus palabras—. Eres mi mejor amiga, Lena. No quiero perderte.

Las lágrimas vuelven a pugnar por salir. No miente, ni se hace el duro. La sinceridad de sus ojos, la preocupación en su semblante, despejan toda duda que pudiera albergar sobre sus verdaderas intenciones. Tan solo me dice la verdad, directa y brutal. Puede que haya estado viendo algo que él no veía, algo que yo quería ver. Ahora sé que me dice la verdad, que no me quiere, y que por eso yo no debería quererlo a él. Me duele el pecho, me escuecen los ojos.

También le creo cuando dice que no quería hacerme daño, que se siente mal y que me necesita.

Quizá lo único que quiera hacer ahora sea salir corriendo, volver a refugiarme en los brazos de Nuria. Quizá no pueda pensar en otra cosa que en el daño que me está haciendo, en las ganas que tengo de llorar... Pero me necesita. Y eso es lo único que importa ahora.

—No vas a perderme —respondo, tajante, y sueno mucho más convencida de lo que en realidad estoy.

—¿Vendrás a visitarme?

Procuro asentir, esbozando una sonrisa que duele demasiado.

Kenny me contempla con tristeza. Empiezo a odiar la forma en la que me mira.

—Eh... —murmura, alzando un brazo hacia mí para acercarme a su pecho.

Tal vez en otro momento un abrazo de él habría resultado reconfortante, pero ahora no es agradable, me hace sentir incómoda. Me zafo de él con suavidad, para no desequilibrarlo, y doy un par de pasos atrás.

—Necesito darme una ducha —le digo, alejándome de él.

—Lena, lo siento.

Un cúmulo de sensaciones encontradas baten las alas con fuerza en mi interior. Lo odio, lo quiero. Lo necesito cerca, lo quiero lejos.

Me encierro en el cuarto de baño y decido que lo mejor que puedo hacer ahora es dejar que el agua me caliente, que se lleve el nudo de mi garganta, la sensación de opresión en el pecho, la turbación que hace temblar a mi alma...

Pero, incluso con la ducha, el dolor permanece ahí, estancado, trabado

en algún rincón de mi interior, férreo e inamovible.
Indestructible.

Lena

Capítulo 48

Ya he estado sola antes en esta casa, pero nunca la había sentido tan vacía.

Hace un par de semanas que Kenny se marchó de vuelta al hospital y su hermano vino para recoger sus cosas. Desde entonces, me inquieta estar entre estos cuatro muros; incluso mi cuarto, mi eterno refugio, me resulta demasiado grande, demasiado frío.

Todo eso cambiará la semana que viene. Nuria ha decidido venirse conmigo. No sé qué le ha hecho cambiar de parecer, porque el alquiler de esta casa sigue siendo más caro que el suyo, pero agradezco que se mude. De no ser así, tendría que haberme marchado pronto; yo sola no puedo hacer frente al alquiler.

Permanezco un rato frente a la habitación de Kenny. Se ha llevado sus dibujos, su material y el edredón manchado. Cuando aún vivía aquí tenía la sensación de que su cuarto era demasiado sobrio. Pero, ahora que sus cosas faltan, me doy cuenta de que había mucho más de lo que creía.

Las cajas de Nuria están apiladas por el suelo. Está empezando a traer todo poco a poco, y pronto nos convertiremos en compañeras de piso.

Hasta ahora, he estado cumpliendo mi promesa. Voy a visitar a Kenny; a veces, apenas me da tiempo de pasarme a saludar; otras, me quedo hasta tarde charlando con él.

Pero es difícil.

Difícil, doloroso y destructivo. Y cada vez me cuesta más ir.

Cada vez está peor y yo todavía no me explico cómo las cosas se han torcido tanto en cuestión de días. Antes estaba bien, mejor que nunca. Podía andar, permanecer horas de pie...Y ahora, con suerte, puede sostenerse un par de minutos.

Está débil, cansado, y cabreado.

Creo que a mí intenta darme una tregua por todo lo que pasó, por haber

acabado de esa forma. Sigo viendo la culpabilidad reflejada en sus ojos cuando me mira y eso es algo que realmente odio.

Con Erik, en cambio, es diferente. Sigue guardándole rencor por estar a su lado, por no haberse marchado a París con Kat, ni siquiera un fin de semana.

He asistido a un par de sus peleas, aunque, en realidad, no discuten mucho. Erik aguanta los gritos y los insultos, estoico, mientras Kenny despotrica contra él o contra todo lo que se le ponga por delante. No hay discusiones, solo broncas descomunales por parte de Kenny.

Creo que puedo atisbar un poco cómo se siente, aunque nadie llegará nunca a comprenderlo del todo. Pero verlo así... Ver cómo hace daño a los que lo rodean y los aparta de su lado me parte el corazón.

Hoy es sábado, así que tengo un poco más de tiempo para estar con él y ya he planeado toda la tarde. La última vez que vine no pude verlo; fui hasta allí, pero no llegué a entrar en la habitación porque Erik me dijo que era mejor no hacerlo. Al parecer, entre todos esos días horribles, hay alguno que es incluso peor. Y entonces, Kenny deja de ser Kenny, solo es alguien que sufre e intenta que las horas pasen rápido, entre analgésicos que lo atontan y hacen que el tiempo corra más deprisa.

De camino a su habitación, Erik me intercepta por el camino. Lleva dos cafés de máquina en las manos y parece esforzarse por mantener la sonrisa cuando es evidente que sostenerla pesa demasiado.

—Hola, Lena —me saluda—. ¿Quieres uno? —pregunta, levantando los vasos de plástico.

—No, gracias. ¿Cómo está hoy?

Subimos las escaleras hacia la segunda planta y nos encaminamos por uno de los pasillos de anodinas paredes blancas y cuadros de paisajes.

—Mejor que ayer. Le alegrará verte —contesta, y yo no puedo evitar arrugar un poco la nariz. Hay pocas cosas que alegren a Kenny últimamente y no sé si mi visita será una de ellas.

Cuando llegamos frente a la puerta de la habitación, me pide que espere y entra él solo. Al salir, lo hace acompañado.

Se trata de una mujer alta y delgada, rubia, que lleva uno de los cafés que subía Erik. Cuando me mira y sonrío, no tengo dudas acerca de quién se

trata.

—Lena, esta es nuestra madre, Julie.

—Encantada —le digo, y se acerca para darme dos besos.

—Me alegra conocerte por fin, Lena —responde, con un acento mucho más fuerte que el de sus hijos—. Erik me ha hablado mucho de ti.

—¿Erik? —me sorprende.

—Sí. Bueno, ya sabes... Kenny no habla demasiado, acerca de nada —contesta, con una sonrisa dulce y entrañable—. Así que Erik se encarga de mantenerme informada.

Asiento y no puedo evitar sonreír también.

—Sé que tú también dibujas. He visto algunos de tus trabajos y tienes talento —afirma, sin tapujos.

—Gracias —contesto, un poco cohibida—. Pero no es nada en comparación con lo que hace Kenny.

—Tonterías —responde, agitando una mano en el aire—. Son estilos diferentes, pero igual de buenos. —Mira a su espalda durante unos instantes y, después, vuelve a mirarme a mí—. Me apena no habernos conocido en otras circunstancias —comenta, pesarosa.

—A mí también —confieso, sincera.

—Pero me alegra que Kenny y tú estéis tan unidos. —Se gira un poco para mirar a Erik, como si esperase algo—. Pareces una buena chica. Me gusta que te tenga a su lado.

Julie se acerca para apoyar una mano sobre mi hombro y oprimirlo con suavidad. Vuelve a dedicarme una sonrisa afectuosa y, después, se vuelve hacia Erik.

—Me voy ya, ¿vale?

Acto seguido, intercambian un par de palabras en noruego y se despide de los dos antes de desaparecer escaleras abajo con el café entre las manos. En cuanto está lejos, miro a Erik.

—¿Tu madre sabe que Kenny y yo ya no estamos juntos?

Erik asiente despacio.

—Sí que lo sabe —responde—. Se lo tuve que contar yo, igual que le conté quién eras —contesta, esbozando una sonrisa de disculpa muy parecida a la de su madre—. No te lo he dicho todavía, pero no te culpo.

Frunzo el ceño, sin comprender.

—No te sigo.

—Sé cómo se está portando Kenny últimamente, es normal que le hayas dado punto y final a lo vuestro. Es mi hermano, pero... a veces se pasa de la raya. Solo quería que supieras que nadie te culpa. Además, estás viniendo a visitarlo, así que...

No dejo que continúe.

—¿Kenny te ha dicho que yo lo dejé? —inquiero, turbada.

—En realidad, no. Pero... ¿no es eso lo que pasó?

—Me dejó él, Erik.

Esta vez, es él quien articula una mueca de incredulidad. Tarda unos instantes en responder, como si intentara adivinar si le digo la verdad o estoy mintiendo.

—¿Te dejó mi hermano? —repito, desconcertado.

Me encojo de hombros y procuro no dejar que hablar de esto me afecte. Intento sonar despreocupada cuando sigo.

—Al parecer no teníamos la misma idea sobre una relación.

Abre la boca para decir algo, pero en lugar de eso tan solo sacude la cabeza, confuso.

—Ese idiota... —acaba murmurando. Hace un amago de darse la vuelta hacia la puerta de su habitación, pero yo lo retengo del brazo.

—No te ofendas, Erik —le digo, con cariño—. Pero esto es entre los dos. Y ya está todo hablado.

Él me mira, dubitativo, pero acaba asintiendo con la cabeza.

—Lo sé. Tienes razón.

Suspira y se pasa una mano por su mata de pelo oscura.

—Tengo que hacer algunos recados y, además, Kenny me ha echado de su habitación hace un par de gritos —confiesa—. Si me necesitas...

—Tranquilo, te llamaré —respondo.

Erik asiente, satisfecho, y se despide para emprender el mismo camino que su madre.

Por fin, me quedo a solas y no dudo cuando empujo la puerta que tengo delante.

Cuando se abre por completo, me encuentro con una escena a la que

empiezo a acostumbrarme. Kenny está ahí sentado, con el móvil en la mano, pero mirando por la ventana.

Ha adelgazado bastante en las últimas semanas y se nota en sus rasgos, que ahora son, quizá, más afilados. Tiene el pelo revuelto y despeinado, tal vez demasiado largo, y dos sombras oscuras rodean sus ojos azules.

A pesar de eso, sigue siendo guapo, tan guapo que quita el aliento.

—Hola —lo saludo, intentando librarme de ese pensamiento—. ¿Cómo estás?

—Cansado —responde, volviendo la cabeza hacia mí lentamente.

Me quito mi abrigo y lo dejo en una silla, en el rincón. Luego vuelvo a coger mi maletín y me acerco con él hasta su cama para sentarme a su lado.

Kenny reprime una mueca de dolor cuando el colchón se hunde bajo mi peso, y trata de ocultarla, pero a mí no me pasa desapercibida. No obstante, no hago ningún comentario al respecto. En lugar de eso, abro mi maletín y arrojo mi material de dibujo sobre la cama.

—No me digas que has venido hasta aquí solo para desordenar mi cuarto —me provoca.

—Pues sí —contesto, esbozando una sonrisa.

Saco mi móvil, busco la lista de reproducción que he preparado de camino en el metro, y dejo que la música suene.

—¿Qué haces? —inquire, observándome de hito en hito.

—Hace mucho que no tenemos una de nuestras tardes —le digo, y siento una punzada de dolor cuando recuerdo la última—. En realidad, desde que viniste aquí no hemos dibujado juntos.

Él ladea la cabeza y me observa. Se frota la nuca, quizá intentando decidir qué responder.

—Últimamente no se me está dando demasiado bien —replica.

—Lo sé y tus seguidores de Samydeanart también. Solo subes fotos y con esa cámara de tu móvil... —bromeo.

Kenny deja escapar una risa que me inunda el pecho y yo le tiendo un lápiz.

—Venga —lo animo—. Vamos a intentarlo.

Kenny vacila. Nuestros dedos se rozan unos instantes mientras sostiene el lápiz, y un escalofrío me recorre la espalda. Lucho por no pensar en sus

dedos de artista rozando mi piel, y en su tacto suave, cálido...

—Está bien —sentencia—. Bajo tu responsabilidad.

Asiento, satisfecha, y me acomodo a su lado mientras se inclina sobre la mesilla para buscar su cuaderno de dibujo.

Pasamos el resto de la tarde aquí dentro, dibujando, charlando, disfrutando de la música o del silencio. Y, durante unos instantes, se me olvida que estamos en el hospital, que ya no puedo besarlo si me apetece o que estaría mal acurrucarme en su regazo.

Hoy ha sonreído más de lo habitual; estaba mejor. Y es precisamente en estos momentos cuando más se parece al Kenny que yo conozco, cuando más duele estar cerca de él sabiendo que lo nuestro no puede ser.

Por fin comprendo por completo lo que dijo Kenny acerca de enamorarse, cuando me deseó un amor turbulento, tan intenso que no pudiera comer, pensar, ni dormir. Por fin, lo siento en cada fibra de mi ser, en cada rincón de mi alma.

Estoy locamente enamorada de Kenny Nordskov y profeso por él esa clase de amor que acaricia la locura.

Pero él no siente lo mismo y me aterra pensar que jamás lo hará, mientras que yo aún no sé cómo deshacerme de este sentimiento.

Nunca me había sentido así y, para una vez que me enamoro por completo, lo hago de la persona equivocada, de alguien que no me ve como yo lo veo a él.

Tal vez, debería estar enfadada con él por dejar que esto pasase. Pero los besos de Kenny han calado tan hondo en mí que empiezo a entender que todas esas cosas que creía ver entre los dos no eran más que una forma idealizada, distorsionada, de ver la realidad.

Él nunca habló de compromiso, ni siquiera de una relación. Jamás me dijo que me quería, o que me necesitara de la forma en la que lo necesitaba yo.

No ha sido su culpa. Ha sido la mía; solo la mía.

Kenny

Capítulo 49

Lena y Erik se parecen tanto...

Los dos son dulces, tiernos e inocentes. No hay maldad en Erik, ni siquiera una pizca de desconfianza, y lo mismo pasa con Lena.

Ayer arrastré a Erik conmigo al aeropuerto, para «ver despegar los aviones» y él se lo tragó. Me llevó sin apenas hacer preguntas, con una sonrisa estúpida en el rostro, sin intuir siquiera que podríamos estar yendo al aeropuerto por otro motivo. Hasta que señalé a la parisina, despistada y perdida, buscando la salida en la zona de abajo, no entendió qué hacíamos allí.

Hace unos días la llamé. Es bastante obvio que, si Erik no ha sido capaz de viajar un solo fin de semana para estar con ella, tampoco se irá a pasar el verano a París como se prometieron. Y conozco lo suficiente a Kat como para saber que no aguantará otros dos meses sin verlo, tal vez más. Han estado más tiempo separados que juntos, y esos dos no se lo merecen.

Así que le dije lo que había, le conté qué había gastado mi último cartucho y que ya no tenemos plan B. Esto es lo que hay, el final del plan Z. Cada día estoy más jodido. Aunque haya momentos en los que me duela menos, sigo sintiendo que estoy mal, que hay algo dentro de mí que no está bien, algo que crece y me consume, que se alimenta de mi energía para llevarme por completo algún día; pronto.

Después de hablar con ella, Kat me devolvió la llamada y me dijo que vendría. Ahora, por lo menos, mi hermano la tiene cerca. Sigue preocupándome que no sea capaz de alejarse de mí, de dedicarse a vivir su vida, pero algún día tendrá que aprender. Solo espero que ese día Kat siga a su lado, porque esa chica es el amor de su vida.

Durante estas dos semanas ella no ha visitado mucho el hospital. Si fuera por Erik habrían tenido todas sus citas románticas aquí dentro, pero en eso no he admitido réplica. Le he obligado a salir fuera, a no estar aquí más

de veinte minutos al día, aunque con esto último todavía tenemos peleas.

Ahora sonrío.

No sé qué es más divertido, si Lena intentando hablar con Kat en francés o ver a la parisina practicando su castellano.

Erik está muerto de la risa en una esquina, igual que cada vez que estas dos se encuentran y parecen tener intención de hablar sobre el origen del universo.

A pesar de que no entiendan la mitad de lo que se dicen, se llevan sorprendentemente bien, y verlas charlar es todo un espectáculo. No sé por qué se esfuerzan tanto, ambas hablan bien inglés, pero apenas se pasan a esa lengua.

—Voy al baño —dice Kat, esta vez en francés y todavía riéndose, y sale disparada por la puerta con aire alegre.

—Tus veinte minutos de hoy ya han pasado, hermanito —le aviso a Erik.

—¿Esto es una cárcel o algo así?

—Ya sabes cuál es el trato. Llévatela por ahí, haz algo. —Me vuelvo hacia Lena, que está apoyada a los pies de mi cama—. Eso también va por ti. Sal por ahí con Nuria, vete a casa a estudiar o lárgate con ellos. Kat y tú os lleváis bien, podéis hacer algo juntas.

Lena sacude la cabeza con violencia. Se dobla sobre sí misma para rebuscar en su bolso y saca un cuaderno con apuntes.

—En casa no me concentro. Nuria no me deja —dice, segura, aunque quizá mienta—. Te guste o no, me voy a quedar aquí.

Suspiro y le dedico una mirada de advertencia, pero ella me ignora deliberadamente y se tumba en la cama mientras sus ojos vuelan por encima de las líneas de sus apuntes.

—Tú te vas —le hago saber a mi hermano.

—Mamá se va a pasar enseguida, estoy esperando.

—¿Esperando a qué?

Erik hace un gesto mientras señala la puerta con la cabeza.

—Kat. Quiero que la conozca.

Enarco las cejas, sorprendido.

—¿Kat lo sabe?

Erik esboza una sonrisa de disculpa y a mí me entra la risa.

—Te va a partir la cara, chaval.

—Es probable —admite—. Pero correré el riesgo. Voy a buscar a mamá para avisarle de que Kat está aquí. Tú intenta que no se vaya muy lejos, ¿de acuerdo?

Asiento, aún divertido, pensando en la paliza que le va a dar la parisina cuando se entere de que esto es una encerrona.

Erik sale de la habitación apenas unos minutos antes de que Kat vuelva y se deje caer a mi lado.

—¿Qué estudia? —me pregunta, señalando a Lena con la cabeza.

Esta, aludida, alza la vista hacia nosotros y le da una respuesta ininteligible en francés, lo que le arranca una risotada a Kat.

—Estupendo —contesta, aunque estoy bastante seguro de que ella tampoco ha entendido una palabra.

Nos quedamos así un rato hasta que es Lena la que se levanta para ir a buscar algo de comer. De nuevo, su intercambio para adivinar qué es lo que le pide Kat es todo un espectáculo.

En cuanto nos quedamos a solas, Kat se aparta de mi lado para sentarse frente a mí y su expresión risueña se transforma.

—¿Por qué eres tan capullo? —me espeta.

Alzo las cejas.

—Eh... —protesto, fingiéndome ofendido.

Lo cierto es que necesito mucho más para ofenderme, y más viniendo de Kat, que sé cómo es.

—He estado siguiendo tus dibujos, ¿sabes? —me hace saber, malhumorada—. Sé el rollito que os trajisteis Lena y tú.

—No tienes que creerte todo lo que lees en internet.

—Me lo confirmó tu hermano.

—Él tampoco debería creerse...

Kat alza una mano y me interrumpe.

—Te gusta la franqueza, así que seré directa: me parece que estás cometiendo un error.

—¿Por? —pregunto, a riesgo de que la respuesta, probablemente, no vaya a gustarme.

—Tú me dijiste, una vez que me conocías, que éramos iguales. Y era verdad. Sé lo que estás haciendo —me acusa—. Puede que los demás no se den cuenta, pero yo sé lo que intentas y por qué lo haces. Y es una gilipollez.

—No te sigo —respondo, intentando mantener un aire despreocupado.

—Sí que me sigues —contesta, combativa, sin darme tregua.

Lo mismo que me gusta de esta chica me exaspera.

—He visto cómo la miras, Kenny. No se mira así a una amiga.

Suspiro y me paso una mano por el pelo, cansado. No tengo ganas de discutir, pero Kat no es de las que se callen por un par de gritos. Tengo la impresión de que, si me pusiera borde, ella lo sería aún más.

—Mira, te lo digo con cariño, Kat; esto no es asunto tuyo y no tengo por qué darte explicaciones. Aun así, como sé que eres... persistente, te aseguro que entre Lena y yo no hubo nada más que sexo.

Ella me dedica una mirada escéptica que crispa todos mis nervios y me contengo para no soltarle algo que delate lo mucho que me molesta hablar de esto.

—Entre Erik y yo no había nada más que sexo —responde.

—No es lo mismo.

—Sí que es lo mismo —replica—. Tú también has caído en la paradoja de la Torre Eiffel.

—¿Qué narices es eso? —pregunto, molesto.

—Has construido algo con Lena pensando en derribarlo después. Pero, igual que la Torre Eiffel...

—Ya, ya. Lo pillo —la detengo.

—No la estás protegiendo, Kenny. Solo estás haciendo daño a los dos.

—Es encantador que creas que soy así de tierno, pero te equivocas —le digo, esbozando una media sonrisa.

—Sé que no. Tú fuiste franco conmigo, dijiste que sabes cómo pienso. Yo también sé cómo piensas tú y, además, no estoy ciega. No miras de esa forma a alguien con quien has echado un par de polvos por diversión.

Esta charla empieza a sacarme de quicio. No sé qué más decir para que se calle y me deje en paz. Kat parece muy dispuesta a hacer que admita que tiene razón. No sé qué espera con esto, qué pretende que pase después de que me suelte esta bomba.

Sigue hablando, incansable, machacándome con lo mismo, hasta que me harto.

—Deberías largarte.

Ella suelta una carcajada.

—Sí, claro. Yo no soy como tu hermano. Puedes decirme las burradas que quieras, no pienso moverme de aquí hasta que lo admitas.

—Erik ha ido a buscar a Julie —le suelto, sin dudar.

Su semblante se transforma.

—¿Qué Julie? —inquire, aunque por la forma en la que sus ojos reflejan la más pura inquietud, sé que sabe perfectamente de quién hablo.

—Nuestra madre; ha ido a traerla para que os conozcáis.

—Estás de coña —me espeta, pero yo ya he sembrado la semilla de la duda.

—Claro, quédate para averiguarlo. Además, Erik no sería capaz de una encerrona así, ¿verdad?

Kat sostiene mi mirada, turbada. Se muerde los labios, dubitativa, y acaba poniéndose en pie. Yo me río, sabiéndome victorioso.

—Esto no ha acabado aquí —me advierte—. No hemos terminado de hablar.

—Te la vas a cruzar por los pasillos —le digo, provocador.

Kat me enseña el dedo del medio y sale disparada de la habitación tras descolgar su chaqueta.

Me quedo a solas, encantado de haberme salido con la mía, hasta que Lena regresa con varias bolsas de comida de las máquinas entre las manos.

—No he entendido bien qué quería, así que... —empieza a decir, pero se detiene cuando se da cuenta de que ya no está aquí—. ¿A dónde ha ido?

Me encojo de hombros.

—Al parecer, tenía que hacer algo.

Lena asiente, aunque no parece muy convencida, y se acerca a mí para arrojar su motín sobre la cama y abrir una de las bolsas con comida basura.

Al rato, llegan Erik y mi madre, y ambos dedican la misma mirada a la habitación sin Kat.

—¿Dónde está? —pregunta mi hermano.

—No sé. Se ha marchado.

Erik se pasa una mano por el pelo, frustrado, y deja escapar un sonoro resoplido.

—¿Y no has podido hacer que esperase un poco?

—Ya sabes cómo es. He intentado que se quedara sin que se diera cuenta de lo que pretendías, pero... Cuando a tu novia se le mete algo entre ceja y ceja...

—Ya —contesta, suspirante, y mi madre se apresura a decirle que no importa.

En ese instante me doy cuenta de que Lena me dedica una mirada curiosa, como si me estuviera evaluando, y me pregunto si ella se habrá dado cuenta.

Kenny

Capítulo 50

Esto se acaba.

Lo siento en cada fibra de mi ser, en cada respiración, en cada punzada de dolor.

Sé que me estoy yendo, que algo tira de mí. Y, sin embargo, llevo tantas semanas sintiéndome del mismo modo que ya no sé si es fruto de mi imaginación; tan solo una horrible sensación producto del miedo.

Creía que estaba cansado de luchar; pero, no obstante, no puedo evitar sentir rabia cada vez que pienso en que tendré que irme y dejar todo lo que tengo aquí. No me entristece; más bien, me cabrea. ¿Por qué no pasó todo esto mientras estábamos en París? ¿Por qué no justo cuando Erik y Kat se reencontraron?

Entonces no me habría dolido tanto, me habría ido tranquilo, satisfecho. Habría tenido que dejar atrás a mis padres y a Erik, pero el cuento ha sido el mismo durante casi dos décadas. Siempre han cuidado de mí, del hermano mayor. Me he despedido de ellos tantas veces que ya lo he aceptado, he aceptado decirles adiós. Y, aunque me hubiese apenado por ellos, era algo que ya había asumido. Además de eso, no había nada; solo unas paredes blancas, un centenar de médicos que pasaban a diario ante mis ojos, con pruebas y malos resultados y analgésicos por doquier que no me dejaban pensar.

Ahora es diferente.

Está ella, y todas las cosas que podría haber hecho a su lado; un cúmulo de posibilidades sin explotar, todo un mundo de experiencias que se quedarán sin realizar.

Lena descansa sobre mi pecho, acurrucada a mi lado, con los brazos rodeando mi cintura y el pelo alborotado.

Desde que empeoré, el horario de visitas se ha reducido considerablemente. Y me pregunto cómo ha conseguido que le den permiso

para quedarse aquí fuera de esas horas. Quizá ha tenido algo que ver su preciosa sonrisa, capaz de derretir el polo, provocar un terremoto o detener el tiempo.

En serio, esa sonrisa es capaz de alterar las leyes del universo.

Tiene su pelo cobrizo recogido en un moño que empieza a deshacerse y no puedo evitar deslizar los dedos sobre su sien, atrapando un mechón de pelo. Me pregunto cuánto habrá dormido esta noche si se ha quedado dormida aquí, cuánto habrá dormido en los últimos días.

Seguro que poco.

Hace tres meses que dejé su casa; tres meses sin opciones, sin tratamientos, mientras Erik se dedica a asegurarse de que hemos gastado todos los cartuchos, con llamadas a mil centros médicos, con investigaciones en internet, con la maldita operación de la que no quiero oír hablar como tema de conversación omnipresente.

En ese tiempo, la gente que me rodea ha dormido poco. Lena no es una excepción.

Está hecha polvo y, a veces, me pregunto si no estaré siendo cruel reteniéndola a mi lado después de decirle que no la quería. Sin embargo, sigo creyendo que es mucho más doloroso perder a la persona a la que amas que al capullo que ha jugado contigo.

Mierda. Solo pensar en eso, en su rostro cuando le dije todo aquello, me revuelve el estómago.

—Kenny.

La voz de Lena me saca del trance. Alza la cabeza hacia mí, despacio, somnolienta, y un poco sorprendida.

—¿Me he quedado dormida? —pregunta—. Vaya, lo siento...

Sacudo la cabeza y la agarro del hombro cuando hace un amago de incorporarse. Vuelvo a estrecharla entre mis brazos.

—Quédate así un rato.

Lena guarda silencio, no responde enseguida, pero acaba asintiendo.

Sé que lo está pasando mal, que esto es tan duro para ella como para mí; quizá para ella lo sea más. Yo ya he aceptado qué hay al final de mi camino, o eso creía... Ella todavía lo está asimilando.

Por primera vez en mucho tiempo, siento que los ojos me arden, y me

sorprendo al darme cuenta de que tengo ganas de llorar.

Quiero llorar porque me voy a tener que despedir en el peor momento posible, cuando las cosas iban bien, cuando la he conocido a ella y empezaba a atisbar un retazo de lo que podría ser una maldita vida normal... No, normal no. Extraordinaria. A su lado, habría sido extraordinaria; perfecta.

Aún tengo muchas cosas que hacer.

Aún hay demasiado que tengo que aprender.

Quiero levantarme temprano para ver amanecer y acostarme tarde después de haberme perdido en mil bares. Quiero aprender a conducir, llevar a mi novia al cine, ir al monte, nadar, perderme en algún país lejano.

Sé que la primera vez que he vivido de verdad ha sido con ella. Soy demasiado consciente de ello; tanto que duele y las lágrimas me abrasan los ojos.

La estrecho con más fuerza contra mi pecho.

—¿Estás bien? —pregunta, con dulzura.

—Cuando te tumbas conmigo, duele menos —murmuro.

Escucho cómo se queda en silencio, conteniendo el aliento. Ella también me rodea más fuerte durante unos segundos.

—No me voy a ir a ninguna parte —responde, bajito—. Si me quieres contigo...

—Te quiero conmigo —afirmo, seguro.

Lena intenta volver a incorporarse; puede que haya escuchado cómo me temblaba la voz. Yo no se lo permito porque, entonces, vería mis ojos llenos de lágrimas y haría o diría algo estúpido que seguro que me hace llorar.

—Tengo... tengo que hablarte de algo —me dice, vacilante.

Esta vez, cuando me suelta y se apoya en el colchón para erguirse, no puedo evitarlo. En cuanto lo hace y se sienta a mi lado, me mira y leo en su expresión que está deseando hacer algo para que no llore; algo que, probablemente, consiga el efecto contrario.

Sin embargo, aparta la vista y me sorprende cuando no hace ningún comentario.

—Necesito contarte algo —repite, segura.

—Adelante —la animo, sin tener ni la más remota idea de qué puede haberla puesto tan seria.

—¿Recuerdas que me preguntaste por qué nunca hablo de mi familia?
—pregunta, y yo asiento—. Te dije que era una relación complicada.

Vuelvo a asentir, expectante, y veo cómo Lena se retuerce los dedos, nerviosa.

—Mis padres están divorciados. Vivía con mi madre en Madrid, hasta que me mudé a Barcelona. A mi padre no lo veía mucho y la relación con mi madre se deterioró bastante los años antes de mudarme.

—¿Qué pasó?

Lena coge aire y se agacha para rebuscar en su maletín. Saca su cartera y sostiene un pedazo de papel doblado entre los dedos. Antes de tendérmelo, me mira a los ojos, como si esperase la respuesta a una pregunta que aún no ha hecho.

Alargo el brazo y tomo el papel, que resulta ser una fotografía.

Durante un instante pienso que es ella. Tez blanca, pelo cobrizo, casi pelirrojo, cortado a la altura de la barbilla... Está mirando a la cámara, sonriente. Tiene una sonrisa radiante que le llega hasta los ojos, estrechándoselos.

Pero enseguida me doy cuenta de que no puede ser ella. Detrás de la fotografiada, sentada en un banco con aire distraído y un cuaderno entre las manos, hay otra chica en segundo plano. Tiene unos cuantos años menos, probablemente haya llovido mucho desde que se sacó esta foto, pero la mirada de Lena mientras está perdida, dibujando, es inconfundible.

Recuerdo aquel día que Lena se levantó temprano a dibujar y reconozco en la chica del primer plano a la misma que aparecía en el dibujo que nunca me dejó ver. Se parecían, pero no era ella.

—¿Quién es?

—Mi hermana Irene.

—No sabía que tuvieras una hermana —respondo, sin soltar la fotografía.

Antes incluso de que Lena responda a eso, ya intuyo lo que va a decir.

—Murió.

—Lo siento mucho —le digo, devolviéndole la fotografía—. Aquella vez, cuando estuviste dibujando de madrugada, la estabas retratando a ella, ¿verdad?

Ella asiente y se mira las manos.

Me quedo unos instantes dubitativo, preguntándome si debería decir algo más o si sería demasiado entrometido. Me muero por preguntar, pero esa mirada ausente me está matando. Al final, es ella la que habla.

—Su muerte tiene algo que ver con que no viera mucho a mi padre y también con que no hable de mi madre —confiesa.

—¿Qué ocurrió? —pregunto.

—Mi hermana y yo nos llevábamos dos años, ella era la mayor. Estábamos muy unidas. —Hace una pausa para coger aire y la veo cerrar los ojos durante un momento—. Todo empezó cuando Irene tenía 15 años. Se juntó con gente mayor que ella en el instituto. Empezó a fumar *maría*. Al principio eran un par de canutos de vez en cuando, solo lo sabía yo. Después, empezó a convertirse en una rutina.

»Mi madre la pilló unas cuantas veces. La expulsaron del colegio, empezó a suspender todo, dejó de ver a sus antiguos amigos, abandonó el fútbol... Mi madre lo intentó, intentó sacarla de ese ambiente, pero no llegó a conseguirlo.

»La situación en casa fue una mierda durante dos años. Irene dejó el instituto en cuanto tuvo edad para hacerlo. Se fugó de casa, se metió en tantos líos que la policía nos llamó un par de veces...

»La situación era una mierda. Mi madre no estaba bien, yo tampoco lo estaba. Pagábamos la una con la otra lo que Irene nos hacía. No podíamos hablar, no éramos capaces de entendernos, y con mi padre las cosas no eran mucho mejores.

»El último año Irene empezó a darle a drogas más duras. Y, en el verano antes de que yo empezara la universidad, murió por una sobredosis.

Kenny

Capítulo 51

Cuando sé, por cómo me mira, que ha terminado de hablar, no puedo evitar oprimir su mano con suavidad. Solo entonces soy consciente de que la he tomado en algún instante. No sé en qué momento ha pasado, pero he debido de estirar el brazo hacia ella para rodear sus dedos.

Podría preguntarle por qué no me ha contado todo esto antes, pero creo que ya sé la respuesta.

—Cuando Irene murió yo decidí cambiar de aires. Todo a mi alrededor era tóxico. Mis padres acabaron divorciándose y mi madre me dejó marchar. Cuando decidí que quería venir a Barcelona pensé que tendría mil broncas con ella, pero me dejó ir. Creo que entendió que ambas necesitábamos un tiempo, distancia, para olvidar todo el daño que nos hicimos la una a la otra, y todo el daño que nos hizo Irene.

Asiento, pesaroso.

—No tenía ni idea —confieso, acariciando sus nudillos.

Ella desliza los ojos hasta nuestras manos, pero no la aparta, y me lo tomo como una invitación para continuar acariciando su piel.

Tiene las manos un poco frías.

—Irene y yo estábamos muy unidas; incluso cuando se marchaba de casa durante semanas o cuando se metía en líos. Hasta los últimos meses, cuando se marchó para siempre, fue parte de mi vida; para bien o para mal. —Hace una pausa. La voz le tiembla un poco—. Yo también intentaba ayudarla como mi madre, pero conmigo era diferente. No se tomaba mis intentos por sacarla de ese mundo como un ataque, a mí me respetaba, era buena conmigo... dentro de lo que cabe. Había días que parecía la Irene de siempre. Guapa, alocada, feliz... Esos días eran los mejores, pero después siempre llegaba un mal día, y perderla de nuevo era aún más doloroso. La última vez que la vi pasamos juntas un día increíble. Fue el mejor día de los últimos años. —Sonríe un poco ante el recuerdo, en una sonrisa cargada de

nostalgia—. Nos perdimos por Madrid durante todo el día. Comimos fuera, compramos cosas para cuando empezara Bellas Artes... Nos reímos muchísimo. Tenía una risa contagiosa. Esa noche volvimos tarde a casa. Todo parecía normal, casi normal... Pero, por la mañana, se había ido. Dejó en casa el móvil y sus cosas, y la siguiente vez que supimos de ella había muerto.

—Tuvo que ser muy duro. Lo siento —murmuro, sin saber muy bien qué decir.

—Fue tan duro porque Irene seguía ahí, mi hermana estaba ahí dentro, y yo sabía que ella quería luchar, que quería dejar toda esa mierda atrás... Pero siempre caía, de una forma u otra. Y, cada vez que lo hacía, nos arrastraba un poco con ella.

Siento cómo esta vez son sus dedos los que oprimen mi mano con suavidad y me mira a los ojos con una mirada cargada de intensidad.

—Quienes discutían eran Irene y mi madre, yo solo recibía impactos colaterales. Pero, un día, las cosas se torcieron cuando mi madre todavía no estaba en casa. Irene estaba colocada. Gritó mucho. Me pegó. Y se largó. — Se muerde los labios, con la tristeza embargando su rostro—. El día que me marché de casa, cuando discutimos, nuestra pelea me recordó eso de alguna forma. Me puse muy nerviosa, no quería volver a revivirlo. Por eso me largué.

Asiento, con un nudo en la garganta.

—Siento haberte gritado. Que estuviera mal no es excusa.

—No te lo cuento para hacerte sentir culpable —me asegura.

—¿Entonces? —pregunto, con prudencia.

—Necesito pedirte una cosa.

—¿Qué...?

Lena alza una mano ante mí y no me permite terminar.

—Perdí a mi hermana poco a poco. Empecé a perderla desde que cumplió los 15 años; desde que mi madre y yo intentamos sacarla de ahí y ella no se dejó ayudar. Se fue lentamente y lo peor es que ella lo sabía, sabía lo que se estaba haciendo. Sufría. Mi madre no la entendía, no comprendía que, en realidad, se esforzaba, pero yo sí. Yo sabía que Irene era consciente de que se estaba destrozando la vida. No dejó que la ayudáramos, me quedé

mirando mientras se marchaba.

Sus dedos rodean los míos aún más fuerte. Aprieta la mandíbula antes de hablar.

—Cuando murió estuve en un lugar al que no quiero volver jamás. No puedo, Kenny. ¿Lo entiendes?

Sus ojos brillan, pero su voz suena firme y segura. Siento una gélida punzada en el pecho. Se me hace un nudo en la garganta.

—No puedes pedirme algo que no está en mi mano —le digo, cuando comprendo por qué me ha contado todo esto—. Lena... —susurro y alzo los dedos para acariciar su mejilla. Ella mueve el rostro para prolongar el roce y yo me derrito ante el contacto. Me muero por abrazarla—. Al final, pasará lo que tiene que pasar —le digo, tan suave como soy capaz.

—No tiene por qué pasar —me dice, enseguida—. Kenny, puedes seguir luchando.

Me quedo mirándola de hito en hito, preguntándome hasta qué punto cree lo que dice. Sabía que Lena todavía estaba asumiendo lo que iba a pasar, pero no imaginaba que estuviese en semejante estado de negación.

—Va a pasar. Tiene que ser así —insisto, sin apartar mi mirada de la suya.

—Antes de empezar esta conversación te he dicho que iba a pedirte algo.

—No creo que lo que pides esté en mi mano.

—¿Y si lo estuviera? —pregunta, nerviosa, inclinándose un poco hacia delante—. Si estuviera en tu mano, ¿lo prometerías?

Parpadeo, confuso. Tiene lágrimas en los ojos y me parte el alma verla así. Quiero estrecharla contra mi pecho, envolverla en mis brazos y quedarnos así hasta que amanezca.

—Supongo que sí.

—Promételo —me pide—. Promételo, Kenny.

No entiendo qué es lo que me pide con tanta vehemencia, qué se le está pasando por la cabeza. A estas alturas debe saber que queda poco que esperar ya. Pero no puedo resistirme.

—Lo prometo —le digo, aunque no sé bien para qué estoy dando mi palabra.

Si eso sirve para hacer que su hermosa expresión vuelva a la normalidad, para que sus ojos dejen de brillar de ese modo y el desasosiego abandone su rostro, entonces por mí bien.

—Tienes que operarte —suelta.

—Mierda, Lena —murmuro, cerrando los ojos con fuerza—. No quiero gritarte de nuevo. No quiero que nos enfademos. Por favor, no saques ese tema.

Ella me toma de las manos y me obliga a mirarla de nuevo. Está decidida, hay una ferocidad ardiendo en su mirada que no había visto antes.

—Lo has prometido.

—No te he prometido que me operaría. Sabes lo que opino sobre eso. Lo sabéis todos —le espeto, intentando controlarme.

—Pero has dicho que, si estuviera en tu mano, te quedarías.

Guardo silencio.

—Sí, pero...

—Si te operas, vivirás.

—Conoces los porcentajes —le digo, molesto. Me estoy conteniendo para no estallar, para no volver a hacerle daño, para no dejar que esto se me vaya de las manos—. Es muy probable que no.

—Yo sé que sí. Saldrás vivo, te recuperarás, te curarás. Contigo funcionará.

Se me escapa una risa ácida. Pero Lena no se da por vencida.

—No puedo volver a pasar por lo mismo que con Irene. No voy a dejar que te vayas sin más. Tienes que intentarlo. Tienes que seguir luchando. Siento decírtelo así, pero... ya no tienes nada que perder.

«Tiempo contigo», estoy a punto de decir. Pero no abro la boca.

Los ojos de Lena, más azules que nunca, parecen dos inmensos abismos en los que es difícil no perderse.

—A partir de ahora, te pueden quedar semanas, días u horas —me suelta, y escucharlo de sus labios me inquieta un poco; me duele más de lo que jamás me había dolido un pronóstico, una certeza.

Habla tan serena, decidida... Con los ojos muy abiertos y la mirada fija en mí.

—Si te operas y sale bien... —sonríe, y esa sonrisa llena la habitación

—, tendrás toda una vida para hacer lo que quieras con ella.

—O podría quedarme sin nada —replico, con un nudo en la garganta—. Ni semanas, ni días, ni horas.

Sacude la cabeza, paciente.

—Tienes más que ganar que perder. Si perdieses... solo sería el tiempo que te queda en este hospital. Te he visto ser feliz y sé que eres suficientemente valiente como para reconocer que es mejor la posibilidad de tenerlo todo que la certeza de que el resto de tus días serán como hoy. — Hace una pausa—. Sé que no te gustaría que el resto de tus días fueran como hoy —repite.

No respondo a eso; no sé qué decir. No puedo mentir. Tiene razón y ella lo sabe.

—Me he informado. La operación se hace en Oslo. Solo te pido una noche del tiempo que te queda, una noche que podría decidir el resto de tu vida, Kenny. No te pido más.

De nuevo, me arden los ojos. Trago saliva y aprieto la mandíbula. En realidad, me pide mucho.

Lena se inclina hacia delante. Por un momento creo que me va a besar, pero, en su lugar, pega su frente a la mía y se queda así un rato.

—Kenny... —susurra, y su aliento me hace cosquillas en los labios.

Cierro los ojos con fuerza. Duele pensar en esto, tenerla tan cerca y estar tan lejos al mismo tiempo.

—Antes no tenía miedo a morir —confieso, y siento cómo la primera lágrima se desliza sobre mi mejilla—. Ahora estoy acojonado —digo, con rabia.

—¿Por qué? —pregunta.

«Por ti», respondo en mi cabeza.

Me quedo unos instantes en silencio. Lena se da cuenta de la humedad de mis mejillas y me da un beso muy suave en una de ellas que me acelera el pulso y me oprime las entrañas.

Cuando se separa, vuelvo a mirarla a los ojos. Tomo aire. Siento cómo el miedo asciende por mi garganta mientras busco las palabras.

—Está bien, Lena. Te prometo una noche en Oslo...

No llego a terminar la frase. La dejo en suspenso, sin atreverme a

pronunciar la siguiente parte de la oración.

Entonces, Lena esboza una sonrisa increíble, se lanza sobre mí para rodear mi cuello con los brazos y escucho su risa en mi oído, llenando mi pecho y disipando los rastros del miedo que acechan mi alma.

—Gracias —susurra, agradecida.

Deslizo mis dedos sobre su cabeza y los hundo en su melena, acercándola más a mí, bebiendo de su proximidad y del calor que desprende su cuerpo.

En mi cabeza, continuaría repitiéndose la frase incompleta mucho tiempo después:

Te prometo una noche en Oslo... si tú me prometes todas las noches en cualquier lugar.

Lena

Capítulo 52

No he tenido mucho tiempo para despedirme.

Desde que Kenny dijo «sí», supe que pasaría tarde o temprano; que pronto tendría que marcharse a Noruega. Sin embargo, el tiempo ha pasado mucho más rápido de lo que imaginaba y todavía me cuesta creer que esté aquí, plantada frente a él, a punto de decirle adiós.

Sus padres ya han embarcado, y Erik y Kat le esperan cerca de aquí; lo suficientemente lejos como para dejarnos intimidad, pero sin alejarse demasiado, por si acaso. Aún tiene que pasar unas cuantas pruebas antes de la operación, seguir un tratamiento y prepararse. Pero todo eso tiene que hacerlo allí, y por eso se marchan tan rápido. Ahora mismo, no le sobra tiempo.

—¿Vas a echarme de menos? —pregunta Kenny, medio en broma, y esboza una sonrisilla canalla.

—Muchísimo —respondo, aunque yo hablo en serio.

Durante un instante su semblante se ensombrece, pero dura apenas un parpadeo, y enseguida vuelve a recomponerse para adoptar esa expresión simpática y burlona.

—No mientas —me dice—. Estás deseando perderme de vista.

Sonríó un poco, quizá con tristeza. Estoy sentada frente a él, en uno de los bancos donde la gente espera, y nuestras miradas quedan a la misma altura.

—Me contarás qué tal van las cosas, ¿verdad? —pregunto.

—Por supuesto.

Trago saliva. Sé que miente. Si algo va mal, no me lo contará. Pensar en ello me duele y me aterra al mismo tiempo.

—Creo que tengo que irme —dice, de pronto.

Yo tomo aire, nerviosa. Tengo un nudo en la garganta y hay algo que soy incapaz de contener más tiempo. Sé lo que me va a decir, sé que no quiero escuchar su respuesta, pero tengo que decírselo de todas formas.

—Kenny —le digo, bajando el tono de voz.

Me inclino hacia él y busco su mano, deslizando la mía sobre sus dedos. Él aguarda, expectante, sin apartar sus ojos azules de los míos.

—Si me pides que vaya, iré —le confieso, en apenas un susurro.

Guardo silencio, inquieta, y espero que comprenda, espero que entienda todo lo que no puedo volver a decirle de nuevo.

Una parte de mí sigue aferrándose a la idea de que me está apartando, de que lo que tuvimos durante esos meses no fue un espejismo. Pero recuerdo muy bien sus palabras, la forma en la que me miró cuando le dije que le quería...

—No puedo pedirte eso —responde, arrancándome de mis recuerdos.

Un hálito de esperanza prende en mí.

—Sí que puedes —le aseguro, oprimiendo sus dedos—. Puedes pedírmelo, e iré.

Durante unos segundos permanece callado y mi corazón late a mil por hora. Sin embargo, en el instante en el que aparta la mirada, sé que lo he perdido.

—Es una locura. —Sonríe—. No sé cuánto tiempo va a pasar hasta que me operen..., si es que consiguen operarme. Y en septiembre tú tienes que volver a estudiar y tienes obligaciones, la beca, y...

—Todo eso me da igual.

Él tuerce el gesto. Veo cómo se tensa el músculo de su mandíbula y temo que se haya enfadado.

—No quiero que vengas, Lena.

Se deshace de mi mano para ser él quien la tome y acaricia mis nudillos con el pulgar.

—Yo también te voy a echar de menos, pero puedo apañármelas sin ti. Y tú puedes apañártelas sin mí.

Me muerdo los labios. No sé si tiene razón; ahora mismo me cuesta creerlo. Pero no puedo dejar de pensar que va a pasar por eso sin mí, que no estaré ahí cuando se enfrente a esa noche en Oslo.

Me trago el nudo de mi estómago, las ganas de llorar y las garras heladas que me oprimen las entrañas.

El último intento.

Me armo de valor, apoyo las manos en sus rodillas y me acerco un poco a él para besarlo en los labios; despacio, suave.

Su boca responde y me devuelve un beso que sabe amargo, triste. Y, sobre todo, que sabe a poco.

Me separo de él despacio, sin dejar de mirarlo, intentando adivinar qué se le está pasando por la cabeza; esperando que reaccione, que confiese que todo lo que me dijo era mentira, que no es ningún capullo, que quiere y necesita que vaya con él...

Pero su expresión sigue siendo imperturbable, pétrea y distante.

—Es la hora —me dice, sin apartar los ojos de mí.

Contengo el aliento y las lágrimas que me arden en los ojos, y asiento. Me pongo en pie y echo a andar hacia donde esperan Kat y su hermano, pero Kenny me agarra de la muñeca.

—Lena, no más capullos en tu vida —me pide, apesadumbrado—. Olvídate de los tíos como yo. Mereces mucho más.

Aprieto los nudillos.

—Y tú qué sabrás, Kenny Nordskov —respondo, intentando que la rabia no impregne mis palabras.

—Siento lo que pasó entre los dos, y siento haberte pedido que fueras mi amiga —me dice, tranquilo, mucho más sereno que yo.

Eso me molesta.

—Pero no podía hacer esto sin ti —confiesa, esbozando una sonrisa.

Su pulgar acaricia el hueso de mi muñeca.

—Vas a dejar que me marche y vas a olvidarte de mí. Quizá no ocurra hoy, ni mañana, pero acabará por dejar de doler; te darás cuenta de que no merece la pena. Vas a terminar la carrera y vas a conseguir esa beca para cumplir tus sueños, vas a viajar por el mundo, a seguir siendo una artista... y conocerás a alguien mucho mejor que yo, alguien que te merezca y te haga feliz. Y vas a enamorarte, y un día volverás a verme tan solo como a alguien más. Te darás cuenta de que nunca me quisiste, de que solo éramos buenos amigos.

—¿Es que también vas a decirme lo que tengo que sentir? —le espeto, sin poder controlarme.

Me arden las mejillas y sé qué aspecto deben de tener mis ojos

enrojecidos ahora mismo, pero no puedo hacer nada más que intentar no echarme a llorar.

—No quiero discutir hoy —me dice.

Parece preocupado, realmente dolido. Me mira de la misma forma que me miró la primera vez que me dijo que él no me quería.

—Yo tampoco —admito.

—Quiero despedirme en condiciones —dice, apesadumbrado—. Quizá sea la última vez que...

—Calla —le digo.

Cierro los ojos con fuerza y tomo aire. No puedo plantearme que eso sea posible.

—Nos volveremos a ver —le digo, esbozando una pobre sonrisa—. Te voy a echar de menos, pero no será por mucho tiempo.

Kenny asiente, satisfecho, y no añade nada más.

Nos ponemos en marcha hacia donde nos aguardan y, allí, me despido de ellos con un abrazo.

Ha llegado el momento. Ya no podemos retrasar esto más tiempo. Me repito que debo ser fuerte dos minutos más, solo dos minutos, y me agacho para abrazar también a Kenny. No obstante, él no me permite hacerlo.

Intenta ponerse de pie y se gira hacia atrás para dedicarle una mirada interrogante a su hermano.

—¿Me vas a echar una mano o piensas quedarte ahí parado?

Erik responde acercándose a él, tan confuso como yo. A Kenny Nordskov no le va pedir ayuda, y que lo haya hecho solo demuestra lo mal que está.

Erik lo agarra para ayudar a que se incorpore. Debe de costarle muchísimo, porque apenas es capaz de disimular el gesto de dolor de su cara, pero finalmente lo consigue. Se queda de pie frente a mí, aferrándose al hombro de su hermano con un brazo, y dedicándome una sonrisa.

—Yo también voy a echar de menos tu caos —me dice, y salvo la distancia que nos separa cuando extiende el brazo que le queda libre para rodearme con él.

Entierro el rostro en el hueco de su cuello y lo rodeo con fuerza, disfrutando del último abrazo.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que se separa de mí y acaricia mi mejilla con los dedos. Tampoco sé cuánto tiempo más permanecemos el uno frente al otro sin atrevernos a decir nada más; porque realmente queda poco por decir.

Al final, Kenny se despide y una sensación agridulce me invade. Deseo con todas mis fuerzas que se vaya y se enfrente a su enfermedad. Pero, por otro lado, detesto separarme de él.

Cuando ya se han marchado no me voy enseguida. Me quedo en el aeropuerto un rato, asimilando lo que acaba de pasar y lo que queda aún por suceder.

Oslo · Kenny

Capítulo 53

Llevo media hora mirando las mismas páginas, el mismo dibujo, el mismo texto.

Nunca un retrato de Lena me había salido tan bien; incluso mis preferidos, los que todavía conservo conmigo junto a mi cama, en la mesilla, no son tan buenos.

En este he conseguido capturar su mirada. Y, esta vez, ni siquiera he usado un modelo.

Nos dijimos adiós en verano, hace meses que no la veo y, sin embargo, recuerdo sus rasgos a la perfección: su boca, su nariz, sus mejillas... y también su cabello salvaje e indómito.

Después de que le prometiera una noche en Oslo, todo empezó a suceder a un ritmo vertiginoso.

Mis padres no se lo creyeron cuando les conté que lo haría; y mucho menos Erik, que miraba a Lena como si esperase que le explicara la broma en cualquier momento.

Hicieron llamadas, me metieron en mil pruebas y preparamos el viaje. En apenas unos días, estábamos volando a Noruega para empezar con los preparativos.

El día que me despedí de ella, Lena se mantuvo fuerte. No lloró, ni siquiera flaqueó un poco. Me dio un abrazo que me supo a poco y mi corazón tembló como una hoja cuando me di cuenta de que, tal vez, sería el último.

Desde entonces, hemos estado hablando a menudo, pero escuchar su voz al otro lado de la línea no es lo mismo que tenerla a mi lado, tumbada junto a mí, manchada de pintura o enredada en las sábanas de mi cama.

Ya estamos en octubre, y todavía duele; duele desde aquel día que le dije adiós por una promesa.

Desde entonces, se han encargado de asegurarse de que aún soy un buen candidato. Los médicos son realistas, no estoy en mi mejor momento y mi

estado no juega a mi favor. Por eso, en las últimas semanas su misión ha sido conseguir que recuperase la forma para poder soportar la operación.

Aunque yo esté acojonado, no sé quién está más nervioso, si Erik o yo. A veces, cuando entra en mi cuarto por las mañanas, me mira como si no esperase encontrarme aquí, como si estuviera preparado para afrontar que me he fugado durante la noche; todavía no se cree que estemos aquí y, sinceramente, yo tampoco.

Kat se marchó cuando terminó el verano, aunque mi hermano se quedó aquí. Ahora ella también ha vuelto por la operación, y la verdad es que aprecio el gesto viniendo de Kat.

Sigo creyendo que somos muy parecidos y eso hace que nos entendamos bien. Hay conversaciones demasiado crudas para mantenerlas con Erik, para tenerlas con nadie sin que se eche a llorar. Pero Kat es diferente, Kat está hecha de otra pasta y en los últimos días he estado hablando mucho con ella.

Entra en mi cuarto cuando yo sigo mirando el dibujo y el texto escrito a mano. Mis ojos releen una y otra vez la última línea:

Volvería a cruzar el infierno por un instante contigo.

Es cierto. Es tan cierto que me aterra pensarlo.

—Es preciosa —comenta Kat, tomando asiento a mi lado—. Lena es muy guapa —murmura, mirando el dibujo.

Aprovecho que está entretenida para darle la vuelta al escrito discretamente. No quiero ni pensar durante cuánto tiempo estaría Kat riéndose de mí si llegara a leerlo.

—¿Lo vas a subir?

Sacudo la cabeza con energía, quizá con demasiada energía.

—Subir un dibujo suyo solo la confundiría —le explico.

—O le aclararía las cosas —apunta, con un brillo astuto en la mirada.

Me arrebató el dibujo y lo observa de cerca. Asiente para sí misma, satisfecha.

—Está muy logrado. Deberías subirlo.

Suspiro. Sí que está muy logrado; es uno de los mejores que he hecho y puede que sea el último que haga... Me miro las manos en un acto reflejo. Incluso si despierto, uno de los efectos secundarios es temblor en las manos. Puede que otros pagasen lo que sea por un leve temblor en lugar del dolor de

las piernas, pero si a mí me quitan mis manos...

Decido no pensar en ello.

—Este dibujo se queda aquí.

—Como el resto —señala, pesarosa—. ¿No crees que, quizá, sea un buen momento para confesarte la verdad? Tienes un par de horas antes de la operación —añade, mirando el reloj que cuelga de la pared.

—Todavía sigues con eso.

—La paradoja de la Torre Eiffel. —Sonríe.

—Sí, con esa chorrada.

—Sé que la quieres y tú lo sabes también. La única que no lo sabe es Lena, y creo que se merece saber la verdad antes de la operación.

Suelto una risa resignada y le devuelvo una sonrisa. Desde que empezamos a hablar más a menudo, no falta el día en que me recuerde amistosamente lo bien que me conoce. Sin embargo, yo vuelvo a negarlo, una y otra vez.

No pensar en ello es más fácil.

—¿Dónde está Erik?

—Estará al llegar.

Asiento y nos quedamos unos instantes en silencio. Cuanto más se acerca la hora, más irreal me parece a mí.

De pronto, Kat suelta una risita. Me está mirando mientras intenta contener una media sonrisa y yo me pregunto si se me nota lo acojonado que estoy.

—¿Qué? —murmuro, de mal humor.

—Que estás muy guapo —bromea, y sus ojos vuelan a mi cabeza—.

¿No vas a subir una foto de tu nuevo corte de pelo? —Se ríe.

Sonríe un poco y le doy un codazo. Me paso la mano por mi cabeza rapada; todavía se me hace raro.

—¿Verdad que me queda genial? Es impresionante lo bien que me sienta todo.

Kat bufá y vuelve a reírse un poco. Seguimos hablando un rato hasta que mis padres y mi hermano llegan, y yo me esfuerzo por seguir el hilo de la conversación mientras no puedo dejar de pensar en lo que viene ahora.

Kenny

Capítulo 54

Primera noche en Oslo

—Es la hora —informa uno de mis médicos, de pie junto a la puerta.

Mi madre me oprime la mano con cariño y mi padre se agacha para darme un abrazo. El gesto me inquieta y me cabrea un poco. ¿Está llorando?

—Solo uno de ellos puede acompañarte hasta allí. Los demás estarán fuera, esperando, pero no pueden acercarse tanto —me recuerda el médico.

—Voy yo —sentencia Erik, dando un paso al frente.

Él también está nervioso; puede que más que yo. Veo cómo se tensa el músculo de su mandíbula una y otra vez, y reparo en que tiene el pelo despeinado de pasarse la mano por él constantemente.

—Ni de coña —decido, movido por un momento de lucidez—. Viene Kat.

Erik frunce el ceño y sacude la cabeza, incrédulo.

—Tu hermano quiere... —empieza a decir mi madre, pero yo la interrumpo.

—Mi hermano me está acojonando —confieso, sincero—. Me está poniendo más nervioso. Quiero a la boxeadora de los nervios de acero.

Durante un instante, soy testigo de cómo todos los presentes en la sala comparten una mirada. Después, Erik le traduce a Kat lo que acaba de suceder y ella asiente.

Mi hermano se acerca, me abraza y me dice que me quiere.

A partir de entonces, todo se vuelve borroso.

Nunca había pasado tanto miedo antes. Nunca había estado tan nervioso ni había sentido a la muerte tan cerca.

Me cuesta centrarme en las cosas que me dicen antes de que me saquen de la habitación. Considerando que quizá sea lo último que escuche de ellos, tal vez debería prestarles atención, pero ahora mismo siento como si tuviera la cabeza metida dentro de una pecera.

Escucho los sonidos distorsionados, vagos, confusos. Apenas asiento cuando uno de los médicos que me llevan al quirófano me pregunta si estoy bien.

Me estoy mareando. Todo ocurre deprisa y sorprendentemente despacio al mismo tiempo mientras me arrastran por los pasillos de paredes blancas. Oigo el ruido de las ruedas, el zumbido de los fluorescentes, las conversaciones relajadas entre los médicos y todo gira a un ritmo vertiginoso a mi alrededor.

Kat me agarra de la mano y hace que la mire. Me dedica una sonrisa tranquilizadora mientras sigue andando y asiente con la cabeza. No sé por qué, pero ese gesto me alivia un poco, como si con él hubiera sido capaz de mantenerme anclado al suelo.

He hecho bien en pedir que viniera ella.

—¿Qué es lo primero que vas a hacer con tus piernas nuevas? — pregunta.

—Sabes que no me van a poner unas nuevas, ¿verdad?

Kat sonríe. Me gusta que lo haga.

—Pero será como si fueran nuevas. Entonces, ¿qué va a ser lo primero que hagas?

Me encojo de hombros. El corazón me late a mil por hora; no me deja pensar. No sé si es bueno estar tan nervioso antes de una operación así. Confío en que pronto me chuten algo que haga que mi mente deje de viajar a mil kilómetros por segundo.

—No tengo ningún plan especial. Lo que surja.

Ella bufa.

—Te creía más ambicioso —me provoca.

—Estamos llegando —anuncia uno de los médicos.

Aprieto la mano de Kat con más fuerza casi sin darme cuenta.

No me veo la cara, pero debe de ser todo un poema. Si salgo de esta, probablemente Kat se pase el resto de mi vida riéndose por lo acojonado que estoy.

De pronto, un miedo atroz me asalta, seguido de un pensamiento fugaz, tan intenso como devastador.

—No he llamado a Lena.

Kat se muerde el labio inferior. Claro que sabe que no he llamado a Lena, ella misma me ha aconsejado que lo hiciera antes. Está intentando mantener la calma. Yo ya la he perdido por completo.

—No pasa nada. La llamarás cuando despiertes.

No me atrevo a formular el «y si no...» en voz alta, pero sé que Kat se da cuenta enseguida de lo que se me pasa por la cabeza.

De pronto, nos detenemos.

—Tú te tienes que quedar aquí —dice uno de los médicos en inglés, con suavidad.

Kat asiente y me mira. Rodea mis temblorosos dedos con las dos manos.

—Todo va a ir bien.

—No quiero entrar ahí dentro —le digo, a punto de entrar en pánico. No me puedo creer que haya dicho eso en voz alta, pero lo he dicho, ya lo creo que lo he dicho.

Ella tampoco se lo cree. Los médicos no me han entendido, pero se inquietan. Uno de ellos se acerca para decir algo, pero Kat alza una mano ante él y le dice que no con la cabeza.

Ella se encarga.

—Sí, sí que quieres. Quieres encontrar una solución a esto, recuperarte y conseguir una vida mejor. Quieres esa oportunidad, así que ve a por ella.

Me da una palmadita en el hombro y, después, lo oprime antes de soltarme por completo y dar dos pasos atrás.

—Eres un campeón y vas a ganar.

Kat parece segura, tan serena y tranquila que me reconforta. Asiento. Cierro los ojos. Es la hora.

La camilla empieza a moverse de nuevo. Pero, antes de que avance mucho, agarro a Kat de la muñeca y la sujeto, haciendo que la camilla dé un tirón bastante brusco.

—Si no salgo de aquí...

—Vas a salir —responde, enseguida—. Eres Kenny Nordskov, el milagro, la excepción que confirma la norma, el desafío a los dioses.

A pesar de la seguridad con la que habla, veo en su expresión un miedo parecido al que me oprime a mí las entrañas.

—Si no salgo de aquí —repito—, cuéntale a Lena lo de la paradoja de la

Torre Eiffel.

Suelto su mano y ella parpadea. Los médicos vuelven a ponernos en marcha y empezamos a alejarnos despacio, como si temieran que volviese a pegar otro tirón.

Quizá debería hacerlo.

—¡Cuéntaselo! —le grito, presa de una inquietud que se extiende con rapidez por mi pecho.

Nos estamos alejando cada vez más. En unos instantes cruzaremos las puertas en las que acaba el pasillo y dejaré de verla. Durante un segundo tengo la corazonada de que va a soltar un cliché del tipo: «Se lo contarás tú mismo». Pero ella me entiende, sabe cómo pienso y sabe que una frase así ahora mismo me volvería loco. Necesito frialdad, fortaleza. Y Kat Lesauvage es la tía más dura que conozco.

—Lo haré —dice, al fin, y escucharlo me quita un gran peso de encima.

Las puertas se abren a los lados, dándonos paso.

Se cierran tras nosotros.

Pierdo a Kat de vista.

Empieza el viaje.

Lena

Capítulo 55

A una parte de mí le gustaría poder odiar a Kenny. Todo habría sido mucho más fácil si hubiese sido un capullo, si estuviera segura de que se enrolló conmigo a sabiendas de que yo quería algo más.

Pero no puedo pensar así.

Me ha partido el corazón y ni siquiera lo ha hecho a propósito. Lo único que ha tenido que hacer es dejar que lo quisiera, ser como es él.

Tan frío y sereno, prudente; y tierno y cálido al mismo tiempo. Con esa mirada despierta y esos preciosos ojos azules. Realista, tan realista que duele. Un artista, con manos y dedos de artista; largos, ágiles y manchados de pintura.

—Ey, se te va a enfriar la comida.

Nuria me arranca de mis pensamientos, pero una parte de mi mente sigue unida a ellos, incapaz de desprenderse.

Kenny debe de estar luchando ahora mismo por desafiar a las estadísticas. Anoche no me llamó antes de la operación y yo tampoco lo llamé a él. Quizá lo habría puesto más nervioso, quizá me habría echado a llorar. Y si él no quiso llamarme, yo decidí respetarlo.

Sin embargo, no puedo concentrarme en nada desde hace horas; ni siquiera en comer.

—No tengo mucha hambre —respondo, dejando mi plato sobre la mesa de la sala.

Nuria sabe qué día es hoy, y desde ayer se ha esforzado por no dejarme sola y hacer que esté entretenida. En dos días hemos visto más capítulos de *The Walking Dead* que en toda mi vida.

—Apenas has comido —apunta, preocupada.

Yo decido dedicarle una sonrisa que no sé si es realmente tranquilizadora y me llevo un dedo a los labios.

—No me estoy enterando de lo que están diciendo —la regaño, con

suavidad, dedicándole una mirada al portátil.

A lo mejor, habría resultado más convincente si ahora mismo no hubiese tan solo una zombi gruñendo en la pantalla. No obstante, ella asiente. Parece satisfecha y vuelve a concentrarse en la serie, aunque hace rato que yo ya no la sigo. Me inclino para coger el móvil y entrar en Samydeanart. Quizá eso me despeje un poco la cabeza.

En cuanto entro, sin embargo, veo una alarma sobre el perfil de Kenny.

Frunzo el ceño. Dice que la publicación es de hace unas horas, pero, hace unas horas Kenny debía de estar operándose... Es imposible que estuviera despierto, ¿no?

Un mal presentimiento me embarga. Hay mil explicaciones posibles para que haya subido algo a esa hora; quizá la aplicación esté mal, quizá tenga algo que ver con el desfase horario... Pero ¿y si no llegó a entrar en el quirófano? ¿Y si no han podido operarlo? ¿Y si alguien ha subido eso por él?

Pensar en esto último me aterra.

Mis dedos tiemblan mientras los deslizo sobre la pantalla con avidez. La sangre me martillea en los oídos y el corazón se me va a salir del pecho.

Antes de la imagen que ha subido, hay un texto bastante largo, cuyo título reza:

Cruzando el infierno

Nunca ha resultado fácil reflejar tu mirada en el papel; ni siquiera a través de la lente de una cámara.

Hay algo en ella, algo indómito, caótico e irrepetible que resulta casi imposible de capturar.

Quizá sea el verde de tus ojos azules; esas pequeñas vetas glaucas que rodean tu iris, sutiles, delicadas, apenas perceptibles para quien no se detiene a mirar. Pero, para alguien que ha pasado tantas horas perdido en esos ojos, resultan familiares, cercanas.

Dibujar la forma en la que tus ojos se pierden es complicado y, aun así, esta vez estoy orgulloso de mi trabajo.

Este dibujo es especial. Podría ser el primero de una nueva etapa, de una nueva vida, el puente que tiendo desde el infierno a tierra firme. Es perfecto, porque si despierto, será ese puente, ese nexo de unión. Y, si por el contrario no vuelvo a abrir los ojos..., entonces no se me ocurre ningún

*otro dibujo mejor para ser el último que hagan mis manos.
Por una vez, me gusta cómo ha quedado la curva de tus labios, la elegante
línea de tu cuello, esa peca tan discreta junto a tu boca, tu pelo revuelto y
tu intensa mirada.*

*Si es el primer dibujo de una nueva vida, me parece inmejorable. Si es mi
último retrato, entonces, es igualmente perfecto. Y, si esta noche me voy, lo
único que me dolerá será no poder mejorarlo jamás.*

Me habré marchado sin descubrirte del todo y yo quiero más, mucho más.

*Quiero recorrer cada rincón de tu cuerpo hasta ser capaz de trazar un
mapa de él con mis dedos. Quiero beber el tiempo que nos queda a besos y
arder en una caricia eterna.*

*Si no despierto, si no vuelvo a dibujarte, me dolerá no haberte descubierto
del todo; pero me iré feliz sabiendo que he conocido una pequeña parte.
Esa parte, ese fragmento de tu ser que me has regalado, ha sido suficiente
para hacer que el viaje mereciera la pena.*

Y ahora estoy seguro.

Volvería a cruzar el infierno por un instante contigo.

Nordskov, K.

Kenny

Capítulo 56

Estamos en mi habitación, aunque ni siquiera veo lo que me rodea. Solo puedo verla a ella.

Parece resplandecer, como si brillara. Me mira con sus grandes ojos abiertos de par en par, despiertos, curiosos. El verde de su mirada azul es hoy más intenso que nunca, de un color salvaje y profundo que me atrapa.

Se ríe, aunque no escucho su risa. No hay más que silencio; el silencio más absoluto y profundo.

El sol hiere su cabello, arrancándole destellos cobrizos, casi pelirrojos. Creía que estábamos en mi cuarto..., pero ya no lo estamos. Ahora estamos fuera, en la calle, en un parque.

Está hablando. Habla sin parar y yo no puedo dejar de pensar que tiene una voz preciosa, aunque no puedo oírla.

No escucho su voz.

El sol me ciega y me obliga a cerrar los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, ya no estamos en el mismo lugar. Esta vez, ni siquiera sé dónde estamos. Ha anochecido y ella se resguarda en su abrigo. Se encoge un poco sobre sí misma y entierra el rostro en una bufanda, mi bufanda.

Me gusta verla con ella.

Cuando se descubre, tiene la cara manchada, cubierta de pintura; de tantos colores que no podría contarlos todos.

Alargo el brazo, voy a rozarla, pero la imagen se desvanece. Una luz intensa lo envuelve todo, lo absorbe.

El silencio desaparece, se va transformando en un sonido periódico, insistente, que me llega distorsionado.

Alguien está hablando, pero no es Lena. Es la voz de un hombre y... también de otra mujer. No sé lo que dicen, no los entiendo.

Abro los ojos, esta vez los abro de verdad.

La bruma del sueño da paso a la lucidez, se despeja poco a poco,

mientras yo recupero la conciencia y, con ella, empiezo a entender dónde estoy. Reconozco la camilla y el equipo médico, los rostros difuminados de los profesionales que se inclinan sobre mí mientras buscan reacción en mis pupilas.

Intento decir algo, pero no consigo más que farfullar, y todas mis alarmas saltan.

Comprendo de golpe por qué estoy aquí, por qué me está costando tanto despertar, y el desasosiego me invade. De pronto, todo este proceso me parece demasiado lento, todo este sopor me abruma.

¿Y si no puedo volver a hablar? ¿Y si han dañado el área de Broca o la de Wernicke y ahora lo único que sé hacer es enlazar palabras en cadenas sin sentido?

Intento incorporarme. Me mareo enseguida. Ni siquiera siento las extremidades, y todavía no he enfocado la vista por completo. Tampoco escucho con claridad. Todos mis sentidos están anulados, como si estuviera dentro de una gran pecera.

El pánico me embarga.

¿Y si esto es así para siempre? ¿Y si he dejado de sentir las piernas o... las manos? ¿Si me he quedado medio ciego o medio sordo?

Siento unas manos sobre mis hombros. Bien. Eso lo he sentido y me tranquiliza un poco.

—¿Nos escuchas? —pregunta la voz de una mujer, una de mis médicos. Asiento con la cabeza, turbado.

—Bien, tómatelo con calma. Acabas de salir de una operación. ¿Lo recuerdas?

Vuelvo a asentir.

Su compañero toma unas notas. Empiezo a ver mejor y, detrás de ellos, descubro a mis padres, a mi hermano y a Kat. Los cuatro se mantienen al margen mientras me miran con turbación.

Estoy vivo y eso es un puntazo. Pero hay tantas probabilidades de que la hayan cagado en algo más... A lo mejor tengo algún daño irreversible y ni siquiera soy consciente.

—Vamos a ir paso a paso, ¿de acuerdo? ¿Sabes qué día es hoy?

El primer intento es un poco vago, apenas un carraspeo forzoso.

—Martes... —acabo diciendo, al fin, y escucho un suspiro de alivio al final de la sala.

Bien. He hablado y me entienden. Primer objetivo superado.

—¿Puedes levantar tu brazo derecho? No te fuerces demasiado, puede que los sedantes aún te lo estén poniendo difícil.

Obedezco. Todavía estoy grogui, pero lo consigo. También muevo los dedos. Escucho cómo mi madre se echa a llorar.

—¿Sabes cómo te llamas?

—Kenny... Nordskov —contesto, con voz extremadamente ronca—. Tengo sed.

Oigo una risa de alegría y veo cómo Kat abraza a mi hermano, que está conteniendo el aliento y, probablemente, las lágrimas.

Mi médico sonrío, encantada.

—Vamos a seguir un poco más y luego te traemos el agua, ¿de acuerdo?

Asiento. La verdad es que prefiero comprobar que todo siga en su sitio ahí dentro, en mi cabeza, antes que beber agua.

Aunque tengo una sed increíble.

Kenny

Capítulo 57

—Me da igual que seas boxeadora. Te voy a dar una patada en el culo en cuanto me levante.

Kat está de pie frente a mí, con las manos tras la espalda, en una pose del todo inocente, pero esbozando una sonrisa traviesa que sugiere todo lo contrario.

—Me dijiste que le contara lo de la paradoja de la Torre Eiffel —se defiende, con tono de disculpa.

Me entran ganas de arrancarme la vía y los cables, salir de aquí de un salto y demostrarle que estoy más que dispuesto a cumplir mi amenaza.

—Primero, te dije que se lo contaras a Lena, ¡no a todo internet! Y, segundo, ¿te parece que esté muerto?!

Se le escapa una risa ronca y, enseguida, endurece el gesto, intentando ocultar una sonrisa.

—Estás muy vivo —responde.

Me entran ganas de matarla.

Hace un rato he decidido entrar en Samydeanart para contar que había salido de la operación y que todo iba bien; que ya me habían hecho las primeras pruebas y que, además de un ligero mareo, lo demás parece en orden.

Cuando lo he hecho, he visto que ayer se publicó algo desde mi cuenta: el último dibujo que hice y el jodido texto.

La muy canalla lo encontró, lo leyó y, por algún retorcido motivo que todavía no alcanzo a comprender, lo subió junto con la imagen.

—Debes de echar de menos el ring. Estás deseando que te partan la cara de nuevo —le digo.

Ella se echa a reír y su risa me mosquea aún más.

—¡No te enfades! Me dijiste que le contara...

—¡Ya sé lo que te dije! ¡Y tú no has hecho nada de eso!

—Bueno, en realidad, se lo he contado de otra forma, pero...

—¡No tenías que contárselo si salía vivo!

—¿Y por qué querías que se lo dijera si morías? —pregunta—. ¿Por qué ibas a hacerle algo tan cruel? —dice de pronto, seria.

Yo aguardo, expectante. Esta vez, no la entiendo; así que no replico y guardo silencio.

—Imagina que mueres y yo la llamo para contárselo. Ey, Lena. Kenny ha muerto. Pero, verás, él te quería. ¿Estos meses que habéis estado separados...? Podrías haber aprovechado el tiempo, porque estaba loquito por ti. Un amor de verdad, de esos que cambian a la gente. Una pena que esté muerto y que no te lo pueda decir él —suelta, cruda y directa—. Se lo habría contado, porque tú me pediste que lo hiciera —añade, suavizando el tono de voz—. Pero habría sido muy cruel por tu parte y muy egoísta.

—Lo sé. Estaba asustado —reconozco.

—Y es normal estar asustado. Pero, si en ese momento querías que ella lo supiera, ¿por qué no ahora?

—Porque estoy vivo —digo, casi sin pensar—. Si se lo digo, ella...

—¿Ella sería feliz? ¿Los dos seríais felices? —se burla—. Mira, antes de la operación decidiste que, si nada más importaba, si ese era tu último día en la tierra, querías que ella lo supiera. Ahora te queda toda la vida por delante y puede que tomar una decisión así sea más difícil y dé más miedo, porque estarás aquí para ver las consecuencias. Pero tú ya tomaste esa decisión; decidiste que cuando tu vida estaba en juego, querías que ella supiera que la querías. —Hace una pausa y se acerca para sentarse a mi lado—. Decidiste que se merecía saberlo.

Trago saliva.

—Esto no se ha acabado, Kat —señalo, mirando mis piernas—. He salido vivo de la operación, pero todavía no sé si ha funcionado, si va a ser para siempre o para unos meses, o si voy a tener otras secuelas. Todo esto solo es el primer paso del camino.

—Pero es un paso —responde, sonriendo—. Y hay un camino. Das por hecho que ella no quiere recorrerlo contigo. Pero ¿le has preguntado?

Kat pone los brazos en jarras y ladea la cabeza mientras me dedica una mirada astuta. Echo la cabeza hacia atrás y dejo escapar un largo suspiro.

—Ni siquiera la has llamado para decirle que estás bien.

—¿Cómo lo sabes? —inquiero.

Ella arquea una ceja, adivinando que tiene razón.

—Iba a llamarla hoy, ahora. Pero me he metido en Samydeanart y, como comprenderás, ahora ya no puedo llamarla así sin más.

—¿Por qué? —pregunta, sonriente.

—Porque has hecho una gran estupidez... ¡la mayor estupidez que podías hacer!

Kat se encoge de hombros. Su despreocupación me exaspera, pero yo mismo sé que ahora ya no se puede hacer nada.

—Sí que tengo que llamarla.

—Deberías —me dice, poniéndose en pie—. Si necesitas algo, estaré fuera. Si alguien viene le diré que necesitas un tiempo para hablar con Lena.

—Eso. Total, ya le has contado a medio internet.

Kat esboza una sonrisa que intenta ocultar mordiéndose los labios y se aleja de la cama, con andar resuelto y despreocupado, y expresión cantarina y jovial.

Cuando cierra la puerta tras salir, busco el número de Lena y tardo unos instantes en presionar el botón de llamada. Estoy nervioso, no voy a negarlo, y mi mente ya está buscando la forma de empezar la conversación.

Sin embargo, no llego a decir nada, porque el buzón de voz salta antes del primer tono. Frunzo el ceño, desconcertado, y aguardo unos segundos antes de volver a intentarlo. Pero sigue sin dar tono.

Lo primero que se me ocurre es mirar en su perfil. La última publicación es de hace un par de días. Es una foto, sin título ni explicación, tan solo el sol atravesando una vidriera de color y creando formas sutiles en el suelo. Después de eso, no hay nada.

Nada de nada.



Paso el resto del día haciéndome pruebas. Ahora es el momento. Todavía es pronto para saber nada con certeza. Ni siquiera es seguro que la

operación haya tenido éxito. Aparentemente, todo salió bien en el quirófano y, de momento, no hay secuelas, pero sé que todavía no puedo hacerme ilusiones; nadie puede.

Intento ponerme a andar un par de veces; la segunda sin supervisión médica. Pero nada de lo que haga ahora es concluyente. Podría correr un maratón y, aun así, no sabríamos con certeza si lo que me han hecho ahí dentro ha funcionado. Hay que esperar. Pero la espera me mata.

He llamado a Lena varias veces más a lo largo del día y su móvil sigue apagado. Estoy empezando a ponerme nervioso. Quizá se enfadó conmigo cuando no la llamé antes de la operación, o cuando no la llamé al salir de ella... O, tal vez, vio lo que subió Kat por mí y ha sacado sus propias conclusiones. Puede que piense que soy un capullo sin sentimientos por subir textos así y luego pasar de ella.

Quién sabe.

Sea como sea, tenía razones de sobra para enfadarse y no la culpo. Pero no saber nada de ella me está volviendo loco.

La tercera vez que me incorporo, estoy solo en la habitación. Kat ha estado conmigo casi todo el día, igual que Erik; pero este se ha ido hace un rato y Kat ha desaparecido hace cosa de veinte minutos después de que alguien la llamara.

Ya no estoy grogui por la sedación y llevo varios días sin tomar calmantes, así que estoy bastante despejado. Las piernas me pesan un poco, las noto aletargadas, pero los médicos dicen que es normal. Aun así, me cuesta estar sentado, permanecer quieto y esperar; nunca se me ha dado bien esperar.

Así que me incorporo y apoyo los pies en el suelo. Por lo menos, no duele. El dolor ha desaparecido; y eso, digan lo que digan, resulta esperanzador.

Fuera ya ha anochecido, pero desde aquí no se ven bien las estrellas. Recuerdo el día que encontré a Lena en su cuarto, cuando aún no había amanecido, con la ventana abierta de par en par, el frío del invierno removiendo las cortinas, y ella perdida en algún lugar, mientras sus manos trabajaban sobre el papel.

Pienso en levantarme y abrir las ventanas para sentir el frío del exterior,

aunque tan solo sea durante unos segundos. Me apoyo en la cama para ponerme en pie, pero no llego a hacerlo. Me da miedo forzar la maquinaria. Probablemente no me pase nada por un paseo hasta la ventana, pero decido no tentar a la suerte y me quedo donde estoy; sentado, mirando hacia afuera.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que escucho cómo la puerta se abre a mi espalda y Kat regresa. Cuando la escucho entrar, ni siquiera me vuelvo. Estoy demasiado absorto, demasiado perdido en la oscuridad del exterior.

—Kenny.

Tardo apenas un instante en reaccionar y en girarme, y ese tiempo me parece una eternidad en la que me pregunto si estaré alucinando. No es la voz de Kat, y me doy cuenta al instante.

Lena está plantada junto a la puerta, con el pelo largo y despeinado cayendo a ambos lados de su rostro, una expresión difícil de describir y los ojos brillantes. Lleva unos vaqueros negros, ceñidos y rotos, y un jersey ajustado que hace juego con el verde disonante de sus ojos azules.

—Lena... —murmuro, y decir su nombre en voz alta solo hace esto más irreal.

Lena

Capítulo 58

Kenny está de espaldas a mí cuanto entro en su habitación. Ni siquiera se inmuta. Está ahí, sentado en la cama, mirando por la ventana.

—Kenny —lo llamo, bajito.

Él se da la vuelta como si lo hubiera asustado. Me mira con sus grandes ojos azules abiertos de par en par y sin apenas pestañear.

—Lena —responde, desconcertado, y acto seguido se pone en pie.

Comienza a caminar y contengo el aliento hasta que lo tengo a un palmo de distancia. Alto y esbelto, de pie frente a mí, mirándome desde arriba mientras sus ojos me recorren con rapidez e incredulidad.

—Subiste un dibujo —le digo.

—Lo sé.

—Y un texto —añado, nerviosa.

—Lo sé.

—El día que lo subiste se suponía que debías estar operándote.

—Lo sé.

Me quedo en silencio, consternada, mirando la venda que cubre su cabeza. Me impresiona un poco, pero mi corazón no late a un ritmo tan desenfrenado solo por eso.

—Creía que no te habías operado; que te habías echado atrás.

—Me operé.

—¿Te operaste? —inquiero.

Ya ha anochecido y la habitación se mantiene en una ligera penumbra. Kenny asiente sin dejar de mirarme. De pronto lo noto demasiado cerca, tanto que siento su respiración en mis labios.

Una suave media sonrisa se dibuja en ellos con discreción.

—¿Has venido hasta Oslo para preguntarme eso?

—Sí —contesto, sin pensar.

Kenny me atraviesa con la mirada sin murmurar palabra alguna. Verlo

en pie y saber que se ha operado me tranquiliza, pero no consigue que mi corazón vuelva a latir a un ritmo normal; continúa desbocado.

—Y, entonces, ¿ahora qué?

Abro la boca para responder, pero no encuentro qué decir. Me quedo mirando esos dos astros azules, esos dos océanos turbulentos. Mi corazón martillea con fuerza contra mi pecho y soy consciente de cada centímetro que hay entre los dos.

No sé muy bien por qué, pero doy un paso atrás.

Antes de que me dé cuenta, sin embargo, Kenny atrapa mi muñeca y tira de ella. Toma mi rostro entre las manos con infinita ternura y me besa con vehemencia, con cierta violencia que contrasta con la delicadeza con la que sostiene mi rostro.

Es un beso extraño, familiar y desconocido al mismo tiempo. Profundo y superficial, tan largo y, no obstante, me deja con ganas de más. El aleteo de mi corazón se desvanece poco a poco, se apacigua, aunque mi respiración está más agitada que antes, igual que la suya.

Sin apartar las manos de mi mejilla, desliza el pulgar por mi labio inferior y recorre su curva con dilación.

Durante un instante, la emoción que me embarga me abandona y un sentimiento totalmente diferente se adueña de mí. Ahora mismo tengo tantas ganas de morderle la boca como de cruzarle la cara.

—Eres un mentiroso arrogante, y un capullo y un...

—Ey —me detiene, divertido—. ¿Quién te ha enseñado a decir esas cosas tan feas? —me provoca.

Me gustaría hacerle mucho más. Pero, de momento, me contento con darle un suave golpe en el hombro. Kenny suelta una carcajada que inunda mi pecho y me rodea con sus brazos.

Yo me dejo envolver por su abrazo y hundo el rostro en el hueco de su cuello. Siento cómo apoya la barbilla sobre mi cabeza y toma aire.

—¿Cómo subiste el dibujo aquel día? —quiero saber.

En realidad, quería hacer una pregunta más peligrosa, pero no me atrevo.

—No tiene importancia —me dice—. Ya te lo contaré. Lo único que tienes que saber es que sí me he operado.

—¿Y ha funcionado? —pregunto, con un nudo en la garganta.

Kenny me toma por los hombros para apartarme un poco de él y entrelaza sus dedos con los míos para tirar de mí hacia la cama.

Camina despacio y cojea un poco, pero la última vez que lo vi en pie había una mueca de dolor espantosa en su bonito rostro y, esta vez, esa mueca no está.

Nos sentamos en el borde de la cama. Él no suelta mi mano.

—No he muerto, y eso ya es un avance —bromea—. Creen que todo salió bien en la operación, y las pruebas que me han hecho hoy han sido positivas.

—¿Pero? —adivino.

—Pero no sabremos si ha funcionado seguro hasta que pase un tiempo. Todavía cabe la posibilidad de que no haya servido de nada, de que siga sintiendo las piernas pesadas.

—¿Cómo las sientes?

—La verdad es que mejor. Solo estoy cansado.

Asiento y aguardo a que siga hablando.

—Tampoco sé si hay efectos secundarios.

Se mira la mano libre distraídamente. Ni siquiera sé si es consciente del gesto, pero yo comprendo enseguida qué es lo que le preocupa.

—Todo va a salir bien —le digo—. Hasta ahora... todo ha ido bien, y seguirá así.

—Yo también estoy dispuesto a creer en eso —responde, y esboza una sonrisa auténtica.

Resisto la necesidad de besar esa sonrisa y me armo de valor para hacer la pregunta que lleva rondándome desde que leí aquel escrito, creí que algo no iba bien y salí disparada a hacer las maletas.

—Lo que escribiste... ¿era cierto?

Sus fríos ojos me evalúan, se quedan clavados en mí, sin pestañear, con una expresión indescifrable.

—Sí.

—¿Por qué ahora? —pregunto—. ¿Por qué no hace seis meses? Desde que dijiste que todo era una aventura...

—No era una aventura, Lena —dice, paciente.

—¿Y por qué no dijiste nada? Has tenido muchas oportunidades, ¿te di muchas oportunidades!

—A riesgo de que te cabrees... no pretendía subir ese escrito. Fue un error, por así decirlo.

Me quedo lívida y sacudo levemente la cabeza, intentando encajar las piezas.

—Necesito que me digas la verdad.

—Esa es la verdad.

Sostengo su mirada, que abrasa, y contengo el aliento.

—Lena, todo lo que escribí es cierto, pero no podemos... —Suspira, consternado, y hace un amago de pasarse la mano por la cabeza, pero se detiene cuando sus dedos rozan la venda—. Todo esto no se acaba aquí, ¿lo entiendes?

—Lo sé —contesto.

—Las semanas que pasamos en Barcelona, mientras todo iba bien, no fueron más que un espejismo, un oasis en el desierto. Daría lo que fuera para que todo volviera a ser igual, pero no lo será.

—Lo sé —repito.

—Aún no he terminado. No sé si algún día terminaré. Tendré que volver a mudarme, hacer rehabilitación, un seguimiento exhaustivo... Mi vida seguirá unida a este hospital o a cualquier otro.

—Lo sé —vuelvo a decir, sin dejar de mirarlo.

Kenny sacude la cabeza, apesadumbrado. Parece que le cuesta hablar, encontrar las palabras adecuadas.

—Te dije las cosas que te dije porque sabía que aceptar eso sería más fácil que aceptar que nunca tendremos un futuro juntos; no un futuro normal.

—¿Quién te ha dicho que quiera un futuro normal?

—Lena...

—Tú no eres normal, Kenny. Eres una anomalía..., eres extraordinario. No quiero compartir un futuro corriente contigo, porque tú no lo eres.

El músculo de su mandíbula se tensa y guarda silencio. Su triste mirada hace que se me encoja el corazón.

—Quiero poder besarte cuando me apetezca y sé que tú también quieres hacerlo. ¿Qué hay de malo en eso?

—No es solo eso.

—¿Y qué es?

—Habrán días malos —responde.

—Todos tenemos días malos —replico, encogiéndome de hombros.

—Mis días malos son más difíciles que los tuyos; ya lo sabes.

—Lo sé y lo soportaré.

Él sacude la cabeza, terco.

—Tendríamos que viajar..., o estar separados mucho tiempo.

—Te costará estar sin mí, pero creo que podremos con ello —respondo, muy segura.

—Habrán semanas en las que no salgamos de casa —continúa, incansable.

—Nos encerraremos en mi cuarto para pintar.

Cada vez habla más rápido, más preocupado. Está nervioso e inquieto, pero yo no he estado más segura de nada en toda mi vida, y tengo respuestas para todo lo que me lance.

—Tendríamos que ir de un médico a otro... Tendríamos que...

—Kenny —lo interrumpo—. Prefiero mil trastornos y alteraciones, mil quebraderos de cabeza contigo, a una vida tranquila sin ti.

Durante un instante estoy convencida de que va a decir algo. Pero, entonces, aparta la mirada y gira la cabeza. Parece enfadado, triste y alterado al mismo tiempo. Y a mí me parte el alma verlo así.

—No sabes lo que dices —susurra, al fin.

Sé que podríamos pasarnos el día así, discutiendo. No me cabe ninguna duda de que tendrá formas de rebatir todo lo que diga, así que intento convencerlo de la única forma que sé.

Me inclino sobre él y deslizo las manos tras su cuello para acercarlo a mí. Cuando nuestros labios están a un palmo de distancia, sonrío y lo miro a los ojos.

—Confía un poco en mí —le pido, suave—. No intentes adivinar qué es lo que quiero o lo que me conviene. Te necesito a ti, con todo lo que ello conlleva, con el caos y las imperfecciones, con todos los baches del camino.

Ladeo la cabeza con lentitud y lo beso con suavidad, convirtiendo el beso en una pregunta, en un ruego. Pronto, él también inclina un poco la

cabeza, profundizando más el beso, recorriendo con su lengua cada rincón de mi boca.

Nos besamos con calma, con dilación, aprovechando cada instante. Kenny enreda los dedos en mi pelo y tira un poco de mí para mantenerme junto a él. En apenas unos segundos, el ritmo se vuelve más impetuoso y devastador, y contenerse para no abandonarse a la irracionalidad empieza a resultar complicado.

Solo cuando me embarga un sabor salado me detengo y me aparto un poco para descubrir las lágrimas que ruedan por las mejillas de Kenny.

Solo lo había visto llorar una vez, cuando me prometió que se operaría; y, entonces, apenas se le saltaron las lágrimas. Así que esto me impresiona bastante.

—¿Qué pasa? —inquiero, suave.

—Es egoísta —responde, con voz ronca—. Retenerte es egoísta.

Sonrío.

—Te necesito de la misma forma que tú me necesitas a mí, Kenny. No es egoísta. Yo deseo esto, quiero estar a tu lado.

Me observa. Me contempla en silencio unos segundos y sacude la cabeza mientras deja escapar una risa suave. Se inclina sobre mí y apoya la frente en mi hombro.

Yo me atrevo a alzar la mano y a deslizar los dedos sobre su nuca. Nos quedamos unos instantes en silencio, sin decir absolutamente nada, hasta que es él quien habla, pero sin apartarse de mí.

—Voy a ser egoísta —murmura, serio. Aún tiene la voz rota, le tiembla un poco.

Escucharle decir eso hace que sonrío.

—Solo hasta que te canses —añade.

—No me voy a cansar nunca —respondo.

Kenny levanta la cabeza y sostiene mi mirada. Me observa con gravedad.

—Eso es lo que más miedo me da.

Lena

Capítulo 59

Segunda noche en Oslo

Lo veo en su mirada, a través del azul de sus ojos claros. Tiene miedo. Desconfía.

Llevo más de una semana aquí y, durante todo ese tiempo, ninguno de los dos ha hecho preguntas en voz alta. Sé que nos las hemos hecho; yo me las hago. Pero no me atrevo a formularlas para que él las escuche. Temo que, si lo hago, Kenny me dé respuestas que no me gusten. De momento, prefiero esperar.

El dolor ha desaparecido, se ha ido. Todavía siente las piernas entumecidas y algo débiles, pero que el dolor no esté es buena señal, es lo que debería pasar. Hay esperanzas.

Hemos salido a pasear cerca del hospital casi todas las tardes desde que estoy aquí. A veces, con su hermano y con Kat; otras veces, los dos solos. Y cada día llegamos más lejos.

Está casi tan bien como al principio, como cuando se mudó a casa y empezamos a conocernos de verdad. Se ríe, está contento. Sigue conservando su humor ácido y provocador, y el tormento que lo devastó hace meses se ha esfumado.

Sin embargo, sigue existiendo esa desconfianza en su mirada, ese tinte triste que oscurece el azul de sus ojos, y que no sé cómo hacer desaparecer. Además, todavía no ha dibujado. Desde que se operó, no ha tocado un lápiz en todo este tiempo y se niega a hablar de ello.

Mañana me marchó. No puedo quedarme aquí más tiempo. Me gustaría, pero tengo que seguir con las clases. He pensado en mudarme; al menos, este cuatrimestre. Pero, incluso si lo hago, antes tengo que poner las cosas en regla: arreglármelas para seguir aprobando todo, decidir qué hago con el alquiler del piso, hablar con mi madre... Tengo demasiado en lo que pensar y, no obstante, todavía no he sido capaz de decidir nada.

No puedo hablar con Kenny. Él no ha sacado el tema. Sabe que me marcho mañana, porque se lo he dicho, pero no parece preocuparle, y me da miedo preguntar cómo lo vamos a hacer, porque esa desconfianza que sigue reinando en su mirada me provoca escalofríos.

Esta mañana la paso con él. Pero, por la tarde, tiene que someterse a varias pruebas y me quedo con Kat en casa mientras su hermano espera en el hospital. Cuando me vine aquí lo hice sin buscar hotel o un vuelo para volver.

Actuar primero, pensar después.

Lo único que se me pasó por la cabeza fueron las palabras de Kenny, y que había publicado un escrito cuando se suponía que debería estar operándose. No fui capaz de pensar en nada más.

Cogí el primer vuelo a Oslo y, cuando llegué, llamé a Erik para contarle que estaba allí. Así que, después de aparecer por el hospital y poner las cartas sobre la mesa con Kenny, me quedé en casa de su hermano.

No me siento muy cómoda quedándome en su piso, pero tampoco puedo elegir; no tengo dinero y la otra opción es la casa donde viven sus padres, que me gusta aún menos.

Hoy Kat se ha quedado conmigo. Creo que ella también va a volverse pronto a París. No sé si Erik va a volver con ella o esperará un poco más. Es un tema de conversación prohibido delante de Kenny, porque, para él, Erik ni siquiera debería estar en Oslo ahora mismo.

Hace unos días descubrimos una serie en televisión: *Skam*. No nos enteramos de nada, porque evidentemente está en noruego y ninguna de las dos tenemos ni idea. Las vagas explicaciones de Erik de cuando en cuando tampoco fueron de mucha ayuda. Pero, aun así, tenía buena pinta.

Así que el otro día la buscamos en internet, con subtítulos en inglés, que es la opción común y... ahora vamos por la tercera temporada.

Me gusta estar con Kat. Nos cuesta hablar, pero curiosamente nos entendemos bien.

Cuando ya ha anochecido, en medio de un capítulo y un bol de palomitas, alguien llama al timbre y Kat se levanta de la cama de un salto para ir corriendo hacia la entrada.

Le escucho hablar con Erik en francés, soltar una carcajada y hacer varias preguntas (creo), hasta que vuelvo a escuchar sus pasos apresurados

hacia la habitación.

—¿Se acabó el maratón? —pregunto, apenada.

Kat me mira unos instantes, intentando procesar la pregunta y, después, asiente con expresión de disculpa. La veo caminar por la habitación con celeridad, yendo de un lado a otro. Se calza unas botas, coge una chaqueta y se mete el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Sería inútil preguntar a dónde van. Así que me limito a dedicarle una sonrisa.

—Que lo paséis bien —le digo.

Ella también sonrío. Parece que lo ha entendido. Asiente y me guiña un ojo.

—Vosotros... también —responde, para mi asombro, en castellano y con un fuerte acento francés.

Voy a decir algo, sorprendida, pero da media vuelta y desaparece, dejándome sola con un capítulo a medio terminar, tentada de traicionarla y terminarlo sin ella.

Suspiro. Me armo de fuerza de voluntad y apago el portátil para volverme al cuarto donde me he estado quedando. Mañana me voy pronto y quiero ver a Kenny antes, así que quizá cene algo rápido y me acueste para poder madrugar.

Cuando salgo del cuarto de Kat para volver al mío, sin embargo, me quedo plantada en medio del pasillo.

Kenny está ahí de pie, apoyado en sus muletas, con una media sonrisa y una expresión traviesa. Lleva un gorro oscuro que tapa su cicatriz y, de paso, ese pelo al raso al que todavía no me acostumbro. Está guapísimo con ese jersey azul y esos pantalones negros. Altísimo y esbelto, de pie frente a mí, retándome a que diga algo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, encantada.

—Es tu última noche en Oslo —responde.

—Pero ¿puedes estar aquí? —Me inquieto. Me acerco hasta él, nerviosa.

—Sí..., tranquila —dice, paciente.

—¿Lo saben en el hospital?

—Me han dado la noche libre —bromea—. No te preocupes, ¿vale? Incluso a Bambi le ha parecido bien. Ya sabes cómo es mi hermano y ha

estado de acuerdo.

Me pierdo en las comisuras de su boca, que se elevan formando una media sonrisa muy sexi, y cierro los ojos para disfrutar de la sensación cuando se acerca y recorre mi mejilla con los nudillos. Siento su respiración en mi rostro cuando se acerca y deposita un beso muy suave cerca de mis labios, sin llegar a rozarlos. Continúa besando mi piel, trazando un lento recorrido hacia mi hombro, mientras su aliento me hace cosquillas y me eriza el vello.

Antes de que pueda darme cuenta, se ha apartado para dejar las muletas contra el sofá y vuelve a acercarse para seguir besándome el cuello. Entierra el rostro en él mientras apresa mi cintura con las manos y tira de mí con cierta vehemencia. Muerde y succiona mi piel, y yo me muerdo los labios para ahogar un gemido.

Kenny se retira un poco para pegar sus labios a mi oído.

—Dime dónde está tu cuarto.

Lo agarro de la mano para que me siga y echamos a andar, despacio. No coge las muletas, así que procuro caminar con lentitud, aunque él no parece preocupado por ello en absoluto.

Para cuando cruzamos el umbral de la puerta, mi camiseta ya ha volado y me apresuro por deslizar las manos bajo su jersey para hacer lo mismo con él. Kenny se ríe cuando se engancha y levanta las manos para deshacerse del gorro y ayudarme.

Durante un instante, me detengo. Me quedo contemplándolo. Está algo más pálido y más delgado. Se trata de una delgadez fibrosa, pero antes no estaba tan esbelto. Me quedo unos segundos clavada en el sitio, algo impresionada, hasta que él da un paso al frente y tira de la cinturilla de mis pantalones para acercarme más él.

Sin decir nada, pega su boca a la mía y me da un beso largo y profundo que hace que me tiemblen las rodillas. Camino hacia atrás cuando me conduce a la cama y me empuja con suavidad contra ella.

Sin perder el tiempo, vuelve a abalanzarse sobre mí y enredo los brazos alrededor de su cuello cuando siento el peso de su cuerpo sobre el mío. Me derrito bajo sus caricias, que juegan a provocarme, y me pierdo en el camino de besos que traza sobre mi estómago desnudo, hasta mi vientre.

Cuando su respiración se vuelve tan agitada como la mía y se incorpora para quitarse los pantalones, sin embargo, el temor me asalta. Está deshaciéndose de los míos, bajando la cremallera, cuando detengo sus dedos.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

Me mira, impaciente. Algo pecaminoso arde en su mirada.

—¿Qué va a pasar?

Kenny esboza una sonrisa torcida y se muerde los labios.

—¿Qué quieres que pase?

—No me refiero a esto —contesto, nerviosa, y me incorporo para sentarme sobre la cama—. Mañana me voy.

—Lo sé —responde, tranquilo, con esa serenidad que le caracteriza—. Por eso he venido, para pasar la última noche contigo. —Hace una pausa y ladea la cabeza, confuso—. Si no quieres... esto, podemos hacer cualquier otra cosa.

Sacudo la cabeza.

—Quiero saber qué va a pasar mañana.

Kenny acaba sentándose también, intuyendo que no va a poder zanjar la conversación con rapidez.

—Mañana voy a acompañarte al aeropuerto, nos vamos a despedir y vas a volver a Barcelona para que no te suspendan todas las clases por faltar demasiado.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —pregunto. Sé que sabe perfectamente a lo que me refiero. Su forma de mirarme solo lo confirma—. ¿Qué va a pasar con nosotros?

Kenny se pasa la mano por la cabeza para apartarse un mechón fantasma de la frente. El gesto es tan inquietante como encantador.

—Hace unos meses, me pediste una noche en Oslo. Me pediste una noche que cambiaría mi vida, y dije que sí. —Hace una pausa, evaluando mi reacción—. Por eso estamos aquí. Te hice caso, confíe en ti y ahora hay esperanza. —Estira el brazo para recoger un mechón tras mi oreja—. Ahora yo te pido una noche a ti; sin preguntas, sin preocuparse por lo que sucederá mañana. Solo una noche, y mañana hablaremos. Yo confié en ti. ¿Confiarás ahora tú en mí?

Me quedo pensativa, sosteniendo su mirada hasta que desliza los

nudillos sobre mi mejilla, y cierro los ojos un momento.

—Sí —contesto—. Me prometiste una noche y yo te prometo otra.

Kenny sonrío y asiente, satisfecho. Me da un beso en los labios y se separa un poco de mí para poder hablar.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta, aunque esta vez no hay deje de burla en su voz, ni matiz sugerente. Lo dice en serio.

Por toda respuesta, estiro los brazos y los deslizo tras su cuello mientras me echo hacia atrás y lo obligo a tumbarse conmigo. Lo beso con avidez, olvidándome de mañana y del resto de los días lejos de Oslo, lejos de él.

La ropa desaparece, igual que el control. Su boca juega a provocarme, a desatar un deseo devastador mientras la desliza sobre mi pecho y apresa un pezón entre los labios.

Dejo escapar un gemido que hace que el fuego arda en su mirada, pero no se abandona por completo al deseo. Continúa inmerso en un juego tentador y peligroso que me lleva al límite sin que apenas me haya tocado.

Sus dedos se deslizan entre mis piernas, y me muerde la boca con aire travieso cuando los desliza en mi interior. Yo recorro los músculos de su espalda con la punta de los dedos y muevo las caderas en su dirección, anhelando su contacto.

—¿Tienes un condón? —pregunto, con la voz entrecortada.

Kenny suelta una carcajada grave y profunda que reverbera contra mi piel.

—Todavía no, preciosa —me dice, encantado—. Quiero que pierdas la cabeza.

Esta vez soy yo la que ríe, incrédula. Estoy a punto de decirle que la he perdido hace tiempo, pero su pulgar trazando círculos sobre mi sexo con una lentitud abrumadora no me deja pensar.

Intento resistirme, no abandonarme al deseo abrasador que me oprime las entrañas, pero Kenny está tentando a la suerte, cruzando la línea una y otra vez, hasta que no aguanto más y me dejo ir mientras digo su nombre.

Kenny se inclina sobre mí y continúa sonriendo con malicia cuando muerde mi labio inferior.

—No hemos terminado —me advierte.

Esa mirada, ese gesto, me vuelven loca y me ponen a mil de nuevo.

Apenas soy consciente de cómo se inclina sobre los vaqueros que ha tirado al suelo y saca un preservativo.

Me dejo arrastrar por la cadencia grave de su voz cuando me habla al oído, y por el movimiento de sus caderas, suave y lento al principio, e impetuoso después. Me pierdo en sus besos y en sus caricias y sé que él se pierde conmigo cuando soy yo la que marca el ritmo, sobre su regazo, mientras él rodea mi cintura con las manos.

Vuelvo a dejarme ir cuando no resisto más, y Kenny se va conmigo, exhausto, con la respiración agitada y decenas de gotitas de sudor perlado su piel.

Lena

Capítulo 60

Kenny se tumba junto a mí, desnudo y agotado, y cruza los brazos tras la cabeza mientras cierra los ojos. Me recuesto contra su pecho y él desliza un brazo sobre mis hombros, rodeándome con él en afán protector.

El calor del momento aún no ha abandonado mi cuerpo, pero el suyo arde en comparación con el mío y disfruto de la inagotable calidez que emana de su piel. Siempre me ha gustado.

Sus dedos empiezan a moverse sobre mi espalda, arriba y abajo, trazando dibujos invisibles que se pierden bajo mi piel.

—Si no hacemos algo rápido, me voy a dormir —me dice, divertido, pero con cierto deje de disculpa.

—No queremos que pase eso —respondo.

—No —coincide, y me aparta con suavidad para levantarse y recoger los calzoncillos del suelo—. Bien, entonces, ¿qué?

Una idea cruza por mi mente, fugaz, y no me lo pienso dos veces antes de hablar. Recuerdo que aún no ha dibujado desde la operación, que no quiere hablar de ello, y que quizá no tenga más oportunidades para ayudarlo con esto. Debo hacerlo antes de irme.

—Todavía no me has dibujado desnuda —le digo.

Kenny enarca una ceja y me evalúa con atención, con sagacidad. Es listo, sabe que hay algo más bajo esa afirmación, pero no dice nada.

—Tenemos papel y lápiz, y estoy desnuda —continúo, despreocupada—. No tendrás una oportunidad mejor.

Kenny deja escapar una risa muy suave y aparta la mirada unos instantes mientras se frota la nuca.

—¿Y si me dibujas tú a mí?

—¿Por qué no quieres dibujar, Kenny? —le digo.

Quizá he sido más directa de lo que pretendía al principio; tal vez, el hecho de que me vaya mañana me empuje a serlo a pesar de que he

prometido no pensar en ello.

—Tú lo sabes —responde, serio.

—No. No lo sé.

Kenny sostiene mi mirada apenas sin parpadear, pero acaba cediendo y acercándose. Se sienta a mi lado, en el borde de la cama y alza una mano ante mí. Aunque intuyo qué quiere enseñarme, me cuesta verlo. Tiembla un poco; es apenas perceptible e intermitente, pero tiembla.

—No es un temblor, Kenny —le digo, dulce—. No es apenas nada.

—Pero es algo. Antes no estaba ahí.

—Ni siquiera has intentado dibujar. Quizá, con la mano apoyada sobre el papel ni lo notes.

—Quizá sí —repone.

Sonrío con cierta tristeza y acaricio su mejilla. Parece tan fuerte, tan duro... que a veces cuesta darse cuenta de lo mal que lo está pasando.

—Si no lo intentas, no lo sabrás —le digo, con suavidad—. En aquel dibujo, tu último dibujo antes de la operación, hablaste de un puente hacia una nueva vida. Sería bonito que tu primer dibujo fuese mío.

—Sería bonito, sí —coincide.

Sin decir nada más, me pongo en pie ante su atenta mirada, que me sigue a través de la habitación cuando bordeo la cama y camino hasta la cómoda. Cuando salí disparada de casa se me olvidó traer ropa limpia, Kat ha tenido que prestarme algunas cosas, pero no olvidé mi cuaderno de dibujo.

Lo cojo y vuelvo a echar a andar hacia la cama.

Kenny me mira de arriba abajo. El brillo travieso de su mirada no me pasa desapercibido, y me pregunto si de verdad estará pensando en lo que yo creo que está pensando.

Aparto esos pensamientos de mi mente, porque una parte de mí sigue más que dispuesta a volver a empezar con el mismo juego, pero esto es más importante ahora. Le tiendo el cuaderno cuando paso a su lado y me acomodo en la cama.

Me peino mi melena rebelde con los dedos y estiro los brazos por encima de mi cabeza. Me siento completamente expuesta ante él, ante su mirada incendiaria que no pierde detalle de cada uno de mis movimientos y recorre mis curvas con lujuria.

—Hazlo antes de que empiece a tener frío —le pido, suave.

Kenny sigue sin moverse, con el cuaderno sobre el regazo y el lápiz entre los dedos. La forma en la que me mira, incluso después de lo que acabamos de hacer, consigue que me sonroje, pero me obligo a mantenerme en la misma postura, sin amedrentarme.

Tras unos instantes que se me hacen eternos, Kenny sonrío, sacude la cabeza y se pone en pie. Al principio, creo que va a pasar de mí, pero cuando comprendo a dónde se dirige sonrío, triunfante.

Toma la silla donde dejo la poca ropa que tengo y se acerca para sentarse frente a la cama.

—Gira la cadera un poco más hacia mí —me pide.

Yo obedezco, encantada, y sigo sus instrucciones hasta que estoy a su gusto y empieza a dibujar. No pierdo de vista sus movimientos, la forma elegante y resuelta con la que desliza los dedos sobre el papel, la curva de su muñeca, la mano con la que sujeta el cuaderno...

Estoy nerviosa, tensa. Me aterra pensar que el miedo de Kenny fuera racional. Sin embargo, al cabo de un rato, cuando él parece totalmente inmerso en sus trazados, intuyo que está yendo bien y me relajo un poco.

—¿Qué tal las manos? —me atrevo a preguntar.

—Se están portando bien —contesta, tranquilo.

Cuando responde, alza el rostro para mirarme a los ojos y dedicarme una sonrisa sincera, y esa expresión me llena.

Pasamos el resto de la noche haciendo las mismas cosas que en Barcelona. Kenny termina de dibujarme y consigue un dibujo del todo precioso, a la altura de aquel retrato que hizo. Este, no obstante, no voy a dejar que lo suba. Ha sabido captar a la perfección cada trazado de mi cuerpo y es demasiado realista como para que todo internet lo vea.

Sus manos están bien, sus dedos siguen siendo los dedos de un artista, con temblor o sin él. Puede que sea cierto que tiemblen ligeramente, pero no ha supuesto un problema a la hora de dibujar, así que me doy por satisfecha.

Cuando termina, me visto antes de congelarme, cenamos y ponemos música. Nos tumbamos sobre las sábanas revueltas, que huelen un poco a él, y hablamos de todo y de nada. Kenny encuentra un libro y lo lee en voz alta mientras yo disfruto de su voz, apoyada sobre su pecho, sintiendo su suave

respiración en cada movimiento. Cuento las pecas de su piel y compartimos el silencio durante largos ratos.

Pienso en lo fácil que serían todos los días si fueran como esta noche, en lo sencillo que resultaría todo. Aquí, en nuestra pequeña burbuja, todo es perfecto. No hay pasados tristes ni esqueletos en el armario, ni enfermedades crónicas ni operaciones arriesgadas. No hay esperanza, porque no la necesitamos. No tenemos que luchar, ni ser fuertes. Somos libres, más libres que nunca.

Pero, cuando salga el sol y me tenga que marchar, la realidad irrumpirá con fuerza en nuestra burbuja, en nuestro mundo ideal. Y, entonces, no sé qué ocurrirá.

Lena

Capítulo 61

No tengo ni idea de dónde han pasado la noche Erik y Kat, pero les estoy muy agradecida por dejarnos la casa.

Apenas he dormido; no ha habido tiempo para eso. Hemos aprovechado cada minuto de la noche al máximo, hemos charlado durante horas, hemos dibujado, leído, y esta mañana hemos hecho el amor en la ducha.

Erik nos va a acercar a todos al aeropuerto; pronto llegará. Yo ya tengo mi bolsa de viaje preparada en la entrada y Kenny se está atando las zapatillas apoyado en una esquina del sofá.

Ya no nos queda mucho tiempo, quizá ni siquiera tengamos un par de minutos a solas desde que Erik nos recoja hasta que parta mi vuelo. Todo esto me trae recuerdos agridulces; recuerdos de la última vez que nos despedimos en un aeropuerto, cuando estaba feliz de que finalmente se marchara y devastada al mismo tiempo porque, quizá, sería la última vez que nos veríamos.

Esta vez no sé qué ocurrirá, y ya no tengo mucho tiempo para preguntar.

—Kenny —lo llamo.

—¿Qué? —pregunta, sin alzar la vista de sus cordones.

—Tienes que decirme qué va a pasar con nosotros. Te he dado una noche entera sin preguntas ni preocupaciones. He cumplido mi parte. Ahora, te toca a ti.

Kenny me mira y se levanta despacio, perezosamente. Camina hacia mí con las muletas y se apoya en una de ellas mientras alza una mano para recorrer mi mejilla.

—En el aeropuerto —contesta.

Sacudo la cabeza.

—No puedo irme así, Kenny. Tenemos que hablar ahora —sentencio, seria.

—En el aeropuerto —repite, tozudo.

La forma en la que lo dice, la seriedad con la que mira, declara a voces que algo va mal. Cruzo los brazos ante el pecho y le devuelvo una mirada desafiante.

—Ahora —insisto.

Si él quiere ser testarudo, yo puedo serlo más.

—Me lo prometiste. Vamos a hablar ahora. ¿Qué va a pasar con nosotros, Kenny?

Sé por la mirada que me dedica que está a punto de replicar y continuar con la discusión. Hay algo curioso en nosotros y es que por mucho que nos entendamos y por muy bien que funcionemos juntos, podríamos discutir durante horas, sobre cualquier tema. Sin embargo, esta vez decide optar por otro camino y cierra los ojos un momento antes de hablar.

—Te voy a decir lo que va a pasar —empieza, serio, y yo aguardo—. Vamos a ir al aeropuerto, nos vamos a despedir y nos vamos a prometer otra noche en Oslo. La primera fue por ti, la segunda me la has regalado tú a mí y la última será para los dos.

—¿Tres noches en Oslo? —pregunto, aún sin comprender.

Él asiente, solemne.

—Nos vamos a prometer una noche en verano.

—¿En verano? —inquiero.

—Déjame terminar, por favor —me pide, y yo me esfuerzo por mantener la boca cerrada—. Cuando termines el curso, vendrás. Cenaremos en un sitio bonito y hablaremos. Yo te contaré cómo he progresado, si sigo recuperándome o si soy parte de ese porcentaje que vuelve al punto de partida tras unos meses. Tú me contarás qué planes tienes para el futuro, me hablarás de tu proyecto, de la beca, de dónde quieres trabajar, dónde quieres vivir... Me contarás todo cuanto hayas hecho durante ese curso: las clases, los trabajos, los dibujos y las fotos. Me hablarás de tus amigos, de tus mejores días y de los peores. Me contarás si has conocido a alguien, si te has enamorado...

—¿Qué dices? —lo interrumpo, de piedra.

Kenny coge aire. Su expresión me preocupa.

—¿Por qué voy a hablarte de todo lo que he hecho? ¿Por qué vas a contarme si estás progresando? Lo voy a saber, me lo contarás —le digo,

nerviosa.

—No.

Parpadeo, confusa.

—No vamos a hablar.

—¿Qué?

—Déjame terminar, por favor —me pide, de nuevo—. Esto es difícil; mucho más difícil para mí que para ti.

No entiendo nada. Frunzo el ceño y aguardo mientras mi corazón martillea con fuerza contra mis costillas. Una parte de mí sabe lo que va a pasar, se está preparando ya, fortificando los muros viejos y erigiendo nuevos. Otra parte de mí, la más masoquista, se niega a creerlo.

—Hasta esa noche en Oslo, no vamos a volver a hablar.

—Son más de ocho meses, Kenny.

—Lo sé.

Sacudo la cabeza, incrédula.

—Te vas a ir, vas a dejar de pensar en mí, vas a dejar de preocuparte. No más aviones de repente porque creas que te necesito, no más paréntesis en tu vida para ocuparte de mí. Vas a seguir estudiando, a hacer lo que hacen las personas de tu edad. Vas a salir con tus amigos, a hacer tonterías, vas a estudiar para lograr la beca y te vas a convertir en una gran artista. Vas a hacer todas las cosas que se suponía que ibas a hacer antes de conocerme. Cuando termines, cuando hayas acabado de hacer todas esas cosas, volveremos a vernos. Entonces tú decidirás si quieres que seamos amigos o si quieres renunciar a todo por mí.

—¿De qué narices hablas, Kenny? —le digo, con la voz rota—. ¿Renunciar a qué?

—Todavía eres joven.

—¡No me sacas ni cuatro años!

Esboza una sonrisa amarga y su mirada se ensombrece durante unos instantes. Hay tanta tristeza en sus ojos que me duele verlo.

—Yo también soy joven —coincide—. Pero yo no puedo elegir el tipo de vida que quiero. Tú sí.

—Estoy cansada de repetírtelo —le digo, frustrada—. Te quiero a ti, Kenny Nordskov, con todo lo que ello conlleva. Me da igual. No me importa.

Las muletas me importan una mierda. Si pudiese cambiar algo, si estuviese en mi mano, claro que te libraría de esta mierda, ¡pero no puedo! Y por eso te adoro tal y como eres, adoro todo de ti, todo. Me da igual qué vida elegir si es contigo.

—Eso es lo que me da miedo —responde, para mi sorpresa.

Alza una mano y recorre mi mejilla con los dedos.

—No debería ser suficiente para ti. Deberías querer más, mucho más. Deberías querer poder ir a pasear, al cine, a la playa..., hacer largos viajes, nadar en el mar, subir montañas. Deberías querer poder salir de fiesta, ir a clase tranquila... sin preocuparte, sin pensar en mí, en cómo esté o en qué pasará conmigo. No deberías tener preocupaciones, no de ese tipo.

—Vuelves a apartarme de ti —le digo, con las lágrimas a punto de desbordar mis ojos.

—No te estoy apartando. Te estoy dando la oportunidad de ver lo que vas a perder conmigo.

—Sé de lo que hablas. También tenía una vida antes de conocerte, ¿olvidas eso?

—Pero no te habías enamorado —me dice, triste—. Que el amor, si no es locura, no es amor —recita—. Quiero que sepas que puedes enamorarte sin sufrir, sin vivir lo que estás viviendo conmigo. No tiene por qué ser romántico. Puedes enamorarte de tus dibujos, de las fotos, de un libro... Puedes enamorarte de ti misma, encontrar algo que te apasione, algo que llene el vacío que tienes dentro.

—Ya hago cosas que me apasionan, Kenny —le digo, cada vez más enfadada.

Un cúmulo de sensaciones se arremolina en mi interior. Hay rabia, temor y tristeza, y todas luchan mientras agrietan mi interior y empiezan a derrumbar los muros que contienen el llanto.

—Lo sé. Sé cómo eres, sé que hay pasión en todo lo que haces... Por eso quiero darte la oportunidad de que continúes con todo eso, de que esa pasión siga intacta. —Hace una pausa larga—. Sé que te gusta perderte cuando dibujas, que amas el silencio y el caos, y que adoras lo que haces. Por eso me gustas..., por eso te quiero.

—¿De verdad? —inquiero, ácida—. ¿Vas a decirme que me quieres

justo antes de romper conmigo?

—No voy a romper contigo.

—Vamos a hacer una pausa de ocho meses —contesto, airada, sin dar crédito—. Y si en esos ocho meses no he encontrado algo mejor, volveré contigo —escupo.

—No es eso.

—¡Claro que es eso! Es una estupidez y una chorrada.

—Quiero que no te sientas atada a mí. Te estoy dando la oportunidad para elegir.

—¡Yo ya he elegido! —grito.

—No eres objetiva —replica.

Estoy a punto de gritar, de llorar o de salir corriendo. Sin embargo, no hago nada. Me quedo mirándolo, sosteniendo su mirada azul, cargada de tristeza, de una pena tan profunda como el océano.

—Eres... ¿Cómo puedes ser tan egocéntrico? ¿Cómo no te das cuenta de que tengo voluntad propia? Puedo elegir y he elegido. No soy una niña, no soy estúpida. Sé lo que hay, lo que gano y lo que pierdo. Y, en cuanto a mí respecta, no pierdo nada queriéndote, estando a tu lado. Nada, absolutamente nada, Kenny. Solo estás proyectando tus miedos en mí. No voy a dejar de hacer cosas porque esté contigo, no voy a perderme nada.

Kenny cierra los ojos unos instantes.

—Lo siento —murmura—. No me vas a hacer cambiar de parecer.

—Ni tú a mí tampoco —respondo, rota—. Es una estupidez, una soberana tontería. ¿No hablar? ¿No llamarnos? ¿Ni una visita? Estás loco si crees que lo voy a permitir.

—No depende de ti.

—¿Y de quién depende? ¿Tú eres quien impone las normas? —Sacudo la cabeza, intentando encontrar sentido a todo esto, darle la vuelta—. Ocho meses ignorándonos, sin saber nada. Y pretendes que te olvide, que no piense en ti..., ¡que me enamore! —bufo—. Ocho meses y, después, ¿qué? ¿Un reencuentro? ¿Qué pretendes con eso? ¿Qué quieres que ocurra?

—Quiero que decidas qué quieres. Después de ese tiempo, subiré una fecha y un lugar a Samydeanart. Tendrás que aparecer, tendrás que hablar conmigo. Si prefieres seguir como amigos, me parecerá bien. Volveremos a

hablar, todo será como antes. Si quieres seguir adelante, si sigues dispuesta...

—No —lo interrumpo—. No. Esta vez no te voy a dejar que me apartes de ti —le advierto, armándome de valor. Me arden las mejillas y me escuecen los ojos, pero no pienso romperme ahora—. No. No voy a participar en esto.

—Lena... —dice, con deje suplicante.

Está sufriendo. Lo sé y, sin embargo, parece dispuesto a seguir con esto, a hacerse daño, a hacérselo a los dos.

—Olvidalo. Si haces eso..., si me obligas a apartarme de ti, lo haré para siempre —suelto, al borde de las lágrimas—. No apareceré, no habrá una tercera noche en Oslo.

Hablo seria, contundente. Me tiembla el corazón y, no obstante, mi voz es firme y serena, más segura que nunca.

—Hablo en serio —le advierto—. Si piensas ignorarme durante estos meses, puedes olvidarte de mí.

Él se mantiene en silencio. Ojos tristes, expresión cansada, temor en su mirada.

Hay un breve fragmento de tiempo, un parpadeo, en el que comprendo que ya ha tomado una decisión, que es irrevocable y que, tristemente, yo también he tomado la mía.

Doy media vuelta, dándole la espalda, y me agacho para recoger mi bolsa de viaje.

—Lena... —murmura, apenado—. Espérame.

Kenny toma las muletas cuando yo agarro el pomo de la puerta. No obstante, no pienso dejar que avance.

—No. No vas a venir al aeropuerto. Hablo en serio, Kenny. Si no vuelvo a saber nada de ti hasta verano, yo no me presentaré aquí esa noche —le digo, con un nudo en la garganta.

Él sostiene mi mirada, pero ya sé lo que va a responder antes de que abra la boca.

—Confío en que cambies de opinión.

Abro la puerta y tiro de ella.

—Vete a la mierda —le espeto.

Salgo del piso con rapidez, sin mirarlo de nuevo. Dejo que la puerta se cierre de un portazo y bajo las escaleras tan rápido que estoy a punto de

tropezar y caer. Me duele el pecho y me arden los ojos. Una sensación parecida a la que me oprimía las costillas cuando discutía con Irene hace que ahora me cueste respirar.

El fantasma de ese recuerdo intenta abrirse paso en mi interior, silencioso, mientras apaga las luces, una a una, y sume todo en la oscuridad. Yo lucho por mantener una luz encendida, por no dejar que me atrape, por no permitir que eche abajo los muros que me mantienen en pie.

Cuando salgo a la calle mi primer impulso es echar a correr, pero me mantengo firme en el sitio, junto a la acera, hasta que veo aparecer el coche de Erik.

Abro la puerta delantera y entro sin decir nada. Siento los ojos de Erik clavados en mí, su mirada preocupada, el desconcierto de su expresión.

—¿Y Kenny? —pregunta, turbado.

—No viene.

Silencio.

Él se remueve en su asiento y sacude la cabeza, desconcertado.

—¿Ha pasado algo? —quiere saber.

Yo no soy capaz de mirarlo a los ojos; temo que, si lo hago, vuelva a romper a llorar. Sacudo la cabeza y me limpio las lágrimas resacas de las mejillas.

Kat se inclina un poco en el asiento de atrás e intercambia una frase en francés con Erik. Es breve, y sus palabras destilan gravedad. En apenas unos instantes, Kat se excusa y sale disparada del coche, en dirección al piso.

Erik y yo nos quedamos solos y en silencio. Siento su mirada clavada en mí, intentando decidir si debe decir algo o no.

Yo me inquieto un poco. Sé a dónde ha ido Kat y lo que pretende. Pero conozco a Kenny y sé que no bajará. Sabe que si lo hace saldré del coche y me las arreglaré para ir al aeropuerto sin él.

Una parte de mí siente cómo el nudo de mi estómago se hace más grande cuando pienso que tendré que volver a enfrentarme a él si baja. Otra tiembla como una hoja ante la idea de que no aparezca. Porque, si no lo hace, significará que no voy a volver a verlo jamás...

Los minutos se hacen eternos, insoportables y, cuando finalmente veo a Kat salir del portal con expresión grave... y sola, un miedo atroz me asalta.

No voy a volver a verlo. Nunca.

Esa certeza, pura e intensa, me atraviesa como mil dagas heladas. Pero no hago ni digo nada. Ni siquiera me echo a llorar aunque me ardan los ojos. Kat vuelve a sentarse detrás y Erik le dedica una mirada interrogante. Ella simplemente sacude la cabeza y él quita el freno de mano.

—Si me dices lo que ha pasado, tal vez pueda convencerlo de que baje —me dice, suave.

—Soy yo la que no quiere que baje —respondo, segura.

—Mierda —murmura, cabreado.

Sacude la cabeza y masculla una maldición por lo bajo, pero no dice nada más.

El viaje al aeropuerto es largo y silencioso. Allí, en cambio, las cosas suceden con rapidez. Me despido de ellos enseguida, les doy las gracias y embarco en cuando me permiten hacerlo.

Sus caras largas me acompañarán el resto del viaje a casa, igual que la discusión con Kenny, la última discusión. También será la última vez que hablo con él, la última vez que escucho su voz, que siento el tacto de su piel...

Nunca te imaginas que todas esas cosas, los besos, las caricias, hacer el amor... tengan una última vez. No piensas que una de esas veces será la última y que no se volverá a repetir.

Durante el viaje no puedo dejar de pensar en eso, de repetirme que todo lo que hemos hecho las últimas horas no volverá a suceder jamás. Tumbarnos en las sábanas revueltas tras hacer el amor, leer un libro en voz alta, dibujar, perdernos en un beso eterno...

Tengo el corazón hecho pedazos y el alma desgarrada. No me gusta esta sensación. No la soporto. Siento un vacío inmenso en el pecho, un hueco enorme, venenoso y tóxico, que atrae todo cuando hay a su alrededor a su centro, lo envuelve y lo traga.

Pero soy fuerte. Siempre he sido fuerte.

Y lo superaré.

Tal vez, no hoy, ni mañana. Pero quiero pensar que imaginar su rostro dejará de doler algún día.

Quiero creer que las heridas sanarán.

Y, sin embargo, aunque me lo repita una y otra vez, a pesar de que intente convencerme a mí misma, no consigo que el miedo abandone mi alma.

Puedes recuperarte de un gran amor, pero ¿qué ocurre cuando se trata del amor de tu vida?

Puedes volver a juntar los pedazos de un corazón roto. Pero no estoy tan segura de lo que ocurre cuando tu corazón ya no te pertenece.

Estoy asustada.

Kenny

Capítulo 62

En cuando se cierra la puerta, estampo un derechazo contra la pared de al lado, dejándome los nudillos en ella. Un dolor sordo me recorre la muñeca y el antebrazo, pero no impide que deje de sentirme así.

He sido peor que un capullo. Lo sé.

Soy consciente de que Lena no entiende por qué hago esto, y de que cree que no le estoy permitiendo decidir. Sin embargo, es al contrario. Le estoy dando la oportunidad de hacerlo; una oportunidad que no tendría quedándose conmigo. Porque es buena, dulce y amable, y sé que me quiere lo suficiente como para tirar todo por la borda por mí.

Esa clase de amor, saber que alguien siente eso por mí, me llena el alma, pero también la desgarrá, porque Lena se merece algo mejor.

Cuando la puerta del piso vuelve a abrirse, solo unos minutos después, aún tengo el corazón a mil por hora y el dolor de los nudillos sigue siendo palpitante.

Kat se asoma y me dedica una mirada confundida.

No hablamos mucho; nunca lo necesitamos con el otro. Nos entendemos bien.

—¿Qué narices has hecho, Kenny? —pregunta, con prudencia.

Le dedico una mirada cargada de amargura.

—Lo que tenía que hacer.

La novia de mi hermano se acerca, me mira y se muerde los labios. Sale de la habitación y regresa con un pequeño botiquín. Veo cómo se arrodilla frente a mí en el sofá y toma mi mano herida con ternura.

—Déjalo.

Intento apartarla.

—Sé lo que hago —responde, recuperando mi mano con delicadeza—. He curado un par de estas.

Permito que cure las heridas y vende mis nudillos raspados. Estamos un

rato en silencio e imagino que, si hubiese subido Erik, sería muy diferente. Él me bombardeará a mil preguntas en cuanto vuelvan del aeropuerto. De hecho, me sorprende que no esté ya aquí, incapaz de entender por qué hago esto.

Cuando Kat termina, con la rapidez de unas manos experimentadas, deja el botiquín en la mesita de la sala y se pone en pie.

—Tengo que irme.

Asiento.

—¿Estás seguro de lo que haces?

—No.

—Entonces ven conmigo, con ella.

Sacudo la cabeza y dejo escapar un resoplido mientras hundo el rostro entre las manos.

—No estaba preparado cuando subiste aquel texto de mi parte. Una parte de mí se alegró, pero... la otra sabía que estaba mal; muy mal. —Hago una pausa y tomo aire, aunque eso no hace que me sienta mejor—. Esta vez voy a hacer lo que debo.

—Te va a destrozar —me advierte.

—Lo sé.

—Puede que esta vez sea la última que la veas.

—También lo sé.

Kat asiente, respira hondo y se inclina sobre mí para darme un beso en la frente.

—Hasta luego, Kenny.

—Adiós.

Kat desaparece y soy consciente de que Lena también se ha marchado; quizá se haya marchado para siempre.

Cada vez que lo pienso me embargan la ira y la impotencia y, al cabo de un rato, dejo de contar las veces que he tenido el teléfono entre las manos y el número de Lena marcado.

Me quedo aquí, en silencio, repitiéndome que hago lo correcto para ella. Que debo ser fuerte. Que se merece mucho más. Y que esto es lo mejor.

Un año después... · Kenny

Capítulo 63

Ahí está ella.

Ha pasado casi un año desde la última vez que la vi; de pie frente a mí, agarrada a su bolsa de viaje, con los ojos vidriosos y las mejillas húmedas.

Entonces también estaba preciosa, con ese rollito entre rockero y bohemio, el pelo largo, suelto y salvaje, y el más profundo de los océanos contenido en sus ojos azules.

Recuerdo el último beso, la última noche entre las sábanas, el último suspiro y la última caricia.

Lo recuerdo a la perfección; tanto, que aún duele. Si cierro un segundo los ojos, puedo sentir el sabor de sus labios, el olor de su pelo, incluso puedo ver el extraño verde de sus ojos azules.

No sé cuánto tiempo llevo aquí plantado. Puede que hayan sido unos segundos o toda una eternidad. El tiempo se ha detenido, ha dejado de importar o de existir.

Sabía con quién me encontraría cuando entré por esas puertas; cuando leí el anuncio de la exposición y decidí venir. Sin embargo, aún sigo sin saber muy bien qué esperaba con esto.

De pronto, el azar quiere que se dé la vuelta y nuestras miradas se encuentran. Puedo ver el preciso instante en el que comprende quién soy. Sus ojos parecen fríos y distantes y, al segundo, sus pupilas se expanden y su mirada se llena de un sentimiento difícil de definir.

Extrañeza. Miedo. Confusión y, quizá, algo de emoción contenida.

Se queda tan quieta como yo, como una estatua petrificada, sosteniendo mi mirada desde el otro lado de la sala.

La gente pasea distraída entre nosotros, deteniéndose a admirar los dibujos y las fotografías que cuelgan de las paredes. Algunas obras le pertenecen a ella.

Lleva el pelo recogido, pero varios mechones cobrizos han logrado

escapar, confiriéndole un aspecto caótico, salvaje. Viste unos pantalones que se ciñen a la perfección a la curva de su cadera y un suéter que deja al descubierto una fina línea de piel sobre sus vaqueros.

Está increíble, preciosa, y siento que me falta el aliento.

Tras unos segundos interminables, la parte valiente que no conocía de mí decide dar un paso al frente y acortar la distancia que nos separa.

Ella continúa mirándome, incrédula, con una expresión indescifrable, hasta que, por fin, parece salir del hechizo. Se gira brevemente para decirle algo a la mujer que la acompaña y echa a andar en mi dirección.

Por fin, quedamos el uno en frente del otro.

Tiene una copa en la mano, aunque tengo la sensación de que no está bebiendo; ella no bebía. Y yo doy gracias por tener al menos una muleta, porque, de no ser así, no sabría qué hacer con mis manos.

—Hola, Lena.

—Kenny.

Se me hace un nudo en la garganta cuando escucho su voz después de tanto tiempo. Suena igual que la recordaba, aunque más serena, menos afectada por las lágrimas.

Nos quedamos unos instantes en silencio, mirándonos, sin saber bien qué decir.

—Ha pasado mucho tiempo... —dice ella, al fin.

—Sí. —Me paso la otra por el pelo, inquieto. Miro a mi alrededor—. He dado una vuelta por ahí; he visto tus trabajos..., son tan buenos como siempre.

—Oh, gracias.

Tomo aire. Esto es más difícil de lo que imaginaba; mucho más. Estoy a punto de decir algo, cualquier cosa, porque realmente no sé qué decir, cuando es ella la que habla.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, quizá con demasiada brusquedad.

—Me enteré de que venías..., de que estabas entre los artistas que presentaban sus obras esta noche, y pensé en pasarme.

Ella asiente. Mueve la cabeza despacio y veo cómo traga saliva.

Quizá esté pensando que ella tuvo la oportunidad de verme hace semanas y decidió no hacerlo; yo también estoy pensando en eso.

—Sigues viviendo en Oslo —adivina, y yo asiento.

—Tú sigues viviendo en Barcelona —le digo. No es una pregunta. Sé que vive allí.

—Hasta hace dos días —declara, y sonrío un poco, solo un poco—. Cuando termine aquí me marcho a París.

También lo sabía.

—¿Con la beca? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Ella asiente.

—Al final la conseguí.

—Sabía que lo harías.

Lena esboza una sonrisa más triste que la anterior y aparta la mirada unos instantes, clavándola en la copa de cristal que tiene entre los dedos. La mira como si ella no la hubiera puesto ahí y fuera un objeto extraño, desconocido.

—Tú... has empezado a trabajar, ¿verdad? Lo he leído en tu muro.

Me sorprende un poco. Sigo sus pasos, siempre los he seguido. Incluso durante todo el tiempo que dejé de publicar mis trabajos, continué visitando su perfil, siguiéndola de cerca, atento a cada movimiento. Volví a ese mundo hace unas semanas, justo cuando tuvo la oportunidad de volver a verme, pero no sabía que ella continuara atenta mi trabajo.

—Sí. La empresa tiene un estudio, pero también puedo hacerlo desde casa; así que es fácil.

Lena asiente y lo hace de una forma que hace parecer que no haya escuchado nada de nada. Me pregunto qué es lo que realmente se le está pasando por la cabeza.

—Me alegra volver a verte —suelto.

Ella alza los ojos hacia mí.

Mierda. Es jodidamente preciosa, pero esa mirada triste me está matando; va a acabar conmigo.

—Y... a mí —responde, y casi me parece ver cómo una leve sonrisa se forma en sus labios.

¿Me lo habré imaginado?

Me la quedo mirando, esperando que se repita, que regrese el espejismo, hasta que vuelve a hablar.

—¿Has visto toda la exposición? —pregunta, con cierta inquietud.

Quizá tema la respuesta. Quizá le dé miedo que responda que no, y se vea obligada a enseñármela. Tal vez, le da miedo que responda que sí. A lo mejor, quiere enseñármela, quiere una excusa para alargar este extraño y desconcertante encuentro.

—No, no la he visto.

Mi corazón late con fuerza; escucho la sangre bombeando en mis oídos y el propio latir de mi corazón.

—¿Quieres verla?

Dejo escapar el aire que había estado conteniendo y asiento despacio.

Ella sonrío. Sonríe de verdad y, esta vez, estoy seguro de que no es un espejismo.

Aunque todo es increíblemente confuso y raro, siento cómo el nudo de mi estómago desaparece, y algo cálido se expande a través de mi pecho mientras Lena me guía por la galería.

Sin embargo, tras un rato, las excusas para permanecer juntos desaparecen. Ya no hay nada que enseñar, nada que nos obligue a permanecer juntos. Hay tanto que decir y, no obstante, es tan difícil...

—Debería volver —acaba diciendo ella.

Creo que hay algo parecido a la tristeza en sus ojos claros. Aunque, tal vez, solo sea un reflejo de los míos.

—Yo también debería marcharme.

Lena me mira y asiente, solemne.

—Me ha gustado verte —confiesa, dubitativa.

Entonces, me dedica una sonrisa, veo cómo coge aire y da media vuelta.

—¡Lena! —la llamo, quizá demasiado alto.

Ella se da la vuelta.

—Cena conmigo mañana.

El desconcierto brilla en sus ojos. Abre ligeramente la boca, pero no llega a decir nada. Se queda en silencio, haciendo que estos segundos de incertidumbre sean insoportables.

—¿A cenar? —pregunta, como si no lo entendiera.

—Ven a cenar conmigo y deja que después te enseñe la ciudad.

Lena guarda silencio.

Cierra los ojos.

Suspira.

Vuelve a abrirlos.

—De acuerdo.

Siento que he dejado de respirar durante unos instantes.

—¿Conservas tu número de móvil?

—Sí.

—Entonces te mandaré un mensaje con la hora y el sitio.

Lena asiente, despacio, y sonrío.

Es una sonrisa preciosa: un poco tímida, vacilante, llena de dudas e incertidumbre, pero perfecta.

Lena

Capítulo 64

Alguien llama a la puerta de la habitación de mi hotel cuando aún me estoy preparando y casi doy un salto en la silla del tocador.

Llevo todo el día inquieta.

Hace unos meses, cuando Kenny me dio la oportunidad de volver a vernos, tomé una decisión y, sinceramente, no esperaba volver a encontrármelo. Todavía recuerdo lo que ocurrió hace un año, aquí, en esta misma ciudad, cuando me apartó de su lado.

Nadie, nunca antes, salvo Irene, me había hecho tanto daño. Con el tiempo, creí comprender por qué Kenny lo había hecho. Podía entender que tenía miedo de hacerme daño, de privarme de experiencias que, con él, tal vez no viviría. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que no confiara en mí.

Kenny Nordskov no confiaba en nadie. Ni en sus padres, ni en su hermano, ni en mí.

Debió creermelo cuando le aseguré que quería permanecer junto a él. Debió entender que no podía tomar esa decisión por mí y que, al tomarla, estaba rompiendo algo entre los dos, algo irreparable.

Ese día, le prometí a él, y a mí misma, que no habría una tercera noche en Oslo. Cuando volvió a Samydeanart para pedirme la última noche en Oslo, supe mantener mi decisión.

Flaqueé. Sé que lo hice. Una parte de mí volvió a romperse cuando lo ignoré, cuando decidí respetar lo que ya había decidido hacía tantos meses. Pero, aun así, no aparecí.

Incluso si sigue doliendo, ahora todo ha cambiado. En unos días estaré en París, y luego me marcharé a Roma, a Dublín... Durante todo un año me dedicaré a viajar, a aprender, a disfrutar de lo que siempre he amado. No habrá lugar para el dolor, para preocuparme por Kenny, por lo que pudo ser.

Pero, a pesar de eso, no puedo evitar estar nerviosa por la cita de esta noche.

Cuando me miro en el espejo y compruebo que no me haya salido con el pintalabios y me haya convertido en el Joker, me pongo en pie y voy hasta la puerta.

Antes de abrirla del todo, ya sé quién es. El olor de su colonia es inconfundible. Huele un poco a verano, a largas tardes dibujando al sol en el porche de nuestra casa.

Me echo a un lado para dejar que mi madre entre y cierro la puerta cuando pasa. Me dedica una cálida sonrisa y yo le devuelvo el gesto.

Esto aún me resulta extraño.

En cuatro años, apenas nos habíamos visto unos días en Navidades y en las vacaciones de verano. Ahora, todo es diferente. Hace unos meses descolgué el teléfono y, antes de darme cuenta, mis dedos habían tecleado el número de casa.

Decidí visitarla, volver a mi hogar. Aquel fin de semana hablamos más de lo que habíamos hablado en cuatro años. Quizá era el momento; tal vez ya había pasado el tiempo que ambas necesitábamos para que el recuerdo de Irene dejara de hacer tóxica nuestra relación.

Le hablé de la beca, le enseñé lo que había hecho para ganarla, y ella me dijo que estaba orgullosa. Desde entonces, hemos estado viéndonos, hablando, llamándonos por teléfono...

No es que hayamos solucionado todos nuestros problemas en unas semanas, pero las cosas marchan bien.

Mi madre va impecable. Su vuelo a Madrid sale en un rato, pero parece que ir cómoda no le importa demasiado. Lleva su melenita pelirroja peinada hacia un lado, viste un traje color melocotón de dos piezas y luce unos tacones que duelen con solo mirarlos.

Lleva una maleta consigo, el bolso y...

—¿Qué haces con mi trabajo para la beca? —pregunto—. ¿De dónde ha salido eso?

—Es la copia que me diste —me dice, esbozando una sonrisa de disculpa. Se encoge de hombros y mira la carpeta, distraída—. Me gusta llevarla en mis viajes.

No puedo evitar sonreír ante el descubrimiento. Sin embargo, mi madre no me deja pensar en ello durante mucho tiempo. Deja la maleta y el bolso y

abre la carpeta por la mitad, al azar, mostrándome una de las obras.

—No me dijiste que existiera de verdad —me suelta, con cierto deje de reproche.

Siento que me arden las mejillas y tengo que mirar a otro lado cuando un par de ojos azules, profundos, me devuelven la mirada desde el dibujo.

—Te diste cuenta —comprendo.

—Venga, Lena —me dice, con cariño—. Cuando ese chico apareció ayer en la exposición..., supe que era él. Esos ojos son inconfundibles, y la muleta y la manera de andar... También vi la forma en la que lo miraste. No era un simple conocido.

—No —contesto—. Era Kenny.

—«Simplemente, Kenny» —repite mi madre, recitando el título del trabajo premiado—. Esta noche he vuelto a leerlo. Ahora que sé que Kenny existe de verdad, el trabajo es aún más... —Mi madre me mira, frunce un poco los labios y suspira.

Va hasta la enorme cama de hotel y se sienta para pedirme que lo haga también.

Yo obedezco y me siento frente a ella, cruzando las piernas sobre el edredón.

—Siento que hayas pasado otra vez por eso —dice.

Se me hace un nudo en la garganta. Las dos sabemos que se refiere a Irene; y no hace falta que lo diga.

—Pero me alegro de que Kenny esté bien. Porque lo está, ¿verdad?

Guardo silencio unos instantes.

—La verdad es que hace mucho que no hablaba con él, pero creo que sí, que está bien.

Mi madre asiente y mira mi trabajo, que ahora descansa sobre su regazo. Pasa unas cuantas páginas, pensativa, y yo me inquieto.

—¿Lo querías? —pregunta, seria.

Inspiro. Me sorprende un poco una pregunta así de directa, y aún me sorprende más lo sincera que soy yo.

—Sí.

—¿Qué pasó?

Me encojo de hombros.

—Él tampoco deseaba que lo quisieran.

Sé, por cómo me mira, que mi madre comprende. Irene tampoco quería.

—No esperabas verlo ayer, ¿verdad?

—¿Tanto se notó? —Me río un poco.

—¿Vas a volver a verlo?

—Solo hoy. Hemos quedado en un rato, para cenar y despedirnos.

Mi madre ladea ligeramente la cabeza y me observa durante unos segundos.

—Lo que escribes sobre Kenny en el trabajo... ¿es todo cierto?

Asiento, sin saber demasiado bien en qué está pensando.

De pronto, su expresión seria da paso a una sonrisa genuina que hace que pequeñas arrugas aparezcan alrededor de sus labios pintados de rojo.

—Entonces, tal vez, deberías replantearte si lo de mañana será una despedida.

Sacudo la cabeza, inquieta. Abro la boca para decir algo, pero, antes de que lo haga, mi madre se pone en pie.

—No soy quién para opinar —asegura—. No tenía ni idea de que Kenny existiese de verdad, pero, la forma en la que hablas de él, esos dibujos... Lo que sentías por él era lo suficientemente poderoso como para impresionar al jurado.

—Mamá... —empiezo.

Ella alza las manos en señal de disculpa.

—Ya te he dicho que no soy quién para juzgar. Así que no quiero decirte nada más. —Toma el bolso, mi trabajo, y agarra su equipaje—. Pero yo no desperdiciaría una segunda oportunidad.

Echa a andar hacia la puerta y yo la sigo. Cuando se detiene, tomo aire.

—Es más complicado de lo que parece.

Ella cierra los ojos unos instantes y esboza una sonrisa cargada de ternura.

—Si alguien me inspirara de ese modo, lucharía por él. —Se acerca a mí, me rodea en un gran abrazo que me llena mucho más de lo que esperaba y se separa para darme un beso en la mejilla—. Tengo que irme ya al aeropuerto. Llámame cuando llegues a París, y ten cuidado —me advierte, y da la vuelta hacia la salida. No obstante, antes de marcharse, parece cambiar

de opinión. Se detiene y se da la vuelta para plantarme mi trabajo entre las manos—. A lo mejor, tienes que volver a ver tu propio trabajo antes de ir a esa cita con él.

Me dedica una sonrisa y, entonces sí, acaba marchándose.

—Buen viaje, mamá —le digo, desorientada, y ella alza el brazo mientras se dirige hacia el ascensor.

Cuando vuelvo dentro, me siento de nuevo frente al tocador con el trabajo frente a mí. Observo el título en silencio durante unos instantes y mis dedos se deslizan sobre las páginas.

Decido leerlo.

Kenny

Capítulo 65

Me cuesta creer que esté aquí; que estemos aquí. Pero así es. Está frente a mí, incapaz de apartar la vista de la mesa. Juega con su pelo, nerviosa, y enreda los dedos en él. Hace pedacitos un trozo de papel que ha encontrado y se muerde los labios.

Está inquieta. Quizá, tanto como yo; quizá, más. Tiene el pelo suelto, largo y ondulado, ligeramente rizado en las puntas, que rozan la piel desnuda de sus hombros. Lleva un vestido negro, lo suficientemente ajustado como para quitar el aliento de cualquiera, y todos la miran, pero ella no se da cuenta, o está demasiado preocupada como para hacerlo.

Da la sensación de que durante este verano se le ha aclarado el pelo; ahora parece aún más cobrizo, y las luces ambarinas del restaurante le arrancan destellos rojizos.

Ya hemos pedido y, hasta que nos sirven la comida, ninguno de los dos habla más allá de comentar el tiempo o lo bonito que es el sitio.

Cuando la traen, sin embargo, decido que, si no quiero pasar el resto de la noche sumido en el más absoluto de los silencios, será mejor empezar a hablar. Apoyo los codos sobre la mesa y me inclino un poco hacia delante.

—¿Qué tal ha ido tu año?

—Un año es muy largo para hablar de él.

—Tenemos tiempo —respondo—. Supongo que no tengo que preguntar por las clases, porque es obvio que te ha ido bien.

Ella asiente.

—Ha habido momentos duros, pero lo he conseguido.

Siento cómo una sonrisa de orgullo se forma en mis labios.

—Cuéntame qué momentos duros hubo.

Lena vacila. Tal vez se esté preguntando si venir ha sido una buena idea, tal vez le esté presionando demasiado. Pero no puedo evitarlo.

Lena, sin embargo, empieza a hablar. Sé que es vaga al principio, que

omite detalles; no dice la verdad, solo da la versión más corta para acabar cuanto antes.

Aun así, poco a poco empieza a cambiar. Me doy cuenta de sus sonrisas furtivas, de cómo la vacilación da paso a la seguridad, se relaja y eso me relaja a mí.

Empezamos a hablar en serio; de verdad.

Había soñado con este momento durante casi un año. Y, cuando por fin llegó el día, volví a Samydeanart después de meses sin publicar nada de nada (ni un texto, ni una imagen, ni un simple dibujo) y volví para pedirle la última noche en Oslo, ella no respondió.

Esperé días, semanas y decidí olvidarme y aceptarlo.

Lena me advirtió; me dijo que, si la apartaba de mi lado, esta vez no regresaría. Y cumplió su promesa.

Por mucho que eso me doliese, por mucho que me hubiese destrozado el corazón, era su decisión y tenía que respetarlo.

Pero eso no hizo que dejara de doler.

Cuando vi en su muro que vendría a Oslo con más alumnos becados, que después empezaría una nueva vida, que se dedicaría a viajar y a aprender durante el siguiente año, no obstante, no pude resistirme.

Por eso aparecí en la galería de arte ayer. Por eso me acerqué a ella y le pedí que cenara conmigo.

El resto de la cena es tranquila, normal, aunque sigo sintiendo que hay una barrera demasiado abismal entre los dos como para superarla. No es hasta mucho después, cuando ya hemos terminado y nos hemos marchado, saliendo a las calles oscuras de Oslo, cuando siento que ese muro que nos separa comienza a desintegrarse.

No tenemos mucho tiempo, así que no puedo enseñarle gran cosa. Si de mí dependiera, nos pasaríamos el resto de la vida aquí; solo entonces tendríamos tiempo suficiente para recorrer la ciudad y perdernos en sus calles, bajo el manto de estrellas que cubre nuestras cabezas.

Paseamos un poco hasta llegar al parque St. Hanshaugen y nos internamos por sus senderos hasta que las calles de la ciudad quedan atrás y el sonido del tráfico desaparece.

Las estatuas que salpican las colinas del parque poseen un aura especial

de noche, incluso las flores que las rodean parecen diferentes. La luz de las farolas guía nuestros pasos a través del camino de gravilla, cuando salimos de él para cruzar una colina o cuando atravesamos un puente de madera que nos lleva al otro lado del riachuelo.

Solo cuando hace ya un tiempo que estamos aquí, me doy cuenta de cuánto la había echado de menos. Su risa, sus ojos azules, esos labios provocadores y el olor de su pelo.

En medio de un curioso puente de piedra, asentado sobre unas orillas tomadas por el musco y los helechos, Lena decide detenerse. Apoya los codos en la barandilla de metal y se asoma al otro lado.

Un mechón rebelde de su pelo escapa, lanzándose al vacío, y mis dedos reaccionan antes de que pueda controlarlos, volviendo a dejarlo en su sitio. Ella me mira como si mirase a una criatura extraña y ladea ligeramente la cabeza. Estoy a punto de disculparme cuando decide apartar la mirada y suspira.

—Entonces, ha funcionado —suelta.

—¿Cómo?

—La operación. —Me mira y sus ojos vuelan hasta mis piernas—. Nunca te había visto tan bien.

—Nunca lo había estado —admito, haciendo girar la muleta frente a mí—. Aún me estoy recuperando, esto no ha terminado y no he dejado de luchar. Pero solo tengo que llevar una muleta y, a veces, ni siquiera eso.

—Me alegro mucho, Kenny —dice, y estoy seguro de que lo piensa de verdad. Escucharlo hace que se me encoja un poco el corazón—. Cuando..., cuando dejaste de publicar tus obras, creí que habías dejado de dibujar —confiesa—. Creía que habían aparecido los temblores y que te habías... rendido.

—No lo hice. Seguí dibujando, pero no...

—No subiste nada a Samydeanart porque no querías que yo lo viera —declara.

Parece que ha pensado mucho en ello.

Me mira, y no hay reproche en sus ojos. Solo una pena muy profunda que me gustaría borrar a besos.

—No es que no quisiera que lo vieras. Solo quería...

—Desaparecer —me ayuda a terminar—. Querías que dejara de pensar en ti.

Asiento, despacio, evaluando su reacción. Sin embargo, no hay un ápice de emoción más allá de esa añoranza que atraviesa el azul de sus ojos.

—Lo hice para que fuera más fácil.

Creo que es un buen momento para hacer esto e introduzco una mano dentro de mi cazadora. Busco en uno de los bolsillos del interior y saco un tubo alargado para tendérselo a Lena.

—¿Qué es? —pregunta, cuando lo coge.

—Son los dibujos que hice durante esos meses.

—¿Por qué me los das a mí?

—Te pertenecen.

Una parte de mí querría decir algo más, querría contarle que esos dibujos explican mi versión de los hechos, que necesito que los vea, que lea mis escritos y que me dé otra oportunidad. Pero mis labios no se mueven.

Lena destapa la cajita cilíndrica y toma entre sus dedos el primer dibujo. Lo observa, le da la vuelta y lee lo que hay escrito detrás.

Aguardo, expectante, pero no dice nada. Simplemente observa, lee y guarda silencio. Cuando le veo tomar el siguiente, intervengo.

—Son muchos. No tienes que verlos ahora.

—Quiero hacerlo —responde, muy segura de lo que dice.

Eso me alegra y me preocupa a partes iguales. Estaba preparado para que viese un par ahora, pero no para que los viese todos.

De pronto, Lena se agacha y se sienta doblando ligeramente las piernas y haciendo que el dobladillo de su vestido se le suba un poco.

Me pierdo irremediabilmente en sus piernas.

—¿Qué haces?

—No voy a leer de pie —responde.

Y entonces, así, sin más, me encuentro sentado a su lado, iluminados por la pobre luz amarillenta de una farola distante, envueltos por el murmullo del riachuelo que pasa bajo nosotros y por el sonido de las cigarras.

Me quedo a su lado mientras lee, mientras observa todos y cada uno de mis dibujos y lee todas y cada una de mis palabras.

Somos nosotros, somos quienes deberíamos ser; aquí sentados, en

silencio, perdidos en una oscuridad que es más clara gracias a ella.

Kenny

Capítulo 66

Tercera noche en Oslo

Lena no ha dicho ni una sola palabra desde que nos hemos sentado sobre la fría piedra del puente. No hay ni un alma cerca. Solo de vez en cuando se ve a alguien que pasea con su perro por las inmediaciones del parque. Pero aquí..., aquí solo estamos nosotros.

No sé exactamente cuántos dibujos había dentro de la caja, pero los ha visto todos. Ha desdoblado las hojas en silencio y ha vuelto a dejarlas en su sitio cuando ha terminado.

Al hacerlo, me he quedado mirándola, esperando una reacción, pero ella se ha limitado a pasar los dedos por el borde de la caja.

—No debiste dejar de subirlos, son muy buenos.

—Eso no importa.

Lena alza los ojos hacia mí y veo un atisbo de emoción en ellos, aunque no sé si es bueno.

—Sigo enfadada, ¿sabes?

—Lo sé.

—Me echaste de tu lado.

—Lo sé.

—No me diste una oportunidad.

—En realidad, sí que te la di —la contradigo—. Si hubieses seguido conmigo, la pena te habría consumido. —Hago una pausa—. Lena, te conozco lo suficientemente bien como para saber que me habría convertido en lo más importante para ti. Eres así, eres buena y dulce, y te habrías preocupado demasiado porque ser amable forma parte de ti. No habrías disfrutado de tu último año de universidad, no habrías aprovechado ese tiempo con tus amigos y no habrías logrado la beca.

Mira al frente sin decir nada. Quizá esté pensando que tengo parte de razón, quizá crea que solo soy un capullo que habla demasiado.

—Lena..., estoy orgulloso de lo que hice por ti, porque es lo que te merecías, una oportunidad para ser grande, sin contratiempos, sin lastres...

—No eres un lastre, Kenny —me corta. Suspira, parece cansada—. No importa. No voy a discutir por esto otra vez.

Guarda la caja en su bolso y se pone en pie antes de estirarse el borde del vestido. Yo la imito.

—Lo hiciste, tomaste una decisión y yo tomé otra —continúa, serena.

—Comprendo por qué estás enfadada, por qué no viniste... aquella noche.

Lena se pasa los dedos por el pelo, cada vez más despeinado y rebelde, y se mira los zapatos. Parece que está a punto de explotar, a punto de dejar que el enfado termine de ensombrecer sus bonitos rasgos. La verdad es que lo preferiría; prefiero que cualquier emoción la desborde a que continúe con esa serenidad tan poco propia de ella, tan poco propia de su caos.

—No me arrepiento de lo que hice —continúa—. Pero no sería tan valiente como para volver a hacerlo.

—Eso ya no importa —responde.

Seguimos en medio del puente. Lena podría mirar las flores de la orilla, el suave reflejo dorado del agua, o las sombras que proyectan los árboles a nuestro alrededor. Pero, en lugar de eso, se mira los pies.

—Lo siento.

—Yo también —contesta, como por inercia, y una triste sonrisa se dibuja en sus labios.

Nos quedamos unos instantes en silencio, sin saber bien qué decir. Intuyo que va siendo la hora de decir adiós.

—¿Cuál es tu plan ahora, este año?

—París, Roma, Dublín... Voy a dedicarme a viajar, a llevar mis obras a galerías, a crear contacto con otros artistas, a sacar fotos, a dibujar... Una parte de la beca es para... ampliar horizontes. Aún tengo que pensar qué quiero hacer con la otra parte, a qué quiero dedicarme.

—Suena muy bien. Tienes todo un año para decidirlo.

—Sí. —Asiente.

Puedo escuchar los propios latidos de mi corazón como las agujas de un reloj, recordándome que se nos acaba el tiempo.

—Creo que debería irme —dice, bajito.

—Te acompaño al hotel.

—No, no hace falta. Está a dos minutos de aquí. Prefiero ir sola.

Asiento, un tanto decepcionado. Contaba con esos minutos extra para poder poner todo en orden, aclarar mis propios pensamientos antes de decir adiós.

Lena se planta frente a mí y esboza una tímida sonrisa. Está preciosa, un poco despeinada, con los labios entreabiertos, a punto de decir algo, y los ojos brillantes.

Me atrevo a dar un paso adelante y a alzar la mano hacia su mejilla. Mis dedos la acarician y ella cierra los ojos un segundo.

—Te he echado de menos —confiesa una parte de mí.

Nos quedamos así un instante. Mi pulgar se desliza sobre su mejilla y ella continúa con los ojos cerrados.

Sin embargo, da un paso hacia atrás y se rompe el hechizo.

—Me ha gustado verte —dice, ignorando lo que acabo de decirle.

—Y a mí.

—Si alguna vez vuelvo por Oslo, podríamos quedar para tomar algo o dar un paseo.

—No lo dudes.

Lena asiente y coge aire. Da dos pasos adelante y se pone de puntillas para darme un beso en la mejilla que me parte el alma.

—Adiós, Kenny.

—Adiós, Lena.

Se da la vuelta y echa a andar. Yo me quedo de pie, aguardando, viendo cómo su figura se aleja por el puente. No mira atrás ni una sola vez y eso hace que mi corazón lata en dos direcciones opuestas. Me alegro de que sea capaz de pasar página del todo, seguir con su vida y coger la oportunidad que quise darle hace un año. Sin embargo, mi lado más egoísta no puede dejar de preguntarse si hice lo correcto, si no habría sido más fácil ser cobarde.

Mientras veo cómo se aleja, me obligo a revivir las noches interminables en su cuarto; los dibujos, las fotos, y los colores.

Lena ha llenado mi vida de color.

Me obligo a coger todos esos momentos y a guardarlos en una caja,

igual que he hecho con los dibujos que le he entregado. Me obligo a releer las líneas de nuestra historia, a asumir los momentos en los que tomamos un camino equivocado y a darle punto y final.

Quizá no sea el final que esperaba, pero sí el que ella se merece. Lena necesita ser feliz, encontrar a alguien que se merezca el caos y los colores; todos los colores.

Una parte de mí seguía esperando que esta fuera nuestra tercera noche en Oslo, nuestra última oportunidad para hacer las cosas bien; para hacerlas mejor. Pero el amor no siempre sale bien, no siempre es fácil.

Sé que ella ha sido ese amor turbulento y lleno de locura del que le hablé, que es, y será siempre, el gran amor de mi vida.

Lena termina de cruzar el puente y yo me doy la vuelta.

Hemos escrito las últimas líneas y duelen. Duelen tanto que me oprimen el pecho, pero son perfectas.

A pesar de todo, no cambiaría nada. Si pudiera volver a elegir, elegiría enamorarme de ella, perderme en un amanecer interminable a su lado, en sus ojos azules o en los trazos de un dibujo. A pesar del dolor, volvería a apostar todo por nosotros, y volvería a perder, porque habría merecido la pena.

No todas las grandes historias de amor tienen un final feliz. A veces, el amor es complicado, a veces, incluso si los dos quieren lo mejor para el otro, duele. A veces, no sale bien. No siempre...

Escucho unos pasos a mi espalda y me doy la vuelta justo a tiempo de ver el rostro de Lena un segundo antes de tenerla completamente encima.

De pronto, me besa.

Entrelaza sus brazos en mi cuello y tira de mí mientras me besa con vehemencia. Es tan inesperado y repentino que una parte de mí no cree que pueda responder. Pero, antes de que me dé cuenta, estoy sosteniéndola por la cintura, bebiendo del beso con tanta avidez como ella, como si llevara toda la vida esperando esto, como si hubiera nacido por este beso.

Lena enreda los dedos en mi pelo y los desliza hasta mi rostro. Sus dedos están fríos y sus labios calientes. Me pierdo en sus labios, en su cuerpo contra el mío. La acerco más a mí, sintiendo que nunca estaremos lo suficientemente cerca, que nunca me cansaré de estos besos.

Cuando se aparta con cierta brusquedad, reprimo el impulso de volver a atraerla hacia mí, y no aparto mis manos de su cintura.

—Sigo enfadada —me dice.

Esta vez hay emoción en sus rasgos, hay rabia, pasión..., la misma que impulsa todo lo que hace. Mi corazón se ilumina.

—Lo sé.

—Aún tengo que perdonarte.

—Lo sé.

—Pero todavía te quiero.

—Yo también.

Una sonrisa se desliza sobre mis labios y vuelvo a acercarla a mí para darle un beso largo y profundo que diga todo lo que ahora mismo mi voz no es capaz de pronunciar.

Lena pone las manos en mi pecho y me aparta un poco.

—No quiero medias tintas.

—Esta vez, yo tampoco.

—No puedes volver a apartarme de ti.

—No lo haré —contesto, más seguro que nunca—. Te hice una promesa; cumplo mis promesas. Si me dices que me quieres, entonces yo...

—Te quiero —me interrumpe y toma mi rostro entre sus manos—. Te quiero, Kenny Nordskov.

El extraño y salvaje verde de sus ojos azules brilla y mi corazón tiembla.

—Ven conmigo a París.

—Iré.

Lena deja escapar una risa clara, alegre, y se muerde los labios. Yo río también.

—¿Así, sin más? ¿No te lo quieres pensar?

—Me da igual a dónde ir si es contigo.

Echa la cabeza hacia atrás y vuelve a reír. Ese sonido inunda mi pecho y no puedo más que reír también, volviendo a acercarla a mí, dándole un beso rápido y precipitado.

—Al final, tenemos nuestras tres noches en Oslo.

Sacudo la cabeza, despacio, y me concedo unos segundos antes de hablar para admirar esa expresión, esa mirada anhelante, esa pasión que arde

en sus ojos.

Quiero esto. Quiero esto el resto de mi vida.

Tengo miedo y estoy asustado, pero más seguro que nunca. Sé que ella se siente igual, que tiene tanto miedo como yo. Que teme al tiempo, a los baches del camino y a lo que pueda pasar, pero que me quiere. Joder, y yo también la quiero.

—No son tres noches en Oslo, Lena. Son todas las noches de nuestra vida, en cualquier lugar, pero contigo.

Epílogo

Simplemente Kenny

Kenny Nordskov llegó a mi vida por casualidad. Y ya nunca se marchó.

Aprendí que es complejo, y difícil, que en él hay luz incluso cuando está lleno de sombras. Y que, en los días más oscuros, más difíciles, está lleno de colores tristes. Yo supe amar esos colores.

Parece fuerte; debe serlo, por todos. Pero, en el fondo, es frágil y vulnerable. Solo teme que el mundo deje de girar si se deja querer, si deja que lo cuiden, si deja de ser el fuerte durante unos instantes. Es un guerrero. Pero es humano y tiene miedo, es normal. Él cree que no.

Agradecimientos

Gracias al equipo de Ediciones Kiwi que ha hecho posible que esta novela vea la luz. Gracias a Borja por esa portada tan bonita y a mi editora Teresa por darle una oportunidad a la historia de Kenny.

Gracias a mi familia. A mí tía por estar ahí siempre que la necesito, a mis padres por apoyarme de forma incondicional y a mi abuela, la persona más buena que conozco. Te quiero con locura.

Gracias también a todos mis amigos, que siguen compartiendo conmigo cada alegría. Gracias a Ane, a Laida y a Saioa por enamoraros de Kenny antes que nadie, y a Noelia por estar siempre dispuesta a echar una mano. A Yanire, a Cristina y a Aisa por acompañarme en mis locuras y a Lara por prestarme siempre su talento. ¡Sois unas artistas!

A Ima, por estar ahí cuando te necesito. La vida sin ti sería como un viernes sin pizza.

A todos los que habéis confiado en mí desde el principio y a los que os habéis unido por el camino. La travesía es mucho mejor con vosotros. Gracias a todos los que reseñáis mis libros, habláis sobre ellos con tanto entusiasmo, y os embarcáis conmigo en todas las aventuras que os propongo. Gracias a Sandra, Laure, Alhana, Lucía, Marina, Selena, Blue, Celia, Jano, Nieves y a todos los demás.

Gracias a Meggi, por seguir siendo una lectora 0 estupenda y una amiga aún mejor (aunque estés como un cascabel).

Por último y lo más importante, gracias a todos los que os habéis atrevido a soñar con Kenny y Lena. Estoy muy agradecida por el cariño con el que acogéis a todas mis historias y no podría desear unos lectores más maravillosos. Sin vosotros, esto no sería posible. ¡Gracias, gracias, gracias!

Si queréis decirme qué os ha parecido la novela por mis redes, comentar conmigo cualquier cosa o simplemente pasaros a decir «hola», ¡sois bienvenidos!

Paula Gallego